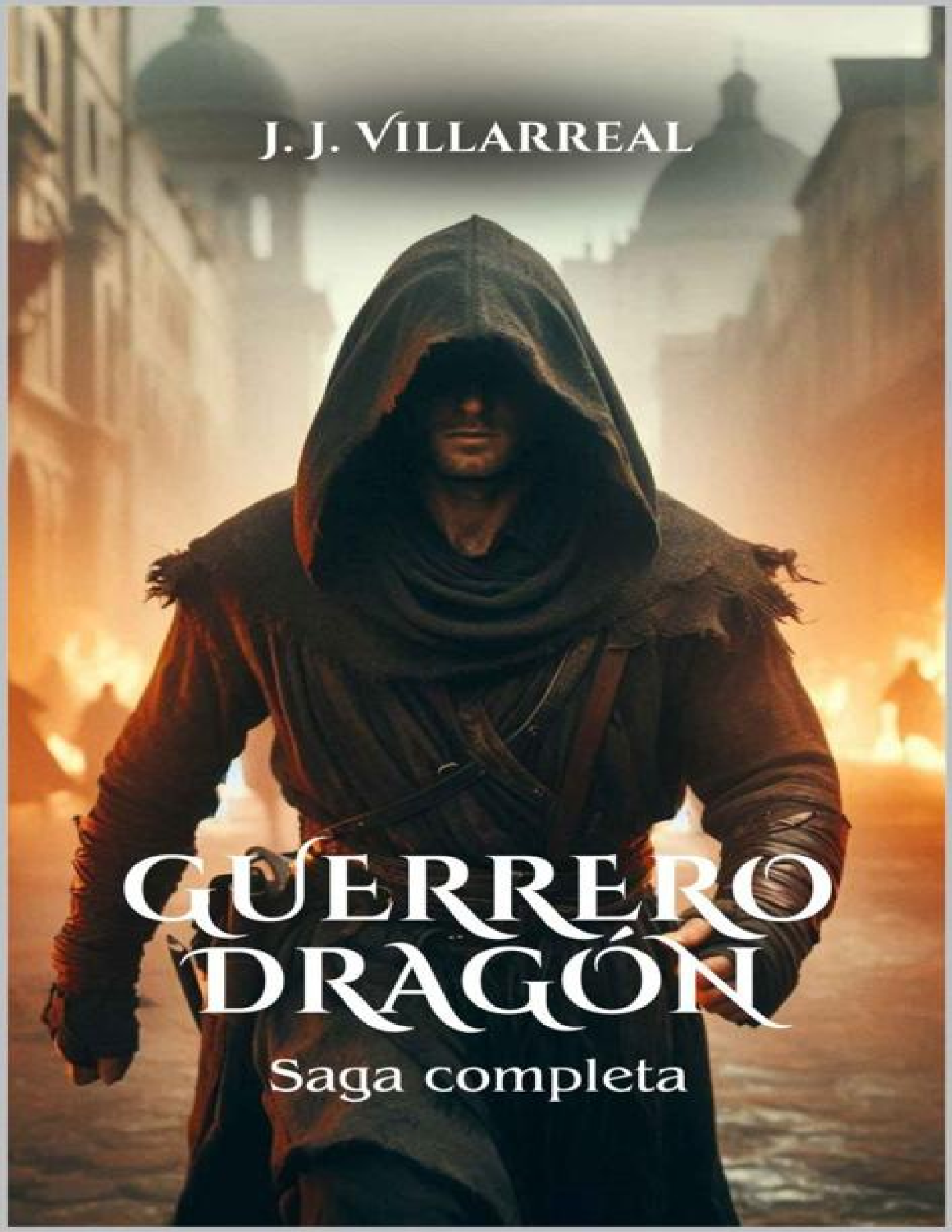

J. J. VILLARREAL
GUERRERO DRAGÓN
Saga completa

Contenido

Copyright
Dedicación
Mapas
I. EL DESPERTAR DEL DRAGÓN
Taberna
Misión
Granero
Cuerpos
Comisario
Rumores
Aliento
Sueño
Profeta
Fuego
Muertos
Daga
Planes
Reliquia
Monstruos
Flechas
Plato
Huye
Puerta
Manipulador
Claustro
II. EL GUERRERO DRAGÓN
Cadaver
Maloliente
Trovador
Muelle
Torre
Guárdalo
Callejón
Razón

Pulgares
Cabeza
Mesón
Nimud
Varias
Sombra
Transmutador
Grutas
Monstruos
Bienvenido
Revelaciones
Peligro
Canción
III. LA RELIQUIA DEL DRAGÓN
Benditos
Trono
Reina
Testifico
Reliquias
Profano
Búsqueda
Acepto
Gabá
Noche
Retirada
Merib-bá
Templo
Entrada
Cadáveres
Escapar
Giros
Brujo
Privilegio
IV. LA VENGANZA DEL DRAGÓN
Rebeldes
Heresiarca

Retiro
Perturbación
Venganza
Plegaria
Talismán
Taberna
Fortuito
Averiguarlo
Acerca
Hechiceros
Problema
Búsqueda
Maestro
Palabra
Corazón
Milagrosamente
Epílogo
V. LA RESURRECCIÓN DEL DRAGÓN
Asedio
Arma
Consejo
Pantano
Segundos
Traición
Sorpresas
Plan
Edicto
Ejecución
Masacre
Agüero
Cinco
Túneles
Puerta
Portadores
Bóveda
Mátalos

Daga
Comienzos
Al lector
Otros libros
Apéndice: la cultura de Argoth
Notes

Copyright © 2024 J.J. Villarreal
Todos los derechos reservados. Estrictamente prohibido copiar esta obra de manera ilegal sin el permiso explícito del autor. Esta es una obra de ficción.
Copyright © Torre Fuerte Editorial.

A los amantes de la aventura

MAPAS


Reino de Argoth
Kuban-el
Argoth
Gabá
Zimireth
Merib-bá
Tisdeh
Bosque Aldeen



Antiguo mapa de la ciudad de Argoth

I. EL DESPERTAR DEL DRAGÓN

Libro I

1. TABERNA



—Si es necesario matarlo —dijo Degoth—, lo haremos. ¿Entendido?

Los cinco soldados afirmaron.

—Tú y tú —dijo apuntando a los dos que llevaban arco—. Manténganse siempre apuntado a la cabeza.

—Sí, capitán.

—Es un hombre peligroso, y no dudará en intentar matarnos. Lo ha hecho antes, y lo intentará hoy.

Faltaban un par de horas para la medianoche. Una llovizna fresca descendía sobre ellos. El callejón, angosto y maloliente, estaba al sur de la ciudad, en uno de los sectores más pobres.

Degoth se llevó la mano al empuñadura. Era el único que no iba vestido de soldado. Miró a los hombres. Eran jóvenes, pero valientes. Buenos muchachos. Uno de ellos, el sargento Hasket, llevaba con él dos meses. Era uno de los arqueros.

—Vamos —dijo Degoth.

Entraron a la taberna, que estaba casi vacía, excepto por tres hombres en la barra. Olía a alcohol y mucho tabaco. De hecho, era tanto el humo de las pipas que pensó quizás tenían puesta la chimenea. Pero eso no era posible, no con el bochorno de esa noche.

Entonces lo vio, allá en la esquina, sentado, solitario en una mesa, con la mano izquierda tomando un tarro de cerveza, y la derecha puesta sobre la mesa.

Se acercaron al hombre, lentamente.

Degoth se detuvo a unos siete pasos.

El solitario era fornido, con una nariz ancha, cabello gris largo y sin barba. Cuando levantó la vista, los ojos parecían estar completamente negros, como si la pupila se hubieran dilatado sobre la circunferencia del ojo entero.

—¿Y tú quién eres, parche? —dijo el hombre.

Degoth estaba acostumbrado ya a los comentarios sobre el parche negro que llevaba sobre su ojo izquierdo.

—Mi nombre es Degoth ek’Degoth, tisdita.

—Mucho gusto Degoth hijo de Degoth, de Tisdeh. ¿En qué puedo servirte? —El hombre hablaba con seguridad. Levantó un poco su palma derecha de la mesa, a lo que inmediatamente Degoth dijo:

—Mantén tu mano sobre la mesa. La otra también, por favor.

Sus hombres, detrás de él, se tensaron.

El hombre obedeció, aunque de mala gana:

—Dile a tus compadres que se tranquilicen.

—Estamos todos tranquilos. Mientras mantengas tus manos donde podamos verlas, todos vamos a estar tranquilos.

—¿De Tisde, dijiste? ¿No es esa una pequeña ciudad en la frontera sur?

—Así es.

—Una ciudad hermosa. He estado allí. Cuna de guerreros. Cuna de magos.

—¿Eres tú Umanir ek’Uzdet? —Degoth ya sabía que era él, pero de todas manera seguiría los protocolos de captura.

—Así es.

—Tienes una orden de arresto.

—¿Cuál es tu autoridad, parche?

Degoth metió su mano por la abertura del cuello de su camisón, y sacó el medallón.

Umanir lo miró con curiosidad. Era un medallón circular, plateado, del tamaño de media

palma de una mano, con el grabado de un dragón escupiendo fuego, dos espadas en forma de X detrás.

—¿Un guerrero dragón? —preguntó el hombre—. Vaya, eso no me lo esperaba. ¿No estaban todos ustedes extintos, como los dragones mismos?

—Habemos todavía algunos —respondió Degoth.

—¿Y de qué se me acusa?

—Tu orden de arresto es por el pecado de herejía. Se te acusa de practicar la magia y hechicería, en contra del Edicto de Inshetabi, conforme a la ley de Argoth, ratificada por la reina, ley que no puede ser abrogada.

El hombre sonrió. Luego se rio, una risa grave y gutural:

—Ustedes… no tienen idea. ¿Cómo puede ser que nos maten a nosotros, mientras que a ustedes, los dragones, los dejan vivos? Los dragones son diez veces peor que cualquier hechicero. ¿Creen que pueden deshacerse de nosotros, como si fuéramos cucarachas?

—Mantén tus manos sobre la mesa.

—¿Como si pudieran aplastarnos? ¿Somos acaso insectos? No. Somos el futuro del reino.

Degoth percibió lo que estaba por suceder. Así que con un sonido metálico, desenvainó su espada. Sus hombres lo imitaron: tres desenfundando espada, dos tensando arco.

—¡Escúchame! —dijo Degoth—. Solo queremos capturarte. No queremos matarte. Podrás apelar al Concilio.

—¿Al Concilio? Primero muerto…

Sintió una presión en el aire en el preciso momento en que Umanir despegó ambas manos de la mesa. El aire a su alrededor adquirió peso, y lo presionó contra el suelo.

Un manipulador, pensó Degoth. *Un manipulador del aire.*

—¡Disparen! —gritó Degoth.

Los dos soldados dispararon la flecha prácticamente al mismo tiempo, pero el hechicero fue más rápido. Cruzó los brazos extendidos hacia ellos, mostrando las palmas, y las flechas que salieron dirigidas hacia su cabeza cambiaron en el aire el curso de su trayectoria. Una de ellas rozó peligrosamente el hombro del soldado a la izquierda de Degoth, y la otra flecha se incrustó en la garganta del sargento Hasket.

Maldijo y se abalanzó sobre el hechicero, pero aquél se puso de pie y, con un movimiento de las manos, la mesa se proyectó hacia ellos dando giros.

Alcanzó a agacharse, pero no así los soldados. La mesa le dio a tres de ellos, incluyendo a Hasket, que todavía no se desplomaba en el suelo.

Se puso de pie y lanzó un ataque diagonal sobre el hechicero, quien había ya producido una daga de tamaño mediano, con la cual repelió el ataque.

Un torbellino comenzó a formarse alrededor de Umanir. Pronto giraban en torno a él el tarro de cerveza, un par de cuchillos, un plato, y astillas de madera que se levantaban del suelo.

—¡Ríndete, hechicero! —gritó Degoth—. Ríndete y te perdonaremos la vida.

De la boca de Umanir brotó una voz gutural, demoniaca:

—Este es el principio. Esto es solo el principio del final. La gran revelación se acerca.

Con eso y un grito de bestia salvaje, se arrojó sobre Degoth, quien estaba preparado para el ataque, y con un movimiento rápido deslizó la mitad de su espada en el centro del pecho del hechicero.

—Muy pronto… —musitó Umanir, antes de desplomarse.

2. MISIÓN

DESPUÉS DE COMPROBAR que el hechicero había muerto, Degoth se acercó al sargento Haskins. Estaba en el suelo, inmóvil, con una expresión de sorpresa en el rostro, sin vida.

—Maldita sea —dijo Degoth, crujiendo los dientes.

Los otros cuatro soldados estaban vivos, aunque uno de ellos mal herido. La mesa le había golpeado la cara, y sangraba abundantemente de la boca.

Dio la instrucción a uno de los soldados a apresurarse al cuartel:

—Dile al comandante que tenemos al hechicero. Que traiga a los Iluminados.

Casi una hora después llegó el comandante Balzin con diez hombres, malhumorado por la hora.

—Así que lo encontraste, por fin —dijo el comandante.

—Por fin.

Balzin miró a Haskins, cuyo cuerpo estaba siendo cubierto, listo para retirarlo.

—Sucedió muy rápido —dijo Degoth—. Lo siento.

—Era un buen elemento.

—Muy bueno. Tenía futuro. ¡Maldita sea!

—Somos soldados. Los soldados mueren.

—De todas maneras…

El comandante cambió de tema:

—Los Iluminados no tardarán en llegar. No estarán contentos de que fuiste tú el que lo encontró.

—No me importa lo que piensen.

Como si los hubiera invocado, en ese preciso momento entraron a la taberna tres hombres con túnica de monje color rojo oscuro, un cinturón dorado ciñéndoles los lomos y en el pecho la insignia del Ojo Resplandeciente. Degoth se sorprendió al ver que uno de ellos era el inquisidor Nimud.

No estaba de humor para una confrontación con los Iluminados. Estaba cansado, y quería regresar a sus aposentos. Llevaba un par de meses siguiéndole la pista a Umanir, buscándolo por las cuatro ciudades del anillo, hasta finalmente encontrarlo en esa taberna maloliente. Hubiera preferido capturarlo vivo, aunque sabía que de haberlo hecho, habría sido difícil interrogarlo. La interrogación de los hechiceros estaba a cargo de los Iluminados, y eran celosos con ello. Sobre todo de un guerrero dragón como Degoth.

—¿Quién lo mató? —preguntó el inquisidor Nimud.

—Yo —respondió Degoth, de mala gana.

Nimud, que no lo había visto, levantó una ceja:

—Degoth tisdita. Vaya. No me sorprende.

—Un gusto verte a ti también, inquisidor.

Nimud se acercó. Tendría unos cincuenta y tantos años. Alto y fuerte, con ojos oscuros y piel

curtida por el sol. Llevaba un cordel delgado y dorado alrededor de la frente, como una corona, señal del inquisidor. Los Iluminados no iban armados, excepto los inquisidores, quienes en el cinto portaban una daga.

—¿Sabes que preferimos tenerlos con vida?

—Mató a uno de mis hombres, y nos atacó a todos.

—Un hechicero es peligroso. Pero muerto no nos sirve de mucho. No se puede interrogar a un muerto.

—Yo también lo quería con vida.

—Me parece difícil creer eso, capitán Degoth. Tu reputación es la de un hombre al que le gusta usar el filo de la espada. Uno diría que te gusta demasiado.

—Solo la uso cuando es necesario.

—Pues parece que siempre lo es para ti.

Degoth prefirió no responder. Aunque la Orden del Dragón había gozado gran influencia y poder en los siglos pasados, eran una orden en extinción. Eso a diferencia de los Iluminados, que desde el ascenso de la Reina Malbeth quince años atrás, gozaban del favor de la corona. Eso por diversos motivos, el principal siendo que el Gran Inquisidor era el consejero personal de la reina.

El comandante Balzin dijo:

—Ya es noche. Comencemos a limpiar esto. Inquisidor, ustedes se llevarán al mago, nosotros al soldado.

—Con mucho gusto, comandante —respondió el inquisidor, cordial.

Poco tiempo después, se llevaban el cuerpo del hechicero en un carretón, con destino al Monasterio de los Cuatro Vientos. Al soldado caído lo llevarían al cuartel, donde limpiarían el cuerpo y lo prepararían de acuerdo al dios que adoraba el muerto, para una ceremonia la siguiente noche.

El comandante se acercó a Degoth:

—¿Tienes alguna misión pendiente?

—No. Estoy a sus órdenes, si necesita algo.

—Bueno, pues ya que lo mencionas…

Degoth tenía una buena relación con el comandante Balzin, jefe del primer cuartel del sur de la ciudad. Argoth, la ciudad-imperio, era enorme. Una ciudad amurallada que inicialmente había sido construida sobre una colina rocosa. Eso en su fundación, 3500 años atrás. Desde entonces, sus límites se habían ido extendiendo, al igual que las murallas. El día de hoy era una ciudad laberintezca de callejones angostos, atiborrada de gente, por lo que había cuarteles salpicados en diversos sectores, los cuales se encargaban de patrullar y mantener la paz. Por supuesto, la armada de la ciudad no se daba abasto y el crimen muchas veces quedaba impune, sobre todo en los sectores pobres.

—El día de ayer me llegó una instrucción del mayor. Me pidió que me encargara personalmente y con mucho cuidado de una cuestión.

—¿Sí?

—¿Sabes quién es Furrek ek’Fardo?

—Un terrateniente.

—Sí. Tiene muchas tierras por todo el reino. Aparentemente ha recibido varias amenazas de muerte, y necesitamos investigarlo.

—Comandante, no me lo tome a mal, pero probablemente alguien más pueda hacer esa labor.

—Prefiero que lo hagas tú, alguien de mi confianza. Furrek está bien conectado. Aparentemente tiene muchos negocios con algunos miembros del Gran Concilio, y ya sabes

cómo es la política en este reino.

Era precisamente algo de que Degoth odiaba: la política del reino. Llevaban casi 420 años de paz, sin tener alguna guerra significativa excepto por una, veinte años atrás.

Los enemigos, tanto del norte como del sur, se habían alejado y no daban señales de querer regresar a enfrentarse a Argoth. Pero cuando hay paz externa, comienza la guerra interna, la guerra de influencia y dinero.

—Está bien. ¿Dónde lo voy a encontrar?

—A un día y medio de camino, rumbo a Zimireth. No quiero que vayas solo. Llévate a Dina. Ella sabe dónde es.

—Está bien —dijo Degoth, aunque internamente prefería ir solo. Sin embargo, desde hacía tiempo atrás que el comandante quería que Degoth mentoreara a la sargento Dina, nieta del comandante.

—Sabes que ella es capaz. Solo necesita alguien que la capacite.

—Está bien, lo haré, pero solo para esta misión.

—Muy bien.

—Pero si me da problemas, la voy a regresar.

Dina se había hecho fama de insubordinación.

—Tienes mi permiso —le dijo el comandante.

3. GRANERO

AL SIGUIENTE DÍA, se vieron antes de que saliera el sol, en el pórtico de la puerta de Salmaná, al suroeste de la ciudad.

Degoth se sorprendió al ver a Dina. La había visto hace quizás un año, pero la notaba diferente, cambiada. Seguía siendo delgada, pero más fuerte. El cabello café oscuro lo llevaban recortado a los hombros. Vestía el uniforme de soldado: túnica de lana azul rey que llegaba hasta la rodilla, coraza plateada con la insignia del reino (la cabeza de un halcón) a la altura del corazón, botas café. Sobre la cabeza el yelmo de sargento, que era sencillo, cubría el cuello y las orejas, pero no llevaba pluma, a diferencia del yelmo de capitán para arriba. Llevaba en el cinto una espada larga y delgada, como de esgrima. No era la espada reglamentaria del ejército. Tenía ojos azules y nariz puntiaguda.

Además de su fama de insubordinación, recordaba que era también una excelente espadachina.

Ella sacó un mapa y le mostró el lugar adonde iban.

—Creo que podemos llegar en un día, si no nos detenemos —dijo ella.

—De acuerdo. Llegaremos por la noche si cabalgamos sin parar. ¿Tu caballo aguantará?

—Sí, si vamos a buen trote.

—Muy bien, nos detendremos en unas seis u ocho horas. Descansamos, y continuamos.

—Bien.

Eso fue lo que hicieron. Una cabalgata larga, silenciosa. El paisaje, aunque más bien seco, tenía su hermosura. Sobre todo las colinas rocosas, no muy altas, que se asomaban a lo lejos. Cuando se detuvieron a comer —carne seca, nueces, y el vino aguado que llevaban en odres—, no conversaron. Degoth no era un buen conversacionalista, y por lo visto, Dina tampoco. A Degoth no era que los silencios le incomodaran; simplemente no le importaban. Por fortuna, Dina no era el tipo de persona que necesitaba llenar los silencios con conversación. Simplemente masticaron la carne, sumidos en sus propios pensamientos, dejando que los caballos descansaran un poco, para luego reanudar el viaje.

Pasaron por varios pueblos, todos pequeños, aglomeraciones de casas. Esos pequeños pueblos abundaban en el reino.

Finalmente llegó la noche, y siguieron el camino, orientados por las estrellas.

Tiempo después, Degoth detuvo su caballo y dejó que se emparejara Dina.

—Debemos estar cerca —dijo él.

—Sí. En cualquier momento veremos las luces.

Pero nunca las vieron. Más bien, llegaron a la hacienda, pero estaba todo oscuro. Ninguna lámpara encendida. Aunque ya era avanzada la noche, nadie dejaría su propiedad a oscuras.

—Quizás no están —dijo Dina.

—Pero ¿y el vigilante?

—Estará dormido.

—Puede ser. —Pero algo le decía que no era así. Algo andaba mal, y podía sentirlo. Por instinto, se llevó la mano al cinto, a la empuñadura de su espada. Ella hizo lo mismo.

—¿Conoces al terrateniente?

—No lo conozco bien, pero lo suficiente. Hace meses lo escolté, cuando visitó Argoth. Es una familia pequeña. Tres hijos, dos varones y una niña que debe tener unos cinco años.

Caminaron entre varios graneros, atentos a cualquier sonido. No se escuchaba nada excepto el silbar del aire. Decidieron no encender lámpara, sino continuar a la luz de las lunas.

Llegaron finalmente a la casa, una construcción de piedra, grande, al estilo sureño: grandes pórticos cubiertos de teja, ventanas redondas. La puerta principal, de madera de caoba, doble, estaba cerrada.

—Aquí hubo mucha gente —dijo Degoth señalando el suelo con el dedo índice.

Efectivamente, en la tierra podían percibirse muchos pasos, incluso cascos de caballos. La señales apuntaban hacia una conmoción, un pandemonio.

Dina tocó a la puerta, aunque no muy fuerte.

—Busquemos una entrada por otro lado —dijo Degoth.

Encontraron una ventana abierta por el lado izquierdo. Decidieron entrar por allí. Adentro encendieron ambos sus lámparas de aceite.

—El lugar está saqueado —dijo Dina. Tenía razón. Cosas tiradas por todos lados. Jarrones en el suelo, rotos. Vidrio desparramado. Unos banquillos, tirados. Incluso ropa por aquí y por allá, como si alguien hubiera salido apresurado con un montón de ella en las manos.

—Ladrones —dijo Degoth desenvainando su espada. La casa parecía vacía, pero no estaba seguro. Dina hizo lo mismo.

—¿Monstruos? —preguntó Dina, en referencia a los humanoides, comúnmente llamados monstruos por los humanos.

—Esta parece ser obra de humanos, de ladrones. Además, no huele a monstruo.

—Cierto.

—Busquemos cuerpos.

—¿Nos dividimos? La casa es grande.

—No —dijo Degoth—. Permanezcamos juntos.

No temía dejar a Dina sola. Era una soldado capaz, y de eso no le quedaba duda. Pero acababa de perder al sargento Hasket, y aunque no quería admitirlo, le pesaba emocionalmente. Incluso le pesaba no asistir al funeral.

No tenía pensado perder dos sargentos en menos de una semana.

Degoth se jactaba de su fortaleza, tanto interna como externa. Externamente era alto, fuerte, con una presencia segura que intimidaba. Su fuerza interna, en gran medida, venía de su entrenamiento como Dragón bajo el venerable maestro Slepten.

Pero ¿perder a dos compañeros la misma semana? No, gracias.

Como había dicho Dina, la casa era grande. Más grande de lo que aparentaba por fuera. Estuvieron inspeccionando cada habitación, pero encontraron todas vacías.

—Mira esto —dijo Dina inclinándose en el suelo.

La estancia era grande, un salón con una mesa de madera larga como para unas veinte personas. En el suelo había varias gotas de sangre.

—Son recientes —dijo Dina.

Tenía razón. Alguien había resultado herido no mucho tiempo atrás. No le quedaba duda que las amenazas al terrateniente finalmente se materializaron. Pero ¿dónde estaba él, su familia, sus criados? No se veían por ningún lado.

Cuando terminaron de inspeccionar la casa, salieron. Comenzaba a refrescar.

—Busquemos en los graneros —dijo él.

—Allí están los aposentos de los criados —dijo Dina, apuntando con la espada a una casa sencilla, como a un tiro de piedra.

La puerta estaba abierta, y vieron señales de violencia. Varias personas habían sido arrastradas fuera de la casa, y las huellas conducían a un granero específico, cerca de donde estaban.

Se acercaron. La puerta del granero, una puerta grande, estaba entreabierta.

Antes de entrar, Degoth se detuvo. Miró a Dina y le dijo:

—¿Segura que quieres entrar?

Los dos sabían lo que encontrarían adentro. Por lo menos tenían una buena idea. Por la expresión de su cara, entendió que ella también ya se había hecho la idea de lo que encontrarían dentro del granero.

Ella dijo que sí con la cabeza.

—Probablemente sea peor de lo que piensas —dijo él.

—Está bien —murmuró ella.

Entraron.

—*Oh, por los dioses…* —dijo Dina.

Era mucho peor.

4. CUERPOS

LOS CUERPOS DE los criados estaban amontonados en el centro del granero. Todos desnudos. Eran unos veinte en total.

De esos veinte, nueve pertenecían a hombres que habían sido decapitados, sus cabezas apiladas todas frente al montón de cuerpos, en una grotesca hilera que les daba la bienvenida.

Detrás del montón de cuerpos estaba la familia del terrateniente. Desnudos, también. Furrek ek'Fardo en el centro, su familia junto a él. A ella y a los dos hijos los habían atravesado en el corazón, pero con él la cuestión era diferente: solamente estaba su torso y su cabeza. Los pies y las manos no se veían por ningún lado. La cara del terrateniente denotaba una expresión de absoluto horror, como si le hubieran quitado los miembros lentamente, mientras estaba vivo. Degoth no dudaba que así había sido.

—Tiene algo en la boca —dijo Dina.

Como tentáculos salían de la boca de Furrek. Diez en total, pequeños, similares a las patas de una tarántula. Al acercarse vieron que eran diez dedos, de las dos manos faltantes del hombre.

Dina vomitó.

—Malditos salvajes —dijo Degoth, cuyo estómago también hacía sonidos extraños. Respiró hondo, y las náuseas pasaron. En sus años como guerrero vio cosas horribles, sobre todo en el campo de batalla. Veinte años atrás combatió con el ejército de Argoth en contra de los invasores del mar, quienes eran absolutamente sanguinarios. Por lo tanto, por órdenes del rey en aquel entonces, fueron inmisericordes con los invasores, cometiendo actos de barbarie los unos contra otros.

Degoth prefería dejar esos pensamientos atrás.

—¿Estás bien?

Dina escupió, luego dijo:

—Estoy bien. —Aunque su voz salió carrasposa.

—Tendremos que dar aviso y buscar a los responsables de esto —dijo Degoth—. Traerlos a la justicia. Esto es intolerable.

—Falta la niña.

—¿Cómo?

—La niña. La hija. Falta ella. Veo a la esposa y a los hijos, pero tienen una hija, pequeña.

Por el Creador, tenía razón.

—Debe estar por aquí. Hay que buscarla entre los cuerpos. Quizás entre los cuerpos de los criados.

—No, no lo creo —dijo Dina—. Los criados y la familia de Furrek están claramente separados.

De todas maneras, Degoth buscó entre los cuerpos, una encomienda horrible. Pero la sargento tenía razón, la niña no estaba por ningún lado.

—¿Se la habrán llevado? —preguntó Degoth en voz alta—. ¿Por qué?

—Tenemos que encontrarla. Si está viva, hay que ir por ella y recuperarla. Salvarla.

—Sí. La buscaremos. Y si está viva, la rescataremos.

—¿Quién pudo hacer algo así? Y ¿por qué matarlos a todos, excepto a la niña?

—Quizás se la quedaron como sierva.

—En todo caso se habrían llevado a los siervos, ¿no? Pero los mataron.

—No sabemos si los mataron a todos. De todas maneras, la persona que estuvo a cargo de esta masacre está claramente desquiciada. Puede que la haya raptado por razones puramente sádicas. No lo quiero ni pensar.

—Debieron habérsela llevado por alguna razón.

—Le encontraremos.

—Tenemos que hallarla, capitán. Es una niña pequeña. Espero que no haya visto todo esto.

—Eso espero —dijo Degoth, aunque en su mente pensó: *Seguramente lo vio todo.*

—¿Cómo la vamos a encontrar?

—Al amanecer iremos al pueblo más cercano, enviaremos una paloma para que el comandante esté al tanto de la situación. Luego comenzaremos a investigar en el pueblo mismo, estoy seguro que alguien sabrá algo. Esto tipo de cosas no suceden sin que alguien sepa algo.

—Buen plan, capitán.

—Pero tendremos que descansar, primero. Aunque parezca imposible hacerlo después de ver esto, si no descansamos un poco, terminaremos colapsando. ¿Lo comprendes?

—No estoy segura de poder dormir, pero lo intentaré.

Antes de salir del granero, Degoth inspeccionó cuidadosamente el suelo. Vio algo que le llamó la atención, y se puso de cuclillas. Era un montoncito de ceniza. Tomó un poco entre índice y pulgar, se lo llevó a la nariz, después a la lengua.

—¿Haz alguna vez probado tabaco de Nureph?

—¿De la isla?

—Así es.

—No, nunca. No fumo mucho. Pero he escuchado que es buen tabaco.

—Es excelente. De lo mejor en el reino. Es relativamente fácil distinguirlo por el ligero sabor a menta. Solo ligero. Es un tabaco dulce, pero no demasiado. Es perfecto, en mi opinión. Un buen balance de sabor. Pero no es tan fácil de conseguir, no el día de hoy.

Ella se acercó:

—Las cenizas… ¿es tabaco de la isla?

—Correcto. Alguien vació la pipa aquí. Y por las marcas de las botas, me da la impresión que una persona estuvo de pie en este lugar preciso, supervisando lo que sucedía en el granero.

—El responsable.

—Esa impresión me da.

—Tenemos una pista, entonces.

—Sí. Nos ayudará, espero, a identificar al jefe, o a uno de ellos.

—Nunca pensé que por las cenizas…

Degoth se puso de pie:

—Salgamos de aquí.

Salieron del granero, sin guardar las espadas, porque aunque el lugar parecía solitario, no estaban seguros de qué tan lejos se encontraban los asesinos. Bien pudiera ser que tenían algún espía vigilando la propiedad.

Decidieron que Degoth permanecería despierto para la primera vigilia, y Dina la segunda. Eso le daría, a cada quien, unas tres horas de sueño. Entraron a uno de los graneros, donde

amarraron los caballos y les dieron de comer y beber. Dina se acostó en un montón de paja, y él subió por una escalera interna hasta el techo. Desde allí vigilaría. Así, si algún enemigo se acercaba, tendría suficiente tiempo para percatarse de ello y decidir si lo mejor era pelear o huir.

Amaneció sin ninguna novedad. Estaba nublado y hacía frío, pues comenzaba el otoño. Degoth se puso el capuchón de su capa sobre la cabeza; una capa gruesa y color marrón oscuro. Hicieron fuego, allí dentro del granero, y desayunaron un poco de pan. Dina encontró una tinaja de latón con leche, la cual hirvieron para acompañar el pan.

Degoth sacó el mapa.

—Vaya —dijo Dina—. Ese es un buen mapa. Es más detallado que el que tenemos en el cuartel.

—Es mi mapa personal. Te pediré mantener su existencia en secreto.

—Cuenta con eso, capitán.

Los mapas eran muy importantes para la Orden del Dragón, así que los desarrollaban con la inteligencia de cada miembro de la Orden. De esa manera, los mapas a su disposición eran más detallados, en muchos casos, incluso que los que tenía el ejército. Pero ese mapa era un secreto guardado, que prefería no compartir. En el caso de Dina, hacía una excepción porque era su compañera de misión.

—El pueblo más cercano es este —dijo Degoth apuntando. Estaría quizá a una hora cabalgando, hacia el suroeste. Se llamaba Rindeel.

Se pusieron en marcha.

5. COMISARIO

LLEGARON A RINDEEL.

Un pueblo mediano. La gente ya andaba por la calle principal, de aquí para allá. Comenzaba a instalarse el mercado en la plaza central, que tenía un templo de buen tamaño a los cuatro dioses.

La religión de los elementos era la fe común del reino de Argoth. Normalmente la gente adoraba a uno de los cuatro dioses, pero en los pueblos era típico que en el templo se adorara a todos, con el rito común. Era en las grandes ciudades donde se edificaban templos destinados a un dios específico, con el rito y los sacrificios de ese dios.

—Vayamos primero a la taberna —dijo Degoth—. Buscamos allí información.

Los aldeanos los miraban entornando los ojos, en especial a Dina, por su uniforme de soldado. No les extrañaba que fuera una mujer soldado, pues muchas mujeres servían en el ejército. Sin embargo, al ser un pueblo pequeño, la ley no era guardada por el ejército sino por el comisario local y sus lugartenientes.

Entraron a la taberna y se sentaron en la barra. Su presencia causó un momento de silencio entre los comensales, que no eran muchos a esa hora del día. El barullo resumió.

Pidieron ambos un tarro de cerveza al tabernero, un hombre de barba larga y gris, muy delgado y encorvado.

—¿No reciben muchos forasteros por aquí?

—No en estas fechas —dijo el tabernero—. Cuando los peregrinos van a celebrar alguna de las fiestas, recibimos gente. Pero no ahora. Falta un mes para Dedicación.

—Ya veo.

—Lo que sí es que casi no vemos al ejército por acá. No que lo necesitemos. Tenemos un buen comisario.

—¿Supongo que el comisario supervisa el pueblo y su alrededor?

—Sí, desde aquí hasta el monte del diente.

—¿Y las tierras de Furrek ek’Fardo?

Al decir ese nombre, dos o tres personas dejaron de hablar.

—También, sí. Aunque Furrek tenía una cuadrilla de guardaespaldas.

—No me sorprende. Nos llegó un reporte que había recibido amenazas de muerte. ¿Sabrá usted algo sobre eso?

El tabernero se pasó la lengua encima de los dientes:

—Nada, no sabría nada.

—¿Alguien por aquí que me pueda informar?

—Pues… la hacienda de ek’Fardo no está lejos.

—No lo está, no.

—Seguramente él podrá informarle mejor.

—No dudo que podría informarme, pero no lo hará.

—¿No?

En ese momento la puerta de la taberna se abrió.

—¿Por qué no? —preguntó el tabernero.

—Porque Furrek ek'Fardo, su familia, y sus criados fueron brutalmente asesinados ayer por la tarde.

Se hizo un silencio de cementerio.

—¿Quién fue brutalmente asesinado? —preguntó un hombre de pie bajo el umbral de la puerta. Era quien la había abierto.

—Furrek ek'Fardo —repitió Degoth.

El hombre dio un par de pasos hacia adentro, dejando que dos de sus hombres entraran detrás de él. Llevaba un sombrero de ala ancha que parcialmente ensombrecía unos ojos oscuros y cara lampiña. Era alto, un torso ancho, y sobre su túnica descendía un medallón en forma de triángulo, plateado, señal que indicaba su posición como comisario.

—¿Muerto, dices? —dijo el comisario entre dientes, pues llevaba una pipa.

—Masacrado, diría yo.

—Ese es un evento desafortunado. Furrek era un hombre rico y respetado en nuestro pueblo, aunque no puedo decir que querido.

—Fuera o no fuera querido en el pueblo, fue ajusticiado. Y eso es ilegal en el reino.

El comisario lanzó un intento de risa:

—¿Ilegal? Podrá serlo. Pero de eso me encargo yo. Aquí la ley está bajo mi mando. ¿Tú quién eres o qué?

Degoth enseñó el medallón. Todos los ojos estaban sobre él.

Los ojos del comisario se abrieron grandes:

—¿Un dragón? ¿Aquí? Pensé que ustedes ya no existían.

—Existimos. ¿Y tú eres…?

—Comisario Kargat. No tienes autoridad sobre mí. A menos que tengas algún pergamino de autoridad, estás bajo mi jurisdicción. Así que puedes retirarte a… a donde sea que ustedes viven. Y llévate a la sargento contigo, que tampoco la necesitamos. Yo me encargaré de investigar la muerte del terrateniente.

—Quiero ofrecer mis servicios en la investigación.

—No será necesario, forastero.

—¿Es tabaco de Nureph?

—¿Qué? —dijo el comisario lanzando una bocanada de humo, sorprendido por el cambio abrupto de tema.

—El tabaco que fumas.

El hombre tomó la pipa en su mano, y escupió. Luego miró el hornillo de su pipa, como decidiendo si responder o no a la pregunta.

—¿Eso qué importa? —dijo.

—Me importa a mí. Soy un aficionado al tabaco. No es tan fácil conseguir ese producto desde la riña entre el gobernador de la isla con la corona. Política, ya sabrás.

—Política. Sí. Bueno.

—¿Estuviste ayer por la noche en la hacienda del terrateniente? —preguntó Degoth.

La cara del comisario se ensombreció:

—Ya dije que no, forastero.

—¿Y la niña? ¿Dónde está?

Al mencionar a la niña, al tabernero se le escapó un grito ahogado. Intentó disimularlo, pero

su ojo izquierdo temblaba apenas un poco con un tic nervioso.

—¿Cuál niña? —preguntó el comisario Kargat.

—La hija de ek'Fardo. No la encontramos entre los muertos.

El comisario se rascó el cuello. Esta era una conversación que no quería estar teniendo.

—Quizá no la buscaste bien entre el montón —respondió.

Al decir eso, Dina se llevó la mano a la empuñadura de su espada. Esa palabra, «montón», le había evidentemente llamado la atención. Una palabra extrañamente específica para un hombre que no había estado cerca del lugar del crimen.

El comisario y sus dos compañeros notaron el movimiento de la soldado, porque ellos también se llevaron la mano a sus espadas, aunque sin sacar el acero.

Degoth, por el contrario, recargo sus brazos sobre la barra, entrelazando los dedos. El comisario se relajó un poco.

—La buscamos bien, eso se lo puedo asegurar, comisario. Soy un hombre detallado. Meticuloso. Así que no, la niña no estaba allí. Por eso pensé que alguien sabía su paradero.

—Nadie aquí sabe su paradero —respondió en voz alta, asegurándose que todos escucharan —. Es más —agregó con una mueca, un intento de sonrisa—: ni siquiera recordaba que ek'Fardo tenía una hija.

Degoth miró a su alrededor, a todos los hombres en la taberna. Dijo:

—Pues si alguien sabe algo, recibirá una buena recompensa.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de recompensa? —dijo el comisario.

—Quinientos darís.

Los dos secuaces del comisario se vieron sorprendidos. Solo el hombre de la ley, o supuesto hombre de la ley, permaneció impasible. Quinientos darís equivalía a un año y medio de trabajo de un jornalero. Era bastante dinero.

—Mantendré los ojos y los oídos abiertos —dijo Kargat—. Por lo pronto, tú y tu novia pueden retirarse de nuestro pueblo. Como dije: nosotros nos encargamos.

—No te preocupes por nosotros, comisario. Haremos lo que nos plazca. Despreocúpate, nos sabemos cuidar.

Hubo silencio. Luego:

—Eso espero. Incluso en pueblos pequeños como estos, uno tiene que cuidarse las espaldas.

Dicho eso, el comisario y sus hombres se marcharon. Poco tiempo después, la taberna regresaba a la normalidad, todos intentando olvidar lo sucedido, aunque Degoth sentía las miradas furtivas que le lanzaban, en especial el tabernero, quien esperaba con ansias que se retiraran.

Dina se acercó y, asegurándose de que nadie escuchara la conversación, dijo:

—Es él.

—Sin duda.

—Tenemos que capturarlo. Interrogarlo. Encontrar la niña.

—Lo haremos. Pero no de una manera que se lo espere. Si tuviera que apostar, la niña está encerrada en la comisaría. A menos que…

—¿A menos que qué?

—Que esté trabajando para alguien más. Me da la impresión que es un hombre más acostumbrado a seguir instrucciones que a darlas. Eso lo tendremos que averiguar. Lo haremos hoy por la noche. Por ahora, vayamos al mesón.

Salieron de la taberna, tomaron un callejón a la derecha y continuaron por una callecilla angosta que corría paralela a la principal.

Alguien nos sigue, pensó Degoth sin mirar hacia atrás, hacia la persona que, efectivamente, los seguía.

6. RUMORES

EL MESÓN, UN edificio angosto de tres pisos, estaba en la plaza principal, al otro lado del templo.

Era un lugar pequeño, tanto así que la sala de estar no tenía comedor, solo un par de mesas vacías. El mesonero los recibió con mala cara. Probablemente ya se había enterado de lo sucedido en la taberna. Las noticias viajaban rápido en pueblos como este. No dudaba que el comisario había mandado decirle que había un par de forasteros que no eran bien recibidos en el pueblo.

—Dos cuartos, por favor. También, necesitamos que cuiden nuestros caballos en el establo.

—Estamos llenos, señor, lo lamento.

—Esto lo cubrirá —dijo Degoth poniendo una moneda de diez darís en la mesa entre ellos.

—Ah, sí, mi señor, eso lo cubrirá. ¡Rada! —gritó, y al instante asomó detrás de él un joven —. Mete los caballos de estos bueno señores en el establo.

—¿Aquí no sirven comida?

—No, mi señor, solamente en la taberna, o en el comedor del viejo Semdi. Pero si gusta, puedo traerles un poco de sidra y algunas nueces.

—Me parece bien.

El posadero se quedó allí, esperando alguna moneda.

—Los diez darís cubrirán un poco de sidra y nueces, ¿no lo cree, amigo?

—Sí, sí, claro —respondió el hombre, aunque decepcionado.

—Traiga tres tarros, por favor.

—A la orden, mi señor.

Les dio las llaves de sus habitaciones, y salió.

Se sentaron a la mesa, en un rincón del pequeño lugar.

—¿Tres tarros? —dijo Dina.

—Para ti, para mí, y para el joven que nos venía siguiendo.

Inmediatamente miró ella hacia la ventana abierta, esperando ver a alguien. Y efectivamente, una persona pasó por la ventana y entró al mesón. Los miró, titubeante. Tendría unos 25 años, iba bien vestido, con unos pantalones y botas negras, y un camisón café. Llevaba una espada corta al cinto, y un elegante sombrero con pluma verde.

—Siéntate, amigo —le dijo Degoth apuntando a una silla en la mesa donde estaban.

El joven obedeció, con mirada nerviosa.

En ese momento entró el joven, seguramente hijo del pasadero, al que llamaron Rada. Puso los tres tarros en la mesa y un cuenco con nueces. Degoth le dio un durán de bronce y le dijo:

—No quiero a nadie escuchando nuestra conversación. Díselo a tu padre. Si alguien lo intenta, me percataré de ello.

—No se preocupe, mi señor. Mi padre es un cobar… no se preocupe, mi señor. —Y se fue.

—Bien —dijo Degoth dirigiéndose al joven sentado frente a ellos—. Comienza por tu

nombre.

—Soy Grizne. De este pueblo. Mi familia, somos mercaderes.

—¿Venden prendas?

—Así es, señor mío. ¿Cómo lo supo?

—No es difícil, a juzgar por lo que llevas puesto.

—Ya veo —respondió, aunque sin comprender.

—Estabas en la taberna. Escuchaste lo que sucedió. Y nos seguiste.

Se quedó estupefacto. Luego:

—Eso hice. Escuché lo sucedido con Furrek ek'Fardo. Que fue asesinado.

—No solo asesinado —dijo Dina—. Fue masacrado con su familia y siervos.

—Dioses… tengan piedad —dijo él.

—Y tienes algo de información que quieres compartir con nosotros, ¿verdad? —preguntó Degoth.

Grizne miró en dirección de la mesa de recibimiento a la posada, que estaba vacía. Detrás de ella, una puerta cerrada.

—No hay nadie escuchando detrás de esa puerta —dijo Degoth—. Si alguien estuviera haciéndolo, podríamos ver la sombra por debajo.

Era verdad. La puerta no llegaba hasta el suelo, sino estaba un par de dedos por encima.

—Ek'Fardo es nuestro socio. Eh, era. Además, el comprador principal de nuestros productos. Pero debo decir que no era bien querido aquí en el pueblo. Una persona prepotente, con influencia sobre el alcalde. Un hombre maltratador, aprovechado… pero rico.

—Pero ¿matarlo de esa forma? —dijo Dina.

—Escuchen. Lo que voy a decirles, temo por mi vida, y por la de mi padre.

—¿Alguien te vio entrar aquí?

—Pienso que no.

—De todas formas, el mesonero te vio. Deberás, al salir de aquí, avisar a tu familia, que tenga cuidado.

—Lo haré. Vivo solo con mi padre, Garot. No tengo hermanos, y mi madre falleció hace tres años.

—Viniste a decirnos que el comisario está involucrado.

—Así es —respondió, de nuevo, sorprendido—. Pero no creo que todo haya sido idea del comisario.

—¿Está siguiendo órdenes de alguien?

—No tengo ni la menor duda que está siguiendo las órdenes del Profeta.

—¿El Profeta? —dijo Dina, inclinándose hacia adelante.

—Así le dicen. Vive en una pequeña fortaleza, no muy lejos de aquí, al sur. Es un hombre rico, aunque nadie sabe de dónde saca su riqueza. Tiene varios hombres a su servicio, unos treinta. Todos rufianes. Probablemente ladrones. El rumor es que su riqueza proviene del robo.

—¿Es un hechicero?

—Nadie lo sabe con certeza. Pero le dicen Profeta porque varias cosas que ha dicho, suceden.

—¿No ha tenido un encuentro con los Iluminados?

—Sí, pero eso fue hace unos cinco años. Vinieron, lo interrogaron, y lo dejaron ir.

—No encontraron evidencia de herejía.

—Aparentemente no. Desde entonces, ha ejercido cada vez más influencia sobre este y otros pueblos. Pero ek'Fardo no se dejaba dominar. Así que el Profeta tenía que hacerlo a un lado, eliminarlo.

—¿Y la niña? ¿Por qué se la llevaron?

Grizne se quedó pensando, no sabiendo bien cómo responder a esa pregunta.

—Hay algo extraño con esa niña, pero nadie sabe muy bien qué. Su nombre es Sumeda ek'Farrak. Su padre la cuidaba mucho. Era como si quisiera que nadie se enterara de su existencia. Había rumores…

—¿Qué tipo de rumores? —dijo Dina.

—¿Que tenía poderes?

—Sí, ese tipo de rumores. Pero nadie lo sabía por cierto. Se susurraba por allí que era agorera.

Degoth levantó las cejas. Eso podía explicar la razón por la que el Profeta podría quererla viva. Los agoreros tenían la capacidad de sentir la presencia de reliquias, y también de usarlas.

—Esa información nos es útil —dijo Degoth.

—Será mejor que regrese a la tienda, con mi padre.

—Hazlo. Y cuídense.

Cuándo el joven salió, Degoth le dio un largo sorbo a su sidra, y se echó varias nueces a la boca.

Aunque todo tipo de magia y hechicería —incluyendo la agorería— estaba estrictamente prohibida a lo largo del reino, la realidad era que la persecución era mucho más intensa dentro del «círculo»: se le llamaba así al territorio alrededor de las cuatro grandes ciudades, Argoth en el centro, Rubán-el al norte, Zimireth al suroeste, y Gabá al sureste. Pero incluso dentro del círculo, los Iluminados centraban su atención en esas cuatro ciudades, pues allí vivía la mitad de la población del reino, puesto que eran inmensas. No tenían la capacidad suficiente de extender su inquisición a todos los pueblos. Por eso muchos practicantes de la magia huían a otros lugares y mantenían un perfil bajo. Incluso las pequeñas reliquias no atraían siempre la atención de los inquisidores.

—¿Qué vamos a hacer, capitán?

—Permanecer en nuestras habitaciones hasta que caiga la noche. Al inicio de la segunda vigilia, saldremos, y visitaremos al comisario.

—No le va agradar nuestra visita.

—No, y mucho menos lo que tengo pensado hacer para sacarle la información que necesito.

7. ALIENTO

CAYÓ LA NOCHE.

Se vieron en la sala de estar.

Cuando salieron, la plaza estaba completamente vacía. Apenas caminaron tres pasos fuera del mesón y se escuchó un silbido, claramente una señal.

—Parece que nos estaban esperando —dijo Degoth.

De las sombras salieron cinco hombres, incluyendo el comisario. Era el único que llevaba su espada en mano, el resto de los hombres se acercaron con mano en la empuñadura. Dos llevaban linternas.

—Veo que no seguiste mis instrucciones, forastero —dijo el comisario Kargat.

—Hasta donde sé, todos los pueblos del reino son libres. No solo eso, sino que somos servidores de la corona.

—No me importa que sean servidores de la corona o servidores de la infratierra misma. Aquí están bajo mi jurisdicción.

—Amenazar a representantes de la reina es penado por la ley. Cualquier cosa que intentes en contra de nosotros pudiera llevarte a juicio e, incluso, a ser decapitado.

El comisario y sus hombres se rieron.

—Ustedes los capitalinos son todos iguales —dijo Kargat—. Piensan que pueden venir aquí y tratarnos como a estúpidos.

—Soy de Tisde.

—Pues lárgate de aquí y regresa a tu rancho, que no necesitamos a personas como tú, ni como ella.

—Hagamos esto sencillo —dijo Degoth—. Dime dónde tienes a la niña, y te perdonaremos la vida.

Esta vez fueron carcajadas las que hicieron eco en la noche.

—Ya me cansé. Acabemos esto —dijo el comisario. Ya tenían un plan de ataque, porque al decir eso, tres de sus hombres se acercaron con arma en mano.

Degoth y Dina desenvainaron espada, también. Degoth, además de su espada en la mano derecha, sacó su daga en la izquierda. Debajo de la capa, por encima de su túnica en su cadera, llevaba varios cintos que, además de su espada y daga, almacenaban navajas, ungüentos en pequeños frascos metálicos, un catalejo pequeño, una cerbatana, entre otras cosas.

Dos malhechores se abalanzaron sobre él, uno sobre Dina. De los dos que venían en su contra, el de la derecha, un hombre grande pero lento, le pareció el eslabón débil. Estaban ellos acostumbrados a que las personas les obedecieran con la pura intimidación de la fuerza bruta. Pero estaba seguro que ninguno era buen espadachín. Probablemente entrenamiento nulo en el arte de la espada, que se hacía evidente por la descuidada manera en que se acercaban.

No dejó que avanzara más; más bien, montó un ataque. Lanzó una estocada vertical que el grandote detuvo, pero sin perder tiempo y sin piedad, metió la daga dentro del vientre de su

oponente. Gritó, sorprendido, y atacó con un movimiento horizontal de la espada, la cual Degoth fácilmente esquivó deslizándose hacia atrás, inmediatamente montando un contrataque que el otro debió haber adivinado, pero por supuesto, no lo hizo. Degoth le clavó la espada por las costillas, y cuando cayó de rodillas, le rebanó el cuello con la daga.

Miró de reojo a su compañera, que estaba ya enfrascada en combate, pero supo que saldría victoriosa. Sus movimientos eran precisos, y aunque su atacante más fuerte, ella más hábil, más rápida. Era una danza en donde el hombre no sabía bailar.

Se concentró de nuevo en el atacante que quedaba, el cual sorprendido y, francamente, aterrado, veía a su compañero en el suelo, sin vida.

—Este es el momento en el que puedes huir —le dijo Degoth.

En lugar de eso, gritó furioso y atacó al guerrero dragón con un par de estocadas que defendió con facilidad. Degoth lanzó su espada de manera diagonal, descendiente, y cuando el otro se defendió, le clavó la daga en el hombro. Gritó de dolor.

—Te dije que huyeras —dijo Degoth al sacar la daga y clavarle el acero en el pecho. El hombre cayó al suelo, herido, gimiendo de dolor, así que lo sacó de su miseria hundiéndole la punta de la espada en la espalda.

En el momento en que pretendía ayudar a su compañera, ella sacaba su arma del vientre de su oponente, y terminó de matarlo al cortarle el cuello con tanta fuerza que lo decapitó.

Degoth apuntó al comisario con la daga:

—Sigues tú.

Kargat miró al otro; estaban solo ellos dos. Pero fueron más sabios que los tres primeros, pues se dieron la media vuelta y salieron corriendo de allí.

—¡Tras ellos! —gritó Dina.

—¡Espera! —dijo Degoth, pero ella ya iba tras los dos. Maldijo, y la siguió. Por supuesto que él también quería seguirlos, pero este era un pueblo que no conocían bien, y no tenían linterna, así que la oscuridad funcionaba en su contra.

Él era veloz, pero ella más. Corrió tras ella, con el sentimiento de que estaban poniéndose en un peligro y necesario.

—¡Dina, espera! —le gritó, pero ella no lo escuchó, o no le presto atención. Siguió corriendo detrás de los dos.

Dio vuelta a la derecha en una calle angosta, la cual se convirtió en una calle más ancha adoquinada. Alcanzó a ver que el comisario y el lugarteniente se dividieron, el comisario tomando una calle a la izquierda, el otro a la derecha. Dina fue tras el comisario, y Degoth decidió seguirla a ella en lugar de ir por el otro, pues no quería dejarla sola.

Pero cuando dio vuelta a la izquierda, ya no los vio.

—Maldición —dijo, corriendo. Llegó a una bifurcación. Se detuvo escuchar, le pareció que el sonido de las botas provenía de la izquierda. Sin estar seguro, se puso en marcha.

Nos van a emboscar, pensó. Eran estos errores que podían costarles la vida.

Entonces escuchó gritos de combate, y el chocar de espadas. Estaba quedándose sin aliento, así que respiró hondo y apretó la marcha.

Allá, al final de la calle, como a un tiro de piedra, en lo que parecía ser una pequeña plaza, estaba Dina enfrascada en combate contra el comisario y su lugarteniente.

Inteligentemente se habían separado solo para dar esa impresión, pero en realidad era una emboscada, como lo había temido.

Dina intentaba pelear solo contra uno, en lugar de contra dos, pero los atacantes hábilmente la rodeaban, buscando acuchillarla por la espalda.

La sargento gritó cuando el comisario la hirió por la cadera, por la abertura de su cota de malla.

En ese instante un tercer combatiente salió de entre las sombras, corriendo hacia Dina.

El tercero llegaría antes que Degoth.

Tres contra uno. Ella estaba perdida.

8. SUEÑO

PARA SU SORPRESA, el tercero, al desenvainar su espada, atacó al comisario, en lugar de a Dina.

Degoth no podía ver —debido a las sombras— quién era el que ayudaba.

Cuando Kargat se percató de Degoth, inmediatamente se dio a la fuga, dejando solo a su compañero, el cual intentó también huir, pero una estocada en la pierna lo hizo trastabillar y caer al suelo.

El rescatador era el joven Grizne, quien se acercó al que estaba en el suelo, pero dudaba qué hacer.

—Piedad, amigo —dijo el lugarteniente, en el suelo, levantando una mano, pero sin soltar la espada.

El guerrero dragón se acercó, el hombre hizo un intento de levantar la espada. Degoth le atravesó el pecho.

—No hay piedad para los impíos —dijo Degoth. Luego, a Dina—: ¿Estás bien?

Con las palmas se tocaba la herida, media encorvada por el dolor.

—No. Estoy sangrando.

Degoth se acercó para inspeccionar. Ella, un poco avergonzada, tuvo que tirarse al suelo, sentada.

—No parece ser muy profunda, pero tendremos que cerrarla.

—Mi casa no está muy lejos —dijo Grizne.

—Vamos a ella, entonces.

Tomaron a la sargento entre los dos, por los hombros, y efectivamente, la casa del joven no estaba demasiado lejos, aunque para cuando llegaron, Dina además de sudar profusamente, su cara se le tornaba blanca. La pusieron sobre la mesa.

Ella se avergonzó un poco cuando le quitaron la cota y le levantaron la túnica; aunque llevaba botas y mallas que cubrían desde las piernas hasta la cadera. La herida estaba justo a la altura de la cadera en el costado izquierdo, una rajada de unas cuatro pulgadas.

—Tráeme un cuenco con agua —dijo al sacar un ungüento de su cinto.

—Habrá que coser la herida —dijo Grizne.

—Yo tengo con qué. Trae también algo de vino fuerte, para ella.

———

Dina estaba dormida en un sillón, en la esquina del cuarto de estar. Roncaba levemente; debía estar exhausta y dolorida.

La casa de Grizne ek’Garot era grande para los estándares del pueblo. Evidentemente era una familia que le iba bien, o le había ido bien, como mercaderes. El salón de estar tenía una mesa para cuatro, y dos sillones largos. Además, una pequeña cocina. En la sala de estar, en uno de los

sillones, estaba Dina.

Había caído la noche.

—¿Tu padre, entonces, se retiró del pueblo? —pregunto Degoth.

—Así es —respondió el joven mercader—. Hoy por la mañana salió en la caravana rumbo a Dunë. Tenemos familiares allí. Ese pueblo está a unas diez leguas[1] de aquí.

—Muy bien. Bien hecho en convencerlo.

—No fue fácil. Mi padre es un hombre testarudo. Pero cuando lo puse al tanto de la situación, creo que entendió. Aunque se molestó bastante conmigo por haberme inmiscuido en esto. ¡Pero bien sabía que era necesario! Alguien tiene que hacer algo con respecto a ese «profeta».

—Algo haremos al respecto. Tenlo por seguro.

Grizne se puso de pie, fue a la cocina y regresó con un par de tazones con vino, además de carne seca y queso. Degoth le dio un sorbo. Era buen vino.

—¿La despertamos, para que coma un poco?

—No —dijo Degoth—, dejemos que descanse. Aunque por fortuna la herida no tocó el hueso, de todas maneras tendrá que sanar.

—¿Dónde aprendiste a coser heridas? ¿De algún cirujano, me imagino?

—Todo dragón sabe un poco de medicina. Es parte de nuestro entrenamiento.

Grizne se quedó pensativo. Luego:

—He escuchado diversas versiones sobre cómo uno se convierte en un guerrero dragón. Algunos dicen que la única manera es nacer dentro de un monasterio de la Orden. Pero otros, que se puede entrar siendo adulto.

Aunque a Degoth no le gustaba hablar demasiado sobre la Orden del Dragón, sobretodo cuando se sentía cansado, el joven mercader le caía bien.

—Varía. En mi caso, entré a los ocho años, como es habitual. Mi padre me entregó a los maestros del claustro, y fui novicio por doce años. Luego fui ordenado como guerrero.

—¿Eres cercano a tus padres?

—Nunca conocí a mi madre. Con mi padre siempre fui cercano. Me visitaba tres veces al año, de acuerdo a lo permitido por el Código.

—Las leyendas dicen que antiguamente había cientos de guerreros dragones por todo el mundo.

—Así fue. El número ha disminuido. Pero contrario a lo que algunos piensan, no estamos extintos. No todavía.

—Alguna vez soñé con ser parte… unirme al Camino. Por supuesto, mi padre se opuso tajantemente. En lugar de eso, me dio clases de esgrima. Para que aprendiera a defenderme.

—Pude notarlo.

—¿Sí? —preguntó, intentando disimular su emoción.

—Sí. En tu combate. Inmediatamente se nota cuando alguien ha tenido algún tipo de entrenamiento. ¿Tu padre fue espadachín?

—En su juventud llegó a ser sargento, pero dejó la armada cuando le amputaron la mano derecha, su principal. Incluso así, aprendió a esgrimir con la siniestra, y me enseñó.

—Tu padre… suena a que es un buen hombre.

—Un buen hombre, sí.

Evidentemente el joven quería seguir conversando, pero Degoth se terminó el vino de un solo trago, y agregó:

—Debemos descansar, pues saldremos antes de que asome el sol.

—Me parece bien.

Grizne se retiró al segundo piso. Degoth inspeccionó bien la tranca de la puerta principal y trasera, y revisó que las ventanas estuvieran cerradas con cerrojo. Tanto las puertas como las ventanas tenían buenos cerrojos, así que esperaba no fueran blanco de un ataque sorpresa por la noche; las puertas probablemente resistirían, pero las ventanas, eventualmente, no.

Intentaría quedarse despierto el mayor tiempo posible, puesto que Dina no podría ayudarle en la vigilia, y todavía no conocía lo suficiente al joven mercader para pedirle que montara guardia.

Se quedó allí, sentado a la mesa, fumando su pipa.

Estaba exhausto. En algún punto de la noche, dormitó.

Cuando abrió los ojos, estaba afuera de la ciudad, en el monte, rodeado por bruma.

Estoy soñando, pensó. Sintió una terrible premonición. Algo andaba mal con ese sueño.

9. PROFETA

DEBIDO A LA bruma que lo rodeaba, podía ver quizá unos quince pasos a su alrededor. Estaba en el monte, sí; bajo sus pies solo tierra, piedras, y algunos pequeños matorrales. Estaba completamente vestido, con espada y daga al cinto. Hacía frío.

Era un sueño vívido. Demasiado vívido.

Sacó su daga y, cuidadosamente, pasó el filo por la palma de su mano izquierda. Sintió el dolor de la herida, y un hilillo de sangre brotó. Tomó un poco de esa sangre con el dedo y se la llevó a la lengua. Sabía a sangre.

Maldijo. No era un sueño, sino una visión.

Sacó su espada, alerta, mirando a su alrededor.

Pero solo bruma.

Había tenido tres visiones en su vida. A diferencia de un sueño, la visión tenía correlación con la vida real. Si uno era herido en una visión, la herida podía, en algunos casos, reflejarse en la vida. De hecho, Plerinum el Sabio narraba una guerra llevada a cabo en visión, donde cinco mil hombres murieron. Murieron no solamente en la visión, sino que jamás despertaron. Incluso algunos de ellos los encontraron al siguiente día fríos por la muerte, pero con las heridas en su cuerpo, recibidas en la visión.

Sintió una presencia. Alguien lo miraba.

—¡Muéstrate! —gritó. Solo silencio. Así que exclamó de nuevo—: ¡Muéstrate!

Delante de él, al emerger de la bruma, se materializó una figura envuelta en un manto negro. Se acercó lentamente. No caminaba, sino que levitaba quizás un palmo por encima de la tierra, pero no lograba ver sus botas, pues quedaban envueltas en el manto pesado. Parecía, simplemente, desplazarse hacia él. Aunque el rostro lo tenía envuelto en la capucha, unos ojos de intenso amarillo brillaban en el rostro oscurecido.

La figura, o espectro, se detuvo a unos diez pasos.

—¿Estás conmigo o contra mí? —preguntó Degoth. La respuesta parecía obvia, pero con las visiones uno nunca podía estar completamente seguro. La primera visión que tuvo fue con un mensajero de los dioses elementales, una figura envuelta en llamas que lo dejó completamente aterrado. Uno no podía saber con certeza si se trataba de un mensajero de los dioses, o un siervo de los cuatro jinetes.

—He venido a verte, guerrero, para advertirte —dijo la figura.

—Muestra tu semblante. Hablemos cara a cara.

La figura echó para atrás la capucha. Era rostro de hombre. Cabello recortado, quijada cuadrada, y esos ojos amarillos. Un rostro inteligente pero, indudablemente, alguien acostumbrado a que se siguieran sus órdenes sin preguntar.

—No con frecuencia tengo encuentros con mis enemigos en visión —dijo Degoth.

El hombre, con las manos ocultas bajo el manto, sonrió:

—Quiero evitarme la pena de arrancarte el corazón y comérmelo.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Varragat. Pero me conocen como el Profeta.

Así que él era el Profeta. El que estaba detrás de la muerte del terrateniente y, probablemente, del secuestro de la niña, Sumeda ek'Farrak.

—Podrías haber enviado una paloma mensajera. No sé por qué la necesidad de tanto espectáculo —dijo el guerrero dragón—. Debes tener un intenso deseo de llamar la atención —agregó, burlón.

—Me gusta dar los mensajes en persona. Pero no me gusta salir, a menos que me vea obligado a ello.

—Dame a la niña, y olvidamos todo. Nos largamos de aquí tan pronto como me la des.

—Olvídate de la niña. La niña no existe.

—¿La mataste?

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa. ¿La mataste?

—Esa niña es más valiosa que tú, diez veces. Lárgate de aquí, y te perdonaré la vida y a la soldado. De lo contrario, te profetizo la muerte de tu compañía.

Degoth pensó en Dina, dormida, herida.

—Si no me la das a la niña, sana y a salvo, me aseguraré de clavarte a la pared con mi espada, hijo de infratierra.

—¿Crees que tu espada será suficiente para acabar conmigo? Muchos lo han intentado.

—Probarás el acero forjado en los hornos del dragón. Entonces veremos si esa sonrisa permanece en tu rostro mientras ardes en la infratierra.

—¿Arder? —dijo el Profeta con una mueca en el rostro, una sonrisa torcida—. Arder es lo que estás apunto de hacer.

El Profeta sacó las manos de su hábito. Una esfera de fuego se formó entre sus dedos, haló la esfera hacia sí mismo, y con un movimiento rápido, la lanzó.

La esfera surcó el aire a una velocidad vertiginosa, dejando una estela de luz detrás de ella, como un cometa. Apenas a tiempo, y gracias a reflejos agudos, Degoth se dio una voltereta por el suelo, girando hacia la izquierda por encima de su hombro para evitar clavarse la espada. Se quedó de cuclillas, mirando al hechicero, que ya formulaba un segundo ataque, generando una esfera luminosa en sus manos.

Así que era un manipulador del fuego. Y uno bastante bueno. La mayoría de los manipuladores podían solamente hacer eso: manipular un elemento ya existente. Lo tomaban de alguna fuente. En el caso de un manipulador de fuego, alguna antorcha, lámpara, o fogata. Pero el Profeta parecía estar generando fuego. Eso consumiría mucha de su energía interna. ¿O era solo una propiedad que le era posible gracias a la visión? ¿Algo que no podría hacer en la vida real? Como fuera, no tenía pensado averiguar lo que se sentía ser golpeado por fuego mágico.

Cuando la segunda esfera fue lanzada, ya estaba listo para ello. Usó su espada para bloquear el ataque, dispersando la flama con el filo de su hoja. Había pocas cosas que podían en contra del filo de una espada de un guerrero dragón.

El hechicero dejó de levitar, y plantó pies en tierra.

Está consumiendo mucha energía, pensó Degoth. *Crear el fuego lo está agotando. No puede levitar y al mismo tiempo manipular fuego de esa manera. No sin consumirse.*

Hora de atacar. Con un grito de guerra, corrió hacia Varragat.

10. FUEGO



El Profeta arrojó su capa por detrás de sus hombros y sacó la espada, una espada larga y delgada.

Al igual que la capa, iba vestido completamente de negro: las botas, la túnica larga, el cinto, los guantes. El único color diferente era el de la hebilla del cinto, de color dorado. Era un hombre fornido.

El ataque de Degoth fue contenido con determinación, fue una serie de cinco golpes que apenas hicieron retroceder al hechicero, quien contraatacó con tres tajos rápidos, dos verticales y un diagonal.

El guerrero dragón retrocedió tres pasos, porque los golpes venían con fuerza, y aunque la espada enemiga era delgada, era de buen acero, y el Profeta la sujetaba con ambas manos, dándole estabilidad al ataque.

—Te veo sorprendido, dragón —dijo el hechicero—. No solamente ustedes son entrenados en el arte de la espada.

—¿Sorprendido? Un poco. Pero a ti te veo cansado.

Degoth arremetió con la «danza del jaguar», una serie de tres estocadas hacia las piernas, después dos a la cara. El ataque fue sorpresivo, y aunque Varragat impidió el tajo en la garganta, Degoth alcanzó a rasgarle la túnica en el pecho, aunque no estaba seguro si tocó piel.

El Profeta hizo espacio entre ellos, dando un par de saltos hacia atrás. Se inspeccionó la herida con los dedos, primero palpando su pecho, luego revisando si había sangre.

—Si sales del infierno —le dijo Varragat—, nos volveremos a ver.

¿A qué se refería con *salir del infierno?*

La visión comenzó a difuminarse. El hechicero se tornó transparente, desapareció, e instantáneamente todo se volvió negro.

———————

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue el rostro en pánico de Dina, quien le gritaba algo.

Olía a humo.

—¡Despierta, capitán!

Se sacudió la cabeza y se sentó, desorientado.

—¿Qué pasa? ¿Nos atacan?

—¡Han prendido en fuego las puertas y ventanas!

—¿Qué…?

Tenía razón. Los postigos de las cuatro ventanas de la planta baja ardían, y las dos puertas, tanto la de frente como la de atrás, echaban humo por la parte inferior. Evidentemente pusieron aceite o leña y, si no salían pronto, quedarían atrapados.

Se puso de pie y dijo:

—¿Dónde está Grizne?

—¡Arriba!

—Voy por él. Intenta derribar la puerta con una silla.

Subió los escalones de cuatro en cuatro y llegó hasta el segundo piso. Mientras que la casa estaba hecha de adobe, el techo era de madera y teja, y ardía ya.

¿Cómo podía seguir dormido con la casa en llamas? Entonces escuchó un grito ahogado detrás de una puerta. La abrió y vio la razón por la que el joven seguía allí: una viga lo tenía aplastado contra la cama, a la altura de la cintura, e intentaba quitársela de encima, sin éxito.

—Te ayudo —le dijo Degoth. Por fortuna, la viga no cayó por completo encima de él, de lo contrario estaría muy herido; sino que al caer, un extremo se quedó atorado en la pared, mientras

que el otro llegó hasta el suelo, quedando Grizne medio atrapado.

El humo dificultaba ver, y si no bajaban pronto, se asfixiarían. Intentó primero levantar el pedazo de madera, pero estaba atorado.

—¡*Farjot!* —maldijo Degoth en la antigua lengua.

—No me lo puedo quitar, demasiado pesado —gritó Grizne, intentando con las manos levantar el peso un poco para poder deslizarse y salir.

El sonido del fuego se tornaba ensordecedor, y comenzaban a caer pedazos de techo peligrosamente cerca. Si uno de ellos le golpeaba en la cabeza, podría dejarlo inconsciente o, en el peor de los casos, matarlo.

—Mejor corre —le dijo el mercader—. No podremos.

Degoth sacó su espada y la puso entre la viga y la cama, haciendo palanca. Gruñó, poniendo toda su fuerza en ello, echando su peso entero hacia arriba. El acero de la espada se dobló por la presión, pero sabía bien que no se rompería, no esa espada. Cerró los ojos y, con una explosión de aire, la viga se levantó apenas y un poco, lo suficiente para que Grizne se deslizara por debajo.

—¿Puedes correr? —dijo Degoth jadeando, pero el joven ya emprendía la huida, así que le dio alcance. Bajaron las escaleras justo en el momento en que Dina lograba abrir un poco la puerta que sus enemigos habían atrancado por afuera. Así que con la ayuda de tres patadas, se abrió lo suficiente para que pasaran por la abertura, aunque en medio del fuego, por lo que se cubrieron con las capas (Dina y Degoth), y Grizne pasó con un grito por el calor y el fuego, pues traía solo un camisón largo de noche.

Del otro lado los recibió una pequeña turba de aldeanos que, asustados por el fuego, gritaban pidiendo ayuda. Algunos llegaban ya con cubetas de agua y las lanzaban a la casa en llamas. Una casa ardiendo era sumamente peligrosa en cualquier pueblo o ciudad, porque el incendio podía fácilmente extenderse a otros hogares y, en algunos casos, consumir el pueblo entero.

Los tres tosían con fuerza, y Degoth se tallaba los ojos.

Quienes habían prendido la casa en fuego seguramente permanecían cerca, por lo que era sabio mantenerse con cuidado. Si la suerte estaba de su lado, sus enemigos se habían alejado al llevar a cabo su cometido de intentar matarlos en ese infierno.

Pero no; la suerte, en esa noche, no parecía estar con ellos. Porque en la esquina vigilaba Kargat, rodeado por ocho hombres, algunos con antorchas, y todos con espada en cinto.

El comisario apuntó a los tres recién salidos del horno, y los ocho hombres corrieron hacia ellos sacando sus armas afiladas.

Degoth, por un pequeño instante, cuando vio al comisario, pensó que no se atrevería a atacarlos en medio de todos los aldeanos. Pero aparentemente no tenía pensado dejarlos salir con vida de esta. Al final, recibía instrucciones del hechicero, y estaba seguro esas instrucciones habían sido claras: los quiero a todos muertos.

Ocho hombres contra tres.

—¡No estoy armado! —dijo Grizne.

Momentos antes de la embestida, le arrojó su daga.

Cuatro atacaron a Degoth, dos a Dina, dos a Grizne. Kargat supervisando a la distancia.

Ya había luchado antes con esa desventaja. Pensaba que si el Patriarca, dios todopoderoso, se compadecía un poco de ellos, podría acabar con la vida de dos o tres, lo cual desmoralizaría al resto. Pero otro escenario era posible. Que mataran al mercader —que se defendía de dos espadas con una daga—, o a la sargento —que estaba herida—, y entonces la desventaja numérica aumentaría, incrementando también la probabilidad de su propia muerte.

No, no tenía caso el riesgo.

Lanzó una patada al que lo atacaba por el flanco derecho. Al que tenía en enfrente: una estocada fuerte que lo hizo retroceder. A un tercero le atravesó las costillas. Se defendió del cuarto, saltando hacia atrás, poniendo distancia.

—¡Retirada! —gritó Degoth—. ¡Cada quién por su lado!

Se dio la media vuelta y corrió tan rápido como pudo.

11. MUERTOS

AL DINA ESCUCHAR la instrucción de Degoth, un escalofrío le recorrió la espalda.

¡Retirada! ¡Cada quién por su lado!, había dicho.

Gracias a la adrenalina, ya estaba completamente despierta. Tuvo la previsión de tomar el cinto con su espada y daga antes de salir de la casa. Había dormido con túnica y botas, pero Grizne andaba descalzo.

Cuando salieron de la casa en llamas, el sentimiento de triunfo les duró poco, pues el comisario y sus sicarios los esperaban.

Dos la atacaron, con ímpetu, aunque no eran espadachines con mucho entrenamiento. Sin embargo, eran hombres grandes, fuertes, y aunque solo dos estaban contra ella, en total eran ocho. Sí, las probabilidades estaban en su contra, y la retirada era la mejor opción.

De reojo vio a Degoth y a Grizne emprendiendo la retirada, pero al percatarse de su intención, sus atacantes intentaron rodearla.

Si no me escapo ya, soy mujer muerta, pensó.

—Voy a comerme tu… —le dijo uno de los sicarios antes de que ella, con un ataque doble, le rebanara el rostro. La herida no lo mataría, pero le dejaría la cara desfigurada por el resto de su vida, con la pena además de haber sido vencido por una mujer.

No que fuera demasiado raro, una mujer soldado. De hecho, las mujeres en el ejército eran casi el 30%, quizás 40. Sus compañeras eran verdaderas guerreras, feroces y temerarias. Pero los hombres no podían evitarlo; ese sentimiento de superioridad ante el sexo femenino. Era su debilidad.

Aunque Dina no era grande, musculosa, o alta, le sobraba agilidad y destreza. Además, era una espadachina de primera. Por eso le gustaba su espada, un regalo de su abuelo. Parecía un estoque, pero con doble filo. Engañosamente delgada, porque era de acero resistente.

Cuando el camarada del desfigurado (quien yacía en el suelo, de rodillas, gritando, con la cara casi completamente roja y una herida de la que salía sangre a borbotones) la asaltó, pudo notar en su semblante, en cómo la miraba, ese sentimiento de desprecio hacia ella. Él era un hombre grande, con músculos poderosos, con una espada de hoja ancha y empuñadura elaborada que probablemente robó de algún lugar. Pero allí precisamente estaba su debilidad, pues al alzar el arma, ella le deslizó la punta por la barriga, haciéndole un corte terrible, profundo, mortal. Gritando una injuria, se desplomó, desangrándose.

En otra circunstancia, Dina le habría dado un golpe final, pero en este caso, prefirió imitar a sus compañeros y huir. Sintió una aguda punzada en su cadera, recuerdo de que estaba ya herida, una herida lejos de sanar. Mientras corría, pensó que sería un milagro si no se reventaban las puntadas. Pero en ese momento ¿qué importaba? ¿Qué era preferible, una herida, o morir atravesada por varias puntas de acero?

—¡Muertos! ¡Los quiero muertos! —escuchó gritar al comisario, ese maldito cobarde.

La persiguieron dos, pero uno de ellos, otro barrigón, se quedó atrás rápidamente. El

segundo, sin embargo, era un joven de unos veinte años, que llevaba un paliacate rojo en la cabeza y corría rápido.

No llevaba puesta la cota de malla, que se había perdido en el incendio, por lo cual corría con más facilidad y rapidez. Por el otro lado, sentía ya la sangre caliente que bajaba por la ingle.

Estaba decidida a no caer en un error similar al pasado, en el cual fue emboscada. No conocía bien el pueblo, pero tenía un buen sentido de la ubicación. No estaba segura sobre el punto de encuentro con Degoth, pero si tuviera que adivinar, estaría pensando similar a ella: ir a por los caballos, y salir de allí. Así que corrió en dirección noroeste, hacia el mesón.

El del paliacate, sin embargo, le pisaba los talones, y le gritaba maldiciones con respecto a lo que haría con ella cuando la atrapara, que incluía, nada sorprendentemente, abusar de ella.

Miró hacia atrás por encima de su hombro para estar segura de que solamente era perseguida por uno. Ya estaba lo suficientemente lejos de donde había comenzado la escaramuza. Además, al intentar perder a su perseguidor, dio varias vueltas en diversas callejuelas, por lo que le sorprendería mucho si otro había logrado mantenerles el paso.

Se giró, tomando al joven por sorpresa, que no esperaba repentinamente verla de pie defendiendo su posición. Intentó darle a él en las rodillas, pero justo a tiempo el joven dio un salto a la izquierda que apenas evitó el rozón.

Él se giró, y atacó. Las espadas chocaron, haciendo eco en las paredes cercanas.

—Te voy a rebanar el cuello, hermosa —le dijo, sonriente, confiado.

¿Cuántas veces había combatido contra hombres así? Era casi un estereotipo. Tanto, que le sorprendía la frecuencia con la que se topaba con personas que pensaban que, por ser una mujer delgada y hermosa —porque lo era—, podrían derrotarla con facilidad.

Eso siempre le hacía hervir la sangre, y le daba una fuerza extra. En ese momento le dejó de doler la cadera, porque todo su cuerpo, mente, y espíritu se centró en una sola cosa: acabar con el maldito que tenía a tres pasos de ella.

El ataque de la «flor de lis» consistía en dos estocadas semicirculares, una a la izquierda, otra a la derecha, luego una punzada recta, rápida. Eso fue suficiente para desarmar a su oponente e introducirle la espada por el pectoral mayor, cerca del centro, punzándole el corazón.

La cara de su oponente fue primero de sorpresa, luego de espanto. Se le cayó la espada, y se fue hacia atrás, golpeándose la cabeza con fuerza. Los ojos se le tornaron blancos, y comenzó a temblar, dando espasmos.

—Muérete en tu sangre —le dijo Dina.

Ahora sí, al mesón.

12. DAGA

LLEGARÍA PRONTO AL mesón. Dina se detuvo, y miró hacia el cielo. A juzgar por las estrellas, estimaba que estarían comenzando la tercera vigilia de la noche. Eso significaba que quedaban unas tres horas antes de que amaneciera.

Ya no corría, sino trotaba. Prefería no hacer ruido, para no llamar la atención. Las calles estaban vacías, excepto por algún mendigo o borracho tirado cerca de alguna taberna.

Maldición, la herida comenzaba a dolerle un poco más. Hacía presión con la palma de su mano para evitar el sangrado. No era mucho, pero de todas maneras tenía que atenderlo pronto.

Ella había crecido en la ciudad de Argoth. Así que la conocía bastante bien. Su abuelo, famoso herrero en su tiempo, fue quien la entrenó desde pequeña en el uso de la espada. No solo la entrenó a pelear, sino que la crió prácticamente solo, pues la abuela falleció cuando Dina tenía unos tres años. Nunca conoció a sus padres, quienes murieron en la «gran peste».

Al crecer con el abuelo, había querido ella ser una herrera. Pero nunca desarrolló los músculos necesarios para ello, además de que tenía una complexión naturalmente delgada. Sin embargo, fue una excelente asistente. A su temprana edad, ella misma se percató de la destreza que tenía con el uso de la espada, y fue allí cuando comenzó a considerar unirse al ejército. Su abuelo siempre la apoyó. Hasta el día de hoy.

Se detuvo. Allí estaba el mesón, a un tiro de piedra. Permaneció escondida en las sombras. No le sorprendería que el lugar estuviera siendo vigilado. Solo esperaba que los caballos estuvieran a salvo.

Entonces vio un pequeño destello de luz. Alguien, escondido en las sombras, cerca del mesón, encendía una pipa.

Te encontré, pensó.

Se acercó subrepticiamente, con daga en mano. El hombre le daba la espalda. Llevaba espada, pero en la vaina. No fue difícil aproximarse, tomarlo por el cabello y jalar la cabeza hacia atrás para rápidamente deslizarle la hoja de la daga por el cuello. Ni siquiera pudo gritar, solamente hizo algunos sonidos guturales, y cayó al suelo.

—Bien hecho, Dina —escuchó detrás de ella. Se giró sobresaltada, lista para defenderse, pero se trataba de Degoth, que la miraba sonriente.

—Estaba por hacer lo mismo —dijo él—, cuando te vi cruzar la calle.

—¿Y Grizne?

—No sé. Espero que piense igual que nosotros y llegue pronto. Hay que ir a por los caballos. No dudo que el comisario piense lo mismo y venga también en camino.

El portón de madera del establo estaba cerrado, pero las ventanas abiertas. Entraron por una. Dina se acercó a su caballo, y revisó las alforjas, que todo estuviera allí. No faltaba nada.

—Déjame ver la herida —dijo Degoth.

—Estoy bien.

—No. Déjame inspeccionarla.

Dina accedió.

—Estás sangrando.

—Un poco…

—No es poco. Tendré que suturar de nuevo. Por mientras, tengo algo que ayudará.

Degoth sacó de su alforja un frasco pequeño de vidrio, lo abrió y untó sobre la herida un ungüento espeso color gris. Ardió un poco.

—Esto evitará el sangrado por un tiempo —dijo Degoth—. Un bálsamo que preparamos los guerreros dragón.

—Tendrás que pasarme la receta.

—Algún día —respondió, evasivo.

—¡Degoth; Dina! —se escuchó la voz de Grizne al otro lado del portón. Habló fuerte, sin gritar.

—¡Espera, te abrimos! —dijo Dina, quitando la tranca y abriendo el portón. Entró el joven mercader.

—Parece que todos pensamos igual —dijo la sargento.

—Hay que apresurarnos, que vendrán para acá —dijo el joven.

—Tú necesitas algo de ropa —le dijo la sargento.

—Podemos salir del pueblo a una cabaña de la familia, a media legua de aquí, dentro del bosque, a las faldas del monte.

—¿Sabrán ellos la localización de esa cabaña? —peguntó Degoth.

—No lo creo, no. Podrían rastrearnos.

—No si somos cuidadosos —dijo Dina.

—En la cabaña tengo ropa y un par de espadas.

—Podemos ir allí para reagruparnos y pensar bien nuestro próximo paso.

Eso hicieron. Montaron cada quien un caballo. Dejaron un par de darís en un banquillo, pues tomarían un caballo extra para Grizne.

—Estarán revisando las salidas principales —dijo el joven—, pero síganme, los llevaré por otra salida.

Cabalgaron por la noche y con rapidez, para marcharse del pueblo lo antes posible. Si sus enemigos andaban a pie, no podrían alcanzarlos. Salieron del pueblo sin problemas.

Llegaron al bosque.

Se escucharon varios aullidos.

—Esos no son lobos —dijo Dina—. Es el aullar de los monstruos.

—No suenan cerca —comentó Degoth—. Así que apretemos la marcha.

—El bosque es espeso —dijo el mercader—. Síganme de cerca. Sí, hay monstruos en el bosque, pero rara vez atacan. La cabaña no está lejos.

—Pues qué esperamos —dijo Degoth.

13. PLANES

LA CABAÑA ERA pequeña, de un solo cuarto. Una puerta de entrada, y una sola ventana.

Amarraron los caballos afuera, y entraron con las alforjas. Adentro, una mesa con dos banquillos, una cama, y un buró. En la esquina una estufa de chimenea, hecha de ladrillo. Junto a la chimenea, colgadas en alto, un par de espadas, una de ellas algo oxidada.

Grizne sacó del buró una túnica y cinto, además de unas sandalias viejas. Tomó la espada que estaba en mejor forma.

Dina, a petición de Degoth, se acostó en la cama, y el guerrero dragón, una vez más, le curó la herida, y suturó los puntos abiertos. Le pidió que descansara, que durmiera un poco más, pero ella no accedió a eso. No tenía pensado cerrar los ojos pronto, porque la última vez que lo hizo, los abrió para encontrarse en medio de un pandemonio.

—Debí prever que nos atacarían —dijo Degoth—. Mi error fue dormitar. Vaya estupidez.

—Pero ¿cómo supieron donde estábamos? —pregunto Dina.

—Por el Profeta —dijo Degoth—. El Profeta está detrás de todo esto.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabe, capitán? —preguntó Dina.

—Tuve un encuentro con él. Su nombre es Varragat. Es un hechicero, manipulador de fuego. Agorero, también, a juzgar por la visión.

—¿Un encuentro? —dijo Dina, sentándose recta—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Tuve una visión. El Profeta intentó deshacerse de mí en la visión, pero no pudo. Seguramente, de alguna manera, vio también donde estábamos. Los tiempos funcionan extraño dentro de una visión. De alguna manera comunicó nuestra localización.

—Entonces podrá ver que estamos aquí —replicó Grizne.

—No, no a menos que tenga yo otra visión. Y no tengo pensado dormirme. E incluso si lo hago, hay maneras de preparar la mente y protegerla para una invasión como esa.

—¿Y entonces? ¿Qué sucedió en el sueño? —dijo el joven mercader.

—Un sueño no. Una visión. Son muy diferentes.

—Es verdad —dijo Dina—. No he tenido una, pero he leído los escritos de los sabios al respecto, y todos conocemos los mitos.

—No todos los mitos son verdad, pero una cosa lo es: lo que sucede en una visión puede repercutir en el mundo de la vida real.

—Merne nos salve —dijo Dina.

—El Profeta tiene a la niña, y no la va a entregar.

—¿Por qué la quiere? —preguntó la sargento.

—No lo sé. Pero me dijo que su vida valía diez veces más que la mía. Lo que significa que nuestras sospechas son ciertas. Hay algo en la niña que el Profeta quiere.

Grizne se rascó la barbilla:

—Probablemente es una hechicera, también. Tiene sentido. El Profeta debe querer usar sus poderes.

—Por eso estuvo dispuesto a acabar con su familia y todo posible testigo. No quería dejar a nadie que intentara recuperarla —dijo Dina.

—Nadie en el pueblo se atrevería —dijo el joven—. Todos temen al comisario, y mucho más al Profeta. La gente le teme más que a un gigante.

—Con más razón debemos recuperarla —dijo Dina—. Podríamos mandar un mensaje al cuartel y pedir refuerzos.

—Ya conoces la burocracia del reino —respondió Degoth—. Además, el comandante no querrá mandar un escuadrón de soldados cuando apenas y puede patrullar las calles. Y menos por una niña.

—Pero quizás es una hechicera poderosa —dijo Dina.

—Con más razón no querrá enviar soldados. Nos enviará a los Iluminados, quienes ya tuvieron un encuentro con el Profeta y decidieron que no era hechicero.

—Hay algo raro allí —resopló Dina.

—Sin duda —dijo Degoth—. Quizás Varragat supo encubrir bien su herejía.

—O los compró —dijo Dina—. Esos Iluminados, con suficientes monedas se hacen de la vista gorda.

Degoth se dirigió al mercader:

—Tú sabes dónde está la guarida del Profeta, ¿cierto?

—Sí. Vive en una antigua torre. Fue una pequeña fortaleza en tiempos pasados, pero está derrumbada. El Profeta se apoderó de ella, estaba abandonada. Vive allí desde hace algunos años.

—¿Cuántos hombres tendrá allí a su servicio?

—No lo sé. Unos veinte. Treinta por más.

—Muy bien. ¿Puedes trazarnos un mapa aproximado de la torre?

—Sí, puedo dibujarlo.

Degoth sacó carboncillo:

—Dibújalo aquí, sobre la mesa.

—Muy bien —dijo Grizne trazando primero un cuadrado—. El terreno está delimitado por una muralla de piedra, pero no es una muralla alta. Unos tres codos de altura, máximo. Además, está derrumbada en muchas partes, así que no será problema atravesarla. Dentro, en el centro, está la torre. Está también media demolida, aunque no dudo que la hayan reforzado. Tiene unos tres pisos de altura. Nunca he entrado, puede ser que tenga calabozo en un sótano. Además de la torre, hay un establo en la esquina suroeste, y otra construcción junto al establo, donde duermen algunos de los hombres, un dormitorio.

Se quedaron en silencio por un tiempo, mirando el croquis. Lo que le preocupaba a Dina, y pensaba que todos tenían lo mismo en la mente pero todavía no lo verbalizaban, era la diferencia numérica, y la incertidumbre al respecto. Podían ser veinte hombres, podían ser diez, o podían ser treinta. Intentar un rescate contra veinte hombres era ya casi un suicidio. Pero si eran más, la muerte segura. Podían intentar un ataque sorpresa, pero si se levantaba alarma, se encontrarían atrapados dentro de la torre.

—*Farjot* —dijo Degoth—. Necesitamos más hombres. Podemos ir y espiar la torre, para saber cuántos son, y tomar una decisión después. Si esperamos a que nos manden refuerzos, nunca llegarán. Y con el respeto debido a nuestro amigo, no creo que encontremos aliados en el pueblo.

—En el pueblo, no —dijo Grizne—. Pero fuera del pueblo… podría ser.

—¿Dónde? —preguntó Degoth.

—El viejo Palat y sus hijos. A tres horas de camino, a caballo. Es un mercenario. O lo fue, en su tiempo. Cazarrecompensas. Tiene cuatro hijos. Todos saben usar la espada y la daga. Por el precio correcto, podríamos convencerlo.

—¿Algunas vez has hecho trato con él?

—Sí, varias veces. Lo contratamos para darnos salvoconducto en ocasiones que hemos necesitado transportar mercancía valiosa. Nunca nos han quedado mal. Pero no son baratos.

—¿Dices que saben pelear?

—Saben pelear. Una vez nos atacaron ladrones, y los mataron a todos. No dejaron a ninguno vivo. Pero como dije, Palat es tacaño.

—Vayamos a buscarlo —dijo Degoth—, que no perdemos nada con intentarlo. No me importa que sea tacaño, mientras que sepa matar.

—Créeme, capitán. Él y sus hijos saben matar.

14. RELIQUIA

PALAT RESULTÓ SER un hombre enorme, alto y fuerte, con el vientre de uno que no ha padecido hambre. Una barba le caía hasta el pecho, roja, media descuidada. Llevaba el cabello, también rojo, trenzado.

Los miraba a los tres cruzado de brazos. Los había invitado a entrar a su hogar, una choza grande, redonda, de techo de paja. Estaba sentado junto a la chimenea, en un sofá cubierto de pieles. Sus hijos, de pie junto a él.

—Vamos a ver si escuché bien —dijo—. Quieren que vayamos a la fortaleza del hechicero, nos deshagamos de él, y rescatemos unas piedras preciosas.

—Así es —respondió Degoth. No le habían dado toda la información. En lugar de rescatar a la niña, le dijeron que el Profeta se había hecho de unas piedras de sumo valor para ellos, las cuales necesitaban recuperar. Sin embargo, el hombre de la barba roja miraba a Degoth con un ojo entrecerrado y cara de sospecha. Se olía la mentira.

—¿Y cómo rayos te robó a ti, un guerrero dragón, un montón de piedras preciosas?

—Los detalles no son importantes, ¿o sí?

—Lo son para mí —respondió, serio.

—Como bien lo sabes, sus hombres son bandoleros, ladrones, rufianes. Nos asaltaron en el camino, y preferí no dar resistencia. Estábamos rodeados.

—¿Y te perdonó la vida?

—Sus hombres, sí.

—Si te robaron, ¿cómo me vas a pagar? Si piensas pagarme con esas supuestas piedras preciosas, puedes largarte de una vez, que no te creo nada.

—Me quitaron casi todo. Pero llevaba algunas cosas bien guardadas, objetos de valor, también.

—Hmmm… —musitó—. No me gusta nada esto. He tenido antes un par de encuentros con ese hijo de la… —miró a Dina—, ese hijo de Shaigón. Podrá haber engañado a los Iluminados, pero no me engaña a mí. ¿Verdad, hijos míos?

—Verdad, padre —dijo uno de sus hijos, de pie a su derecha. Parecía ser el primogénito, pues al igual que su padre, era alto, fuerte, y con una barba roja. Solo que no tenía grasa en su cuerpo, sino puro músculo. Sus tres hermanos, hombres fuertes, también, no eran tan grandes como el mayor, pero daban toda la impresión de ser guerreros feroces.

—Ese hombre es un hechicero —continuó Palat—. Y generalmente no me gusta meterme con ellos. Porque tienen una ventaja sobre mí: la magia. Y la magia es trampa. Si voy a pelear contra otro hombre o mujer, quiero que sea acero con acero.

—Todos los hechiceros merecen la hoguera —dijo el primogénito.

—Así es, hijo mío. —Luego, dirigiéndose a Degoth—: Somos nosotros fieles adoradores de Merne, diosa del agua. Los herejes, a la hoguera. ¿Tú, dragón, eres ortodoxo?

—Adoro al Todopoderoso.

—Hmm… un sectario.

Degoth no respondió a eso.

—¿No adoras a otros dioses, de otras naciones o de otros tiempos? —continuó el mercenario.

—No.

—Hmm…

El hombre se quedó en silencio, pensativo. Degoth estaba casi seguro que les diría que no. Pero necesitaban la fuerza. No podrían asaltar la torre ellos tres solos. Y viendo al mercenario y sus hijos, no le cabía duda que tenían extensa experiencia de combate. Cada uno pelearía mejor que tres hombres al servicio del Profeta.

Ocho combatientes era ya una fuerza significativa, incluso en contra de veinte, quizás treinta. Si atacaban de noche, podrían usar la ventaja de la sorpresa para deshacerse de cuantos enemigos pudieran, hacer el rescate con rapidez y, de preferencia, acabar con el Profeta hechicero. Aunque en realidad, en la opinión de Degoth, eso era secundario. Lo principal era recuperar a la niña sana y a salvo.

—Todavía no hemos hablado de pago —dijo Degoth.

—Tienes razón, dragón. Y francamente, no creo que puedas pagarnos. La misión es peligrosa. Y mírame: ¿crees que me falta algo? ¿Que me falta dinero, comida, mujeres?

—No.

—¡No, correcto! —Lo apuntó con el dedo—. Pero tú me estás pidiendo que arriesgue mi vida y la de mis hijos en una misión que no nos importa. Las posibilidades de que varios de nosotros perdamos la vida son altas.

—¿Cuál es tu precio?

Palat lanzó una risotada:

—¡No puedes pagarme, dragón!

—De todas maneras, me gustaría saber cuánto dinero sería suficiente para convencerte de esta misión. Eres un mercenario. Tienes un precio en mente.

Palat miró a sus hijos:

—Este *jorgot* no se da por vencido. Está bien, guerrero. Por trescientos darís, lo haremos.

Dina aspiró aire.

—¿Qué…? —masculló Grizne.

—Tengo algo mejor que eso —dijo Degoth.

El mercenario levantó una ceja.

De su túnica sacó Degoth una piedra ovalada, de color negro, un negro intenso. Era un poco más pequeña que la palma de la mano. La extendió hacia Palat con la palma abierta.

—Una reliquia —dijo Degoth—. Una reliquia de gran valor.

El semblante del mercenario permaneció impasible, como de uno acostumbrado a jugar a las cartas y no dejar que adivinaran su partida.

—¿Cuál es su poder? —preguntó Palat.

—Encontrar agua —respondió Degoth.

Los ojos de Palat se abrieron apenas un poco. Se pasó la lengua por los labios. Una reliquia así era sumamente valiosa, sobre todo en el norte del reino, que aunque no era desértico, tenía sus lugares áridos. Encontrar agua no solamente era fundamental para la agricultura, sino que podía convertirse en un excelente negocio.

Las reliquias, por lo general, se mantenía en secreto. Solamente los templos las tenían a veces a la vista, pero siempre detrás de un relicario, generalmente vigilada por alguna guardia templaria, y resguardada de nuevo por las noches.

—Hagamos la prueba —dijo Palat—. Si me estás mintiendo, dragón, no saldrás de aquí, no me importa que seas miembro de la Orden.

—Haz la prueba.

Uno de los hijos trajo una mesa pequeña y la puso entre ellos. Debajo de la mesa, una cubeta con agua. Degoth puso la piedra encima de la mesa, con la mano extendida sobre la piedra, con la cubeta directamente por debajo de ella.

Casi inmediatamente, la piedra comenzó a vibrar. Temblaba sobre la mesa, indicando la proximidad del agua.

—Funciona, padre —dijo el hijo mayor, sorprendido—. Podría ayudarnos en los terrenos. Si encontramos agua, los venderemos al doble, triple, incluso.

Degoth tomó de nuevo la reliquia y la guardó en su túnica.

—Esa reliquia es muy valiosa —dijo Palat—. Vale más de trescientos darís.

—Y será tuya.

El mercenario se inclinó hacia adelante:

—Nosotros somos cinco. Ustedes tres. ¿Qué me impide, en este momento, pedir sus cabezas sobre un pico, y quedarme con la reliquia?

Inmediatamente Dina y Grizne se llevaron la mano a la empuñadura. Lo mismo hicieron los hijos del barba roja.

—Nada te lo impide, amigo Palat —respondió Degoth—. Pero puedes tener por cierto que la batalla será más pareja de lo que piensas. Si logras vencernos, lo harás perdiendo a tus hijos en el proceso.

—No lo creo —dijo el primogénito.

—Podemos averiguarlo. Pero hay otro detalle. La Orden sabe perfectamente que estoy en esta región, en misión. También saben que estoy en posesión de esta reliquia. Si me matas y la robas, ellos se enterarán, tarde o temprano. Y sabes bien que probablemente sea más temprano que tarde. Entonces te perseguirán, te perseguirán hasta quitarte la reliquia y la vida. Podrás esconderte en las esquinas más remotas del reino, pero siempre habrá un dragón persiguiéndote. No creo que quieras tener a guerreros dragón pisándote los talones.

El mayor de los hijos soltó, algo renuente, el pomo de su espada. Sus hermanos lo imitaron.

—Está bien, dragón —dijo el mercenario—. Iremos a por el hechicero, y le quitaremos sea lo que sea que te ha quitado. Ya no me importa. Pero al final, esa reliquia es mía.

—Será toda tuya.

El mercenario se puso de pie:

—Está bien. Saldremos por la noche. Y que los dioses elementales nos ayuden.

—Amén —dijeron sus hijos.

15. MONSTRUOS



Por la noche se reunieron alrededor de una mesa, los ocho. En el centro, un pergamino en el que Grizne dibujó el mapa.

—Bien, dragón, dinos el plan —dijo Palat.

—Luego te diremos si estamos de acuerdo —agregó el hijo mayor, de nombre Melat, suscitando risas de sus hermanos.

—Atacaremos a principios de la tercera vigilia, para asegurarnos de que estén dormidos, o que un buen número de ellos lo estén.

—Bien —dijo Palat.

Grizne tomó la palabra:

—Al sureste hay formaciones de rocas grandes. Podemos aproximarnos por allí para evitar ser vistos. Habrá algún centinela, así que estemos alerta.

—Melat tiene buena vista, y es el mejor arquero del reino —dijo su padre—. Pondrá una flecha entre los ojos de cualquier centinela.

—Haremos tres escuadrones —dijo Degoth—. Dos de ustedes se encargarán de cerrar las puertas de este lugar —apuntó—, que es el dormitorio. Luego le prenderán fuego.

—Con suerte, nos desharemos de varios de ellos así —dijo Dina.

—Ustedes tres, encárguense de eso —apuntó el mercenario con su cabeza a los tres menores, quienes asintieron, sonrientes.

—Nosotros cinco —continuó Degoth—, asaltaremos la puerta. Al entrar a la torre, nos dividiremos en dos grupos. El objetivo es encontrar las joyas. El que lo haga, tocará corneta, y saldremos todos de allí, de inmediato.

—¿Y si nos encontramos con el hechicero? —preguntó el mercenario.

—Lo matamos.

El mercenario asintió:

—No es fácil matar a un practicante de la herejía. Pero inmortales no son, y no sería la primera vez que me enfrento a un hechicero. Y puesto que yo sigo con vida, pueden adivinar la fortuna de los otros.

—Cabalgaremos hasta allí, pero dejaremos los caballos a media legua, para acercarnos con sigilo —dijo Degoth.

Melat se pasó una mano por la barba:

—Me sorprende, dragón, pero suena como un buen plan.

—Les espera una sorpresita —dijo Palat.

———————

Cabalgaron bajo la iluminación de las lunas y las estrellas. Iban a trote, pues llevaban buen tiempo. No tenía caso apresurarse.

Se detuvieron brevemente para comer algo, para tener energía, pero sin que el estómago terminara cargado. No querían eso, tampoco.

Comieron montados en los caballos, y naturalmente se dividieron en cinco y tres.

—Capitán —dijo Dina, asegurándose de no ser escuchada por los otros—. Cuando entremos a la torre y nos dividamos, ellos estarán buscando un tesoro, no una niña.

—Sí.

—¿Qué pasará si la encuentran? No sabrán que es lo que buscamos, y la pasarán por alto.

—Habrá que encontrarla nosotros, primero.

—Pero… ¿y si lo hacen ellos?

—La encontraremos nosotros, sargento.

—¿Qué haremos si nos enfrentamos con el hechicero?

—Escúchenme bien. Si aparece el Profeta, y probablemente lo hará, me lo dejan a mí. No quiero que ustedes entren en combate con él.

—Podemos apoyarte —dijo Dina.

—Sí, entre tres será más fácil.

—No. Es un hechicero poderoso. Buscará matarlos a ustedes, luego a mí, porque ustedes son los eslabones más débiles. Así que me lo dejarán. ¿Queda claro?

Dina abrió la boca, queriendo objetar.

—Es una orden, sargento. Grizne, si no estás dispuesto a obedecerla, dímelo de una vez.

—Como lo prefieras, capitán dragón.

—Bien. Que quede claro. Así lo prefiero. —Degoth entornó los ojos y, alerta, miró en dirección de los cinco—. ¿Huelen eso? Huele a…

Los gorgots —llamados así en la antigua lengua—, o monstruos —llamados así por la gente —, tenían un olor particular, como a carne en descomposición. Las leyendas y los anales de Plerinium el Sabio decían que, en los siglos olvidados, cientos de años antes de la fundación del reino, Diarín, diosa de la tierra, había creado los monstruos en respuesta al pecado de los hijos de los hombres. De las diversas especies de monstruos, los gorgots eran los más comunes. Eran humanoides, pues andaban erguidos, sobre dos patas. Llevaban la piel cubierta de pelaje gris, como de lobo, y sus rasgos eran similares: un hocico semejante a los lobos. Colmillos filosos, ojos rojos y grandes, orejas a los lados, puntiagudas. En las manos y patas tenían dedos que terminaban en garras largas y afiladas. Eran rápidos, inteligentes, y rara vez andaban solos, casi siempre en grupos de tres o más.

Degoth iba a decir: «Huele a gorgot».

———————

Dina gritó por instinto al ver a doce gorgots que emanaron de las sombras y atacaron primero al grupo del mercenario. Cinco de ellos, sin embargo, al advertir el otro grupo de tres, se separaron para atacar a Dina, Degoth, y Grizne.

Se escucharon gritos de sorpresa mezclados con el silbido metálico del desenvainar de las espadas.

El caballo de Dina relinchó, asustado, y por poco la tira de la silla. Uno de los monstruos se acercó a ella primero corriendo en dos patas, luego sobre cuatro, alcanzando una velocidad pasmosa, y brincó por el aire con un ladrido gutural salido de las llamas de ultratierra, enseñando los afilados dientes.

La espada de la sargento hizo un arco, alcanzando el cuello del animal con el tercio medio de su espada. El monstruo aulló, helándole la sangre. Lo hirió, pero no estaba muerto. Se recuperaba para montar otro ataque contra ella.

Por supuesto que había visto a monstruos antes. Incluso, peleado contra alguno. Pero los gorgots rara vez se acercaban a las ciudades grandes, y preferían merodear por lugares no tan frecuentados por los hombres. Al haber ella crecido en la ciudad, y siendo soldado de Argoth, no había tenido un encuentro con estos horrorosos animales desde hacía mucho tiempo. Además, los gorgots causaban un temor en cualquier aldeano, pues eran los frecuentes villanos de las historias que los padres (o abuelos) les contaban a sus hijos para hacerlos obedecer: «Si no me obedeces, te descuartizarán los gorgots».

El loboide esta vez intentó morder el vientre de su caballo, pero ella estaba lista. Agitó las riendas, y una segunda estocada encontró la cabeza del animal, justo en la nariz, un tajo profundo. El monstruo gimió, se llevó las manos a la herida, la miró con enojo, y salió ahuyentado.

Así, tan rápido como fueron atacados, los gorgots desaparecieron en la oscuridad de la noche.

—¿Están todos bien? —gritó Degoth.

Cuatro monstruos yacían en el suelo, muertos. Uno, herido, se retorcía, pero Palat descendió de su caballo y le cortó la cabeza con tres tajos.

—Estamos todos bien —dijo el mercenario—. Unos pequeños rasguños, pero nada serio.

—¿Dina? ¿Grizne?

—Bien —dijo ella.

—Bien —dijo él.

—Este fue un buen ensayo —dijo Palat, y lanzó una carcajada.

16. FLECHAS

HABIENDO DEJADO LOS caballos, siguieron avanzando hasta llegar hasta las formaciones rocosas. Eran montículos de roca rojiza que medían, los más altos, la estatura de dos hombres. Se movieron entre las rocas, como un laberinto, con las espadas envainadas. Un par de arqueros, incluyendo Melat, iban listos para deshacerse de cualquier enemigo.

Degoth había perdido su ojo izquierdo desde niño. La experiencia fue traumática. Sin embargo ahora, años después, no le importaba. Había aprendido a vivir con esa discapacidad. De hecho, la consideraba una ventaja, pues por fortuna, su ojo derecho tenía una vista aguda, además de la capacidad de adaptarse a la oscuridad con mucha facilidad. Gracias al Todopoderoso, con su ojo único era suficiente.

El centinela estaba sentado en la cima de un montículo. Degoth levantó la mano para que todos se detuvieran. Estaba dormido, así que no se percató de la presencia de ellos. Degoth se acercó a Malat y le apuntó al centinela. El tiro fue certero, justo en el pecho. El hombre murió en sus sueños, sin despertarse, sin hacer sonido alguno.

Finalmente llegaron hasta una planicie, y divisaron la torre, no lejos.

Era más grande de lo que había imaginado. Se levantaba imponente, e incluso medio derrumbada, y reflejando la luz pálida de la luna en sus paredes grises, conservaba algo de su antiguo esplendor. Seguramente perteneció a algún señor caballero en el pasado.

La muralla que rodeaba el castillo estaba derrumbada en tantos lugares que prácticamente solamente servía para delimitar el terreno. Reconstruir una muralla costaría bastante dinero, así que el Profeta no se había tomado el tiempo, o el dinero, para hacerlo.

—¿Están todos listos? —preguntó Degoth.

Empuñando las espadas, asintieron todos.

—Acabemos con esto de una vez —dijo Palat, con su voz ronca.

———

El corazón de Dina palpitaba con fuerza.

Ella era una soldado, sargento, buena guerrera. Pero esto se asemejaba más a lo que harían las fuerzas de élite del ejército de Argoth. Ella no había recibido entrenamiento a ese nivel. Aunque los hombres a su alrededor eran todos fieros luchadores, la desventaja numérica en la que se encontraban seguía poniéndola nerviosa.

Sin embargo, mientras corrían en silencio hacia la torre —imponente y majestuosa—, el sentido de nerviosismo comenzó a ser reemplazado por uno de expectativa.

No, pensó. *No voy a morir hoy.*

No estaba segura de dónde vino ese sentimiento de seguridad, pero lo recibía gustosa.

Cuando cruzaron la muralla, inmediatamente los tres hijos menores del mercenario trotaron hacia el edificio que parecía ser, sin duda, un dormitorio para los hombres del hechicero. Allí

dormiría en un buen número de ellos, pues la costumbre de los grandes señores era vivir ellos en el castillo, y los siervos afuera.

Los hijos de Palat venían listos para su misión. Llevaban sobre los hombros algunos barrotes, que usaron para atascar las puertas, que se abrían hacia afuera, por lo que fue fácil colocar los barrotes en el suelo, en ángulo, para que la puerta no pudiera abrirse.

Encendieron varias antorchas, rociaron el lugar con aceite, y pronto el lugar comenzó a encenderse.

Mientras tanto, ella y su grupo llegaron a la puerta externa de la torre. Escucharon gritos de terror que provenían de los dormitorios.

La puerta, por supuesto, estaba cerrada con un cerrojo que se abría con llave.

Por Merne, ¿cómo vamos a entrar?

Un boquete grande se abría en un extremo de la torre, pero estaba a una altura significativa, por lo que habría que escalar para entrar por allí, y no contaban con equipo para hacerlo. Tendría que ser con los dedos y los pies, y estaba segura de que esa sería una misión imposible para el enorme mercenario.

—Dame el hacha —le dijo Palat a Melat, quien le dio una que llevaba a la espalda. Era un arma con hoja grande, doble. Palat la introdujo en la ranura entre madera y piedra, y con tres estirones y un crujido fuerte, la puerta se abrió.

Dina se sintió contenta de estar en el mismo bando del mercenario. No querría estar en una pelea contra él, porque probablemente le rompería el cuello como a una muñeca de lana.

Los recibió una estancia grande, oscura, completamente vacía. Encendieron linternas: Degoth, Dina, y Melat. Frente a ellos una entrada sin puerta, un poco más grande. No tenían muchas opciones mas que continuar; y debían apresurarse.

El siguiente salón era enorme. Tenía una única salida frente a ellos, al otro lado del salón. Ese salón probablemente fue usado para grandes fiestas, incluso bailes. Dina se imaginaba aquel lugar en su tiempo de esplendor, con mesas, sillas, comida, pieles y trofeos colgados en las paredes, y decenas de voces comiendo, cantando, riendo.

Similar al cuarto anterior, estaba casi vacío, con una excepción importante. A la derecha e izquierda de ellos se alineaban varias mesas. No las habían visto al principio, por la oscuridad. Se percataron de ellas cuando iban casi a la mitad del salón.

Pero las mesas no estaban sobre las patas, como sería lo normal, sino de lado, recostadas, con el tablero en vertical.

—Maldición —dijo Degoth.

Dina entendió la razón por la que el guerrero dragón maldijo; la entendió momentos antes de que todo sucediera. La razón más probable por la que estaban acomodadas así era porque fácilmente esconderían a una persona detrás, y además proveerían protección en caso de un ataque desde la distancia.

Casi al mismo tiempo asomaron unas veinte personas de detrás de las mesas, la mayoría con arcos, algunos con ballestas.

La sargento, al ver la situación, sintió como si el alma se le saliera por la boca. Sintió una presión en el pecho al darse cuenta que estaba apunto de morir. Se preguntó cómo se sentiría el dolor de varias flechas en su cuerpo.

—¡Fuego! —gritó el comisario Kargat, quien llevaba una espada en mano, con la que los apuntó.

—¡Embosca…! —alcanzó a gritar Palat antes de que tres flechas se incrustaran en él, una en la espalda, otra en el vientre, y la tercera en el ojo derecho.

Melat primero dio un par de pasos hacia su padre, pero lo detuvo una flecha en la pantorrilla. Siguió, cojeando, gritando a su padre.

En ese momento entraron los tres hijos menores del mercenario, los cuales, al ver la situación, y en especial a su padre que caía de rodillas con un par de flechas extra recién introducidas en su pecho, gritaron de terror, de espanto, de estupefacción. Los tres corrieron, uno en dirección de su padre y su hermano, los otros dos intentando arremeter contra los arqueros que tenían más cerca. Uno de los mercenarios alcanzó a soltar una flecha que acertó en uno. Pero el intento fue fútil, pues las flechas finalmente los alcanzaron a los tres. El único que se salvaba, de los hijos de Palat, era el mayor, que sangrando avanzaba, y con un movimiento rápido levantó el arco y disparó. La flecha alcanzó a Kargat por debajo del cuello, soltó la espada, se llevó las manos a la herida, y cayó al suelo retorciéndose.

La marcha dificultosa de Melat fue bloqueada por tres de los hombres del Profeta, uno con ballesta y dos con espada. El de la ballesta disparó y le dio en el pecho, cosa no demasiado difícil considerando lo grande del blanco. Melat gritó e intentó arrancarse la flecha cuya mitad salía de sus costillas. Fue atacado primero por su flanco derecho, y dio un espadazo desesperado pero acertado, matando a su enemigo.

Dina, Degoth y Grizne corrían al otro extremo del salón.

Ella sintió un par de flechas zumbarle cerca, y Grizne arrojó un alarido cuando una flecha lo alcanzó detrás del hombro izquierdo.

Por la misericordia de los dioses, llegaron al extremo del salón. Cuando Dina miró por encima de su hombro, lo último que vio fue a cinco hombres clavando sus espadas sobre Malat, quien gritaba con una mezcla de furia y dolor, un alarido largo y desgarrador.

17. PLATO

CORRIERON POR UN pasillo largo, esperando en cualquier momento escuchar las voces de sus perseguidores.

—¿Cómo pudieron saber que veníamos? —jadeó Degoth—. Es imposible.

Lo mismo pensaba Dina. Fueron emboscados. De alguna manera, los esperaban. A menos que algún espía los hubiera visto desde la distancia, con tiempo suficiente para dar aviso a la torre y prepararse para su llegada.

Diosa mía, pensó, *los mataron a todos. ¡A todos!*

No es que sintiera compasión por Palat e hijos. Pero eran todos excelentes guerreros, y en cuestión de segundos perdieron la vida. ¿Qué les esperaba a ellos?

Lo peor es que al huir de la emboscada, en lugar de salir de la torre, se introdujeron más en ella. Lo cual significaba que salir sería difícil, o imposible. Las salidas estarían bien guardadas. Los cazarían a los tres como a ratones. Y ellos no conocían bien la torre, así que no había manera de esconderse. Estaban atrapados. La única opción que veía para salir con vida era rendirse y suplicar.

Llegaron hasta una puerta, y Degoth la abrió. Nadie del otro lado. Y curiosamente, nadie los seguía.

—¿Cómo vamos a salir, capitán? —preguntó Dina.

—No lo sé… No lo sé.

—Estamos atrapados. No conocemos las salidas. No tenemos dónde escondernos. Tenemos que rendirnos.

—Si nos rendimos, nos matarán. ¿No viste lo que hicieron con los otros?

—Pero si dejamos nuestras armas, quizás nos perdonen la vida.

—No perdonaron la vida de ek'Fardo, ni de su esposa, ni de sus hijos —dijo Grizne, que sudaba e ignoraba el dolor la flecha en su hombro—. Tampoco de sus siervos. No perdonarán la nuestra. Tenemos que encontrar al Profeta y matarlo a él. Si nos deshacemos del jefe, quizás nos dejen en paz.

—Puede ser —dijo Dina.

—Avancemos —ordenó Degoth.

Eso hicieron. Llegaron hasta un cuarto redondo, iluminado por una antorcha. Tres puertas de madera, dos de ellas cerradas. Abrieron la puerta, y frente a ellos unas escaleras que subían en caracol.

Comenzaron el ascenso. Este era el lugar perfecto para otra emboscada. Si los encerraban allí, estaban perdidos. Pero la escalera estaba en completo silencio, y semioscura.

—Quizás podemos encontrar una ventana y descender —dijo Dina.

—Lo podemos intentar. Pero a esta altura, un resbalón y nos quebramos el cuello —dijo Degoth.

—Pues no veo muchas otras opciones de escape.

—Me pregunto si la niña está en los pisos de arriba, o no. ¿Nos estaremos acercando a ella, o alejando?

—Pero, capitán, no la podremos rescatar. No quiero ser pesimista, pero lo único que nos queda es tratar de preservar nuestra vida.

Llegaron al final de la escalera. Otra puerta, ya abierta.

Entraron.

El salón era grande, aunque no tanto como aquel en donde perdió la vida el mercader y sus hijos. El techo estaría a unos veinte codos de altura. Lo iluminaba unas diez antorchas a lo largo de la circunferencia del salón. En el extremo opuesto, una mesa redonda, para unas seis personas. Sobre la mesa un pequeño banquete. Diversos cuencos con fruta, nueces, además de un plato con carne, y una copa de plata. Uno de los platos estaba tapado con una cubierta de campana, grande, como una bandeja usada para servir y mantener caliente un pavo.

—¡Bienvenidos! —dijo el Profeta, sentado detrás de la mesa, con la comida cercana a él.

Dina lanzó miradas furtivas a todo rincón del cuarto, pero no veía a ningún matón. Detrás del Profeta estaba una puerta grande, cerrada, y esperaba ella que en cualquier momento se abriera para dar paso a un pequeño ejército de soldados que los rodearía o, peor, los mataría sin más.

—Les ofrecería un poco de comida —dijo Varragat—, pero deben tener el estómago un poco revuelto después de perder a más de la mitad de su pequeño escuadrón.

Para sorpresa de Dina, Grizne gritó:

—¡Dónde está mi padre! —Y avanzó unos cinco pasos al frente, apuntando al hechicero con la espada.

Varragat, quien vestía completamente de negro, sonrió:

—¿Ya les dijiste, mercader? ¿Ya les dijiste que todo esto es tu culpa?

—¡Dónde está mi padre, maldito hechicero hijo de Shaigón!

—No fue muy difícil encontrar al padre del joven mercader —explicó Varragat—. Intentó escaparse de mí, y casi lo hizo. Pero lo interceptamos en una caravana, a dos pueblos de distancia. Lo traje aquí a mi castillo, y tuvimos una interesante conversación. Así que decidí visitar al joven mercader en una visión, e hicimos un trato. Él me diría sus planes, y en cambio, yo le entregaría a su padre.

Degoth maldijo en voz baja.

—No puede ser —balbuceó Dina. Así que esa era la razón. Los esperaban, y con mucha anticipación.

—Tuve que sacrificar a unos pocos de mis hombres; el centinela, y tres o cuatro del dormitorio. No les dije a ellos que ustedes vendrían. Necesitaba que mataran a unos cuántos, para que no sospecharan. Pero miren, todo salió a la perfección. Aquí están ustedes, visitándome. Qué agradable sorpresa.

Grizne se acercó todavía más al hechicero, aunque sin bajar el arma.

Dina miró a Degoth, y no le gustó lo que vio en su semblante. El guerrero dragón estaba pálido. Respiraba con fuerza, y tenía los ojos alerta. Intentaba controlarse, pero evidentemente todo se había salido del plan. Las cosas estaban muchísimo peor de lo que hubieran imaginado. Lo que podía salir mal, había salido peor.

—No te lo voy a repetir, hechicero. ¿Dónde está mi padre? Cumplí con mi parte, cumple con la tuya.

—Tranquilo, jovencito —dijo Varragat, condescendiente—. Yo soy un hombre de palabra. Si te prometí regresarte a tu padre, lo haré. Incluso, te lo he traído en bandeja de plata.

Tomó la campana por el aro, y la levantó, como un cocinero presentando un platillo.

Sobre el plato, la cabeza del padre de Grizne.

18. HUYE

ERA UNA ESCENA grotesca.

La cara contorsionada. Los dos cuencos estaban oscuros, pues le faltaban los ojos. Tenía la boca abierta, y dentro de ella algo metido que asomaba. El cuello, cercenado, con sangre seca debajo, en el plato.

Grizne estaba congelado de horror.

—Un hombre quejumbroso. Finalmente se me acabó la paciencia cuando me acusó de no darle buena comida. Así que decidí darle a comer un manjar: sus propios ojos. Trágicamente, se atragantó con ellos.

El joven mercader lanzó un grito prolongado de espanto, un grito que a Dina le heló la sangre.

—Grizne, tranquilo —le dijo Degoth.

Pero el joven mercader no hizo caso pues, con un grito de rabia, se precipitó contra el hechicero.

—¡Grizne, no! —gritó el guerrero dragón, pero sin perseguirlo—. ¡Detente!

Dina se quedó inmóvil. No sabía qué hacer. Cuando iba a dar un paso al frente, Degoth la detuvo con la mano. Por un lado, el mercader los había traicionado. Entendía la razón, ¿quién no haría cualquier cosa por su padre? Pero, por el otro lado, era parte del grupo, y ella sentía la necesidad de defender a los suyos, en especial después de haber perdido a los mercenarios. Pero esta no era la manera de vencer al Profeta. Él tenía todo bien calculado, y un ataque así, sin ningún tipo de planeación, era un terrible error.

Grizne estaba a unos diez pasos de Varragat cuando este se puso de pie, extendió su mano hacia una de las antorchas, y luego hacia Grizne. Una llamarada se desprendió de la antorcha y se estrelló en los pies del joven mercader, quien trastabilló y cayó al suelo, con la espada deslizándose frente a él. Inmediatamente, a gatas, se apresuró para recuperar su acero, pero el Profeta fue más rápido. Tan rápido que dejó a Dina aturdida. El hechicero dio tres zancadas, desenvainó su espada y, antes de que Grizne pudiera tomar la espada, el filo descendió sobre el cuello del joven, decapitándolo.

Dina se sintió mareada.

Unos pequeños puntos luminosos aparecieron en su vista, y por un momento se oscureció su vista periférica.

No me puedo desmayar, pensó.

No se sentía así por haber presenciado la muerte de Grizne, sino por la acumulación de los eventos en la última hora. Por la desesperación de no poder hacer nada al respecto. Por la incertidumbre de lo que sucedería a continuación.

Varragat se inclinó, tomó la cabeza por el cabello y la levantó como un trofeo, con la cara hacia ellos, la sangre chorreando. Los ojos y la boca de Grizne todavía se movían un poco, reflejos de los músculos. Tenía una expresión de sorpresa que se convertía en una mueca digna

de la peor de las pesadillas.

Una carcajada emanó de las tripas del hechicero, un sonido gutural, fuerte y prolongado.

—Miren nada más —dijo viendo la cabeza—. ¿Quién lo hubiera pensado? Padre e hijo, muriendo de la misma manera y por la misma espada. Esto sí no lo había planeado, pero me gusta.

—Dina —dijo Degoth.

Ella lo miró.

—Huye.

—¿Qué?

—Huye. Déjamelo a mí.

—Pero… no puedes…

La tomó por los hombros y la sacudió:

—Si te quedas, morirás. Te estoy dando una orden. ¡Huye! ¡Sal de aquí, *ya*!

Ella dio tres pasos hacia atrás, pensando en que era la última vez que vería a Degoth. Se dio la vuelta, y salió por la puerta por la que entraron. Comenzó a bajar las escaleras, pensando: *Encontraré a la niña. Aunque muera en el intento.*

———————

—La estás mandando a su muerte, de todas formas —le dijo el Profeta a Degoth—. No podrá escapar de la torre. Mis hombres están por todos lados. Mi comisario la matará.

—Kargat está muerto.

Varragat entornó los ojos.

—¿Te mentiría sobre eso? Yo mismo lo vi caer.

El semblante del hechicero se ensombreció.

—De todas maneras, ella morirá.

—La subestimas —respondió.

—No, dragón, tú la sobrestimas. Y a ti mismo, también. Todo esto es producto de tu propia vanagloria. ¿Pensaste que podrías venir aquí, a mi castillo, a mi fortaleza, y tomarme por sorpresa? ¿Y para qué? ¿Para recuperar a una niña que no tiene relación contigo?

—Debes ser muy ignorante, hechicero. Deberías saber la razón por la que existe la Orden del Dragón. Existe para deshacernos de personas como tú. Y rescatar a personas como Sumeda.

—Ustedes… —dijo Varragat con desprecio—. Siempre se han creído superiores. Pero no son nada. La Orden no es más que un puñado de ineptos, de intento de guerreros. Se jactan de ser una orden antigua, pero palidecen en comparación con nosotros. Los hechiceros hemos existido desde el principio de los tiempos, miles de años antes de los dragones. Somos los herederos de los dioses y de los cuatro caballeros. Solo ellos tienen más poder que nosotros, y eso cambiará. Eso cambiará, dragón. Esto es solo el principio, el principio del final. El principio de la revelación final.

Lo mismo dijo Umanir, pensó Degoth. Respondió:

—Desde nuestra existencia, nos hemos encargado de mandar al calabozo a los que lo merecen. Sin importar quién es sean, hechiceros o no.

—¿Sabes cuántos dragones han perecido a manos de magos y hechiceros? Me atrevo a decir que la mayoría de sus muertes es por nosotros. Lo mismo sucederá hoy, contigo.

—Si te deshaces de mí, vendrán otros después de mí. La Orden no estará satisfecha hasta vengar mi sangre.

Al hechicero no le gustó escuchar eso. ¿Quién quería tener a los guerreros dragones detrás?

—Te daré una última oportunidad, dragón. Rinde tu espada, y te perdonaré la vida. Te dejaré salir de la torre junto con tu mascota, tu novia.

—Prefiero dejar mi suerte al soberano Todopoderoso.

Degoth lanzó su daga con fuerza. Un movimiento de la mano bien practicado. Esta giró por el aire y se clavó en el hombro de Varragat. Se habría clavado en su pecho, pero él logró moverse a última instancia, evitando la herida mortal. Gritó de dolor, tomó la daga por la empuñadura, se la sacó del cuerpo, y la lanzó al suelo.

Degoth se acercó a su enemigo, con la espada lista, alerta. Predeciblemente, el hechicero usó una antorcha como fuente de poder para lanzarle una esfera luminosa, la cual Degoth esquivó. Una segunda le pasó cerca de la oreja, y la tercera le pegó en la espalda. Su capa gruesa amortiguó el golpe, y el fuego no encendió su ropa.

Chocaron las espadas, lanzando chispas. Degoth sabía que el hechicero no podría lanzar llamaradas de fuego de manera indefinida, porque se necesitaba energía interior para hacerlo, y esta se agotaba con el uso. Cuando un mago usaba su magia, la energía interna se reducía, de la misma manera que sucedería al combatir con alguien. Mientras más magia se usaba, la persona se iba cansando, perdiendo fuerza. La energía que gastaba dependía del tipo de hechizo usado. Algunos hechizos gastaban mucha más fuerza que otros, como levitar, que era casi imposible para la mayoría. En otras palabras, mientras el hechizo fuera mayor, usaba más fuerza interior.

Varragat era buen espadachín, bloqueando los ataques de Degoth, y contraatacando con vigor. Pero no era mejor que el guerrero dragón. Degoth se había sometido al entrenamiento más riguroso del planeta, entrenando por días enteros las diversas técnicas de ataque y defensa. Su espada no era tan solo un arma: era como un miembro de su propio cuerpo.

El Profeta lo sabía bien. Si esta escaramuza se llevaba a cabo tan solo al filo del acero, perdería. Así que saltó hacia atrás dos, tres, cuatro veces y, con más distancia entre ellos, levantó una mano. De las tres antorchas más cercanas a él salió una estela luminosa que se concentró por encima de su palma extendida, formando una esfera de luz grande, la cual lanzó en dirección a Degoth.

Él intento esquivar, pero no pudo. El golpe fue más fuerte de lo que esperaba, y lo lanzó hacia atrás dando tumbos. El golpe fue tan fuerte que perdió el aire, con un par de segundos terribles sintiendo como que se ahogaba, mientras el hechicero se abalanzaba sobre él, con la espada en alto y un rictus en el rostro.

—*¡Muereeeee…!* —gritó Varragat, haciendo descender el filo.

19. PUERTA

DINA ESTABA POR llegar al final de la escalera cuando su salida fue bloqueada por dos. Se sorprendieron al verla, pues había descendido con cautela y en silencio.

Al primero lo atravesó con la espada y le dio una patada en el pecho. Cayó encima del otro, que se fue dando tumbos unos cuatro escalones abajo. Antes de que pudiera recuperarse, Dina se deshizo de él con un par de estocadas encima de la cadera y una en el cuello.

Llegó al cuarto redondo. La puerta de la derecha, anteriormente cerrada, estaba abierta. Se adentró. Un corredor largo, iluminado por una sola antorcha.

Al final, a una entrada sin puerta.

—¿Qué demonios? —dijo un hombre, sorprendido de verla entrar. Eran tres. El que tenía más cerca le daba la espalda, así que antes de que se diera la vuelta, le enterró el filo. Al segundo, que torpemente sacaba su arma que para su desfortuna se atoró en la vaina, lo ejecutó con facilidad.

El tercero, sin embargo, era más joven, alto y musculoso. Llevaba puesta una túnica sin mangas que le dejaba presumir sus brazos tatuados. Ya tenía la espada en mano y sacaba la lengua, a la expectativa.

—Qué hermosa eres —le dijo—. Me encantan las mujeres guerreras. Me excitan. Ya quiero tenerte.

—Cuando te desarme —le dijo—, te voy a cortar la lengua desde adentro, desde el cuello.

Él atacó primero, pero ella se defendió. Golpeaba fuerte, pero sin técnica. Pura fuerza bruta. La fuerza podía ser una gran ventaja en una batalla, pero la técnica siempre sería mejor.

Dina, al bloquear, lanzó una patada circular a la cabeza, rotando sobre su talón izquierdo, y girando su pie derecho por la espalda, para conectar con el talón en la nuca del sicario. El golpe lo aturdió, pero no fue lo suficiente para dejarlo fuera de combate. Enfurecido, resoplando fuerte como un toro, redobló su asalto, dando mandobles diagonales que ella esquivó unos, bloqueó otros. Pero cada golpe de la espada la hacia retumbar por dentro. Fue luego él quien dio una patada, pero de frente, y le dio justo encima de la espinilla izquierda. Un calambre de dolor le subió por el cuerpo y le dejó la pierna dormida.

Maldición, pensó.

Al verla trastabillar, él levantó la espada con las dos manos, y ese fue su error. No calculó la longitud de la espada de Dina, pues era una espada larga. Ella se deslizó hacia adelante, ignorando el dolor en su pierna, con temor de tropezarse, pero logró cortarle las dos muñecas a su atacante, quien aunque no perdió las manos, sí perdió la espada. Cayó de rodillas con un alarido, y Dina le dio un puntapié en la quijada, con toda su fuerza. Se desplomó en el suelo, y por un momento pensó que lo había matado con la fuerza del porrazo, pero abrió los ojos y escupió sangre.

—Escúchame bien, hijo de la infratierra —dijo Dina al ponerle la punta de la espada en su cuello, presionando lo suficiente para sacarle sangre—. No tengo intención de matar a nadie más.

Estoy cansada. Si me dices dónde está la niña, te dejaré ir.

—No me dejarás ir. No lo harás. —Unos momentos antes había sido muy valiente, pero ahora sus ojos la miraban con miedo, mientras se palpaba las heridas en las muñecas.

—Te dejaré ir.

—¡Júralo por los dioses!

—Lo juro.

El hombre apuntó con su índice a una puerta.

—Allí —dijo—. Está allí.

Dina le corto el cuello.

—Los dioses me perdonarán por deshacerme de alguien como tú —dijo.

20. MANIPULADOR



Degoth movió su cabeza por instinto, y la espada de Varragat rebotó en el suelo de piedra.

Antes de que el hechicero le diera un segundo golpe, logró alejarse, rodando dos veces por el suelo y poniéndose de pie.

—Es cuestión de tiempo —dijo Varragat.

Degoth arremetió contra el hechicero con «el paso de la flauta», tres ataques al centro, resbalando los pies uno frente al otro. Varragat retrocedió, pero montó su contrataque casi inmediatamente.

Para evitar quedar entre la espada y la pared, Degoth saltó sobre la mesa y lanzó un plato, como platillo volador. Se sorprendió en acertar, rompiéndole la ceja. La sangre le bajó por un lado de la cara.

—Cuando termine contigo —dijo Degoth—, lanzaré tu cuerpo por una ventana, y daré tu carne de comer a las bestias del campo.

—La soldado debe estar ya muerta. Probablemente su cabeza venga en camino. Tantas muertes, dragón, por tu culpa. La culpa es toda tuya. Tú estás detrás de esta campaña, y salió toda mal. La sangre de todos está sobre tus manos.

Recordó lo que le había dicho el Profeta en la visión: *Te profetizo la muerte de tu compañía.* Pero ¿a quién se refería? ¿A Dina? ¿A Grizne?

—Los soldados vivimos para morir.

—Pues te unirás pronto a ellos.

—Estoy preparado para ver la cara del Creador. ¿Lo estás tú?

—Maldigo al Creador, maldigo a los dioses, y te maldigo a ti.

Varragat saltó sobre la mesa, hizo finta y estocada. Degoth defendió, para montar una contraofensiva de finta, paso adelante, golpe al frente, y otro diagonal. Intentó una patada de frente a los testículos, pero su enemigo lo tomó por el talón y lo lanzó hacia atrás. Hizo lo posible para recobrar el balance, pero llegó al borde de la mesa y cayó pesadamente hacia atrás.

El hechicero guardó su sable, extendió las palmas hacia las antorchas, agitó las manos haciendo círculos, y se formaron dos esferas de fuego cerca de sus dedos.

—*Viracut misna et kalak* —murmuró el hechicero—, *maruek salamaatanak.*…

Las llamas se hicieron más grandes.

Degoth se ponía de pie, con una rodilla al suelo, y la espada en la mano.

El Profeta extendió los brazos, con las palmas verticales una frente a la otra. La bola de fuego, ahora enorme al unirse, salió expulsada y chocó contra el dragón. Salió expelido, se estrelló contra la pared, y cayó al suelo.

Dioses.…

Abrió los ojos. ¿Su espada? ¿Dónde estaba? Tenía que ponerse de pie, pero al intentarlo, un dolor insoportable se le disparó en la pierna. Era su tobillo. Estaba fracturado, o esguinzado.

El hechicero bajó de la mesa y se acercó, con la espada todavía en la vaina, pero las manos listas para invocar el fuego. Respiraba con fuerza, y sudaba profusamente. Había usado bastante energía interna.

—Me tomaré el tiempo contigo. Te arrojaré a mi calabozo, para torturarte poco a poco. Te quebraré primero los dedos de las manos, luego te las cortaré. También tu lengua, para no escuchar nunca más tu voz, excepto tus gemidos. El final, cuando me haya aburrido de ti, te daré a comer tus ojos.

Degoth, sentado con la espalda contra la pared, sacó su daga y apuntó a Varragat.

—Patético —dijo el Profeta.

—Tu problema, hechicero, es la falta de conocimiento. No saber que un dragón siempre tiene

una carta bajo la manga.

Degoth extendió su mano izquierda hacia su enemigo, hizo un círculo con los dedos, como girando el pomo de una puerta, se enlazó con el aire detrás del hechizero, y jaló con fuerza. La compresión de aire que se formó justo detrás de su oponente lo empujó con potencia hacia él, y específicamente hacia la daga extendida, la cual se enterró por encima de su vientre.

Varragat lo miró con ojos pasmados, completamente desorientado.

—Eres… eres… un manipulador…

—Toda la maldita vida —le respondió Degoth. Sacó la hoja y se la enterró por la parte suave de la mandíbula, hasta llegar al cerebro.

21. CLAUSTRO

DEGOTH CUMPLIÓ CON su palabra de lanzar el cuerpo del hechicero por la ventana más cercana. Cuando un par de sicarios vieron a la fuente de su salario con la cabeza reventada por la caída, decidieron que seguir arriesgando su vida no valía la pena. Además de eso, pasaron la voz, y pronto los asesinos fueron abandonando la torre, algunos echando un vistazo incrédulo al cuerpo de aquel que pensaban era inmortal.

En su descenso por la torre Degoth se encontró todavía con dos matones que no estaban enterados de la muerte de su amo, pero se deshizo de ellos con relativa facilidad, aunque el dolor en el pie le impedía moverse con soltura. Se había revisado el tobillo, que no estaba fracturado. Tendría que inmovilizarlo, y estaría bien en algunos días. Tenía varios ungüentos que funcionarían, estaba seguro, de maravilla.

Cuando finalmente salió, encontró a Dina y Sumeda, sentadas sobre una piedra. La niña, con la cara llena de tierra y el cabello enmarañado, comía un pedazo de carne seca que le dio la sargento.

—¿Todo bien, capitán? —preguntó Dina.

—Todo excelente —le respondió.

Dejaron que la niña comiera, y fue la sargento quien le hizo algunas preguntas amigables, para ver si podían entablar una conversación. Cuando la hija del terrateniente les tuvo más confianza, la sargento le pregunto:

—¿Por qué te querían a ti, Sumeda?

La niña se quedó pensativa por un tiempo. Se debatía si responder, o la manera de hacerlo. Finalmente sacó un pendiente que colgaba de su cuello. Era una piedra pequeña, verde, parecía una esmeralda.

—¿Me das tu daga? —dijo la niña con voz carrasposa, extendiéndole la mano a la sargento.

Ella, extrañada, accedió.

Sumeda tomó la daga en su mano derecha, y con la izquierda oprimió la piedra preciosa dentro de su puño. Cerró los ojos, concentrándose, apretando los párpados.

La daga se tornó, lentamente, toda dorada. Se la regresó a la sargento.

—Merne divina —dijo Dina. La daga era ahora completamente de oro sólido.

Degoth conocía varios alquimistas. Todos trabajaban con diversos materiales y líquidos, formando elixires de todo tipo, desde ungüentos hasta explosivos. Pero una alquimista de oro, eso solamente en las leyendas.

—Por eso la querían —susurró Dina—. Y la seguirán buscando. La convertirán en una esclava.

Ek’Fardo debió haber guardado el secreto por cuanto tiempo pudo. Quizás incluso parte de su fortuna se debía al poder que tenía su hija. Finalmente, de alguna manera, el hechicero se enteró, y decidió hacerla suya. Pero Dina tenía razón. El que la tuviera en su poder, la esclavizaría, la convertiría en una fuente continua de oro. Incluso, la guerra podía regresar al

reino por una alquimista como ella.

—Nadie puede enterarse de esto, sargento. Absolutamente nadie.

—Nadie, capitán. Moriré con el secreto.

—Moriremos con el secreto —concordó.

———————

Tres días después llegó un escuadrón de soldados bajo el liderazgo del capitán Kinirós. Se encargaron de incinerar los cuerpos muertos, tanto de los sicarios como los mercenarios, aunque de estos últimos conservaron cenizas para llevarlas a la familia. Cuando escucharon sobre el Profeta, mandaron llamar a los Iluminados, que llegaron dos días después; cinco de ellos, incluyendo al inquisidor Nimud.

Nimud, con un pañuelo sobre la nariz, examinaba el cuerpo de Varragat, que estaba ya en estado de descomposición y apestaba. Degoth se acercó.

—Así que tú lo mataste, dragón.

—Así es, inquisidor.

—Vaya sorpresa —dijo irónico—. El reporte dice que era un hechicero.

—Lo era.

—Eso es imposible. Yo mismo examiné a este hombre años atrás. Pasó todas las pruebas de ortodoxia.

—Era un hechicero. Combatió contra mí manipulando el fuego.

—¿Tienes testigos?

—¿Testigos? Yo mismo lo experimenté. No tengo razón para mentir.

—¿Alguien más vio a este hombre practicando el pecado de la magia?

—Nadie, inquisidor. Solo yo.

—Tenemos tu palabra nada más, entonces.

—Debería ser suficiente.

—No bajo nuestras leyes. Además, yo lo examiné.

—A la infratierra con sus leyes. Ese hombre era un hechicero. Simplemente, se les escapó.

De la misma manera que yo me he escapado, pensó. Durante toda su vida había guardado cuidadosamente el secreto de que era un mago. Solamente dos personas lo sabían, su padre y su venerable maestro. Y no solamente era un manipulador, sino que era un manipulador doble: de fuego y aire, aunque le costaba el arte enlazarse con el fuego. Por medio de la magia había engañado al mercenario Palat, haciéndole pensar que la piedra era una reliquia. En realidad, la hizo temblar manipulando el aire alrededor de la piedra.

El inquisidor cruzó las manos por su espalda. Con rostro serio, mirando al guerrero dragón, dijo:

—Ningún hechicero se escapa de nosotros, dragón. Ninguno. —Con eso, se marchó.

———————

Semanas después, Degoth y Sumeda arribaron al puerto de la ciudad de Naureptï, en la isla de Nureph. De allí, otros cuatro días para llegar a la punta de la montaña de Liamatán.

El Claustro del venerable Datán era imponente. Una estructura de piedra majestuosa, manchada en todas sus torres y murallas de blanco por la nieve que había caído. Era un lugar alto y casi siempre nevado. En sus tiempos de gloria, en los siglos pasados, el claustro había tenido

más de quinientos guerreros en entrenamiento. Hoy día, eran menos de cincuenta. El castillo contaba con diversos pasadizos secretos y múltiples salidas en caso de ataque, pero no había sufrido asalto en cientos de años.

Era el escondite perfecto.

Llegaron por la noche, y ya los esperaba el maestro Slepten. Traía puesto un abrigo grueso, pero la barba larga y delgada le salía y llegaba por debajo de la cintura.

Entraron al claustro, y fueron dirigidos por el maestro a través de varios pasillos, perdiéndose en el interior. Finalmente, llegaron a un patio techado con una lona transparente. A diferencia de la nieve afuera, era un jardín verde y hermoso, con varios árboles de fruta e, incluso, un pequeño estanque. Sumeda, inmediatamente, se fue a jugar, a correr por el jardín gritando y riéndose.

—Nadie puede saber de ella, maestro —dijo Degoth.

—Estará segura aquí, hermano mío. Hiciste bien en traerla.

—Hay pocas personas en el mundo en las cuales confío, y tú eres una de ellas. Te he confiado mi vida antes, y me has salvado la mía dos veces.

El viejo guerrero asintió con la cabeza:

—Estamos viviendo tiempos extraños. Lo puedo sentir. Las profecías lo predicen. Debemos estar alerta.

Tiempo después, Degoth se despidió de la niña, quien derramó lágrimas al verlo partir. No sabía él cómo reaccionar ante eso. No pensaba que habían creado un vínculo en tan poco tiempo. Pero le salvó la vida, y eso siempre ligaba las almas de las personas.

Al siguiente día partió, de regreso a la gran ciudad de Argoth, con un ligero dolor en el corazón al pensar en la niña.

###

II. EL GUERRERO DRAGÓN

Libro II

1. CADAVER

EL COMANDANTE BALZIN salió de la casa a la calle e inmediatamente encendió la pipa. Sus manos le temblaban apenas un poco.

—¿Podemos entrar, comandante? —preguntó la capitana Nairepti, un poco extrañada de verlo así, sacudido.

—Un momento —respondió el comandante, chupando la pipa hondo y exhalando el tabaco lentamente por la nariz.

Hacía frío. El cielo nublado y gris amenazaba con dejar caer lluvia. A lo lejos sonaban algunos truenos. Por estas fechas llovía con frecuencia, y la ciudad de Argoth, capital del reino, se volvía desastrosa, con los ríos de lluvia descendiendo por la ciudad que había sido fundada sobre una colina rocosa, con el gigantesco castillo de piedra en la punta.

—Escúchenme —dijo Balzin a dos soldados cerca, que esperaban instrucciones—. Vayan al cuartel y manden este mensaje. —Les entregó un pequeño pergamino, enrollado.

—Sí, comandante —dijo uno de ellos, acatando la orden con su compañero.

Balzin se dirigió luego a las tres soldados que tenía frente a él —la capitana Nairepti, la sargento Dina, y la cabo Juilane—:

—Escuchen. Capitana, hay adentro un cuerpo. Pero lo que vi, nunca lo había visto antes. Cabo Juilane, ¿tú eres dibujante, cierto?

—Así es, comandante —respondió.

—Quiero que dibujes la escena del crimen con todo el detalle posible. Porque cuando vengan los Iluminados, tomarán control del lugar, y probablemente no nos dejen entrar de nuevo. Pero hay varias cosas allí que no quiero olvidar. ¿Está claro?

—Lo está, comandante.

—Muy bien. Entremos.

Balzin las guió. Un par de horas antes había recibido un reporte sobre un cuerpo muerto en un edificio de cinco pisos, en el sureste de la ciudad. Argoth, al ser una ciudad gigantesca, era patrullada por varios cuarteles, construidos en los diversos sectores. Normalmente el comandante enviaría a algún capitán con su escuadrilla a investigar el suceso, recoger el cuerpo, y comenzar las indagaciones. Pero algo en el reporte le había llamado la atención, pues decía:

Mujer asesinada. Se sospecha hechicería.

No estaba seguro lo que eso significaba, si la mujer había muerto por ser una bruja o si había muerto por causa de un hechizo. Así que decidió ir personalmente. Cuando llegó al lugar del crimen, le pidió a sus soldados que lo dejaran entrar a él primero.

No le gustó lo que encontró.

Ahora, subiendo las escaleras hasta el cuarto piso, mientras guiaba a las tres soldados, pensó que probablemente esta muerte le causaría un dolor de cabeza significativo.

La mayoría de las casas de la ciudad estaban todas apiladas unas encima de otras, sin mucho cuidado a la arquitectura, excepto en los sectores de los grandes señores, de los ricos y

poderosos. Se encontraban en un sector si bien no de extrema pobreza, tampoco elegante.

Llegaron a la puerta, la abrió, y entraron.

—Por los dioses elementales —dijo la sargento Dina—. ¿Cómo…? ¿Cómo es posible…?

Balzin se preguntaba lo mismo.

Era un cuarto de tamaño mediano. En una esquina, una cama, en la otra, una letrina. De lado izquierdo, una mesa y un caldero junto a la pared. Mucho polvo por todos lados. No parecía ser un cuarto habitado.

Y justo en el centro levitaba una mujer, muerta.

Su cabeza casi llegaba al techo. Estaba en posición vertical, con los brazos ligeramente extendidos, enseñando las palmas. Su cabello flotaba como si estuviera dentro de un enorme frasco de agua. Giraba lentamente a la derecha, sobre su propio eje.

Tenía los ojos abiertos, al igual que la boca, ligeramente. Era una mujer hermosa, de cabello rojo y labios delgados. Estaba desnuda. Las heridas eran visibles, pues la cabeza, los brazos y las piernas estaban separadas del torso. Es decir, era como un rompecabezas cuyas piezas habían sido ligeramente separadas las unas de las otras. Los miembros de su cuerpo estaban cortados con algún tipo de objeto muy filoso. No se veía sangre bajo ella, y su piel estaba completamente blanca, como si fuera un fantasma.

La sargento Dina se acercó:

—¿Cómo puede levitar así?

—Algún tipo de hechizo —dijo el comandante.

—Pero ¿cuál? No sabía que esto era posible. Nunca había visto algo semejante.

—¿Juilane, estás dibujando? —preguntó la capitana.

La soldado sacudió la cabeza, saliendo de su trance. Estaba aterrada. Sacó papiro y pluma de su morral, además de una tabla delgada de madera para apoyar, y se puso a dibujar lo que veía.

—Comandante —dijo la sargento Dina—. Mire esto.

Apuntaba al suelo, justo debajo del cadaver.

—¿Es una moneda? —preguntó la capitana.

—Eso parece —respondió Dina—. Una moneda extranjera.

Balzin se puso de cuclillas para examinar de cerca. Efectivamente, una moneda que no era argotita. De cobre, acuñada con un símbolo que no reconocía.

—Está hechizada —dijo el comandante—. Debe ser algún tipo de reliquia. Es lo que causa que la mujer flote.

—Interesante —respondió la sargento Dina.

Las reliquias tenían todo tipo de poderes, y por eso eran buscadas con obsesión por el reino. Sin embargo, la corona prohibía el uso de reliquias, aunque muchas veces no podían regularlo. Los sacerdotes y sacerdotisas de la religión elemental, al igual que los guardias templarios y los Iluminados eran los únicos que tenían permitido manipularlas.

—Así que alguien la mató y la puso a levitar con la reliquia, para que la encontráramos así —dijo Dina.

—Nadie deja objetos mágicos así nada más —dijo el comandante Balzin—. Son demasiado preciados.

—¿Alguien que tiene muchos? ¿Suficientes para deshacerse de unos cuantos? —aventuró la capitana.

—Pudiera ser —contestó Balzin, aunque le seguía pareciendo extraño. No le gustaba nada este crimen, en especial porque involucraba magia. Desde el ascenso al trono de la reina Malbeth, y sobretodo cuando empoderó a los Iluminados unos 10 años atrás, los magos y

hechiceros habían sido capturados en masa, algunos muertos, otros exiliados. La magia y la hechicería estaba estrictamente prohibida en todo el reino, pero las leyes de ortodoxia se llevaban a cabo con más fuerza en las grandes ciudades, y en especial en la capital.

Pero últimamente se escuchaban rumores de un levantamiento de magos y brujas. Eso ponía, por supuesto, a todos nerviosos.

La sargento Dina se le acercó:

—Comandante… creo reconocer a la muerta.

—¿Qué?

—No estoy completamente segura, pero me parece que la he visto cantando en una taberna, en la de Tom el grande.

—Investígalo.

—Lo haré, comandante.

La sargento Dina era su sobrina. Sin embargo, nunca lo llamaba «tío», y menos enfrente de otros soldados. Era excelente en su trabajo pues, además de saber usar bien la espada y la daga, tenía una mente astuta y ojo observador.

—Comandante —agregó Dina, titubeando—. Sé que los Iluminados tomarán este caso.

—Sí, los malditos.

Aunque, técnicamente, los Iluminados estaban bajo el servicio de la milicia, recibían tanto apoyo de la reina que actuaban como independientes. Llevaban a cabo sus persecuciones e investigaciones, y tenían incluso permiso para ejecutar a los herejes, siempre y cuando se siguieran las leyes del reino. No le gustaba nada que le quitaran aquello que era su responsabilidad: garantizar la paz, la tranquilidad y la seguridad de ese sector de la ciudad.

—Pero pienso que hay alguien que pudiera ayudarnos en este asunto —dijo la sargento.

—Te refieres a…

—Sí.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—En realidad, no.

—Se mueve constantemente de lugar. Tampoco yo sé dónde está en este momento, pero hay alguien que pudiera ayudarnos a encontrarlo.

—Si me dan la orden, me encargo.

—Está bien. Tendrás que hablar con Rafel el alquimista. Él te ayudará.

2. MALOLIENTE

DEGOTH SE AJUSTÓ la capucha para asegurarse que su rostro quedara oculto en la sombra.

No era difícil esconderse. El lugar estaba mal iluminado y lleno de personas que gritaban y vociferaban.

Al entrar le pidieron entregar sus armas. Así que dejó en la entrada sus varios cintos, que llevaban, entre otras cosas, su espada y daga.

Era un cuarto grande, en donde se atiborraban unas ochenta personas alrededor de una jaula construida en el suelo, como un pozo, pero con una tapa cuadriculada de fierro. Todos de pie en las gradas miraban hacia abajo, esperando que salieran los luchadores.

Era una pelea clandestina.

—¡Hagan sus apuestas! ¡Hagan sus apuestas! —gritaba un hombre, delgado y con la cara deformada por alguna enfermedad de la piel.

Degoth se cruzó de brazos y miró hacia el pozo: estaba manchado de sangre en el suelo de tierra, en las paredes, incluso la tapa.

—¡Listos! —gritó el que evidentemente era el árbitro, que supervisaba todo desde arriba—. ¡Vamos!

Se abrieron dos rejas de metal en lados opuestos, y de allí salieron dos gorgots jóvenes.

Maldición, pensó.

Los gorgots, comúnmente llamados simplemente monstruos, eran la especie más común de humanoides. Parecían lobos, pero andaban sobre dos patas, con garras largas, pelaje gris, ojos rojos grandes y un hocico lleno de afilados dientes. La gente les tenía pavor y, en general, el ejército había logrado ahuyentarlos de las cuatro grandes ciudades que conformaban «el círculo».

Sin embargo, esta era una pelea ilegal con monstruos. En este caso, crías gorgots. La pena por traficar monstruos de cualquier especie era la muerte, pero últimamente el ejército no podía capturar a los muchos traficantes que hacían miles de darís organizando peleas clandestinas, entre otras cosas. Por ejemplo, aunque estaba prohibido exhibir pieles o especímenes disecados de humanoides, la gente lo hacía, en secreto. Peor aún, se hablaba sobre la venta de la carne de gorgots para consumo humano y animal.

Los dos monstruos inmediatamente, al salir, se abalanzaron el uno sobre el otro, lanzando ladridos. Se mordían, se arañaban, se revolcaban en el suelo dando tumbos, mientras la gente sedienta de sangre gritaba alentando al que le habían apostado.

La pelea no duró mucho tiempo, pues uno de los monstruos era más grande y fuerte que el otro, y finalmente le clavó los dientes en la garganta y se la desgarró. El otro gimió e intentó levantar las patas, rindiéndose, pero no hubo misericordia. Le desgarraron el pecho y el vientre, sacándole las tripas. Pronto su cuerpo inerte era consumido por el ganador, suscitando gritos del gentío.

Degoth solo negó con la cabeza. Esto era la punta del problema. Él estaba allí no por el tráfico de gorgots, sino por otro tipo de tráfico: el de humanos. En específico, niños.

Había un rumor, un horrible rumor, que estaban usando a niños para pelear contra monstruos. El resultado era siempre el mismo: los niños perdían.

Era eso lo que Degoth investigaba.

Alguien le puso una mano en su hombro. Un grandote con un aliento que apestaba:

—Acompáñanos, amigo.

Otro hombre se puso junto a él. Dos contra uno. Fácilmente podría derrotarlos. Excepto que sintió el filo de una navaja en su costilla, y no le quedaba la menor duda que si les daba excusa para ello, lo apuñalarían allí mismo. Nadie objetaría a su muerte, sino probablemente lo contrario, divertiría a la multitud. Luego sacarían su cuerpo para lanzarlo al río que cruzaba la ciudad de Argoth. O peor, darían su carne como alimento para los monstruos.

—Sin problema —contestó Degoth—. No tengo armas.

—Sígueme. Si haces algo raro, ya sabes.

Lo llevaron por un largo pasillo a un pequeño cuarto mal iluminado por una antorcha en la pared. En medio del cuarto, una silla de madera.

—Siéntate allí —le dijo el de la boca apestosa.

Obedeció, pensando que este era un cuarto de interrogación y tortura. No le gustaba hacia donde se dirigía la situación. Si lo amarraban, estaba en aprietos. Miró a los dos que lo vigilaban. Eran guardias del lugar, los dos fuertes pero con barriga prominente. Podría deshacerse de ellos con relativa facilidad. No llevaban espada, sino daga.

—¿Puedo preguntar por qué me han traído aquí? Me estoy perdiendo del espectáculo allá —dijo apuntando con la cabeza hacia la puerta.

—No te preocupes, amigo. Quédate tranquilo.

Degoth no tenía arma consigo. Lo habían esculcado bastante bien. Siempre llevaba alguna arma escondida, pero incluso le quitaron la navaja que escondió en su bota. La única arma que tenía a su disposición era la silla en la que estaba sentado. Además de eso, tendría que quitarle la daga a uno de sus captores, en dado caso de ser atacado.

La puerta se abrió. Entraron tres hombres.

Cinco a uno, pensó.

Uno de ellos llevaba espada al cinto. Era un hombre redondo, pequeño, moreno y calvo. Era el jefe.

—¿Tú quién eres? —le preguntó a Degoth.

—Soy Degoth ek’Degoth, tisdita.

—¿Qué haces aquí, forastero?

—Pasando el tiempo. Como todos los demás.

—¿Sí? ¿Traes dinero?

—Por supuesto.

—Muéstrame.

Se llevó la mano a la túnica para sacar la bolsa con algunos darís de plata y duráms de bronce. Los cuatro guardaespaldas sacaron navajas y dagas.

—Tranquilos, amigos —les dijo sacando la bolsa de dinero.

El jefe dio la orden con la mano, y uno de ellos le arrebató la bolsa, la abrió y dijo:

—Algo de dinero, jefe Kurakat.

—No digas mi nombre, *jorgot.* ¿Cuánto es?

—Unos… cincuenta darís.

—Muy bien —respondió el jefe. Luego, dirigiéndose a Degoth—: Considera eso como tu boleto de entrada.

—Algo caro el boleto, si me preguntan —dijo Degoth.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto de nuevo el jefe.

—Pues tenía pensado hacer algunas apuestas, pero me acabo de gastar todo mi dinero en el boleto de entrada.

—Eres gracioso, ¿eh? ¿Será que eres un trovero? ¿Te traemos algo para que nos deleites con malabares?

—No tengo ningún talento, jefe —le respondió—. No sé cantar, tocar la lira, mucho menos hacer malabares. Solo vengo a apostar.

Y a buscar información, pensó. La banda de traficantes que buscaba estaba a cargo de uno al que llamaban «el Fantasma». Se sabía poco sobre él, excepto lo que su apodo sugería: era escurridizo. Degoth recibió información que uno de sus lugartenientes, llamado Kurakat, operaba un lugar de pelea clandestina. Dicho lugarteniente era el que tenía enfrente.

—¿A apostar vienes, entonces?

—Así es, jefe. Gastar un poco de dinero, divertirme, salir con unos cuantos duráms de más.

—Ya veo —le contestó, asintiendo con la cabeza.

—Así que, si no tienen problema, saldré de aquí a disfrutar un poco de la pelea.

—¿Sin dinero para apostar?

—Bueno, ya di el dinero para la entrada. Imagino que puedo venir mañana con un poco más de plata.

—¿Mañana? ¿Quién dice que regresarás mañana?

Degoth podía sentir la tensión en el salón. Cinco pares de ojos lo miraban intensamente.

—¿Hay algún problema?

—Sí —dijo Kurakat—. Un problema tenemos, sin duda. Hoy recibí un recado. Decía que tuviera cuidado de un guerrero dragón que anda preguntando por mí.

—¿Un guerrero dragón? ¡Me gustaría ser uno! Lamentablemente, no soy más que un pobre mercader.

—El recado decía que el dragón tiene un parche negro sobre su ojo izquierdo.

Inmediatamente Degoth se puso en pie, como un relámpago, tomó la silla por el respaldo y la estrelló en la cara del de la boca maloliente.

3. TROVADOR

A DINA LE gustaba la taberna de Tom el grande.

Le gustaba porque Tom era un hombre que siempre estaba de buen humor. Su cerveza era de calidad, y mantenía el lugar limpio. Por eso la taberna estaba llena de gente, incluso a esa hora de la tarde.

Cuando entró, Tom estaba detrás de la barra contando alguna historia que tenía sumamente entretenidos a tres hombres. Tom, contrario a su apodo, era bajito, delgado, de cabello largo y gris, sin barba, y con el ojo izquierdo siempre haciendo un tic.

Ella se sentó en el extremo de la barra, junto a la pared. Tom terminó su historia, la cual culminó con una carcajada de todos los que la escuchaban. El tabernero la vio y le guiñó el ojo bueno, reconociendo su presencia.

Tom puso poco tiempo después un tarro frente a ella.

—Siempre es un gusto verte, Dina.

—Y a ti, Tom. ¿Cómo te va?

—Ah, ya sabes, igual que siempre. Ni muy muy, ni tan tan.

A Tom no le gustaba servir a soldados porque era malo para el negocio. Es por eso que Dina, siempre que visitaba la taberna, lo hacía en ropa civil, vestida en manto, túnica y botas, aunque siempre con su espada al cinto.

Conocía a Tom desde pequeña, puesto que ella había crecido no muy lejos de allí, en la herrería de su abuelo Joneh-duné, donde ella fue asistente de herrero en su infancia, antes de entrar al ejército. De hecho, la espada que portaba era un regalo de su abuelo. Una espada elegante de acero delgado, con la hoja larga de empuñadura y guarnición plateada.

Hablaron de esto y aquello, pero Tom el grande tenía buena intuición, pues le dijo:

—Normalmente no vienes a esta hora, a menos que estés buscando algo.

Dina le sonrió:

—Me conoces.

—Solo debo decirte que… las cosas están difíciles últimamente. Ya sabes. La inseguridad aumentando en toda la ciudad. No quiero ofenderte, pero creo que el ejército necesita hacer algo. Reclutar más soldados. Cambiar su estrategia. No lo sé.

—Definitivamente necesitamos más personas. El problema es encontrar reclutas. Con el pago que recibimos, los jóvenes buscan en otros lados.

—O se convierten en sicarios del crimen.

—Ellos pagan mejor.

—Los he visto con mejores armas que ustedes. Buenas espadas, buen armamento.

—Patrullar las calles de la capital es cada vez más arriesgado.

—Espero te estés cuidando, Dina. Vino tu abuelo el otro día. Está orgulloso de ti, tú ya lo sabes. Pero cada vez más viejo. Si recibe una mala noticia… no sé si pueda su corazón con ello.

—Estoy cuidándome, Tom.

—Se corren los rumores que anduviste con un guerrero dragón. ¿Es eso cierto?

—No creas todos los rumores, amigo —le respondió. Tom la miró con sospecha. El cantinero estaba en lo correcto. Ella y Degoth, un par de meses atrás, se enfrentaron con un hechicero poderoso que por poco y acaba con sus vidas. Pero no quería hablar de eso. Ella le dijo:

—Mira, Tom, estoy buscando información sobre una mujer que estoy casi seguro vi aquí.

—¿Una mujer?

—Sí, cantando —dijo apuntando con la barbilla a la esquina de la taberna en donde con frecuencia los juglares y acompañantes divertían a los asistentes.

—¿Tienes un dibujo?

Puso delante de él un pergamino. Le había pedido a Juilane un acercamiento de la cara de la víctima. Tom se acercó y levantó las cejas.

—Por Zoroatán viviente —dijo—. Es Liskena.

—¿La conoces?

—Por supuesto. Tiene poco tiempo cantando aquí, medio año, por mucho. Canta noche, muy noche.

—¿Canta sola? Recuerdo haberla visto con un trovador.

—Sí, sí. Un huesudo de gorro marrón que cojea.

—Ese es.

—Se llama Perez lenita.

—¿Dónde lo encuentro?

—¿Qué sucedió con Liskena?

—La encontramos muerta, Tom.

—Maldito sea Shaigón. ¿Muerta?

—Le quitaron la vida. No puedo darte los detalles. Pero no fue algo accidental. Fue premeditado. Hay hechicería involucrada —agregó bajando un poco la voz. Nunca daría esa información, excepto que confiaba plenamente en Tom. Le confiaría su vida. Además, era una persona que, de alguna manera u otra, se enteraba de los chismes de ese sector de la ciudad. Siempre era bueno soltarle información, para que también hiciera él lo mismo.

—Dioses. Cada vez más escucho de brujos y hechiceros en la ciudad. ¿No los habían ya capturado a todos? ¡Bah! No sé qué es mejor, tener a hechiceros sueltos, o a los Iluminados por las calles.

—¿Y al trovador? ¿Dónde lo voy a encontrar?

—¿Tienes un mapa? Te muestro.

Dina sacó uno pequeño de la ciudad.

Al salir de la taberna, comenzó a llover. Se cubrió con la capa, y se dirigió hacia el lugar.

El trovador vivía en un complejo de casas que más bien parecía un laberinto. Estuvo preguntando por Perez lenita, y la mayoría de la gente la ignoraba, y más de dos le cerraron la puerta en la cara. Las puertas no tenían número, así que era difícil saber exactamente dónde vivía.

Finalmente abrió uno que coincidía con la descripción, además que ella lo había visto ya una vez cantar.

—¿Qué necesitas? —le dijo el trovador.

—Mi nombre es Dina. Soy sargento en el ejército.

Al escuchar eso, el hombre estuvo apunto de cerrar la puerta. Rápidamente, ella agregó:

—Vine a preguntarte por Liksena.
Los ojos de Perez se abrieron:
—¿Está ella bien?
—¿Me permites pasar? ¿Hacerte un par de preguntas?
Los ojos del hombre se pusieron llorosos. Probablemente ya sospechaba.
—Está bien. —Abrió la puerta.

4. MUELLE



Al recibir el golpe de la silla en la cara, el hombre perdió el conocimiento y cayó al suelo. Degoth se inclinó para quitarle la daga, pero no lo logró. Fue atacado con rapidez por un segundo hombre, quien trató de clavarle la punta de una navaja larga. Esquivó la cuchillada, tomó con ambas manos la muñeca de su atacante y le aplicó una llave, torciéndole el brazo. El hombre gruñó de dolor. De su boca salió el inicio de una maldición, pero no pudo terminarla porque recibió el impacto de una patada que le dio el guerrero dragón, rompiéndole la nariz y dos dientes frontales. La cabeza se sacudió hacia atrás y se fue de frente al suelo.

Dos fuera, quedaban tres.

—¡Mátenlo! —gritó Kurakat, que desenvainaba su espada.

Lo atacaron los dos, al mismo tiempo, de frente. Ninguno traía espada excepto el jefe. Es verdad que ya no tenía la misma agilidad de antes. En su juventud, en sus años 20, Degoth hubiera podido ser acróbata. Hoy, 18 años después, no podía pelear con la misma agilidad. Sin embargo, tenía más experiencia, y no había perdido músculo, sino ganado. Era fuerte, estaba en forma, y sus pies y puños seguían siendo las mismas armas letales que eran antes.

El de la izquierda fue el que se abalanzó primero sobre él, con el cuchillo tomado por el mango con la punta hacia abajo, como uno que quiere romper un pedazo de hielo. Bloqueó el ataque al tomarlo por el brazo, y usando la inercia que llevaba el del cuchillo, se dejó caer sobre su peso, colocó las plantas de los pies en el vientre del otro y lo lanzó por encima, en una maroma que terminó con su contrincante cayendo de espaldas.

Se puso de pie para enfrentar al cuarto, pero notó que el primero —el de la boca apestosa— intentaba ponerse de pie, con la frente sangrando. Así que dio dos zancadas en su dirección, tomó la navaja en el suelo y se la clavó por un lado del cuello. Gritó de dolor, se llevó las manos a la herida, y se desplomó una vez más sobre el suelo, haciendo gárgaras con su propia sangre.

Degoth dio una patada hacia atrás, una patada de caballo, que dio en el pecho del cuarto atacante, aunque aquel logró darle un tajo que desgarró la punta de su capa, pero solo eso. Degoth no llevaba coraza, ni cota de malla, sino solo su túnica café con un manto grueso del mismo color. A veces andaba con una camisa interior acolchada, que podía ayudar un poco, pero últimamente prefería andar sin demasiada ropa encima, exceptuando el manto. Eso le permitía moverse con más facilidad, pero al mismo tiempo quedaba expuesto a una flecha o navajazo.

Se enfrentó a su enemigo, pero no fue una pelea pareja. Pronto el otro estaba en el suelo con una herida mortal en el pecho.

Kurakat, con espada en mano, estaba congelado y con los ojos bien abiertos. Sus cuatro guardaespaldas yacían en el suelo, y todo sucedió a una velocidad vertiginosa. De todas formas, con una mueca de odio montó un ataque, pero Degoth lo desarmó con facilidad. Un golpe en la sien lo aturdió. Degoth lo sentó en la silla de madera que, increíblemente, mantenía su integridad.

Le dio un par de cachetadas para que se despertara. El jefe de los bandidos pestañeó varias veces y enfocó su mirada en el guerrero dragón, que le apuntaba con su propia espada en la garganta.

—No vas a salir con vida de aquí, hijo de Shaigón —espetó Kurakat.

Con la punta de la espada le desgarró la túnica a la altura del pecho. Fue un movimiento rápido de la espada, y absolutamente preciso, pues no tocó la piel.

—Si no me dices lo que quiero —le dijo Degoth—, te voy a abrir el vientre y sacar las tripas. No morirás inmediatamente, será lento y doloroso.

—Qué es lo que quieres, maldito dragón.

—Quiero que me digas dónde encontrar al Fantasma.

El lugarteniente lanzó una carcajada:

—¿Eres un estúpido? ¿O solamente lo finges? ¿Qué te hace pensar que sé dónde está?

Otro swing de la espada, pero esta vez sí cortó piel, una herida superficial de la que salió un hilo de sangre.

—*¡Aaghh, darnat mardenko!* —gritó en algún dialecto.

—Dime dónde fue la última vez que lo viste. Yo tengo todo el tiempo del mundo. A ti se te está acabando la arena.

—¿A mi? Más bien a ti.

—Estamos solos.

—No por mucho tiempo —sonrió el lugarteniente—. Antes de entrar mandé un mensaje. En cualquier momento llegarán más soldados del Fantasma. ¿Diez? ¿Quince? No lo sé. Pudiste contra cuatro. ¿Podrás contra diez?

El código de ética de los guerrero dragón era en algunos sentidos estricto. La Orden del Dragón consideraba que siempre se estaba en guerra contra el mal. Por lo tanto, podían actuar como tal. Por ejemplo, todo guerrero de la Orden tenía permitido usar la fuerza letal en caso de que fuera necesario. Podían hacer cualquier cosa que justificara el fin: la justicia. Si eso significaba mentir, engañar, torturar, matar, no importaba. El fin justificaba todos los medios.

Puesto que perdió su paciencia, Degoth le cortó la mano izquierda de un golpe. Kurakat aulló de dolor. Tenía la cara desfigurada por el terror.

—¡Dónde está el Fantasma! —vociferó Degoth—. Es eso o tu mano derecha.

—No te voy a decir nada hijo de tu…

Swing.

La otra mano cayó al suelo, sangrante, moviendo los dedos.

Kargat estuvo apunto de desmayarse por el choque de perder ambos miembros, además de que rápidamente se desangraba. Degoth le dio unos golpes fuertes en la mejilla:

—¡Hey! ¡Hey! Todavía no acabo contigo. Siguen tus pies. ¿Dónde está? ¿Dónde lo encuentro?

—La última vez lo vi…

—¿Dónde?

—El muelle…

—¡Cual!

—El de… las dos anclas. El capitán Fleten…

Se desmayó.

Antes de salir se aseguró de que todos estuvieran muertos. Atravesó el pasillo, llegó al cuarto principal en donde seguían gritando, apostando, y divirtiéndose, sin saber sobre los cinco cadáveres, incluyendo el del dueño del establecimiento.

El guardia de la puerta, que retenía sus armas, lo miró con asombro, pues ya había sido informado sobre él y no esperaba verlo con vida, pero antes de que pudiera reaccionar, Degoth le clavó la espada en el pecho. Nadie siquiera los volteó a ver. Tomándose su tiempo, se abrochó sus cintos, dejó caer la espada de Kurakat, y salió de allí.

Mientras caminaba, con la capucha puesta, vio a diez hombres con espadas corriendo hacia el lugar.

Llegan demasiado tarde, pensó, alejándose.

5. TORRE

AL ENTRAR, DINA inspeccionó el lugar con la palma de la mano puesta en el pomo de su arma. Lo hacía por inercia, por entrenamiento.

Como todas las habitaciones de ese barrio, era pequeña. Olía intensamente a tabaco. Una cama, una mesa sencilla con varios pergaminos encima, una letrina. Perez de Lenit, el trovador, se sentó en la cama. Estaba triste y nervioso.

Ella se quedó de pie.

—Así que conoces a Liskena.

—Sí, desde hace unos dos años. Hacemos números juntos en varias tabernas de la ciudad, sobre todo acá por el sureste.

—¿Cómo la conociste?

—La escuché cantar.

—¿En una taberna?

—No. Ella no era cantante por oficio, no cuando la conocí.

—¿Entonces?

—Bueno… ella… yo…

Dina entendió.

—Te prestó sus servicios.

Perez asintió:

—Varias veces. Comenzamos a entablar conversación, y salió que soy juglar. Ella me dijo que le gustaba cantar, aunque no cantaba bien. Le pedí que cantara algún verso. Al principio no quería, pero cuando lo hizo, me sorprendí.

—Le pediste que cantara una noche contigo.

—Así es. Nos dimos cuenta que hacíamos buen equipo. Yo también canto, pero mi voz no es la mitad de dulce que ella. Además, no solo su voz era hermosa, sino ella misma. Fuimos compañeros, y poco a poco, amigos. ¿Está ella bien?

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Un par de semanas.

—¿Dónde la buscaste?

—En todos lados. Primero, nos íbamos a ver en la taberna del Caballo Real, para un número allí; pero ella nunca llegó. Fui a a la habitación donde vive, pues vive allí desde hace unos, no sé, unos ocho meses. Pero no contestó. Abrí la puerta, nadie adentro.

—¿Notaste algo raro en su habitación?

—Todo estaba en su lugar. Ella era una mujer ordenada. Si fuera a salir de viaje, habría tomado por lo menos algo de ropa. Y por supuesto, me hubiera dicho. No estábamos enojados, todo lo contrario. Llevábamos una buena relación, cordial, amigable.

—¿Ninguna señal de violencia?

Los ojos de Perez se tornaron vidriosos:

—No. ¿Por qué? ¿Está bien? ¿Está muerta?

Dina tomó un banquillo. Se sentó. Lo miró a los ojos.

—Lo siento, Perez. Le encontramos sin vida.

El hombre inclinó la cabeza y un par de lágrimas bajaron por sus mejillas. Negó con la cabeza:

—Lo sospechaba —dijo con voz trémula—. Pregunté por todos lados, nadie me ayudó. Informé al ejército. No les importo. No les importamos.

Prefirió no responder a eso. Más bien dijo:

—¿Se había retirado de la vida de la calle?

—Sí. No ganábamos mucho dinero, pero suficiente para vivir.

—¿Quién pudiera haber querido quitarle la vida? ¿Algún antiguo amante enojado?

—No lo creo. Pero sí hay algo que me comentó unos dos días antes de desaparecer. Me dijo que pensaba que alguien la seguía. Una sombra.

Dina se inclinó hacia adelante para escuchar mejor:

—¿Una sombra?

—Eso dijo. Pero luego ella misma se rio y dijo que probablemente era paranoia. Como dije, era una mujer hermosa. Los hombres tendían a seguirla, a buscar su atención. A ella le gustaba. ¿A quién no? A mi me gusta la atención de las mujeres. Además, los hombres daban más propina cuando les coqueteaba.

—¿Tú viste esa sombra?

El trovador dudó, frunciendo el ceño:

—Nunca vi a nadie que la siguiera a ella, o que nos siguiera cuando andábamos juntos. Sin embargo, hace un par de noches, cuando regresaba aquí, tuve la sensación de que estaba bajo observación.

—¿Viste a algún sospechoso?

—No. Solo eso. Sabes, como cuando sientes un escalofrío. Como si alguien estuviera viéndome, escondido desde algún lugar. Aquí en la ciudad hay muchos lugares para esconderse, muchas sombras. Además, era de noche.

—¿Dónde fue la última vez que la viste?

—Déjame hago memoria… Sí. ¿Tienes mapa?

Sacó ella uno. Él apuntó:

—Aquí. Aquí nos vimos por última vez.

La sargento se puso de pie y se guardó el mapa en la túnica.

—¿Algo más que quieras decirme, que me pueda ayudar a investigar?

—No. Pero si recuerdo algo…

—Puedes ir al primer cuartel del sur. Pregunta por Dina ek’Ordeh.

—Lo haré, sargento. Por favor, encuentren el que la mató.

—Voy a encontrarlo. Y voy a matarlo.

Perez asintió.

—Ahora, escucha —continuó la sargento—. No quiero ofenderte con esto, pero es procedimiento habitual. Quiero que me digas dónde has estado en los últimos días, para corroborarlo.

———

Por Merne, pensó al salir y ver la intensidad de la lluvia. La diosa del agua debía estar enojada.

El cielo oscuro se iluminaba por los truenos que retumbaban. La temporada de lluvia era intensa, y la ciudad gastaba mucho dinero para prepararse y evitar las inundaciones, que inevitablemente sucedían, sobre todo en los sectores más bajos y alejados del monte en el cual estaba asentado el gran castillo real.

Cruzó ambos brazos sobre su pecho, inclinó la cabeza y rezó: *Bendita eres, Merne de los mares, mi bienestar entrego a tus pies.*

Antes de ir al lugar que le había marcado el trovador en el mapa, visitaría a Rafel el alquimista. Su torre no estaba lejos de lugar a donde se dirigía, así que aprovecharía para hablar con él primero.

Tardó casi una hora completa para llegar, pero finalmente, al final de un angosto callejón, logró ver la torre detrás de una cortina de lluvia.

Era angosta, de ladrillo grande, gris, de unos siete pisos de altura, y torcida. Como una serpiente que ascendía. La puerta era de metal, hecha para resistir un asedio, una invasión.

No se veía campana o picaporte, así que tocó con los nudillos, fuerte, resguardándose con la capa de la lluvia que arreciaba. Nadie contestaba, así que usó el pomo de su espada para tocar con más fuerza. Estuvo allí casi la mitad de una hora, y estaba por retirarse cuando se abrió en la puerta un mirador a la altura de su cintura. Unos ojos inquisitivos la observaron.

—¿Quién llama?

—Mi nombre es Dina ek'Ordeh argotita. Soy sargento en el ejército. Vengo de parte del comandante Balzin, buscando a Rafel.

—El maestro Rafel está ocupado. Ven en otra ocasión.

—¡Es importante! Busco a Degoth.

—¿A Degoth? —respondieron los ojos, con interés—. ¿Cuál Degoth?

—Degoth ek'Degoth tisdita.

—¿Y qué tiene que ver el maestro con él?

—El comandante me dijo que el maestro Rafel puede ayudarme a encontrarlo.

—Espera aquí.

El mirador se cerró.

Pasó otra mitad de hora. Una vez más, estaba apunto de retirarse, pensando que simplemente habían decidido ignorarla. Tendría que intentarlo después. Además, estaba completamente empapada y tenía ganas de encontrar algún lugar dónde resguardarse.

Pero con un sonido metálico, la puerta se abrió.

6. GUÁRDALO

LA RECIBIÓ UN inutsze, raza de baja estatura y cejas largas que descendían hasta la quijada, conocidos por su inteligencia. Iba envuelto en un pesado manto negro, como era la costumbre de ellos.

—El maestro Rafel está ocupado —dijo el hombre—, pero ha decidido recibirte. Sígueme.

La dirigió por unas escaleras de piedra en caracol que subían. Para cuando llegaron al último piso, Dina tuvo que detenerse para recuperar su aliento.

El cuarto al que entraron era redondo con el techo en forma de cono, atiborrado de cosas: libros y papiros por todos lados, en estantes, mesas, libreros, en el suelo, apilados… además de eso, frascos de diversas figuras con líquidos de distintos colores, lámparas y velas de cera encendidas aquí y allá, una chimenea ardiendo, algunos instrumentos de música y otros artefactos de madera y metal que no lograba reconocer.

Rafel el alquimista, sentado tras una mesa, levantó la vista de cinco libros que tenía enfrente.

—¿Te mandó el comandante, dices?

—Así es. El comandante Balzin.

—Acércate al fuego, hija. —Le apuntó a la chimenea con una pluma que tenía en la mano derecha, con dedos manchados de tinta. Era un hombre viejo de semblante interesante: ojos grandes y torcida la nariz y los labios. Grueso y un poco encorvado, vestía una túnica gastada. «Alquimista» era un apodo, pues la alquimia como práctica mágica estaba estrictamente prohibida por el Canon Iluminado.

Ella se acercó a las brasas, extendiendo las palmas, sintiendo el placer del calor.

El inutsze fue a una mesa pequeña también llena de libros y varios frascos, y se sentó dándoles la espalda.

—Disculpa no te haya abierto la puerta yo —dijo el alquimista—, pero hace unos días me lastimé el pie. Subir y bajar la torre me supone un gran trabajo, y trato de evitarlo lo más que puedo. Mi siervo, Ratet, está fuera y llegará hasta más tarde.

—No es problema, maestro Rafel.

—Tampoco estoy acostumbrado a recibir visita. —Se cruzó de brazos—. Curiosamente, hoy he recibido dos, y espero una más.

—Sé que su tiempo es valioso…

—*Nuestro* tiempo —puntualizó—. Lemet-el-edín es mi socio. No le gustan las interrupciones.

Lemet-el-edín gruñó.

—No malgastaré su tiempo. Pero estamos en una situación en la que necesitamos asistencia.

—Soy todo oídos.

—Estoy buscando a Degoth. Creo que será de mucha ayuda para resolver el crimen que investigamos.

—Imagino que eres la joven soldado que acompañó a Degoth meses atrás.

—Sí…

—Que no te sorprenda. Esa historia está viajando de boca en boca. Sobre todo la parte de vencer a un hechicero.

—En eso no estuve involucrada. El capitán Degoth lo hizo.

—Con tu ayuda, sin embargo. Todos los demás murieron.

Dina tuvo un destello horrible de memoria: un hechicero cortando la cabeza de un joven, para luego levantarla y enseñárselas. Parpadeó para olvidar.

—Los dioses estuvieron de nuestro lado —comentó Dina.

—Benditos sean. ¿Necesitas la ayuda del guerrero dragón para un nuevo caso, dijiste?

—Así es. Pienso que su conocimiento será de beneficio.

—Cuéntame del caso.

Los ojos penetrantes del alquimista le decían a Dina que si le mentía o le ocultaba información, se daría cuenta. No sabía si este hombre tenía algún tipo de poder mágico. En teoría, no, pues probablemente ya habría sido descubierto por los inquisidores. De todas maneras, pensaba que incluso el maestro Rafel pudiera ayudarle un poco o mucho. Así que se decidió por contarle, dándole los detalles del horrible crimen, e incluso le enseñó un pergamino que era copia del que había hecho Juilane.

—Lemet-el-edín, mira esto.

El inutsze se acercó para ver, con semblante que delataba su curiosidad.

—¿Esto aquí es la moneda que encontraron bajo ella? —preguntó Rafel apuntando.

—Sí. Cuando llegaron los Iluminados, nos sacaron y no pudimos ver, o por lo menos yo no pude ver, qué hicieron con esa reliquia.

—Es posible que esa reliquia tuviera el poder innato de hacer levitar una persona —dijo el alquimista—. Pero hay otra opción. Que un hechicero le haya infundido ese poder.

Rafel tomó una muleta recargada en el escritorio y se dirigió hacia un librero, inmediatamente encontró un libro grande, pesado, con pastas de madera. Lo trajo y lo puso frente a ellos, abrió a una página específica y comenzó a leer en algún dialecto. La página tenía dibujos hechos a mano de varios objetos pequeños, talismanes, piedras, navajas, y monedas.

Dina estaba sorprendida de que supiera exactamente dónde buscar. Tendría algún tipo de supermemoria.

—Aquí —dijo Rafel. Leyó—: «Algunos magos han dominado el arte de infundir objetos con algún poder. Pero yo nunca lo he visto. El venerable Malkeditsun dice haberlo presenciado con sus propios ojos».

—¿Dice algo sobre levitar? —preguntó Lemet-el-edín.

—Se sobrentiende, aquí, en este párrafo. La reliquia logra manipular el aire, levantando a un objeto o una persona, como si flotara.

—Es cierto —contestó.

—Solo un hechicero con mucho poder podría hacer algo así —dijo el maestro alquimista dirigiéndose a la sargento—. Así que debes tener mucho cuidado. Sí, encuentra el guerrero dragón. Necesitarás de sus talentos para localizar al que está detrás de esta muerte. Indudablemente tiene poder, y le gusta manifestarlo. Los Iluminados deben estar furiosos.

—No lo dudo —dijo Dina—. Pero lo encontraremos. ¿Sabes dónde está el capitán Degoth?

—Pues normalmente no lo sabría, porque ese hombre se mueve constantemente de lugar, y muchas veces ni siquiera está en la ciudad. Pero da la casualidad que, si hubieras llegado unas dos horas antes, te lo habías encontrado.

—¿Cómo?

—Sí, ha venido a visitarme. Me pidió algunas cositas. Siempre paga muy bien y me pide lo más interesante. Por fortuna, me dijo adónde se dirige: al muelle de las dos anclas.

—Perfecto.

—Pero ve con precaución, que está tras la pista de personas peligrosas.

—No me sorprende. Será mejor que me apresure.

—Antes de que te marches, déjame darte algo.

El maestro Rafel abrió un cajón secreto en su escritorio. Le dio un frasco de vidrio del tamaño del meñique con un líquido verde adentro.

—Si estás en mucho peligro, lanza esto a tu enemigo.

—Muy bien —dijo ella guardándolo en un bolsillo.

—Eso cuesta mucha plata, hija. Guárdalo bien. Úsalo bien.

—Lo haré, maestro Rafel.

—Que los dioses estén contigo, y que Torvos ilumine tu rostro.

7. CALLEJÓN

¿CÓMO PODRÉ LLEGAR hasta el muelle con esta tormenta?, se preguntó Dina.

El cielo se iluminaba por los constantes truenos, y la lluvia caía fuerte, pesada, fría; una cortina gris. Se quedó un rato junto a un edificio alto que por su inclinación le resguardaba un poco de la lluvia. Esperaba que la tormenta se aquietara para que pudiera salir. El muelle de las dos anclas estaba como a una hora de distancia, a pie, a las orillas del río Anubín, el cual corría por el centro de la ciudad.

Argoth se construyó hacía poco más de 3,500 años junto a ese río por la importancia de estar cerca de una fuente de agua en esa región árida. El colosal castillo fue edificado cerca del río, que cruzaba por la zona sur de la ciudad, luego se volvía subterráneo para emerger más allá de una de las murallas del norte. La ciudad tenía diversas murallas, pues se expandió con el paso de los años, y con cada expansión se construyeron nuevos muros. Las calles eran laberintescas y angostas, pues de esa manera dificultaban la entrada y el avance de un ejército enemigo. No importaba qué tan grande era un ejército, cuando las calles tenían poca anchura y no las conocías bien, era más fácil ser emboscado y diezmado.

La tormenta no daba señales de perder fuerza, sino todo lo contrario. No tenía sombrilla, así que simplemente se ajustó bien el manto y la capucha, y se apresuró hacia su destino.

Se le llamaba el muelle de las dos anclas por un barco que encalló allí unos cien años atrás. Había quedado parcialmente hundido, asomando afuera del agua tanto la popa como dos anclas grandes. Aunque el barco se terminó de hundir con el paso de los años, se quedó el nombre a ese muelle en particular.

La ciudad tenía muchos muelles a lo largo del río, de todos los tamaños. El comercio era importante en la ciudad, como en cualquier otra, pero al ser esta la capital del reino entero, el río estaba siempre siendo navegado por barcos y barquillas. El río comunicaba con dos de las grandes ciudades del reino: Rubán-el al norte, y Zimireth al suroeste. Además, el río llegaba hasta la frontera norte, e igualmente a la frontera sur. Además, un brazo se dividía hacia la frontera oeste que llegaba al mar.

Ningún barco, sin embargo, navegaba con este viento. El río era lo suficientemente largo para que, si alguien se encontraba atrapado en medio de una tempestad, terminara anegando.

—¿Dónde te voy a encontrar? —murmuró. El alquimista le dijo que Degoth andaba tras la pista de hombres peligrosos. Eso no le sorprendía en lo absoluto, pues por lo que sabía de Degoth —que tampoco era mucho, pero escuchaba los rumores e historias sobre él—, eso era lo único que hacía.

Puesto que ella creció en la capital del reino, la conocía bastante bien. Por lo tanto, tenía una idea de los lugares en el muelle que los ciudadanos, en general, evitaban. Esos lugares a los que si entrabas sin tener un motivo específico para hacerlo, quizás no saldrías. Así que se dirigió hacia allí, descendiendo por varias escaleras y tomando las calles y callejones. Finalmente llegó cerca del río.

Aunque era imposible verlo por el torrente que descendía, hacia el norte se levantaba el castillo, que debido a su colosal tamaño se percibiría más cerca de lo que en realidad estaba. Nunca había tenido la oportunidad de entrar al castillo. Desde chica admiraba sus altas paredes, torres y almenas. Se entraba por un enorme puente, pues un foso con agua rodeaba la fortaleza. Nunca había visto a la reina ni a ningún miembro de la realeza, excepto a algún gran señor. Los ricos y poderosos vivían en sus propios barrios cerca de la ciudadela, que era resguardada por la mismísima guardia real.

Tomó un callejón, pasó una taberna, una herrería cerrada, algunas casas abandonadas. No se veía por allí mucha gente.

Como un espectro, una sombra emanó de la cortina de lluvia.

—¿Qué haces aquí, niña? —le dijo la sombra. No podía verle bien el rostro por la capucha.

—¿Y a ti qué? —le respondió ella, de mal humor.

Blandía una navaja en la mano derecha. Inmediatamente se llevó ella la mano a la empuñadura.

—No quiero problemas —replicó ella—. Solo estoy de paso.

—Este no es un lugar para estar de paso. Si no tienes nada que hacer por aquí, regrésate mejor.

—¿Qué te parece si te apartas de mi camino, y nos olvidamos de esta conversación?

El hombre dio un par de pasos hacia ella. Se vio tentada a retroceder, pero permaneció en su lugar.

—No quiero problemas, estoy buscando a alguien.

—¿A quién buscas, niña?

No le gustaba que la trataran así. Intentaba que no le hirviera la sangre. Si se enfrentaba en combate al hombre frente a ella, lo mataría. Una navaja no era nada contra su espada, y estaba dispuesta a apostar que su oponente no era buen espadachín, sobre todo con el leve cojeo que tenía.

—Busco a un amigo. Tiene un parche en su ojo izquierdo.

—Nadie así anda por estos rumbos —le respondió dando otro paso. La apuntó luego con la punta de la navaja y agregó—: Así que lárgate. No me importa que seas niña, te voy a clavar esto en el vientre.

Estaba por sacar su espada cuando una voz dijo a su espalda:

—Viene conmigo.

Alerta, se dio la vuelta.

A unos cuantos pasos de ella estaba Degoth.

8. RAZÓN



Al ver que eran dos contra uno, el hombre optó por la retirada.

—¿Cómo me encontraste?

—Gusto verte, capitán —respondió ella.

—Este es un lugar peligroso.

—Lo sé. Estoy acostumbrada a los lugares peligrosos, con eso de que soy una soldado.

El rostro de el capitán Degoth ek'Degoth permanecía serio:

—¿Cómo me encontraste? —repitió.

—Necesitaba hacerlo. El comandante Balzin me pidió que te buscara. Así que visité al alquimista, a Rafel.

Degoth entrecerró el ojo:

—¿Y te dio mi ubicación? Normalmente el alquimista es cuidadoso…

—Cuando sepas la razón, lo entenderás.

—Está bien, pero tendrá que ser después. Estoy ocupado.

—Te acompaño. ¿Quizás necesites ayuda?

—No la necesito. Pero puedes venir.

Caminaron por varias calles hasta detenerse en una taberna en una esquina. La puerta de entrada era angosta, y estaba cerrada. Ninguna ventana les permitía asomarse hacia adentro. De todas maneras empujaron la puerta, que no tenía cerrojo, y entraron. El lugar estaba oscuro, con muy poca gente, y la luz provenía de una chimenea y algunas lámparas en las mesas.

—¿A quién buscamos?

—Se hace llamar el capitán Fleten.

—¿Cómo es? ¿Cómo lo encontramos?

—¡Capitán Fleten! —dijo Degoth en voz alta.

Un hombre levantó la mirada:

—¿Quién le busca?

Se acercaron a él. Estaba sentado en una esquina, al otro lado de la puerta. Aunque tenía aliento alcohólico, los miraba vigilante. Traía puesta una casaca azul oscura, y sobre su cabeza un sombrero de capitán de barco, mal puesto.

—Busco al capitán Fleten —dijo Degoth sentándose. Dina lo imitó—. ¿Es usted, amigo?

—Depende de quién lo busca.

—Mi nombre es Degoth tisdita.

—¿Tisdita? Me caen bien los tisditas. Un placer. ¿Qué quieres conmigo?

Degoth sacó de su túnica un medallón que llevaba colgado al cuello. Era circular, de color plata, y cabía en la palma de la mano. Tenía grabado un dragón que escupía fuego con dos espadas detrás en forma de X.

El hombre abrió los ojos:

—¿Un guerrero dragón? No deberías estar aquí, guerrero. Estos no son lugares para personas como tú.

—Escúchame bien. No estoy de humor. Necesito información.

—En estos rumbos toda información cuesta, amigo. Sin importar que seas un dragón.

—Por la plata no te preocupes, que tengo suficiente.

—Entonces habla, pues.

Degoth se inclinó hacia adelante y habló firme pero en voz más baja:

—Busco uno que se hace llamar el Fantasma. Necesito tener una conversación con él.

El rostro de Fleten se endureció:

—No conozco a ningún Fantasma.

—Qué extraño. Alguien me aseguro que tú podrías conectarme con él.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Kurakat.

—No me suena el nombre…

—Me lo confesó antes de que lo matara. Su sangre sigue fresca en mi espada.

Un sudor frío brotó por la frente de Fleten. Su mano derecha se movió sobre la mesa, como un tic nervioso. Echó una mirada de soslayo hacia su cintura.

—Te puedo prometer —le dijo Degoth—, que antes de que toques el pomo, te cortaré el cuello.

—¿Qué te hace pensar que conozco al tal Fantasma? Lárgate de aquí, que no conozco a nadie con ese apodo.

—Creo que tendrás que acompañarnos afuera, a continuar con esta conversación.

—¿Afuera? —respondió Fleten con un intento de sonrisa—. No gracias. Aquí estoy mejor, frente al fuego. No me gusta la lluvia.

—Un capitán al que no le gusta el agua. Vaya sorpresa.

—Pues así es, dragón. Mejor te vas saliendo de aquí, que tengo cosas qué hacer.

—¿Algún problema aquí? —dijo el tabernero, quien se había acercado con otros tres hombres. Uno de ellos, alto y con brazos musculosos, tenía un machete en mano. El segundo, una navaja larga. El tercero, un martillo. El único que no andaba armado era el tabernero mismo.

—Ningún problema, tíos —dijo Degoth—. Solamente conversando con mi amigo el capitán.

—No, no lo creo, forastero —dijo el tabernero—. El capitán no tiene amigos. Mucho menos un tuerto como tú. Qué te parece si tú y tu hermosa compañera abandonan mi establecimiento antes de que decida prohibirles la salida.

—Está bien. Nos vamos —aventuró Degoth poniéndose de pie y enseñando las palmas de las manos. Con la mirada, el guerrero dragón le dijo a la sargento que efectivamente saldrían de allí.

Afuera, en la tormenta, dijo Degoth:

—Lo visitaremos hoy por la noche. Cuando no tenga ayuda.

—Eran cinco, pero habríamos podido contra ellos.

—Quizás. Busquemos una taberna en otro lugar. Allí me dirás la razón por la que me buscabas.

———————

Encontraron una pequeña cantina en otro sector. Por la tormenta, estaba prácticamente vacía.

Degoth no estaba seguro qué pensar sobre tener a la sargento Dina frente a él. Estaba en medio de una misión, y le gustaba llevarlas acabo solo, de ser posible. De esa manera la única persona que ponía en riesgo era él mismo.

Sin embargo, cuando trabajó con la sargento unos meses atrás, su ayuda fue indispensable. Era inteligente, fuerte, y una de las mejores espadachinas que conocía, probablemente de las mejores en todo el reino. El problema: la sargento era impulsiva y a veces imprudente. Pero el comandante Balzin, tío de Dina, quería que Degoth se convirtiera en una especie de mentor para ella.

—El Fantasma, ¿eh? —preguntó ella—. ¿Qué es con estos rufianes, que les gustan los apodos? «El profeta», «el Fantasma», ¿qué sigue?

Degoth sonrió y le dio otro sorbo a su tarro.

—¿Por qué lo buscas? —dijo ella.

En otra situación no habría hablado sobre el caso que investigaba. Pero con Dina era diferente. No solo era parte del ejército, y técnicamente los guerreros dragón pertenecían al ejército, sino que además había sido su compañera.

—Tráfico.

—¿De personas o monstruos?

—De los dos. Pero en específico, tráfico de niños. En realidad, los verdaderos monstruos son los traficantes.

—¿Por qué lo dices?

—Secuestran a niños de barrios pobres. Los usan como carnada viva en peleas de monstruos.

—¿Pero qué dices?

—Como lo escuchas.

—Y los niños… ¿mueren?

—Mueren desgarrados ante los gritos de los espectadores sedientos de sangre.

—Dioses.

—El Fantasma es uno de esos traficantes. Creo que es de los más grandes. Por lo menos aquí en Argoth.

—Hay que encontrarlo y apresarlo.

—O deshacernos de él, que sería mejor.

El código ético de la Orden del Dragón era relativamente sencillo: deshacerse del mal. Usar los medios necesarios para llevar a cabo ese fin. Si deshacerse del mal significaba engañar, matar, o destruir, pues así era. Esta era una guerra, y en la guerra las reglas no son tan fijas.

—Pero tú querías encontrarme por una razón específica. Dices que Balzin mandó buscarme.

—Sí.

El comandante Balzin era buen amigo de Degoth. Aunque los guerreros dragón típicamente no tenían la mejor relación con el ejército, pues años atrás la Orden había sido puesta bajo mando militar debido al decreto del rey Armán, cosa que disgustó sobremanera a la Orden, Degoth mantenía una buena relación con el comandante.

—Te escucho.

Dina puso frente a él un par de pergaminos. Se acercó para verlos bien.

—Malditos sean los Jinetes —dijo Degoth.

9. PULGARES

EL PRIMER PERGAMINO era un dibujo del semblante de una mujer hermosa. Degoth no la conocía. El segundo pergamino, también un dibujo, mostraba la escena del crimen. La misma mujer con el cuerpo descuartizado, el cual flotaba.

—La encontramos aquí —dijo Dina apuntando el lugar en un mapa que había puesto sobre la mesa.

—¿Qué es esto, aquí abajo?

—Una moneda de cobre.

—¿Tienes una representación de la moneda?

—Sí, detrás de este pergamino. —Volteó el que tenía el dibujo de la cara de la mujer.

—No es una moneda del reino —dijo Dina—. No reconozco el símbolo.

—No es una moneda —dijo Degoth—. Es algún tipo de amuleto. Un talismán. Este garabato es un antiguo símbolo ocultista, usado por los adoradores de Mutur. Esa secta desapareció, de acuerdo con algunos registros, hace unos 800 años. Siguen habiendo aficionados, pero sin tener el poder que en su momento tuvo la secta. La Orden del Dragón se enfrentó a ellos hace siglos. Se hacían llamar los *muakar,* que en la antigua lengua significa «los que adoran a Mutur».

—¿El símbolo, entonces, es ocultista?

—Sí. Una de las características de los sacerdotes muakar, los cuales eran todos hechiceros, era que tenían la capacidad de infundir magia en objetos.

—¡Eso es! Eso es lo que pensamos. Pero el comandante dijo que nunca había escuchado de un poder así.

—No es común, no. No que sea imposible, porque algunos brujos hasta hoy tienen esa capacidad. Pero como dije, era una característica de los sacerdotes muakar.

—Entonces buscamos a un hechicero asesino.

—Eso parece. ¿Qué sabemos sobre la víctima?

—Su nombre es Liskena. Eh, era, Liskena. Prostituta primero, después cantante junto con un trovador de nombre Perez.

—¿De Lenit?

—Sí. ¿Lo conoces?

—No, pero lo escuché cantar hace unos diez años.

—¿Y lo recuerdas?

—Tengo buena memoria.

—Pues sí, Perez lenita, trovador.

—¿Puede ser él el asesino? Normalmente es una persona cercana.

—No lo creo, pero tampoco lo descarto. Me dio una lista de los lugares en los que estuvo en los últimos días, pero todavía no he podido corroborarlo. Cuando vaya al cuartel pediré ayuda para verificar los datos que me dio.

—Dices que no piensas fue él. ¿Por qué?

—Intuición. La manera que reaccionó a mi interrogatorio.

—Es un trovador. Sabe actuar.

—Es por eso que no descarto nada.

—¡Tabernero! —dijo Degoth alzando la voz y el tarro vacío—. Otra como esta. —Luego, a Dina—: Me gustaría hacerle un par de preguntas al trovador. Podemos visitarlo mañana. Hoy por la noche ya tenemos una cita.

—¿Entonces me vas a ayudar?

—Si un brujo con este tipo de poder anda suelto en la ciudad —dijo Degoth—, me interesa atraparlo.

———————

El capitán Fleten llegó a su habitación contento.

Había bebido, comido, bebido un poco más. Una buena noche, digamos. Cuando llegó hasta la puerta de su habitación, que se encontraba en un edificio maloliente y oscuro, se maldijo al no encontrar la llave.

—¿Dónde dioses la…? —balbuceó, palpando sus bolsillos. Empujó la puerta, y se abrió. Había olvidado cerrarla.

—*Jorgot* —maldijo. Le pasaba a menudo. En una ocasión, un ladrón (sospechaba había sido su vecino) entró y le quitó lo poco que tenía, incluyendo unas monedas escondidas bajo un barril. Al entrar, le invadió el olor a comida podrida mezclada con alcohol. Era una habitación pequeña que rentaba, y no tenía tiempo para limpiarla. La basura yacía tirada por todos lados, al igual que botellas vacías de aguardiente y vino de mala calidad.

Cerró la puerta y se dirigió a la mesa en la esquina donde habría una botella de… de algún tipo de brebaje alcohólico, esperaba.

Quizás si no hubiera estado embriagado habría sentido la presencia de las dos personas que lo esperaban en la oscuridad. Aunque llevaba una daga al cinto, no logró ni siquiera llevar su mano al pomo. Repentinamente lo sujetaron tanto de la mano derecha como del cuello, por detrás, con un movimiento doloroso que lo inmovilizó por completo. Fue lanzado al suelo donde su nariz se golpeó fuertemente, un sonido seco que fue casi ofuscado en sus oídos por el tronar de su nariz.

Gritó de dolor, lanzando maldiciones a medias, tratando de desenvainar su arma blanca, sin saber que esta ya se encontraba en la mano de uno de sus enemigos. Lo levantaron y lanzaron hacia una silla, de la cual intentó escaparse poniéndose de pie, pero un golpe fuerte en la cara lo regresó al asiento. La sangre caliente le bajaba por la barbilla e incluso el cuello, se sentía completamente desorientado en la oscuridad. En medio de las injurias, recibió de nuevo un golpe, esta vez en el estómago, el cual le sacó por completo el aire y por un momento pensó que moriría como un pez que se ahoga fuera del agua.

—Un gusto verle de nuevo, capitán —escuchó la voz en la oscuridad, la cual reconoció inmediatamente.

Escupió sangre y un diente. Se pasó la lengua por encima de la dentadura hasta identificar el premolar que le faltaba. Maldijo de nuevo.

—Ya te dije que no tengo idea de lo que me hablas.

Un silencio. Se escuchó el chispar del pedernal, y una lámpara iluminó el semblante del guerrero dragón y la mujer que lo acompañaba.

Maldición, pensó, al ver los ojos del dragón. Pudo ver que estaba sediento de sangre. Sabía

que los guerreros de la Orden no tenían problema con quitarle la vida a una persona si eso servía sus propios intereses. Había escuchado también que eran expertos en el arte de extraer información por medio del dolor.

—Si no me dices dónde encuentro al Fantasma, voy a cortarte un dedo. ¿Me crees?

—Te creo —respondió, renuente—. Tú me quitarás un dedo, pero el Fantasma me quitará la vida. ¿Qué me conviene más?

—En este momento, preservar intactos tus pulgares. Puedes huir del Fantasma y preservar tu vida. Pero ¿huir de mí? No podrás.

—¿Por qué lo buscas?

—Eso no te concierne.

—Como él hay muchos.

—No hay muchos que trafican con niños para despedazarlos enfrente de una multitud extasiada por el deseo de ver sangre inocente derramada.

—No es el único. Hay otros.

—Iré a por los otros después. Pero comenzaré con él. Dime dónde lo encuentro.

El maldito puso el filo de un cuchillo sobre su pulgar derecho.

—El mesón de la Flor de Cerezo. ¿Lo conoces?

—Sé dónde encontrarlo.

—Allí es la última vez que lo vi. No sé dónde está su cuartel. Nadie lo sabe. Por lo menos, nadie que yo conozca.

La mujer se dirigió al guerrero dragón:

—También conozco ese lugar. Es peligroso.

Esa era la distracción que el capitán Fleten esperaba. Llevaba oculta una navaja pequeña en su cinto, de esas que se abren con resorte, y cuando su captor se distrajo, se llevó la mano a la espalda, sustrajo la cuchilla, y se abalanzó contra él con la intención de clavarle la punta en el cuello.

Calculó mal su propia destreza. El dragón dio un paso rápido hacia atrás, esquivando su ataque, y le clavó el cuchillo en el pecho.

Cayó de rodillas, con un escalofrío de dolor que le recorrió el cuerpo, y después dio con la cara al suelo, de nuevo. Antes de morir, pensó que de haber sabido que perdería así la vida esa noche, habría preferido que le quitaran sus dos pulgares.

10. CABEZA

AL SALIR DE la casa del capitán Fleten, Degoth contempló asombrado el cielo. Los relámpagos se dibujaban como luminosas telarañas tejidas a medias, y el estruendo era tan atronador que podía sentirlo en el pecho. El diluvio descendía con tal fuerza que, incluso cubierto con la capucha, las gotas le causaban un ligero dolor en el cuero cabelludo, los hombros y la espalda.

Para hablar con Dina, tuvo que gritar.

—Visitemos al trovador.

Se pusieron en marcha.

A Degoth no le incomodaba la tormenta. Había aprendido a apreciar la lluvia. Tisdeh, su ciudad natal, se asentaba junto al río Anubín, el cual tenía múltiples secciones anchas y, cuando descendía alguna tormenta, navegar en esas aguas no solo era imposible, sino que era una muerte segura. Había navegado en varias ocasiones con su padre, y un par de veces se encontraron atrapados en medio de un vendaval que, a su corta edad, le parecía una maldición enviada por los dioses mismos.

Podía escuchar todavía los gritos del capitán de aquel navío, dando instrucciones con determinación a los marineros quienes obedecían impasibles. No pudo detectar en ellos temor alguno, excepto en un joven marino, unos pocos años más grande que él, que tenía en su semblante una mueca que si no denotaba terror, sí alarma. Probablemente sería su primera o segunda tormenta, y estaría pensando en llegar a casa a los brazos de su madre. Degoth no tenían brazos de madre a los cuales llegar, pues el único familiar que tenía se encontraba junto a él: su padre. Un hombre alto, de barba negra y poblada, brazos poderosos y voz de capitán.

Al mirar esa cara arrugada de su padre, con aquella marca por encima de la ceja derecha causada por una antigua herida, no pudo más que sentir confianza, en especial cuando le dijo:

—No temas, hijo mío. Los dioses podrán estar enojados, pero el Creador está de nuestro lado. La lluvia es bendición de Él.

De su padre había aprendido muchas cosas. Fue él quien lo inició en el arte de la esgrima, la cual fue perfeccionada por sus maestros del Claustro del venerable Datán, en las montañas de la ciudad de Naureptï, en la isla de Nureph. Para él fue una experiencia traumática cuando, con tan solo ocho años, su padre lo entregó a la Orden del Dragón, bajo la tutela de Slepten. Sin embargo, su padre con precisión religiosa lo visitó tres veces al año, las tres visitas permitidas. Probablemente la confianza que tenía Degoth en el Todopoderoso provenía de su padre también, quien había sido religioso aunque no fanático. Creía que el destino no era controlado por los dioses, sino que los dioses mismos dotaban a todo ser humano con la capacidad de tomar sus propias decisiones, para bien o para mal.

Su padre fue un hombre de bien. Un hombre valiente. Un verdadero guerrero. Su desaparición era una astilla clavada en su corazón. Años buscándolo… sin éxito.

Elevó una plegaria al Creador, por su padre.

Llegaron finalmente a la puerta donde estaría Perez lenita. Tocaron, pero nadie respondió.

Tocaron de nuevo. Por la hora, el hombre estaría probablemente dormido.

—Puede ser que no esté en casa —dijo Dina.

Degoth intentó abrir la puerta, pero tenía cerrojo puesto.

—Podemos venir después —agregó la sargento.

—Prefiero asegurarme de que no esté. Incluso podemos dejarle un mensaje en pergamino para que nos encuentre en algún lugar.

—Puedo abrir el cerrojo —dijo Dina sacando un pequeño set de herramientas. Abrir puertas era una habilidad importante y necesaria. Por fortuna, la gran mayoría de las casas y habitaciones en el reino que se encontraban en estos barrios no tenían cerraduras complejas. Eso sí, si la puerta estaba atrancada por atrás con algún pedazo de madera o hierro, sería más difícil abrirla.

Ella lo intentó, de todos modos, y poco tiempo después abrieron la puerta. Encendieron una linterna. Puesto que la habitación era pequeña, solo tuvieron que dar un par de pasos hacia adentro cuando inmediatamente se detuvieron.

—Por los dioses elementales —dijo la sargento—. No puede ser.

Perez lenita estaba muerto. Su cabeza flotaba en el aire, girando lentamente sobre su propio eje. Tenía los ojos abiertos, como sorprendido, al igual que la boca, con la lengua de fuera, una mueca grotesca. La piel pálida. El cuello, bien cercenado, no escurría sangre alguna. El cuerpo no se veía por ningún lado. En el suelo, justo debajo, un amuleto que al acercarse Degoth pudo comprobar que era idéntico al que Dina le había enseñado en el dibujo.

—Tenemos una segunda víctima —dijo Degoth—. Que nosotros sepamos.

—Misma manera de operar. Es el mismo hechicero.

—Excepto que en esta ocasión el cuerpo no está. En eso difiere a lo que me enseñaste tú.

—Es cierto. En el caso de Liskena, su cuerpo estaba allí, si bien cortado.

—Pero estoy de acuerdo que es el mismo asesino.

—Deberemos reportar esta muerte.

—Podemos hacerlo… o esperar un poco. Si la reportas, este lugar estará lleno de Iluminados antes de que cante el gallo.

Dina hizo un gesto de duda. Evidentemente batallaba entre el sentido del deber como soldado, y el deseo de atrapar al asesino sin la interferencia de los Iluminados y su Canon.

—Nadie lo sabrá, sargento. Además, si lo reportamos, no podremos tomar el amuleto. Se lo llevará el inquisidor. Si lo tomamos nosotros, podemos analizarlo bien y encontrar alguna pista.

—Está bien. Esperemos un par de días antes de reportarlo.

—Hagamos eso.

—¿Qué sucederá cuando tomes el amuleto? ¿La cabeza se caerá?

—Sí.

—No quiero yo atraparla…

—Lo haré yo. Toma el amuleto tú.

El hechizo se desactivó en el preciso momento que Dina tocó el amuleto. Degoth puso la cabeza en una mesa.

—¿Sentiste algo al tocar el amuleto?

—Una ligera descarga. Como un imán repeliendo otro imán.

Degoth le extendió la mano y ella le entregó el pequeño talismán. Lo examinó de cerca. Sí, parecía una moneda, con el símbolo por un lado y nada por el otro. De cobre. Antigua.

—Estoy seguro que Rafel podrá ayudarnos con esto. Le interesará mucho.

—Visitémoslo.

—La hora es avanzada. Descansemos un poco y sigamos mañana. Necesitaremos energía.

11. MESÓN



Durmieron en un mesón cercano que no tenía habitaciones sino un cuarto hediondo de tamaño mediano con unas diez o quince literas apretadas una a la otra, la mitad de ellas ocupadas.

Tanto Degoth como Dina estaban acostumbrados a lugares como ese. Incluso con la tormenta afuera, el guerrero dragón pronto dormía, aunque con un puñal en la mano derecha, en caso de necesitarlo.

A la siguiente mañana, antes del amanecer, Degoth despertó a la sargento. Al salir, el cielo estaba completamente oscuro, tanto por la hora temprana como por las nubes negras. Seguía cayendo la lluvia con fuerza.

Desde donde estaban caminaron una legua y media[2] para llegar con el alquimista. El plan era llegar primero con él, para después pasarse al mesón de la Flor de Cerezo.

Al llegar a la torre, Dina dijo:

—Vamos a ver si nos abren. Cuando vine, tuve que esperar mucho tiempo. La puerta ni siquiera tiene picaporte.

Degoth sonrío.

A la izquierda de la puerta había una baldosa floja. La removió con cuidado, metió la mano, y jaló el listón. Era la campanilla secreta.

—Con razón —dijo Dina.

—Solo no le digas al alquimista que me viste hacerlo —dijo al regresar la baldosa a su lugar —. Es muy receloso de los que saben. Ya entiendes, no le gustan las visitas.

Les abrió la puerta Lemet-el-edín, arqueando las cejas a penas un poco al verlos, pero sin decir palabra. El inutsze subió las escaleras, y lo siguieron.

Entraron a la biblioteca. En todo el reino de Argoth, ese era uno de sus lugares favoritos. Años atrás había tenido el privilegio de pasar casi dos años enteros viviendo en la torre del alquimista, investigando un tema específico. No pudo evitar, sin embargo, leer libros de diferentes tópicos y ayudar a Rafel en algunos de sus experimentos, tanto con animales como sustancias. Consideraba que ese par de años habían sido fundamentales en su crecimiento intelectual y espiritual. Tanto así que, después del maestro Slepten, consideraba a Rafel como su mentor.

El alquimista, al ver a la sargento, sonrió ampliamente:

—Es un gusto verte de nuevo, hija.

—¿También te alegra verme, maestro? —preguntó Degoth, socarrón.

—¡Bah! Mis ojos están acostumbrados a verte a ti.

—Parece que le caes bien —le dijo a Dina, quien respondió solamente con una sonrisa tímida —. No es eso normal. Tener el favor de el gran maestro Rafel es casi imposible. Ni el Sacerdote Supremo es bien recibido en este *sanctum santorum.*

Lemet-el-edín refunfuñó al oir la referencia al sacerdote.

—Ese hombre inculto no es bienvenido dentro de la circunferencia de estas paredes —dijo el alquimista—. Lo único que le obsesiona es quemar herejes.

—Te traemos un presente, maestro Rafel.

—¿Sí? Déjame ver.

Puso el talismán en la mesa.

—¿Es esto lo que creo que es? ¿Cómo se lo robaron a los Iluminados?

—Es de una segunda escena de crimen —dijo Degoth.

—¿Una segunda? ¿Hay otra víctima?

—Así es —dijo Dina—. Un hombre esta vez. Un trovador, amigo de la primera víctima. Solo encontramos su cabeza, flotando en el aire bajo el hechizo de esta moneda.

—Fascinante —dijo el alquimista tomando de allí cerca un lente de aumento e inclinándose sobre el objeto—. Lemet, mira esto.

El socio del alquimista se acercó. Tomó el lente y examinó también.

—Cualquier cosa que nos puedas decir al respecto, nos ayudará —dijo Degoth.

—Regresen mañana por la noche. Creo que podría tenerles algo. Haré varios experimentos. Quiero ver qué resultados me dan.

———————

Siguiente parada: Flor de Cerezo.

—Maldito aguacero —dijo Dina—. Ya estoy sintiendo el resfrío.

—Si te llegas a sentir mal, le pediremos al maestro Rafel un jarabe para ello. Es casi mágico. Tiene un sabor horripilante, pero te sentirás mejor.

El mesón sería difícil de encontrar excepto para alguien que conociera el lugar, pues tomaron varios angostos callejones para finalmente arribar. Era un edificio de varios pisos, descuidado y gris.

En la primera planta tenía una taberna mal iluminada pero, interesantemente, llena. Unas treinta y cinco personas comían y bebían, un par de ellos cantaban al son de una popular canción que un juglar entonaba en la esquina, acompañándose con una lira.

No encontraron mesas disponibles, pero el tabernero les hizo una seña para que se acercaran a la barra. Parecía un hombre agradable. El cabello negro y despeinado le bajaba hasta los hombros. Tenía un extraño tic en ambos ojos, pues el iris se movía constantemente apenas un poco, como un tremor ligero. Era un hombre corpulento, con los dedos manchados de lo que parecía ser tinta verde-azul.

—¿Qué les sirvo, amigos? —preguntó con una sonrisa amable que enseñaba un diente de plata.

—Un tarro de cerveza para mí —dijo Degoth.

—Lo mismo —agregó Dina.

—¿Un poco de pan? ¿Queso?

—Está bien —respondió Degoth.

Aunque nadie parecía prestarles atención, tenía el presentimiento de que todos allí estaban muy alertas a su presencia. No era que estuvieran lanzando miradas de reojo. Pero algo sobre la dinámica del grupo no le gustaba. El simple hecho de no haberlos notado al entrar, como si fuera adrede, como entrenados a actuar normal ante el arribo de algún desconocido.

—Este sector tiene mala fama —susurró Dina.

—Cueva de ladrones y asesinos.

—¿Cómo encontraremos información del Fantasma aquí?

—Observando y ofreciendo dinero.

El tabernero regresó con sus bebidas y comida.

—Pueden acercarse a la fogata si gustan les dijo. Merne bendita parece estar enojada.

Dina cruzó las manos sobre su pecho y ofreció una plegaria silenciosa a la diosa, para apaciguar su ira.

—Gracias… —aventuró Degoth.

—Jarkel —dijo el tabernero—. ¿Ustedes?

—Degoth. Ella es Dina.

—Un gusto.

—Gracias, Jarkel. Buen negocio que tienes por aquí. Mucha clientela.

—Nuestra cerveza es de buena calidad. Deberían de pedir una. No encontrarán una mejor en todo el sector.

—Apenas ha salido el sol y ya tienes aquí a un gentío.

—Cuando corres bien tu negocio, la gente llega.

—Me imagino.

—¿Y ustedes? No son de por aquí. Nunca los había visto antes.

—No. Solo estamos de paso.

—Ni siquiera es común ver a personas que están de paso. Casi todos aquí somos locales. Una pequeña comunidad cercana.

—Buscamos a una persona que aparentemente frecuenta este lugar. Me encantaría tener una conversación con él.

—¿De quién podría tratarse?

—Le dicen el Fantasma.

El tabernero arrugó la frente, pensativo:

—¿El Fantasma? ¿No querrás decir «el espectro»? Tervo «el espectro» viene aquí todos los días, pero ya en la tarde.

—No, no. Estoy seguro que le dicen Fantasma.

—¿Y frecuenta este lugar?

—Así es.

—Y ¿quién te dio esa información, si se puede saber?

—El capitán Fleten.

—Ah, sí, conozco a Fleten. Viene aquí de vez en cuando. ¿Está bien?

—Sí, muy bien.

—Debiste haberlo traído contigo, para que nos orientara sobre a quién se refiere. Porque a este establecimiento vienen personas con todos los apodos imaginables bajo las lunas, pero ninguno que lleve ese sobrenombre, estimado amigo.

—Es una pena —respondió Degoth poniendo cinco monedas de plata en el mostrador subrepticiamente.

—Amigo, dos cervezas y un poco de pan no cuesta tanto dinero —respondió el tabernero, ingenuo—. Pero te diré algo. Si esperas junto al fuego, déjame hablar con un par de camaradas en la cocina, ellos conocen a todo el mundo por aquí. Quizás ellos tengan algo de información.

Se retiró Jarkel sin tomar los darís.

Se acercaron a la fogata y extendieron las manos, de pie, pues no había ni siquiera sillas individuales disponibles. Disfrutaban del calor cuando la puerta se abrió, dejando entrar un vendaval frío.

Entraron cinco personas vestidas con túnicas rojo oscuro. El que los guiaba era el inquisidor Nimud, con el cordel delgado y dorado en su frente. Normalmente los Iluminados no iban armados. Pero en este caso, todos llevaban espada en el cinto.

—¡Atención, todos! —vociferó Nimud. Se hizo silencio. Era hombre de estatura considerable, fornido y con actitud de uno acostumbrado a que le obedecieran—. Este lugar acaba de entrar en control de la Inquisición. Nadie tiene permitido salir, bajo pena de arresto inmediato y calabozo seguro. ¿Alguien osa objetar?

En cualquier lugar donde entraba la Inquisición, la gente se inmutaba. El pueblo les temía. Tenían riqueza y poder, además del favor de la reina.

Por eso Degoth se sorprendió cuando se escuchó el sonido metálico de varias espadas que salían de su vaina.

Alguien dijo en voz alta y fuerte:

—Si no salen inmediatamente de aquí, hijos de los Jinetes, les cortaremos el cuello a los cinco.

Los cinco Iluminados desenvainaron y, casi al instante, con un grito de guerra, diez hombres se abalanzaron sobre el inquisidor y sus compañeros.

12. NIMUD

LA MAGIA Y la hechicería estaba estrictamente prohibida en todo el reino de Argoth. No importaba si eras manipulador de alguno de los cuatro elementos, alquimista o agorero. Las brujas y los hechiceros eran perseguidos con ferocidad, sobre todo en el círculo de las cuatro grandes ciudades: Argoth en el centro, Rubán-el al norte, Gabá al sureste, y Zimireth al suroeste. Mientras más se alejaba uno del llamado «círculo», menos persecución. Por eso la mayoría de los practicantes de la magia vivían lo más alejados posible de la capital del reino.

Los únicos que tenían permitido usar la magia eran los paladines Iluminados. La Cofradía del Resplandor, el nombre formal de los Iluminados, mantenía en secreto quiénes eran sus paladines. Se podía asumir que los inquisidores tenían poderes, pero no siempre era así.

Degoth sospechaba que el inquisidor Nimud era mago, pero nunca lo había visto practicar. Tenía fama de ser uno de los inquisidores más implacables de la Cofradía, y Degoth lo evitaba siempre que fuera posible. Sobre todo por ese secreto que el guerrero dragón guardaba, secreto que solo dos personas conocían…

Sin embargo, Degoth no pudo evitar sorprenderse cuando, mientras Nimud desenvainaba su espada con la derecha, extendió los dedos de su mano izquierda hacia una antorcha cercana. Vinculó el fuego, hizo un gesto como de jalar algo, una estela luminosa se desplazó desde la antorcha hasta su mano, y se formó un aro luminoso de lumbre, el cual se incrementó como del tamaño de una cabeza. Todo sucedió en cuestión de un par de segundos, quizás. Nimud lanzó la esfera hacia el hombre que lo había desafiado, hubo una explosión atronadora, y tres atacantes salieron disparados hacia atrás, dando tumbos en el suelo. El que había recibido el golpe en el pecho se incendió en el fuego, gritando con fuerza mientras se retorcía.

El resto de los atacantes, sin embargo, no se acobardaron. Todavía eran siete contra cinco, y a la escaramuza se unieron diez más. Así que la cuestión se tornaba complicada para los espadachines Iluminados.

Nimud, previsor, evidentemente había traído consigo a los mejores espaderos que tenía, pues cuando tronaron los aceros y las chispas volaron por el aire, se hizo visible que los cuatro a servicio del inquisidor eran diez veces más hábiles que sus contrincantes. Se movían con la gracia de gacelas y la velocidad de leopardos, despachando tajadas a derecha a izquierda, como soldados de élite.

El tabernero miraba todo desde detrás de la barra con los ojos bien abiertos, pero cuando una segunda explosión luminosa mandó a volar a otros dos, el hombre optó por buscar resguardo.

—¡Fuego! —gritó alguien—. ¡Se incendia la taberna!

Quizás por influencia de la manipulación, el fuego comenzó extenderse rápidamente, y el humo negro llenaba el lugar.

—¡Todos afuera! —ordenó Nimud… a sus hombres por supuesto, porque poco le importaba si el resto se hacía chicharrón allí dentro.

Cada quien salía como podía. Algunos por las ventanas, que eran pocas y estrechas, y el resto

por la puerta principal, donde el inquisidor y los suyos los esperaban dando sablazos.

Degoth y Dina lograron salir por una ventana, pues se apresuraron a hacerlo y fueron los primeros en salir por esa en específico. Ya del otro lado rodearon el edificio para salir a la calle principal, donde la gresca ahora sucedía, con tres comensales de la taberna ya en el suelo atravesados por el filo de una espada.

Sin embargo, el inquisidor y los suyos seguían en desventaja numérica, pues los del otro bando seguían saliendo por la puerta, despavoridos pero con alguna arma en mano, fuera espada, navaja o puñal, y Nimud, al haber usado su energía interna en la manipulación del fuego, comenzaba a jadear.

—Ayudémosles —dijo Degoth sacando su espada.

—A… ¿a quiénes?

Pero el guerrero dragón había salido ya en auxilio de —para sorpresa de Dina— la Cofradía del Resplandor.

13. VARIAS

DEGOTH MATÓ AL primer cliente de la taberna con mucha facilidad, pues aquél, aunque esgrimía una hacha corta, le daba la espalda. Le deslizó la espada por allí y la punta salió por el vientre del hombre, quien miró con asombro la protuberancia metálica en su estómago que no debía estar allí, para luego caer al suelo con un grito ahogado.

Lo atacó uno por la derecha, un hombre delgado con ojos desorbitados por la furia. Blandía una espada larga y delgada como él mismo. Degoth se defendió de un par de ataques, para luego montar una contraofensiva compleja, con un ataque al centro, doble finta, y luego mandó la punta del acero con rapidez hacia el pecho. El flaco logró hacerse hacia atrás, pero el dragón se deslizó hacia el frente y la espada se enterró justo por debajo de la prominencia laríngea. El hombre intentó detener con su mano la sangre que brotaba del cuello, con los ojos todavía desorbitados pero ahora de sorpresa y dolor. Sin embargo, no pudo hacer dos cosas a la vez: detener la sangre y defenderse de otro ataque. Le enterró la espada por las costillas y, para rematar, le reventó la mejilla con un golpe fuerte del filo de la espada.

—*¿Degoth?* —escuchó. A tres pasos de él vio al inquisidor Nimud, quien lo miraba con expresión de sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Auxiliándote —respondió Degoth abalanzándose contra otro enemigo.

Pronto esos hombres que hacía poco tiempo disfrutaban de beber cerveza y mover el talón al son de la música del juglar se convencieron que no valía la pena perder la vida esa mañana específica bajo aquella tormenta, y se dieron a la fuga primero uno, luego tres, luego cinco, luego todos.

—Maldita sea —dijo el inquisidor viendo los diez cuerpos tirados en el suelo. Se acercó a un onceavo hombre, malherido pero todavía vivo, quien gemía de dolor, y le atravesó la espalda. Limpió la sangre de su espada en el hombre. Luego dirigió su atención al guerrero dragón:

—Nunca es un gusto verte, Degoth ek’Degoth.

—No eres el único que opina de esa manera —respondió.

—¿Qué haces aquí? Y ¿qué hace ella? —dijo apuntando a la sargento con el mentón.

—Estábamos de paso —respondió Degoth.

—¿De paso? Siempre que estás «de paso» dejas un desastre en el camino.

Degoth se encogió de hombros. El inquisidor continuó:

—La última vez un montón de muertos, incluyendo un supuesto hechicero.

Degoth no quería revivir aquella controversia. Había descubierto un hechicero que, según el inquisidor, era inocente. Eso, por supuesto, incrementó la tensión que ya existía entre él y Nimud. El inquisidor le dijo en aquella ocasión: «Ningún hechicero se escapa de nosotros, dragón. Ninguno». Eso, por supuesto, no era cierto. Muchos magos existían en el reino y no habían sido encontrados por los Iluminados. Habían aprendido a esconderse, a usar sus poderes esporádicamente y solo cuando se sentían a salvo. Sin embargo, eso estaba cambiando últimamente. Había un resurgir de rumores sobre alianzas entre hechiceros, se decía que

planeaban de nuevo salir a la luz. «La gran revelación se acerca», había dicho uno de ellos. Eso tenía a la reina nerviosa, por lo que cada vez daba más dinero y poder a la Cofradía del Resplandor.

Degoth, al mirar los cuerpos tirados en la calle empedrada, con el edificio incendiándose (aunque la intensa lluvia comenzaba a apagar el fuego), dijo:

—En esta ocasión, inquisidor, el desastre no fue mi causa. Creo que solo me deshice de un par de estos.

De los cinco Iluminados, todos estaban con vida. Uno de ellos sangraba del muslo y era auxiliado por sus compañeros. La herida era significativa, pero no mortal. Se recuperaría pronto, probablemente.

—Imagino que están tras el rastro de algún fantasma —dijo Degoth, lanzando el anzuelo.

Nimud entrecerró los ojos apenas un poco:

—No es de tu incumbencia, dragón. La pregunta es ¿qué hacías tú?

—Solo de paso, como dije. Sin embargo, escuché por allí de un maleante suelto en la ciudad.

—Escucha bien, Degoth —dijo el inquisidor dando un paso hacia él—, si tienes alguna información sobre ese asesino, debes compartirla conmigo.

—Nada qué reportar —le dijo, firme.

—Esos crímenes están bajo nuestra jurisdicción. Si me entero que estás reteniendo información, me encargaré de apresarte, sin importar que seas de la Orden.

—Un guerrero dragón apresado por la Cofradía del Resplandor —dijo Degoth levantando las cejas—. Solo puedo imaginarme el desastre político que eso causaría.

Nimud apretó la quijada.

—Si ese criminal sigue matando —continuó el inquisidor—, y me entero que fue porque no me diste información, serás responsable por ello.

—Puedes tener por seguro, inquisidor, que cualquier información relevante la compartiré.

Pero no la compartiré contigo, pensó.

—Ustedes los dragones solo se meten en donde no les incumbe. Son una Orden muerta, solo que no se han dado cuenta. Están tan muertos como los dragones mismos.

Dicho eso, el inquisidor se dio la vuelta y comenzó a dar instrucciones a sus hombres de apilar los cuerpos.

Degoth se acercó a Dina, se alejaron de allí y se refugiaron debajo de un pequeño techo encima de una puerta, suficientemente lejos para no ser escuchados.

—Habrá que encontrar de nuevo al tabernero —dijo Degoth—. Pudo habernos dado algo de información. Pero ese desgraciado inquisidor tuvo que arruinarlo todo. ¿A quién se le ocurre llegar así, blandiendo amenazas?

—Como si quisiera comenzar una pelea.

—No, simplemente son así. Arrogantes. Piensan que todo mundo se va a doblegar ante ellos.

—Me sorprendí que quisieras ayudarlos. Sé que no eres…, eh, no te simpatizan mucho.

—Dudo que haya una sola persona en el reino, además de nuestra reina Malbeth, a quien le simpaticen esos hijos de los Jinetes. Pero dada la situación, lo vi beneficioso.

—¿Sí?

—Cuando comenzaron a pelear me di cuenta que los Iluminados probablemente ganarían la contienda. Si el inquisidor estaba allí, quiere decir que probablemente esté tras la misma pista que nosotros. Lo que no entiendo es por qué los Iluminados buscan al Fantasma, a un traficante.

—Es verdad.

—El inquisidor me dio sin querer un poco de información.

—Pero ahora, ¿qué hacemos? ¿Dónde encontraremos al tabernero?

—Déjamelo a mí. Tengo algunos contactos. Veámonos mañana. Sirve que descansamos un poco y, quizás, esta tormenta de la infratierra se aquieta un poco.

14. SOMBRA

DEGOTH NORMALMENTE CAMBIABA su habitación cada año. A veces cada medio año. Tiempo atrás, durmió un año entero en diferentes lugares de la ciudad.

Tenía muchos enemigos, y nunca quería hacerles fácil encontrarlo. El lugar en el que ahora residía era su favorito de todos, y si fuera por él, se quedaría allí mucho tiempo. Ya llevaba diez meses en ese lugar. Era una torre abandonada de una de las murallas de la ciudad. Puesto que Argoth se había expandido mucho desde su fundación 3,517 años atrás, se construyeron varias murallas. Luego, cuando se expandía más la ciudad, se construía otra muralla, y así sucesivamente, de manera que las diversas paredes altas circulaban por la ciudad.

Encontró esa torre abandonada en un sector de la ciudad no muy frecuentado. Así que reforzó la única entrada, puso varias trampas en la escalera, y ahora dormía en el piso de arriba, en una pequeña cama rodeada de libros y armas.

Después de separarse de la sargento, pasó casi cinco horas recorriendo la ciudad preguntando por aquí y por allá, buscando información del tabernero. No encontró mucho.

Decidió que lo mejor que podía hacer esa noche era dormir y recuperar fuerzas para seguir haciendo pesquisas el día de mañana. Además, visitaría el alquimista para ver si tenía algo de información sobre el talismán.

Se quedó dormido, teniendo un sueño atribulado. Soñó que el inquisidor Nimud descubría su secreto. Esa pieza de información que solo dos personas sabían: su padre y el maestro Slepten.

El secreto que él, Degoth tisdita, era un mago.

No un mago cualquiera. La mayoría de los poderes mágicos se dividían en tres: manipuladores de los cuatro elementos; alquimistas; y agoreros. Los eruditos debatían si habían más categorías o no. Por supuesto, estaba también la hechicería por encantamientos.

Normalmente los manipuladores podían solamente manipular un elemento, ya sea aire, fuego, tierra o agua. Rara vez encontrabas a uno que pudiera manipular dos, mucho menos tres.

Degoth, sin embargo, manipulaba aire y fuego, solo que el fuego todavía no lograba dominarlo bien. Pero además de eso, tenía la sospecha que también era agorero. No estaba seguro, puesto que esa habilidad se manifestaba normalmente como premoniciones o presentimientos. Es decir, algunas veces le invadía un sentimiento muy fuerte sobre el futuro, y la mayoría de las veces sucedía. Pero no todas. Algunas veces su sentido fallaba. No sabía si se debía a que no lograba afinar ese poder, o que aún no lo distinguía por completo.

Sabía perfectamente bien que si su secreto se divulgaba, todos los inquisidores del reino andarían tras de él. Y cuando lo encontraran, lo mandarían a la hoguera.

Por eso era cuidadoso, muy cuidadoso con sus poderes.

Se despertó con un grito atorado en la garganta.

Dina va a morir.

Ese pensamiento le invadió la mente. ¿Era una premonición? ¿O tan solo una preocupación?

Rescátala. Va a morir. Rescátala.

Se puso de pie. Encendió la lámpara. Caminó por el cuarto, en círculo. Abrió la ventana de madera, la lluvia le pegó fuerte en el rostro.

Va a morir. Va a morir. Va a morir.

Aunque la sargento no sabía donde él vivía, Degoth se había cerciorado de saber dónde vivía ella. Una noche la siguió. Cuando ella no dormía en el dormitorio del cuartel, alquilaba una habitación a una milla y media del cuartel.

Espero que esta no sea una premonición real, pensó. Se vistió, se ciñó la espada, y se preparó para salir.

———————

—Despierta, querida. —Una voz ronca, maliciosa, casi femenina.

Dina abrió los ojos. Solo vio la oscuridad de su cuarto. Estaba bañada en sudor. Vaya sueño que había tenido, que el asesino hechicero se encontraba aquí mismo, en su habitación, y la torturaba lentamente, quitándole con parsimonia cada miembro de su cuerpo.

—¿Ya despierta? —escuchó la misma voz de su sueño, y sintió un golpe de pánico. La sangre en su cuerpo se disparó por sus venas. Se le puso la piel de gallina, e incluso le dolió el pecho.

Pero no podía moverse. Estaba inmóvil, por completo.

Se escuchó el chispar de una llama, una lámpara se encendió.

Ella no estaba acostada en su cama, sino flotando por encima del suelo, como suspendida en agua.

Frente a ella una figura envuelta en un capote negro. No podía verle el rostro. La figura colocó la lámpara en una mesa.

Dina intentó gritar, pero su quijada no le respondió; se quedó cerrada, aunque de su garganta brotó un gemido, luego un grito que se quedó atorado en su laringe. Su respiración se entrecortó. Intentaba pensar cómo salir de esta. Pero era difícil pensar cuando no podía mover ni el meñique de su mano.

Comenzó a sentir verdadero pánico.

Miedo no… terror.

—No eres mi tipo —dijo la sombra—. Pero a veces tengo que deshacerme de personas como tú para continuar con mi…, con mi llamado. De la misma manera que maté al trovador. No encontrarán su cuerpo, por cierto. Y contigo… todavía no estoy seguro qué hacer.

La sombra se puso de pie y se acercó. Apenas podía verle los ojos.

—Tú y el dragón, haciendo preguntas. Por si eso no fuera poco, ahora tengo a más tras de mí. Ya me encargaré de ellos, en su tiempo. Tú eras el eslabón débil. Encontrar al dragón ha sido más difícil de lo que pensé, pero tarde que temprano hallaré su nido. Y con respecto a mis perseguidores, se descuidarán. Algún día andarán por un callejón demasiado oscuro, y será fácil hacerles un agujero en la espalda.

El asesino la tomó por el pie izquierdo, casi con cariño.

—Creo que te cortaré los dedos, primero. Sí, eso haré. Luego los pies, los muslos, los brazos. Quisiera pensar que eso hará desistir al guerrero dragón, pero lo dudo.

Dina intentó hablar, pero era imposible.

—¿Quieres hablar? Te dejaré hacerlo. Solo con una condición: si gritas, te mataré con en triple de dolor. Te torturaré lentamente, hasta salir el sol. Ya que me haya divertido con cada pulgada de tu cuerpo, te dejaré morir. ¿Entiendes eso? Espero que sí.

La sombra levantó su mano izquierda haciendo una señal extraña con los dedos, musitó algo entre dientes, y sintió ella que su quijada se aflojaba.

—«Bendita eres, Merne de los mares…» —rezó Dina.

—Tu diosa no te ayudará, Dina ek'Ordeh. Pide ayuda a Mutur, príncipe del dolor. Es el único que puede librarte. Si le entregas tu alma, quizás te libre.

Ella continuó rezando, y se fue calmando.

—Así es mejor —dijo el hechicero.

—Déjame ir —dijo Dina, chasqueando los dientes.

—Sabes que no puedo hacer eso. Tengo que matarte.

—No tienes que. Suéltame. Dejaré de perseguirte.

—Querida, no podrás razonar conmigo. Solamente hay una razón por la cual todavía no te he atravesado el corazón.

—¿Cuál?

—Quiero que me digas dónde vive el dragón.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Perfecto. Entonces juguemos un poco —dijo al sacar un afilado cuchillo.

15. TRANSMUTADOR

DINA INTENTABA RECORDAR su entrenamiento.

Había recibido capacitación para resistir tortura. Siendo una mujer soldado, el entrenamiento en esta área era vital. Cuando una mujer era capturada, no la trataban con respeto, sino todo lo contrario. Muchas veces, inclusive, peor que a un hombre.

La realidad era que en ese momento, con el asesino a unas pulgadas de distancia y el cuchillo reluciendo, lo único que trataba de hacer era no caer en pánico absoluto.

Probablemente era lo que quería la sombra, verla sufrir, verla temer, escucharla gritar.

¿Cómo había logrado entrar? Ella siempre era cuidadosa con eso. La puerta cerrada con doble llave y tranca. Las ventanas cerradas, también, incluso si eso suponía sufrir calor. Mejor tener calor a que te deslizaran un cuchillo por la garganta a medianoche.

Lo peor de todo era que no sabía la información que la sombra quería. No sabía dónde vivía Degoth. Y si lo supiera, ¿le daría esa información? ¿Estaría dispuesta a acortar su sufrimiento y poner en riesgo la vida de otra persona?

—¿Dónde vive? —dijo la sombra.

—¿Cómo me puedes preguntar eso? Sabes bien que no tengo esa información. ¿Conoces a algún guerrero dragón que compartiría eso con una sargento?

El asesino se quedó quieto, ponderando su respuesta.

—Ustedes ya han pasado suficiente tiempo juntos. Te tiene confianza. Se nota.

¿Cómo sabe eso?, pensó Dina. *¿Será que nos ha estado siguiendo? ¿Espiando? ¿Escuchando?*

Era lo más probable. Si estaba allí era porque la había seguido. ¡Maldición! Debió ser más cuidadosa, revisar bien sus espaldas. Después de todo estaban tras la pista de uno que mataba mujeres.

—Apenas y nos conocemos —dijo ella. En parte eso era verdad. Esta era apenas la segunda misión que llevaban a cabo juntos. Comenzaba a conocer a Degoth ek'Degoth de Tisdeh. Pero no eran amigos. Solo compañeros. Es verdad que ella lo admiraba, su inteligencia, valor y coraje. Pero nada más que eso.

—Comenzaré con tu dedo pequeño —dijo tomando su dedo meñique de la mano izquierda. Puso al filo de la navaja en la base del dedo, donde se unía a la palma—. Iré uno por uno. Así que tienes diez oportunidades. ¿Dónde puedo encontrar al dragón?

—Ya te lo dije, maldito hijo de Shaigón. ¡No lo sé!

—Soy hijo de de Mutur —le respondió y, con un movimiento rápido, le cortó el dedo.

Ella gritó, sintió que la oscuridad la envolvía, y se desvaneció.

———

Degoth abrió la puerta con una patada.

Se quedó congelado del horror.

Dina ondulaba en el aire. Un chorro de sangre caía de su mano izquierda. Tenía los ojos cerrados. Parecía estar muerta.

Estaba sola.

En ese instante, al verla, pensó que había llegado demasiado tarde.

No, no, por favor. No estés muerta. No así.

Dio un par de pasos dentro de la habitación y percibió que no estaba solo. Lo sintió en ese cosquilleo en las tripas.

Justo mientras desenvainaba su espada escuchó como el rugir de una pantera a su derecha. Sobre él se abalanzaba una criatura monstruosa, con pelaje negro, ojos como de gato, y garras afiladas. Estaba envuelta en un manto negro.

Un transmutador, pensó al lanzarse en maroma hacia adelante para esquivar el ataque.

Algunos alquimistas tenían el poder de transmutación. Podían convertirse en diversas criaturas y animales. Normalmente una mezcla de humanos con animal, muy parecido a los «gorgots», que eran loboides. Sin embargo, a diferencia de los gorgots, los alquimistas transmutados tenían toda la inteligencia de un ser humano.

Degoth dio un giro para encarar al hechicero, que efectivamente se lanzaba sobre él con garras al frente. El guerrero dragón se deslizó a la izquierda y dio una estocada diagonal hacia arriba que alcanzó al monstruo en el costado. Rugió de dolor, y se puso sobre dos patas, de frente a él. Sus ojos brillaban.

—¡Ríndete, brujo! —gritó Degoth.

El monstruo respondió con una risa gutural y atacó de nuevo, esta vez con más cuidado, intentando desgarrar a Degoth con poderosos manotazos, incluso intentó morderle el brazo que blandía la espada.

Una lámpara pequeña estaba encendida sobre una mesa detrás del hechicero. Degoth extendió su mano izquierda, se enlazó con el fuego, estiró la mano hacia él, y una esfera luminosa se despegó de la flama, se convirtió en una especie de cometa y se estrelló en la espalda del monstruo.

Eso tomó por sorpresa a su enemigo, y aprovechó la distracción para lanzarle un clavo que había tomado de su cinto. El clavo giró por el aire y se incrustó por encima del vientre del engendro.

Rugió, enseñando afilados dientes, y se arrojó de nuevo sobre él, un ataque feroz y desesperado. Las garras alcanzaron a Degoth en el hombro, y antes de que pudiera contratacar, el monstruo salió huyendo por la puerta.

El guerrero fue tras de él, para verlo desaparecer en la oscuridad de la noche. No iba a perseguirlo. Lo que le interesaba era Dina.

—¡Dina! —gritó acercándose a ella.

16. GRUTAS



¿Dónde estoy?, pensó Dina.

Estaba en una cama, cubierta con una colcha sumamente cómoda. La habitación tenía una chimenea que ardía, además de varios libreros llenos. La puerta estaba abierta.

Se sentó sobre el borde de la cama, sintió dolor en su mano izquierda, y la inspeccionó.

Tenía sus cinco dedos, pero el meñique estaba cosido en la base, y no podía moverlo. Lo tocó con los dedos de su mano derecha, pero no sentía nada. Como si hubiera perdido el tacto en todo el dedo.

Imágenes de lo sucedido regresaban a su mente. Recordaba ahora que el maldito hechicero le había cortado el dedo, pero ¿qué pasó después de eso?

Unos pasos, acercándose.

Se miró lo que traía puesto: un camisón blanco, largo, que le caía hasta las rodillas.

Por la puerta entró Degoth.

—¿Ya mejor, Dina?

—Estoy bien. ¿Dónde estoy? ¿Dónde estamos?

—En la torre del maestro Rafel.

—¿Me trajiste hasta aquí? ¿Cómo?

—Tu dedo necesitaba atención de un experto. Yo podía coserlo, quizás, pero preferí traerte.

—¿Me cargaste? No recuerdo nada.

—No eres muy pesada, sargento.

—De todas maneras…, no está cerca. Y la tormenta… —Ella sacudió la cabeza—. Gracias.

Degoth asintió.

—¿Mucho dolor en el dedo?

—Un poco, aquí. Pero no puedo sentir el dedo

—El maestro Rafel dijo que eso podría pasar. No puede asegurar que recuperarás el sentido. Puede ser que en algunos días regrese el tacto, o quizás lo hayas perdido por completo. Lo siento.

—Hey, tengo mi dedo. Eso es más que suficiente. —Se quedó pensativa. Luego—: ¿Cómo me encontraste?

—No te va a gustar mi respuesta. Te seguí. Me quedé la noche vigilando, pero el hechicero logró burlarme y entrar cuando me distraje. Por fortuna evité que te quitara la vida.

—Dime que lo mataste.

—No, se me escapó. Es un alquimista, por cierto. Transmutador. Debemos tener cuidado. Nos tiene en la mira.

—¿Alguna noticia sobre el talismán?

Degoth sonrió:

—Sí. Hay buenas noticias. El talismán está hecho de una aleación de cobre, estaño y zinc. Hay un lugar en nuestra ciudad donde se pueden encontrar esos elementos en abundancia: las grutas subterráneas de Margoth.

—Son un laberinto —dijo ella. Se encontraban al norte de la ciudad, cerca del río. A lo largo de los años muchas personas habían entrado en ellas para nunca salir. Además, era bien sabido que allí vivían los poseídos por los espíritus servidores de los Jinetes, los lunáticos, los criminales. En tiempos antiguos las grutas habían sido minadas para extraer sus diversos recursos, pero desde hace años estaban abandonadas, supuestamente por ser tan peligrosas.

—¿El maestro Rafael cree que encontraremos allí al hechicero asesino?

—No hay manera de saberlo. Lo único que podemos hacer es investigar. Pero quédate aquí a descansar, yo iré.

Ella se puso de pie:

—¿Estás demente? No vas a ir solo. Voy contigo.

—Pero tu mano…

—¿Qué de mi mano? Es solo un dedo, y de la mano izquierda. Estaré bien.

—Muy bien. Vístete, y nos vamos.

—¿Qué del tabernero?

—Ya lo encontraremos.

———————

Las grutas de Margoth tenían varias entradas. Doce en total, algunas grandes y otras pequeñas. Decidieron entrar por una que parecía más bien abandonada.

—¿Qué haremos para no perdernos? —preguntó Dina.

—¿Perdernos?

—Dicen que son enormes. Millas y millas de túneles.

—No nos perderemos. Tengo un sentido perfecto de ubicación. Además, no es la primera vez que entro a estas cuevas. Solo no te separes de mí.

—No tengo pensado hacerlo.

Puesto que las cuevas estaban junto al río Anubín, el agua entraba hacia algunas de las cavernas. Para entrar por esa específica primero se metieron al río, que les llegaba como hasta las cintura.

Ya adentro, encendieron lámparas. Continuaron caminando lentamente, por el agua, hasta que llegaron a tierra firme.

El vestíbulo era enorme. Tan alto que Dina no podía ver el techo, pues se perdía en las sombras.

—Este lugar me da escalofríos —dijo Dina.

—No te preocupes —dijo Degoth—. Nunca me he encontrado aquí a Orgoth-ün.

A Dina no le dio mucha gracia la broma. De acuerdo al folclor y los mitos de Argoth, las grutas de Margoth eran una de las entradas a la infratierra. Orgoth-ün, el cuarto Jinete, era el custodio de las puertas, junto con sus espíritus.

Avanzando, el vestíbulo se convirtió en un pasaje relativamente ancho y corto. Llegaron a una cámara que se dividía en cuatro pasajes.

—¿Cuál tomamos?

—Ese —respondió Degoth apuntando al de extrema izquierda.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Confía en mí.

Avanzaron. Era un túnel sinuoso, que descendía repentinamente de manera escarpada. Caminaron por un cuarto de hora hasta llegar a una galería.

—Cuidado —dijo Degoth. En el suelo un enorme agujero, un sumidero oscuro que probablemente resultaría en su muerte si caían en él. Era tan grande que tuvieron que pegarse a la pared para rodearlo. Después otro túnel, luego una cámara amplia, tan grande como el vestíbulo, incluso más. Podían ver la pared de la izquierda, pero no la de la derecha, tampoco el techo. Allá, a lo lejos, alcanzaban a distinguir la pared del extremo opuesto, pero parecía ser el final del camino. No distinguían algún otro túnel.

—Parece que tendremos que regresar —opinó Dina.

—No. Vamos por buen camino.

—Pero ¿cómo…?

Degoth sacó un pergamino doblado en un cuadrado. Lo agitó y dijo:

—Este es un mapa de las grutas. Lo he estudiado cuidadosamente. Vamos por el mejor camino a la mina. Del otro lado encontraremos un pasaje, estoy seguro.

Se escuchó el aullar como de un lobo. Seguido por un tercero, luego varios.

A Dina se le heló la sangre.

—Dioses —dijo ella—. Suena a… a…

—*Gorgots* —dijo Degoth—. ¿Aquí? ¡Imposible!

Pero no era imposible, pues de la oscuridad emanaron seis monstruos, con sus garras y dientes afilados, caminando sobre dos patas, con los ojos brillando, sedientos de sangre.

17. MONSTRUOS

DINA DESENVAINÓ SU espada y se preparó para el ataque.

Desde chica le tenía pavor a los gorgots, normalmente llamados «monstruos» por la gente. Eran sumamente temidos por todos los habitantes del reino. Al mismo tiempo, ahora sabía que no eran invencibles, puesto que no mucho tiempo atrás fue atacada —junto con Degoth y otros— por una jauría de ellos, y salieron victoriosos.

Los loboides se acercaron primero cuidadosos, con pasos lentos, incrédulos de haberse topado con semejante platillo en medio de la oscuridad. Eran delgados, más de lo normal. Parecía que no habían comido por mucho tiempo, pues se les notaban las costillas. El líder, que iba al frente, abrió la boca y enseñó los dientes, de los cuales caía saliva. Un gruñido gutural emanó de su garganta.

El guerrero dragón empuñaba también ya su espada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dina— ¿Retrocedemos?

—Si retrocedemos, nos van a perseguir. Nos alcanzarán.

—¿Entonces?

—Nos enfrentamos a ellos. Sígueme.

Degoth dio pasos hacia su derecha, lentamente. Los gorgots comenzaron a gruñir.

Dina entendió lo que intentaba hacer: a su derecha había una formación rocosa en forma de «U». Allí podrían pelear contra las bestias sin ser rodeados. Además, puesto que la abertura era relativamente angosta, podrían combatir contra dos o tres, en lugar de los seis al mismo tiempo.

Aunque los loboides no poseían inteligencia humana, eran más inteligentes que, por ejemplo, los lobos, quienes ya eran animales inteligentes en sí. Por lo tanto, inmediatamente los monstruos discernieron la intención de Dina y Degoth. Así que, con un aullido de parte del líder, se echaron contra ellos.

No era sencillo pelear con una espada en la mano derecha y una linterna en la izquierda, pero en este caso era cuestión de vida o muerte. Los atacantes lo sabían, es por eso que el primero que se vino encima de Dina intentó arrancarle la lámpara con un manotazo. Ella lo evitó e inmediatamente montó un ataque de dos espadazos, el primero horizontal y el segundo en diagonal descendente. La punta de la espada encontró al monstruo en el cuello, un tajo profundo pero no suficiente para matarlo. Ya tenía a un segundo encima que intentó morderle la muñeca con la que sostenía la espada, pero hizo ella un desliz hacia atrás y contraatacó con un golpe fuerte de arriba a abajo que falló, su espada chocando contra el suelo, lanzando vibraciones por todo su cuerpo.

El gorgot con el cuello herido ladró y fue a por su yugular, abalanzándose sobre ella con un salto. Se agachó y el monstruo pasó por encima de ella.

El segundo ladraba, lanzando manotazos con sus poderosas garras que, si lograban hacer contacto con ella, harían una herida importante, si no es que mortal.

Dina atacó lanzando su hierro hacia el frente, hizo una finta y, el monstruo, creyendo que ella

iba a por su vientre, se distrajo apenas un poco, lo suficiente para que la espada de la sargento le entrara por la boca abierta y saliera por la nuca del animal.

De soslayo vio que Degoth había ya matado a dos, incluyendo al macho líder, por lo que quedaban solamente tres.

De esos tres, dos la rodearon, también el que sangraba del cuello. Puesto que era el eslabón débil, Dina se fue sobre él, ejecutando una acción ofensiva de varios mandobles, finalmente logró abrirle el vientre y, herido, salió huyendo, dejando tripas tiradas en el suelo.

Esquivó una mordida en el muslo, pero no un garrotazo en la cadera. Por fortuna, las garras del animal no tocaron su piel, pues lo evitó el cinturón grueso que llevaba.

Degoth lanzó un grito de furia y mató al que la atacaba, cortándole la cabeza.

Cinco cadáveres en el suelo, y el sexto, que había salido huyendo, ya estaba tirado allá adelante, desangrándose.

—*Jorgot* —dijo Dina, jadeando.

—Estamos cerca. Estamos cerca de él —dijo Degoth.

Entonces, de nuevo, escucharon aullidos de más gorgots. Pero esta vez no sonaban a seis. Parecía todo un ejército. A Dina se le paralizó el cuerpo del terror, y la piel se le puso de gallina. No podía verlos, pero sonaban cerca, muy cerca.

—¡Vamos! —dijo Degoth, y corrió hacia el frente. No tenía pensado retroceder.

Maldiciendo, Dina lo siguió.

18. BIENVENIDO

DINA CORRÍA DETRÁS de Degoth.

Aunque ella era más joven, el guerrero dragón tenía excelente condición física. Corrían a toda velocidad atravesando esa enorme y oscura galería, escuchando no solamente ahora los aullidos de los gorgots, sino también sus pasos ágiles acercándose con rapidez.

Miró por encima de su hombro derecho y lanzó un grito al ver decenas de pares de ojos rojos que brillaban en la oscuridad.

—¡Más rápido! —exclamó Degoth, apretando el paso mientras echaba la luz hacia adelante, con la esperanza de poder ver el escape.

Al llegar al otro extremo no vieron ninguna abertura de túnel. Parecía que era solamente una pared, una pared gigantesca que se perdía en la oscuridad, llena de recovecos, pero no de túneles.

—Por Mutur —dijo Dina invocando al Jinete del dolor—, nos van a despedazar.

—¡Allá! —gritó Degoth apuntando hacia arriba. ¡Era la abertura de un túnel! Estaba a unos doce codos de altura.[3] Tendrían que escalar para llegar. Envainaron espadas y comenzaron a subir. Aunque la pared era escarpada, había muchos lugares para apoyar los pies y las manos. Degoth mantenía la linterna en su izquierda, mientras que Dina la apagó y guardó, colgándosela al cinto. Prefería usar ambas manos y pies para subir rápido.

Cuando los primeros monstruos llegaron al borde de la pared, Dina había ya subido casi la mitad de la distancia al túnel. Sin embargo, tres gorgots saltaron usando sus poderosas piernas y con las garras rozaron el talón de la sargento.

—¡Malditos! —dijo ella al verlos comenzar a trepar debajo de ella. Algo le decía que eran mucho mejores que ella escalando pendientes. Después de todo, aunque tenían algunos rasgos semihumanos, al final eran animales. Animales hambrientos.

Esperaba que en cualquier momento sentiría el dolor agudo de unas mandíbulas destruyendo su talón o chamorro, para luego ser lanzada hacia abajo, mientras el resto de los loboides se encargaban de desgarrarla por completo a mordidas.

Se preguntaba cuánto tiempo duraría el dolor. ¿Serían unos pocos segundos de sufrimiento, mientras le abrían su vientre, le arrancaba las extremidades, para finalmente perder la vida cuando le despedazaran el cuello?

—¡Toma mi mano! —escuchó al guerrero, y ella por puro instinto levantó la mano derecha, sin tener en realidad mucha esperanza. Para su sorpresa, sintió la mano sorprendentemente cálida de Degoth. Con un poderoso jalón la subió a la entrada del túnel, que no era muy alto ni ancho. Su cabeza casi tocaba el techo.

Por un segundo pudo ver los ojos de Degoth, que se reflejaron en el fuego que lanzaba el candil. No vio en ellos miedo, o terror, sino determinación.

Sin decir palabra alguna, Degoth se dio la vuelta y se echó a correr, con Dina detrás de él.

El túnel zigzagueaba. Tenía que prender el fuego de su lámpara, así que la tomó de su cinturón, pero necesitaría un poco de tiempo para encenderla. Buscó en su cinturón el pedernal y

acero. Tan solo se distrajo un momento, y repentinamente Degoth ya no estaba a la vista.

—¡Degoth!

—¡Por el de la derecha! —escuchó.

¿A qué se refería? Siguió corriendo, en la oscuridad, puesto que los gorgots se escuchaban cerca en el túnel, pero con miedo de estrellarse contra la roca.

—¡Dina! ¿Dónde estás?

No podía ver nada. Tuvo que detenerse, arrodillarse, y encender la lámpara. Le temblaban un poco las manos.

Chisp. Chisp. Finalmente, encendió.

Reanudó la marcha, corriendo a toda velocidad.

—¡Ya voy!

Entonces llegó a una bifurcación. A eso se refería con «el de la derecha», así que continuó por ese. Para su espanto, arribó a una sala con unos diez pasadizos.

—¡Maldito sea Shaigón! —dijo—. ¡Degoth! ¿Por dónde?

Escuchó la voz del guerrero dragón, pero debido al eco no entendió lo que decía.

Luego un ladrido a su espalda. Apenas tuvo tiempo de desenfundar su arma para repeler el ataque de un monstruo que, al arrojarse sobre ella con tanta fuerza, la tiró al suelo. Por fortuna la espada se clavó en el pecho del animal. Logró echar a un lado el peso que tenía encima, recogió la lámpara que se le había caído pero, bendita sea Merne, seguía encendida, y se echó a correr por el túnel que tenía más cerca.

———————

Degoth escuchaba a los monstruos a la distancia, pero no cerca. Dina se le había perdido. La llamó varias veces, pero no recibió respuesta. Ahora tenía que decidir si regresar a por ella, o continuar el camino. Cerró los ojos y visualizó el mapa que se había memorizado. Incluso corriendo, con los gorgots detrás de ellos, había seguido el mapa en su mente, acercándose cada mes más al lugar al que deseaba llegar.

El problema es que regresar para buscar a Dina significaba pretender encontrarla en una multitud de variables. Probablemente se toparía con varios loboides en el camino.

—*¡Jorgot!* —maldijo.

Tendría que continuar, y después buscarla. Ella tenía buen entrenamiento. Era inteligente. Excelente guerrera. Podría cuidarse por sí misma.

Así que apretó el paso.

La gruta era fría y húmeda. Pero cada vez se acercaba más, estaba seguro. ¿O se había perdido? Quizás tenía que sacar de nuevo el mapa, y analizarlo bien. Era posible que, sin percatarse, había tomado algún túnel equivocado, y si era así, posiblemente estaba bastante lejos de donde él pensaba.

No, no podía ser. Había sido cuidadoso.

El túnel se hizo ancho, luego más y más, hasta llegar a una sala grande repleta de enormes estalactitas y estalagmitas.

Allá adelante percibió la iluminación roja proveniente de una antorcha.

Se acercó con cuidado, con la espada lista.

Delante de él, un hombre encapuchado sentado en una silla de madera grande, como si fuera un trono. Una antorcha grande y encendida arrojaba luz a la derecha de la silla, la punta inferior enterrada en el suelo. El suelo de tierra y piedra estaba repleto de símbolos ocultistas pintados

con lo que parecía ser tiza blanca.

—Bienvenido, guerrero —dijo el hombre—. Te estaba esperando.

19. REVELACIONES

DEGOTH SE ACERCÓ.

No le gustó lo que vio. A la izquierda, en un rincón, una jaula…

… llena de niños.

Eran unos veinte. Pequeños, delgados, sin energía. Solo uno lo miraba con ojos tristes, somnoliento.

—Así que tú eres el hechicero asesino.

—Algunos me llaman así.

—¿Cómo te llaman otros?

—No lo sé. Dime tú.

—Supongo que algunos te llaman Jerkel, el tabernero.

Una pausa.

El encapuchado echó hacia atrás el capuchón, para revelar el semblante de Jerkel, quien sonreía, aunque no podía evitar la expresión de conmoción.

—Me sorprendes, Degoth ek'Degoth. He mantenido secreta mi identidad por muchos años. Sé que eres un hombre inteligente, pero para ser sincero, no pensé que lo fueras tanto.

—No solamente sé que eres el hechicero, hijo maldito de los Jinetes. También sé que eres el Fantasma.

Jerkel arqueó las cejas.

—Vaya, guerrero dragón. Estás lleno de sorpresas. —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo supiste?

—No fue demasiado difícil. Yo te seguía la pista, la cual me llevó a la Flor del Cerezo. Aunque buscaba allí al Fantasma, para mi sorpresa, llegaron los Iluminados. Pero ellos no buscaban al Fantasma, sino al hechicero asesino. Un traficante no les interesaría; un hechicero asesino sí. Eso me alertó. Significaba que, cada quien siguiendo sus propias pistas, llegamos al mismo lugar. Además de eso, tus dedos estaban teñidos de verde-azul, producto de la manipulación del cobre, estaño y zinc. Los talismanes que has usado están hechos de esa aleación. Eso solidificó en mi mente que tú eras tanto el Fantasma como el hechicero asesino.

El agorero miró el guerrero dragón con una expresión de diversión.

—Supongo que llegaste a este lugar puesto que está lleno de cobre.

—La Orden tiene mapas detallados de estas cuevas, incluyendo las minas. No estaba seguro de encontrarte aquí, pero tenía una corazonada.

—Te felicito, dragón. Llegaste al lugar correcto. Me sorprende que lograras evadir los regalitos que te envié. Tuve que sacar a los gorgots de sus jaulas. Con el tiempo los he entrenado un poco, y ya no me atacan. Soy yo, después de todo, el que les da de comer —dijo apuntando con la cabeza a la jaula.

—El monstruo eres tú, hechicero enfermo. ¿Qué clase de ser humano usa a pequeños inocentes de carnada?

—Por favor, dragón. Todos somos animales. ¿Te apiadas de la carnada que usas al pescar? Y

estos niños son gusanos callejeros que nadie quiere. Además, crecerán para convertirse en ladrones y sicarios que tú mismo tendrás que matar después. Así que te estoy haciendo un servicio, tanto a ti como a la ciudad.

—Se necesita una mente retorcida para pensar eso. ¿Y las mujeres que has matado? ¿Y el trovador que asesinaste?

—Mutur demanda sacrificios, dragón. Los muakar hemos mantenido al Jinete complacido por medio de diversos dones y sacrificios. El más importante de todos es el sacrificio del dolor humano. Solamente he seguido las antiguas costumbres. Ustedes antes intentaron eliminarnos, pero no lograron hacerlo por completo. Ahora, conmigo y con otros, regresan las antiguas costumbres de la oscuridad.

—¿Incluyendo infundir magia en talismanes?

—Es parte del ritual. Los manuales ancestrales se pensaban perdidos, pero han sido encontrados. El levantamiento de los hechiceros se acerca, y con ello vendrá la nueva religión, la adoración de los Jinetes de infratierra. Pero para ello, necesitamos mantener a los Jinetes complacidos, y preparar su regreso.

—¿No te es suficiente quitarle la vida a niños inocentes?

—Hay depredadores y hay presas. Tú lo sabes. ¿Piensas tú que el león es malvado porque mata? Por supuesto que no. Lo hace por naturaleza. Y la mía es igual: matar. A veces por negocio, como a los niños, a veces por ritual, como a las mujeres, y a veces por necesidad, como al trovador que comenzaba a hablar demasiado. Di su cuerpo de comida a mis gorgots. Me pregunto ¿cuáles son los secretos que tú guardas? Digo, además de que eres también un mago.

Degoth permaneció en silencio.

—¿Qué, pensabas que no me di cuenta? ¿Que no me percaté de cómo te enlazaste con el fuego? ¿Acaso crees que no puedo reconocer a un manipulador? Y me pregunto quiénes más lo saben. No es fácil mantener en secreto tu identidad como hechicero, sobre todo en una ciudad como esta. Supongo que es como esconderse a plena vista. Inteligente. ¿Lo sabe tu compañera? Ya qué importa, debe estar en las puertas del Jardín eterno.

Pensó en Dina. Esperaba que estuviera bien.

El hechicero se puso de pie y tomó la antorcha. Dio tres pasos hacia él. Cerró los ojos, y musitó:

—*Ergeth et akarba.*

Comenzó a transmutarse. Primero, su cuerpo tembló. Luego le salió pelaje negro, le crecieron los músculos, de las uñas salieron garras, las orejas se volvieron puntiagudas, y la boca se convirtió en un hocico. Era grande, más grande que en la habitación de Dina. Tan grande que rompió la túnica. Un monstruo-pantera.

Con voz gutural dijo:

—Me pregunto qué tanto podrás hacer sin la ayuda del fuego.

El hechicero transmutado, con fuerza, enterró el extremo encendido en el suelo, apagando la luz por completo. Ahora Degoth tenía solo la luz de su propia lámpara.

El agorero-engendro rugió y se abalanzó hacia él, con un maullido gutural y poderoso.

Degoth, en lugar de esperar el ataque, se lanzó con tres estocadas hacia las piernas, lo cual hizo retroceder a su enemigo, sorprendido por el ataque rápido y directo, seguido de dos espadazos a la cara que el hechicero esquivó apenas.

Su enemigo reanudó el ataque, pero se defendió manteniéndolo a raya con la punta de la espada, sabiendo que si le daba tan solo un espacio, buscaría arrancarle un pedazo de carne de una mordida.

Quería usar el fuego, pero era difícil hacerlo puesto que su mano derecha empuñaba la espada, y en la izquierda llevaba la linterna. Necesitaba sus manos para hacer un enlace. Los enlaces mentales eran posibles, pero además de consumir bastante energía interna, se necesitaba entrenamiento para ello, entrenamiento que no tenía todavía. Además, sabía que si comenzaba a manipular el fuego, usaría su energía interna rápidamente y se vería exhausto. Prefería reservar el ataque con el fuego hasta el final, o en algún punto clave de la pelea.

—Usaré tu cuerpo para alimentar a mis gorgots —dijo el agorero—. O quizás te comeré yo. Te consumiré poco a poco, pero daré tu corazón como alimento a los niños. ¿Qué te parece? Así podrás preservarles un poco la vida, alimentándolos mientras llega el momento en que ellos mismos se conviertan en comida de monstruos.

Degoth lanzó un ataque complejo, pero el engendro se movía con impresionante rapidez, saltando a derecha, a izquierda, hacia atrás. Eludía el filo de la espada, siempre mirándolo y enseñando los dientes.

Luego, con un ataque rápido, le golpeó la linterna, la cual dio varios giros por el aire y cayó al suelo.

El fuego se apagó, y Degoth se encontró en completa oscuridad.

20. PELIGRO



Dina comenzaba a sentirse exhausta.

Corría, escuchando garras acercarse.

El aceite de su lámpara no duraría mucho tiempo más. Pronto quedaría en oscuridad, lo cual significaba su muerte segura. No tenía mapa, un error garrafal. ¿En qué había estado pensando? Debió hacer una copia rápida del mapa que tenía Degoth, o por lo menos intentar memorizarlo. Tenía buena memoria.

Pero ahora estaba perdida en un laberinto en las entrañas de la ciudad, con monstruos persiguiéndola, monstruos que tenían ojos capaces de ver en las tinieblas mejor que ella. Incluso sin la persecución podía pasar días perdida, sin ningún tipo de comida o agua, excepto la poca carne seca que traía consigo, y la cantimplora media vacía.

Si no moría destripada por los gorgots, moriría de hambre lentamente.

El túnel se convirtió en una cámara. Había formaciones rocosas grandes, así que se escondió detrás de una para recuperar el aliento. Sin embargo, no quería apagar su lámpara. Por lo tanto, tenía poco tiempo antes de que los malditos loboides la encontraran.

Tengo que encontrar a Degoth, pensó. *Mi vida depende de ello.*

Pero quizás el guerrero dragón estaba ya muerto. Esperaba que no. Esperaba Dina que los dioses se pusieran de su lado y le permitieran extender su vida terrenal un poco más. Algún día quería llegar a los Jardines, pero todavía no.

Entonces notó que la formación rocosa en la que se escondía tenía algunas vetas y granos en las rocas. Un color rojizo anaranjado que brillaba.

Era cobre. Esperaba que, con suerte, eso significaba que estaba cerca de las minas. Era allí hacia donde Degoth se dirigía.

Merne, rezó, *piedad…*

Pero aparentemente la diosa no tenía pensado dejarla salir con facilidad de la situación en la que se encontraba, pues en ese momento fue atacada por un enorme gorgot.

———————

Degoth gritó cuando el engendro le desgarró la piel en su muslo izquierdo.

Brincó tres veces, ignorando el dolor y alejándose de su enemigo, y dio un mandoble en la oscuridad que conectó con piel. El agorero rugió de dolor, y dijo:

—Es cuestión de tiempo, dragón.

Es verdad que Degoth no podía ver. Sin embargo, se había entrenado extensamente para usar sus cinco sentidos al máximo. Así que escuchaba al agorero moviéndose a su alrededor, acercándose a su presa. Ubicaba su localización con el sonido y, cuando escuchara que se acercaba, se defendería.

Además, tenía un comodín bajo la manga. El agorero sabía que Degoth tenía la capacidad de manipular fuego, pero en realidad esa era la manipulación que menos dominaba. El aire era lo que sabía controlar mejor.

Así que cuando el engendro acometió de nuevo contra él, Degoth extendió con rapidez la palma de su mano en dirección del atacante y se produjo una explosión audible que provenía del aire que salió impulsado hacia el frente.

El engendro recibió el impacto y se vio desorientado por el golpe.

—Imposible —musitó.

No, no era imposible que un mago pudiera tener varios poderes. Solamente no era tan común.

Aun así, Jarkel atacó de nuevo, esquivando los torbellinos que le lanzaba Degoth.

Pronto se encontraba el guerrero dragón jadeando, completamente exhausto. Le temblaba el cuerpo entero y le bajaba un sudor frío.

No pudo reaccionar con suficiente rapidez cuando el engendro lo mordió por las costillas, lo levantó y lo arrojó varios codos en el aire. Cayó golpeándose la cabeza y perdió su espada.

Sacudió su cabeza para no quedar sin conocimiento, pero luego sintió un dolor en su cintura. El hechicero había puesto su pata allí, para evitar que se escapara. Como un gato que atrapa a un ratón.

Jerkel-engendro acercó su hocico a la cara del guerrero. La saliva cayendo en las mejillas del cautivo, el olor hediondo de la boca inescapable.

Degoth quería levantar una mano para enlazar aire, pero no lo lograba. Ni siquiera era capaz de respirar por la presión en su vientre. Sentía dolor en todo su cuerpo y, en ese momento, pensó que lo mejor era que acabara todo. Había tenido una buena vida, pero llena de riesgos. Las posibilidades de que su vida fuera corta eran altas.

Estaba listo para encontrarse con el Patriarca y debatir su entrada a los Jardines. ¿Lograría convencer al Gran Patriarca de que merecía la entrada? No estaba seguro, pero lo intentaría.

—Peleaste bien, guerrero dragón —le dijo—. Pero alégrate. Dedicaré tu muerte a Mutur. Serás un sacrificio agradable. Me lo agradecerás en la eternidad.

—Te maldigo en el nombre del Todopoderoso. Púdrete en la infratierra.



———————

Dina mató al monstruo, esperando que un segundo o tercero se uniera a agredirla, pero no.

De hecho, todo se tornó silencioso. Quizás sus perseguidores estaban perdidos, también. O buscándola en algún otro lugar.

Caminó, encontrando cada vez más cobre en su estado puro, y súbitamente le pareció escuchar un extraño eco. Al dar unos pasos más, reconoció el sonido de una batalla.

Corrió, y lo que la luz de su lámpara iluminó la dejó aterrada. Era, no tenía duda, el hechicero, convertido en un horrible engendro negro, encima del cuerpo inerte de Degoth. No estaba segura si el guerrero dragón estaba muerto ya, o si el hechicero estaba por darle el golpe mortal.

Dina gritó con todas sus fuerzas, un grito que hizo eco en la caverna.

El engendro volteó a verla. Parecía sorprendido.

—Ah, pero qué privilegio —dijo el hechicero—. Matar a los dos al mismo tiempo.

—¿Vas a matarme? —dijo ella, reuniendo toda la valentía que podía. —¡Qué esperas!

El hechicero-monstruo rugió, enseñó sus afilados dientes y garras, y se precipitó hacia ella. La distancia entre los dos era de un tiro de piedra y medio. Así que pronto lo tendría encima. En esos instantes, en esos segundos que le tomaría al monstruo llegar hasta ella, Dina pensó en la situación.

Si Degoth no había logrado matar al engendro, las posibilidades de que ella fuera capaz de hacerlo eran menores. Imposible, no. Difícil, sí. Él era un mejor espadachín, un mejor guerrero, con extensa experiencia de combate. Y sin embargo, estaba allí, tirado y desangrándose.

Lo más probable es que ella pelearía con valor, pero finalmente le ganaría el cansancio, o cometería un error y los dientes de su adversario se hincarían en ella.

Fue en ese instante que recordó el frasco de vidrio de líquido verde que el alquimista le había regalado cuando le dijo: «Si estás en mucho peligro, lanza esto a tu enemigo».

Dina sabía perfectamente bien dónde había guardado el frasco, así que soltó su espada, lo sacó de su cinto, y antes de lanzarlo se preguntó qué sucedería si fallaba. Pero tenía al monstruo ya casi encima, y decidió que la única manera de averiguarlo era intentándolo.

El frasco surcó el aire.

Golpeó al engendro en el pecho.

Hubo un destello de luz verde, una luz que cegaba.

El hechicero lanzó un aullido horripilante de dolor cuando se vio tragado en una flama color esmeralda. Primero intentó quitársela con las garras, pero era imposible, su piel ardía y comenzaba a deshacerse, como ácido carcomiendo una superficie. Se tiró al suelo, se revolcó, gimiendo de tal manera que, tan solo por un momento, Dina sintió piedad, pues debía estar en dolor intenso para aullar así. Repentinamente dejó de moverse, y se quedó muy quieto. Finalmente el fuego verde desapareció, y lo único que quedó fue un cadáver carbonizado del que subía humo que olía a carne quemada.

La sargento, que se había quedado como estatua al ver semejante situación, salió del trance y se apresuró hacia Degoth. Estaba herido, pero con los ojos abiertos.

La miraba agradecido.

21. CANCIÓN

UNA SEMANA DESPUÉS, por la noche, en la taberna de Tom el grande…

Dina tomó de la mesa su cuarto tarro de cerveza y le dio un buen sorbo.

Era una noche fresca y agradable. Había dejado de llover ayer. Finalmente. La ciudad seguía en caos por la tormenta. Lugares deslavados. Inundaciones. Varios muertos.

Pero por lo menos el cielo ya no tronaba.

Tom el grande le había dicho que esa noche todos los tarros iban por cuenta de la casa.

A su alrededor se escuchaba el barullo de la gente conversando de buen humor, algunos cantando al son de un juglar que tocaba la lira en aquella esquina. Frente a ella, sonriente, estaba Degoth ek'Degoth.

El guerrero dragón se recuperaba de sus heridas con sorprendente rapidez, en parte gracias al tratamiento recibido por el maestro Rafel, quien se encargaba personalmente de supervisar su recuperación.

Allí, en la taberna, una hora antes, Tom el tabernero se había acercado a Dina.

—Dina, entonces… ¿qué fue del asesino? —le había preguntado.

—Lo encontramos, Tom. Lo encontramos, y lo matamos.

—No lo matamos —la corrigió Degoth—. Lo mataste tú. Y en el proceso me salvaste la vida.

Dina le contó a Tom lo sucedido en las cavernas, incluyendo el rescate de los niños, que por cierto no había sido nada fácil sacarlos de las grutas, en especial con el miedo de volver a ser atacados por los gorgots. Pero gracias a los dioses, los animales no atacaron, probablemente perdidos en el enorme laberinto.

Tom levantó ambos brazos y gritó:

—¡La siguiente ronda va por la casa!

La taberna tronó de alegría.

—Y para ustedes —les dijo Tom—, hoy la casa se encarga. Tomen lo que quieran, coman lo que quieran. ¡Hey, Rigobde! —Le dijo a un joven mesero—. A ellos, lo que se les antoje.

—Sí, patrón.

Así, pues, Dina llevaba cuatro, y Degoth cinco, aunque no parecía el alcohol hacerle efecto alguno, excepto que estaba de mejor humor que de costumbre. Tanto así que se puso a cantar una de las canciones del juglar, que la taberna entera entonaba a voz en cuello.

Vengo, vengo, a repetir,
Aquello que aprendí allí,
No volveré a repetir,
Aquello que aprendí allí.

Esa dama me lo mostró,

Me demostró con dulce amor,
Que cuando das tu corazón,
Terminarás en confusión.

Ay, ay, mi dulce amor,
Ay, me duele el corazón,
Ay, ay, mi dulce amor,
Me quedé con la ilusión.

La noche avanzaba con placidez cuando por la puerta de la taberna entró un hombre con toda la indumentaria de un soldado de alta posición. Era alto, fuerte, de tez morena, con una capa azul y elegante que le caía por la espalda. En la coraza, a la altura del corazón, llevaba una insignia que lo identificaba como uno de los altos mandos del ejército.

No solamente a Tom el grande no le gustaba que entraran soldados en su establecimiento —con la excepción de Dina—, sino que sus comensales eran de la misma opinión. Es por eso que más de veinte lanzaron miradas turbias hacia el hombre en la puerta, quien dijo:

—Busco a Degoth hijo de Degoth.

Se hizo un silencio.

—¿Y quién le busca? —preguntó Tom desde detrás de la barra.

—Le busca Gornel-ka, general del ejército de su majestad la reina de Argoth.

El silencio se hizo aun más profundo.

—Nadie por ese nombre ha visitado este establecimiento, señoría —dijo Tom—. Le recomiendo seguir buscando por allí, hay muchas otras tabernas aquí cerca.

El hombre, Gonrel-ka, supervisó el lugar con su mirada, y sus ojos se posaron sobre Degoth.

—Está bien, Tom —dijo Degoth, quien no quitaba su vista del soldado—. Está bien.

El general miró de nuevo al tabernero, quien asintió una sola vez, casi como dándole permiso al general de adentrarse en la taberna.

Las conversaciones se reanudaron, pero por supuesto, aquellos que podían tenían la oreja bien parada.

—Tú eres Degoth de Tisdeh —afirmó el general.

—Ese es mi nombre, mi general. A su servicio.

El hombre dijo en voz firme, pero baja:

—La reina Malbeth, protegida de los dioses, que viva para siempre, ha pedido que se te conceda el privilegio de tener una reunión con ella.

Degoth arqueó las cejas:

—¿La reina? Debe ser… un error.

—No es un error, guerrero. Su majestad no comete errores, pues es la representante de los dioses en la tierra. Y quiere que la veas. No solamente tú, sino también tu compañera, la sargento Dina.

Dina sintió un sobresalto. Vaya que no se esperaba eso.

—Si me lo permite, mi general, me gustaría preguntar la razón —dijo Degoth.

El hombre, que estaba de pie frente a ellos, tomó una silla, se sentó a la mesa, y en susurro dijo:

—Es una cuestión de seguridad del reino. Creemos que tú puedes… ayudarnos.

—Supongo que no es opcional.

—¿Tú qué crees, guerrero?

—Estoy al servicio de la reina —dijo, inclinando levemente la cabeza. Luego, a Dina—: Una aventura más, ¿qué daño podría hacer? —Levantó la voz—: ¡Tom! ¡Otra ronda para todos, y esta vez va por mi cuenta!

Dina, y el resto de la taberna, gritaron de alegría.

—::—

31 de mayo, 2023
Monterrey, México

III. LA RELIQUIA DEL DRAGÓN

Libro III

1. BENDITOS

ZANKAR TEK-TET, con manos temblorosas, abrió la puertecita del relicario. La caja de metal, con inscripciones antiguas garabateadas alrededor de ella, resguardaba el objeto adentro.

—Benditos sean los Gemelos —dijo—. Por fin.

Sacó la reliquia. Era lo que imaginaba. Un colmillo, del tamaño de media palma, color hueso.

Lo admiró por un momento, sin poder creer que finalmente lo tenía allí en su mano, en su poder. Años de entrenamiento y preparación. Incluso casi perdió su vida un mes atrás en la búsqueda de la espada que le permitiría llevar a cabo su encomienda.

Tomó dicha espada, recargada sobre la mesa de piedra en donde reposaba el relicario. Era hermosa, de empuñadura y hoja color azul, una hoja delgada y larga teñida de rojo por la sangre goteando que provenía de los ocho guardias templarios que yacían a su alrededor, muertos.

En la empuñadura, justo debajo de la guarnición, había un recoveco en forma de colmillo. Cuando colocó allí la reliquia, entró perfectamente en su lugar. Después de todo, la espada se había forjado específicamente para blandirse con el poder del colmillo.

El metal resplandeció, una tenue luz azulada.

Zankar tek-tet alzó la espada, apuntándola al cielo.

—El tiempo ha llegado —dijo—. La profecía se ha cumplido. Los antepasados serán vengados. Los rebeldes, ejecutados.

Se abrió la puerta a sus espaldas. Era una puerta grande de metal, por donde entraron diez guardias del templo. Estaban bien armados, algunos con espada, otros con lanza. Traían un yelmo en la cabeza que solo dejaba ver los ojos. Un peto de metal, y guardias en los muslos. Cinco de ellos, escudo en mano, grande, rectangular.

Zankar se encontraba en el gran salón del templo. Y vaya que era grande, con el techo alto y espléndido, las paredes hechas con imponentes pedazos de bloc. Varios pilares, que corrían en paralelo a lo largo del salón, terminaban de dar la impresión de que se encontraban en un lugar importante. No había adorno alguno en las paredes o en el techo, porque la única razón por la que existía ese templo era para resguardar la reliquia que ahora tenía él incrustada a su espada.

Un lugar sagrado para los rebeldes, pensó Zankar. *Pero en realidad, es un lugar sacrílego.*

Uno de los guardias, que por su insignia en el pecho era el capitán, gritó:

—¡Suelta esa espada, blasfemo!

Zankar se rascó por encima de su oreja izquierda. Era un hombre alto y musculoso, de piel morena, con cabello negro y trenzado que le descendía por atrás a la cadera. Entrecerró los ojos, que estaban rodeados por pequeños puntos negros tatuados desde los pómulos hasta la frente, como una especie de antifaz que denotaba su etnia: un tek-tet. Dio varios pasos hacia los guardias, pisando a uno de los muertos.

—Hagan sus plegarias, y prepárense para su encuentro los Gemelos —dijo, su voz ronca y grave.

—¡Suelta la espada, dije, hijo de Shaigón!

—Shaigón es un bebé de pecho en comparación con la grandeza de Jerot y Merapte —replicó, avanzando—. Ni siquiera los dioses elementales son suficientes para contener su furia. Ahora ustedes tendrán el privilegio de ser los primeros en ser sacrificados con la espada y la reliquia. ¡Benditos sean ellos!

—¡Mátenlo! —gritó el capitán, y se lanzaron contra él.

Los diez guardias se acercaron en formación de combate, los cinco primeros con escudo y lanza. Dos de ellos, al ser más jóvenes y fuertes, llegaron primero hasta él.

Zankar incrustó la espada por el escudo a la altura del pecho de su contrincante. La hoja azul resplandeciente entró por el escudo —hecho de madera y recubierto de hierro— como si fuera mantequilla. Puesto que la hoja era larga, la punta también atravesó el peto metálico del guardia como si fuera piel de bebé, y le atravesó el corazón.

A esa distancia pudo ver los ojos sorprendidos del joven guerrero que no entendía cómo ni su escudo ni su peto fueron suficientes para detener el filo de la espada.

Si Zankar hubiera tenido frente a él un espejo reflector, habría visto también un atisbo de sorpresa en sus propios ojos, puesto que aunque sabía que esto sucedería, era la primera vez que lo experimentaba.

Entonces, pensó, *la tradición es verdadera*. La fusión de la reliquia con la espada la convertía en un arma sin igual en el mundo conocido.

Sacó la espada del cuerpo que se desplomaba en el suelo, e inmediatamente giró sobre sus talones, extendiendo su arma de forma horizontal. El filo de ella pasó por el cuello de tres templarios. Las cabezas cayeron al suelo, rodando.

—¡Por Torvos! —gritó el capitán—. ¡Qué hechizo es est…!

El capitán no logró terminar la oración, pues el tektita, con un salto, hizo descender la espada sobre él en diagonal. El acero rebanó al capitán, como si fuera una zanahoria, entrando por debajo de la axila izquierda y saliendo por el lado derecho de la cadera. La mitad de su cuerpo se fue hacia el suelo, y puesto que todavía estaba vivo, puso las manos al frente para no golpearse la cara. Luego la otra mitad, que incluía los pies, se torció en el suelo. El hombre gritó despavorido, pero con los órganos internos destruidos, dejó de gritar y, retorciéndose un momento, después de un gemido, guardó silencio.

Al sexto guardia le cortó los pies por encima de la rodilla, y después le clavó la espada por la nariz. El séptimo por poco y lo alcanza con la jabalina que blandía, pero Zankar, con una tajada, le seccionó la jabalina en dos, y después le atravesó el vientre. Al extraer la hoja hacia arriba, partió su cuerpo en dos desde el ombligo hasta la cabeza.

Al percatarse de lo que sucedía, los últimos tres guardias decidieron emprender la retirada. Al octavo lo alcanzó antes de que pudiera salir corriendo, y a los otros dos los tuvo que perseguir. Pero el salón era largo, y ellos llevaban armadura completa, mientras que él solamente su túnica negra. A los dos les dio alcance con facilidad.

Al noveno lo partió por la cadera. El último, el décimo, suplicó por su vida.

—Acepto tu sacrificio —le dijo antes de atravesarle el corazón. Luego alzó de nuevo la espada, apuntando hacia el cielo, y agregó—: Benditos sean ellos.

2. TRONO

DEGOTH CONTEMPLÓ EL castillo frente a él.

—¿Alguna vez has entrado? —le preguntó Dina, que caminaba a su lado.

—He entrado, pero nunca deja de sorprenderme —respondió Degoth.

—Es enorme.

—No hay otro edificio que se le compare en todo el reino. Debe ser el castillo más grande que existe, o de los más grandes.

—¿Y la reina?

—¿Qué tiene la reina?

—¿Alguna vez la has visto?

—Nunca en persona, no.

—Dicen que es hermosa —dijo Dina.

—Eso dicen.

Frente a ellos caminaba Gonrel-ka, segundo alto general del reino, encargado de, entre otras cosas, resguardar las reliquias de Argoth. Era un hombre imponente con su armadura pulida y reluciente, la capa bajándole por los hombros. Tenía el cabello recortado, con un poco de canas por encima de las orejas. Caminaba con la seguridad de un hombre acostumbrado a que le obedezcan.

Cuando llegaron al puente que daba entrada al castillo, se detuvo.

—Escuchen bien, ustedes dos. Seremos escoltados hasta el trono. Debemos seguir todos los protocolos. De lo contrario, terminarán en el calabozo, o peor, decapitados.

—Cuente con ello, mi general —dijo Dina—. Con seguir los protocolos, es decir —agregó, con un poco de rubor en las mejillas.

—La guardia del templo nos va a escoltar. Permanezcan en silencio todo el tiempo. Cuando lleguemos al salón real, permaneceremos de pie en el extremo del salón, frente a la entrada, sobre la alfombra. Esperaremos a que la reina nos note. Puede suceder inmediatamente, puede ser una hora después. No importa. Estaremos allí, de pie, en silencio, sin hacer ruido alguno. Cuando ella quiera nos mirará a los ojos brevemente y extenderá su cetro en nuestra dirección. Si nos mira y no extiende el cetro, nos decapitarán esta misma tarde.

—Maldición —musito Dina—. ¿Qué probabilidades hay de que eso suceda?

—Pocas —dijo el general—. Creo.

—¿Es ella la que ha pedido vernos, no? —preguntó Degoth.

—Así es —dijo el general—. Por lo tanto, estaremos a salvo. Ha estado un poco de mal humor, pero no hay nada qué temer.

—Bien —dijo Dina—. Extenderá el cetro hacia nosotros. ¿Luego…?

—Luego caminaré yo hacia ella. Ustedes dos irán detrás de mí, dejando unos cinco pasos de distancia. Cuando yo me incline y haga reverencia, ustedes lo harán también. Haremos un total de cinco reverencias antes de llegar a su presencia. En todo este proceso, nunca deben ver a la

reina a la cara. De hecho, nunca la miren excepto si ella les habla. Si les dirige la palabra, la voltean a ver brevemente, bajan la mirada, y responden. ¿Queda claro?

—¿De lo contrario nos decapitarán? —dijo Dina con una sonrisa a medias.

—Correcto —respondió al general.

La sonrisa de Dina se borró de su rostro.

—Cuando estemos frente a ella, nos quedaremos de rodillas ante el trono. Yo hablaré. Ustedes no digan nada. Solamente si ella les dirige la palabra, responden. La reina ha mandado matar a personas tan solo por hablar cuando no es su turno. En una ocasión, mandó cortarle la cabeza a un poderoso y engreído alcalde. No importó su fortuna. Esa misma tarde su cabeza estaba de adorno clavada en una pica en la torre.

—Dioses —dijo Dina.

Atravesaron el puente, que era largo. Debajo de ellos el foso con agua, la cual provenía del río Anubín que cruzaba por la ciudad de norte a sur.

Degoth todavía se sentía estremecido por lo que habían visto tan solo unas horas antes en el Templo de Zuriatán. El general los había llevado allí primero, para que vieran con sus propios ojos algo que, de acuerdo con las palabras del general mismo, nunca había visto en su vida. Cuando entraron, les invadió inmediatamente el olor a carne y muerte. Gonrel-ka explicó que había dado la instrucción de no limpiar el lugar hasta que Degoth, el guerrero dragón, pudiera ver lo sucedido allí.

Guerreros templarios yacían en el suelo muertos. Pero la verdadera sorpresa estaba en la nave central del templo, donde la reliquia del colmillo del dragón había estado resguardada. Una de las reliquias, por cierto, más famosas en todo el reino de Argoth, puesto que los dragones se extinguieron miles de años atrás. Nadie sabía exactamente cuál era el poder que dicha reliquia tenía, pero había leyendas.

En la nave central, dieciocho guardias templarios muertos. Estaban, literalmente, rebanados. Tajados. Destazados. Cabezas en el suelo, piernas, brazos, e incluso algunos cuerpos cortados por la mitad.

—No sabemos qué clase de guerrero pudo haber hecho algo así —dijo el general—. Creemos que esto es producto de hechicería.

Quizás el general no tenía idea, pero Degoth sí. Al ver la escena repugnante frente a él, inmediatamente vino a su mente algo que leyó años atrás en uno de los libros de su amigo y mentor Rafel, a quien apodaban el alquimista, aunque técnicamente no lo era. En ese momento prefirió no decir nada al respecto, pero inmediatamente pensó: *Estamos frente a un enemigo inusual y peligroso.*

Con eso atribulándole la mente, llegaron hasta la entrada principal de la muralla exterior del castillo. Después se erguía una segunda muralla interior, con un portón metálico gigantesco que estaba abierto. Ligeramente a la izquierda, la torre del homenaje, la cual era masiva. Entraron al patio, escoltados por un escuadrón de diez soldados de élite, y recorrieron los jardines espléndidos, con hermosos árboles, algunos de ellos frutales y flores aquí y allá de diversos colores. Cruzaron por un camino empedrado hasta llegar al castillo, el cual tenía tres torres, la de en medio la más grande, en cuya cúpula ondeaba la bandera del reino.

Entraron al castillo, cruzaron el patio interior que tenía una hermosa fuente en el centro con una representación en mármol de los cuatro dioses elementales.

Finalmente entraron al castillo en sí, subieron unas escaleras espaciosas, atravesaron un pasillo largo y ancho que en el techo desplegaba escudos de colores con las insignias de las grandes casas del reino, y finalmente se detuvieron frente a unas puertas dobles hechas de

madera de roble, que llegaban desde el piso prácticamente hasta el techo.

—Sigan mi ejemplo —dijo el general.

Entraron.

La nave central del Templo de Zuriatán palidecía ante el salón real. Además de sus dimensiones gigantescas, las paredes estaban ricamente adornadas con tapices intrincados de múltiples colores que contaban las historias de las conquistas del reino bajo el liderazgo de los reyes y reinas de Argoth. La luz entraba por coloridos vitrales largos que llenaban el salón de luminescencia casi mágica, y una alfombra roja salía desde el trono y llegaba hasta donde estaban ellos.

Incluso a la distancia que se encontraban, el trono se percibía grandísimo. Estaba labrado sobre un pedazo de piedra gris que debía medir unos seis codos de altura[4] y unos diez de ancho. Allí, sentada, una mujer con un elegante vestido azul, que miraba como distraída hacia algún punto en su izquierda.

Permanecieron de pie por un tiempo. A Degoth le pareció que fácilmente debieron haber estado allí una cuarta parte de una hora.

Percibió un par de veces que Dina lo miró de soslayo, un poco nerviosa.

De repente, la reina alzó la vista, y después de una breve pausa, apuntó el cetro de oro hacia ellos.

—Avancemos —dijo el general.

3. REINA

DINA ACTUABA EN automático.

Cuando el general se inclinaba hasta el suelo, haciendo la reverencia, ella lo hacía también. Parecía estar en una especie de sueño. De repente, ya se encontraba arrodillada frente al trono.

Se le fue el aliento al ver a la reina.

Era una mujer con una belleza difícil de poner en palabras. El vestido que llevaba, sencillo y de seda, hacía resaltar su piel blanca y perfecta. Por su hombro izquierdo descendía una trenza de cabello café oscuro, adornado con delgadísimas cadenas de oro y pendientes diminutos de piedras preciosas color verde, las cuales brillaban y resaltaban el iris esmeralda de sus ojos. En su frente portaba la corona real, hecha de oro y bastante sencilla, pero que hacía verla como una hija de los dioses.

—He aquí los siervos de su majestad, haga usted con nosotros como bien le parezca —dijo el general, su voz haciendo eco, postrándose a tierra. Dina y Degoth lo imitaron.

La reina Malbeth permaneció en silencio un tiempo. Luego dijo:

—He pedido la presencia de Degoth ek'Degoth tisdita, y Dina ek'Ordeh argotita. ¿Son ustedes?

—Lo somos —respondieron al unísono, sorprendiendo a Dina, puesto que no lo habían practicado.

—Degoth hijo de Degoth, ¿eres tú un guerrero dragón?

—Lo soy, su excelentísima majestad. Criado por la Orden bajo la tutela del maestro Slepten.

—He escuchado buenas cosas del maestro Slepten. Me han informado que tú y la sargento Dina son los responsables de apresar recientemente a un hechicero.

Un par de ellos, pensó Dina, pero no lo dijo.

—Así es, su majestad —respondió Degoth.

—Y ¿saben la razón por la que tienen el privilegio de estar frente a mí?

Degoth titubeó un poco, y dijo:

—Quiere que recuperemos la reliquia del dragón.

—Así es, guerrero. El que haya sido robada es una gran vergüenza para la Corona —dijo mirando al general, quien se agitó un poco en su lugar—. Pero me dicen que tú tienes experiencia cazando magos y hechiceros. ¿Sabes quién podría estar detrás de algo como esto?

—No estoy seguro sobre la persona, su majestad, pero tengo una idea sobre el arma.

—¿El arma?

—El arma que usó el asesino para deshacerse de los guerreros templarios con tanta facilidad.

—Continúa.

—Hay una antigua leyenda. Se trata de la «espada sagrada de la luz de Merapte».

—Una historia herética de la religión tektita.

—Así es, mi reina —respondió Degoth, internamente sorprendido de que la reina estuviera al tanto de ello. Quizás era más culta de lo que él había pensado—. Una espada que desapareció

hace miles de años. Pero una tradición tektita dice que dicha espada fue forjada para vincularse con el colmillo del dragón. Y que juntos convertirían la espada en un arma invencible. Una espada capaz de cortar cualquier material, incluso el diamante, el hierro y el hueso.

La reina se puso de pie.

—Un arma así —dijo la reina— pondría en riesgo la paz de mi reino.

—Eso no es todo, reina mía. Dicha leyenda dice que el portador de la espada de la luz creará un grupo de guerreros cuya meta será la restauración de la religión y adoración de los Gemelos, y matará a filo de espada a todos los sacerdotes de la religión elemental.

—¡Blasfemia! —dijo la reina.

—Es lo que dice esa antigua tradición, majestad.

—Escucha bien, guerrero dragón. Tu reina te lo manda: te reunirás con mi general Gonrel-ka, para planear la destrucción o recuperación de dicha espada. Esta misión debe llevarse a cabo en completo secreto, pues si se llega a saber, podría causar desestabilidad en el reino.

El guerrero dragón se inclinó a tierra y dijo:

—Soy el siervo de su majestad. Haga conmigo lo que bien le parezca.

———————

Degoth salió aturdido de la junta que acababa de tener con ni más ni menos que la reina.

La hermosura de ella era famosa. Todo mundo hablaba de la «bella reina». Aun así, no había estado preparado. No solamente toda ella era perfecta, sino incluso el timbre de su voz, que denotaba una seguridad absoluta. Degoth había estado en compañía de mujeres a lo largo de su vida, y normalmente se sentía con seguridad al interactuar con el sexo opuesto. Pero en este caso, tuvo que usar todo su aplomo para mantener la conversación con la monarca sin que su voz temblara.

Fueron dirigidos hasta un salón grande en una de las torres del castillo. El lugar estaba lleno de soldados que montaban guardia, y que iban para aquí y para allá, ocupados en la operación de la seguridad no solamente de la ciudad, sino del reino.

Entraron a un salón amplio con una mesa en medio, sobre ella un mapa de la ciudad entera.

—Voy a hablar con franqueza —dijo el general Gonrel-ka—. No me gusta en lo más mínimo tener que compartir esta misión con ustedes. No te ofendas, dragón, pero la relación que he tenido con la Orden ha sido… deficiente.

A Degoth eso no le sorprendía, pues el sentimiento era mutuo. La Orden del Dragón se había visto obligada a trabajar bajo la supervisión del ejército desde hace poco más de 500 años. Los dragones, desde aquel entonces, recibieron todos el rango de capitán, y actuaban con cierta independencia, pero podían ser requeridos y usados por el ejército en cualquier momento. Eso causaba, indudablemente, tensión entre los generales y el Venerable Gran Maestro de la Orden del Dragón, al igual que con los Gran Maestros de los diversos claustros.

—Pero al final, los deseos de la reina son los deseos de los dioses, y por lo tanto mis órdenes. Así que he decidido lo siguiente: voy a pedirle a uno de mis tenientes que organice una unidad de élite. Ellos te ayudarán a buscar al hechicero ladrón.

—Me parece bien, general.

—En cambio, compartirás cualquier información y avance conmigo. Esto es no negociable.

—Por supuesto, general. En cuanto haya más información, se la haré llegar.

—¿Hay algo más que sepas que no hayas mencionado delante de la reina?

—Nada me viene a la mente en este momento.

—Muy bien. En unos días más tendrás tu escuadrón.

Salieron de allí escoltados por cinco soldados fuertemente armados. Cuando cruzaron el puente y estaban de regreso en la calle adoquinada por la que caminaban un sinfín de personas, además de caballos y carruajes, la sargento Dina le preguntó:

—¿Así que vamos a tener que compartir toda la información con el general?

—Por supuesto que no —dijo Degoth—. Solo lo que queramos que sepa.

—Eso imaginé —respondió ella con una sonrisa—. ¿Y cuál es nuestra siguiente parada?

—La gran biblioteca.

4. TESTIFICO

ZANKAR TEK-TET bebió la sangre.

Sintió el líquido caliente, viscoso y metálico descendiendo por su garganta.

Era de noche. El lugar a su alrededor eran unas antiguas ruinas de un templo que había sido dedicado a los Gemelos antes de que la nueva religión derribara todos los rastros de lo que los argotitas llamaban «religiones herejes». Aun estando dentro de la ciudad de Argoth, era una sección de la ciudad olvidada e invadida por árboles y matorrales. Nadie se atrevía a andar por aquellos lugares, y mucho menos a esa hora de la noche, cuando los ladrones merodeaban la ciudad buscando la víctima perfecta para quitarle algunas monedas e incluso la vida.

El sacerdote primero, un viejo barbudo de mirada feroz, cuyo torso desnudo estaba pintado de rojo, levantó el cáliz desde donde había bebido la sangre de un chivo de un año.

—El ritual está completo —dijo el sacerdote Shatacán—. La profecía cumplida, y la tradición ratificada. Zankar tek-tet, hijo de Zanundu, guerrero de los dioses Gemelos, eres ahora comandante de la «legión de la sangre».

—Testifico —dijo Zankar.

—Vengarás nuestros antepasados y derramarás la sangre de los descendientes sacrílegos.

—Testifico.

—Cortarás el cuello de aquella usurpadora en el trono, heredera de la rebelión.

—Testifico.

El sacerdote levantó el báculo que tenía en su mano izquierda, y otros nueve guerreros, todos cubiertos en túnicas negras, levantaron sus espadas hacia el cielo.

—Desde ahora eres el comandante. Ellos son tus guerreros. Han entrenado para este día. Su vida está ligada a la tuya. Derramarán sangre, y la sangre propia, hasta cumplir con la profecía y ratificar la tradición.

—Testificamos —dijeron los nueve encapuchados a coro.

—Vayan ahora, hijos míos —dijo el viejo—. Jerot y Merapte están con ustedes. Benditos sean ellos.

———

No hay tiempo para descansar, pensó Zankar mientras caminaba silenciosamente por las calles, seguido por los guerreros de la legión.

Había sido él elegido para esta misión, y la llevaría acabo lo más pronto posible. Después, cuando la cabeza de Malbeth, la reina rebelde, estuviera en un pico, y su cuerpo siendo comido por los perros callejeros, entonces descansaría. Pero no por mucho tiempo, pues instaurar de nuevo la religión dual —el culto a los Gemelos—, tomaría tiempo y necesitaría violencia. Mucha violencia.

Comenzaría por los sacerdotes de los templos elementales. Ellos serían los primeros en ser

degollados públicamente, en especial el Sacerdote Supremo. Cuando el pueblo viera apilados los cuerpos hediondos de los supuestos mensajeros de los dioses en la plaza pública, dudarían de su propia religión. Luego, a filo de espada, se proclamaría el nuevo culto de manera obligatoria. Con el paso de los años, la gente se olvidaría de Torvos, Merne, Zoroatán y Diarín… y adorarían solo a lo Jerot y Merapte, benditos sean ellos.

Algunos de los templos tendrían que ser destruidos, y otros, sencillamente rededicados. Al mismo tiempo, su tribu, los tek-tet, finalmente saldrían del bosque para convertirse en los regidores del reino entero. Suponía que todo esto causaría una guerra entre las grandes ciudades, en especial las del «círculo»: Rubán-el, Gabá y Zimireth. Pero ya lidiarían con eso en su tiempo. Tenían años preparándose.

Aunque al principio pensó que lo mejor era de una vez atacar el castillo y asesinar a la reina, probablemente tendrían la guardia redoblada e infestada de Iluminados.

Enfrentarse a una multitud de hechiceros era algo que haría eventualmente, pero no ahora. Todo en su tiempo.

Decidió que era mejor seguir el consejo del sacerdote Shatacán: recuperar primero las dos reliquias, los «guantes de sharak-atur», también llamados los «guantes de la luz esmeralda».

Sí, eso era lo mejor. Cuando los tuviera en su posesión, sería invencible. Podría enfrentarse a iluminados y a dragones con la confianza de saber que no tendrían un arma suficientemente fuerte contra él.

Estaban por llegar al Templo de la Luna Creciente cuando escucharon una guardia nocturna que se acercaba. Efectivamente, seis soldados doblaron la esquina y marcharon hacia ellos, sin darse cuenta todavía de que estaban por toparse con enemigos.

El sargento de la guardia los vio y se detuvo, siendo imitado por los soldados.

—¡Hey! ¡Ustedes! ¿Qué hacen aquí? —dijo el sargento, su voz rebotando en las paredes.

Bardak-tek-tet, quien era el sargento del escuadrón y, por lo tanto, el segundo al mando, se acercó a Zankar y le dijo:

—Será un honor deshacerme de ellos, comandante.

Bardak era una montaña de hombre. Alrededor de sus ojos llevaba, como todos los tektitas, los tatuajes que los identificaban con su tribu.

—Toma a uno más, y hazlo.

El guerrero miró a uno de sus compañeros y asintió. El otro entendió la señal. Los dos caminaron hacia la guardia.

—¡Alto allí en el nombre de la reina! —dijo el sargento. Los otros soldados, todos ellos armados con lanzas, se pusieron en posición de combate.

—No tomamos órdenes de la rebelde —le respondió el guerrero mientras desenvainaba su arma.

El sargento fue el primero en atacar, pero cometió el error de hacerlo solo. Probablemente pensó que se enfrentaba a unos borrachos, porque ¿quién se atrevería a enfrentarse a una guardia real en plena capital del reino?

Los guerreros se deshicieron de él con facilidad. Uno de ellos desvió el ataque de la lanza, y el segundo le clavó la espada por las costillas. Con un grito, el hombre cayó al suelo, en donde fue rematado.

Los otros cinco atacaron, pero su suerte no fue mejor que la de su oficial, pues aunque eran soldados entrenados en combate, no podían compararse con el entrenamiento de los guerreros de la legión, adiestrados desde su infancia en el arte de matar.

Un par de minutos después, seis cuerpos yacían en el suelo, su sangre corriendo entre los

adoquines.

—El templo está cerca —dijo Zankar—. Estará bien resguardado. Pero su fuerza es minúscula en comparación de la nuestra. No dejaremos a ninguno vivo.

5. RELIQUIAS

PUESTO QUE HABÍA anochecido, la gran biblioteca estaba cerrada. El edificio de piedra, aunque más pequeño que el castillo, seguía siendo imponente, con sus torres puntiagudas y entradas en forma de arco.

Impresionante, se dijo Dina.

Ella siguió al guerrero dragón por un apretado callejón en la parte este de la biblioteca, hasta que llegaron a una pequeña y angosta puerta de metal, que parecía ser parte de la pared, y cualquier persona la pasaría por alto a menos que estuviera buscándola.

El reino tenía varias grandes bibliotecas, pero ninguna como esta. Era una catedral al conocimiento. Lamentablemente, en estos tiempos lucía casi abandonada, puesto que la Cofradía del Resplandor había tomado posesión de todas las bibliotecas por órdenes de la reina Malbeth. Desde entonces, toda persona que entraba tenía que ser vetada por los Iluminados. Esto, por supuesto, para proteger al reino de la heterodoxia. De acuerdo a los inquisidores iluminados, las muchas letras indudablemente llevarían a las personas hacia el camino contrario de la religión elemental.

Degoth llamó a la puerta usando el picaporte de metal oxidado.

—¿Nos abrirán? —preguntó Dina.

—Sí —respondió él acomodándose el parche negro que llevaba en su ojo izquierdo.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a Ornef ek'Ilión. Duerme por el día, trabaja por la noche.

—¿Es el bibliotecario?

—Lo fue. Por mucho tiempo, hasta que llegaron los Iluminados y le quitaron su cargo. Ahora es, imagínatelo, el conserje. Sin embargo, de cierta manera sigue siendo el dueño de toda la biblioteca, porque la conoce como su propia mano. Conoce, también, todos los túneles secretos, los atajos, además de los muchos misterios que la gran biblioteca alberga y que los Iluminados desconocen.

—Suena a que es un hombre interesante.

—Uno de los grandes sabios de nuestro reino que, lamentablemente, vive entre las sombras.

—A muchos eruditos les gusta vivir así.

—En eso te doy la razón. A veces pienso que Ornef es más feliz ahora. Dedica mucho más tiempo que antes a la lectura.

Escucharon un ruido detrás de la puerta, se abrió el pasador, y unos ojos inquisitivos observaron primero a Dina. Después, al ver a Degoth, los ojos se hicieron grandes, reconociéndolo. La puerta metálica se abrió.

—Degoth tisdita —dijo el hombre que los recibió—. Es un placer verte de nuevo.

—El gusto, como siempre, es mío, Ornef.

Ornef ek'Ilión era un hombre encorvado y de baja estatura, barba gris que descendía hasta sus rodillas, y un cabello del mismo color encima de las orejas, solamente. Vestía una túnica

gruesa y vieja color café, remendada, y unas sandalias que parecían ser tan antiguas como él mismo. Los miraba con ojos verdes e intensos, con un semblante lleno de arrugas y una nariz redonda y grande.

—Pasen, pasen. Síganme.

El antiguo bibliotecario, con una pequeña lámpara de aceite en mano, los guío por un largo y frío túnel. Llegaron después de ahí a un salón un poco más grande, doblaron a la izquierda, caminaron por otro pasillo, subieron unas escaleras, cruzaron una puerta de madera, y llegaron a lo que parecía ser la sala de estar de Ornef.

—Bienvenidos a mi humilde hogar.

En la esquina ardía un fuego en la chimenea. El lugar parecía una pequeña biblioteca, pues en lugar de paredes tenía estantes repletos de libros. Incluso en el suelo pilas de libros, pergaminos, y triques que Dina no lograba identificar.

Se sentaron en una mesa de madera que, sorprendentemente, no tenía ni un libro encima. Había una botella de vino, y en el centro un tazón de frutas.

—¿Gustan un poco de vino? —les ofreció el ahora conserje, y le dijeron que sí. Pronto regresó con dos copas, las llenó, y se sentó al igual que ellos.

Ornef levantó su copa.

—Por los viejos tiempos —dijo.

Las tres copas hicieron *clinc,* y bebieron.

—Es un buen vino —dijo Degoth.

—Ah, sí que lo es, viejo amigo. Fue un regalo. ¿Conoces al conde Malderne?

—He escuchado sobre él. Ha aumentado su riqueza considerablemente en los últimos años.

—Así es. Es un aficionado de ciertos libros. Libros sobre… —miró a Dina—, bueno, ciertos libros. Así que yo me encargo de encontrarlos y hacérselos llegar. Siempre me remunera bien, además de darme algunos regalos, casi siempre dos o tres cajas de vino de primera calidad.

—Estás viviendo la buena vida, ¿eh?

—Ya sabes, un viejo como yo tiene que disfrutar de sus últimos años. No sé cuánto me queda por delante. ¿Años? ¿Días? ¿Segundos?

—Así que te la pasas leyendo y bebiendo. El sueño de todo erudito.

—Mientras me mantenga lejos de esos supuestos iluminados, que más bien son los hombres más retrógradas del reino, estoy feliz. Y rodeado de mis tesoros —dijo apuntando a los libros a su alrededor—, no tengo nada de qué quejarme. ¿Quieren algo de comer? Tengo carne seca, pan, queso, nueces, ¿una manzana, quizás? ¡Tengo mango! ¿Han probado el mango? Viene del sur. Es exquisito. Y extraño. Una semilla enorme adentro. Difícil de describir, pero es un manjar.

—Un poco de pan con queso nos caería bastante bien —respondió Degoth, mirando a la sargento, quien asintió.

Después de traer la comida, que por cierto era un pan delicioso y un queso exquisito, Degoth y Ornef entablaron una conversación sobre esto y aquello, los viejos tiempos, algunas aventuras en las que el bibliotecario había ayudado al dragón, y finalmente el bibliotecario dijo:

—Estoy seguro no viniste a recordar viejas historias, guerrero dragón.

—No vine solamente a ello, no.

—Pues suelta la sopa, soy todo oídos.

—Vinimos a buscar información sobre la espada sagrada de la luz de Merapte.

—Una leyenda —dijo Ornef—. Una leyenda, solamente.

—No, querido amigo. No es una leyenda. La espada existe.

—Imposible. De acuerdo a las tradiciones tek-tet, la espada de la luz era invencible cuando

estaba unida a una reliquia…

—Al colmillo del dragón, sí.

—El colmillo del dragón sabemos que existe, pues está resguardado en un templo. ¿Pero la espada…? ¿Cómo sabes que no es una leyenda?

—Porque se ha unido al colmillo. Ha sido usada por un guerrero.

—¿El colmillo ha sido robado?

—Sí. Y todos los guerreros templarios muertos.

—No, Degoth, te equivocas. Imposible. Probablemente fue otra cosa.

—Querido amigo, he visto heridas de espada toda mi vida. Las conozco perfectamente bien. Esta espada era completamente diferente a cualquiera. Las heridas coinciden perfectamente con las tradiciones tek-tet, con sus escritos, con la leyenda de la espada de la luz.

—¿Una espada capaz de cortar cualquier material?

Degoth asintió.

—Piel, hueso, madera y metal —dijo—. Lo vi con mis propios ojos. Estoy seguro que es la espada. Además, el colmillo del dragón fue robado. Por lo tanto, la conclusión inevitable es que la espada de la luz fue encontrada y ahora está siendo usada por un guerrero del cual no sabemos todavía sus intenciones.

—El que posea dicha reliquia será sumamente poderoso.

—Causará inestabilidad en el reino.

—¿Inestabilidad? No, dragón, si verdaderamente la espada de la luz ha sido fusionada con el colmillo del dragón, el guerrero que la posea no busca inestabilidad. Buscará destruir por completo el reino de Argoth, y resucitar el culto a los Gemelos. Eso dicen las tradiciones tek-tet. Y la única manera de llevar esto acabo es matando a miles de personas. Los tek-tet saldrán del bosque de nuevo.

—¿No habían sido todos exterminados? —preguntó Dina.

—Pronto lo sabremos, me parece —respondió el bibliotecario.

—¿Entonces? —preguntó Dina—. ¿Hay algo que podamos hacer? ¿O estamos frente a alguien invencible?

—¿Invencible? No —dijo Ornef, mirando a Degoth—. Supongo que por eso viniste.

—Sí. Porque recuerdo ciertos rumores. Rumores que hablan sobre una reliquia capaz de enfrentarse a la espada de la luz. Sin embargo, que yo recuerde, nunca nadie me ha dicho cuál reliquia en específico.

Ornef se rascó el mentón.

—Sé dónde podemos encontrar esa información —respondió—. Síganme.

6. PROFANO

ZANKAR, ENTRE DIVERTIDO y enojado, miraba al jefe de los guardias templarios, que se había cansado ya de maldecirlo.

Le divertía la mirada del hombre, llena de rencor. Temblaba de ira. Sabía que daba sus últimos latidos en esta tierra, y la impotencia de no poder hacer algo al respecto debía tenerlo fúrico. Pero todo esto, al final, era culpa de él. Debió haber tenido una mejor guardia, bien entrenada.

Los hombres de Zankar habían atado de pies y manos al jefe de la guardia templaria, mientras que mataron al resto de los templarios. Sus cuerpos tirados en los corredores y salones del templo.

Para su sorpresa, tomar el lugar no fue demasiado difícil. Había esperado una mejor guardia, pero no. Siempre le sorprendía la estupidez de los argotitas.

—Te lo voy a repetir una vez más, templario —dijo Zankar—. Necesito saber dónde está el otro guante.

—¿Qué no es suficiente ya con el que tienes? —le respondió el hombre que sangraba de la nariz y boca—. Tómalo y regresa a tu bosque, maldito de los Jinetes.

Bardak-tek-tet, que estaba junto al guardia, se movió incómodo. Quería cortarle la garganta de una vez. Zankar lo calmó con un movimiento de mano.

Miró al jefe de los guardias. Típico argotita. Siempre se habían creído una raza superior a los tek-tet. Los consideraban retrógradas que vivían en el bosque, una tribu antigua que debía ser erradicada. Y efectivamente, lo habían intentado. En el segundo año del reinado de Mordeká, padre de la actual reina, las tropas argotitas se internaron en el bosque sagrado de Aldeen, a muchas millas al sureste de la capital, más allá de las fronteras del reino. Masacraron a miles de inocentes tektitas, casi al sesenta por ciento de la tribu. Les tenían miedo porque los tek-tet eran una tribu guerrera, y el rey Mordeká había comenzado su reinado en paranoia, deshaciéndose de cualquier posible amenaza a su regencia con vara de hierro.

En medio de la confusión del ataque, muchos huyeron. Sin embargo, los generales del ejército de Argoth pensaron que habían logrado matarlos a todos, o por lo menos a la gran mayoría.

Los tektitas, que en ese tiempo eran una tribu de unas diez mil personas, habían vivido en paz, sin buscar hacer guerra contra Argoth. Pero ahora, todo este tiempo la tribu había estado escondida en las profundidades del bosque, recuperándose, creciendo, preparándose para la venganza por la sangre derramada.

Zankar no había nacido cuando sucedió la masacre. Pero en ella murió su abuelo y abuela, además de todos sus tíos. Su padre fue masacrado también. Su madre logró escapar, y fue ella quien le contó las historias y quien le urgió obedecer la voz de Shatacán y la profecía de la venganza.

—No, no es suficiente. Necesito los dos —respondió Zankar, levantando su mano izquierda,

en la cual traía ya puesto el guante de sharak-atur, que le llegaba hasta el codo. Era hermoso, color esmeralda. El material no era cuero, sino metálico, alguna aleación de la cual no estaba seguro. Tenía como escamas pequeñas. Esperaba haber encontrado los dos en el templo, pero solo había uno.

—Pues tendrás que encontrarlo, pues aquí no está —le dijo el guardia, desafiante.

—Esa es precisamente la pregunta, rebelde. ¿Dónde está el otro guante?

—No tengo idea —espetó el otro.

—Por supuesto que sabes. Los dos guantes estaban aquí. Y tú eres el jefe de la guardia. Solo hay dos opciones, entonces. Fue robado, o movido.

—Y nunca lo sabrás, *shenget* hijo de Shaigón —maldijo.

Zankar, con parsimonia, sacó su espada de la vaina. La admiro una vez más, acercándola a su rostro, la luz azul iluminando sus ojos.

Con la misma calma introdujo la punta del acero en la rodilla izquierda del hombre y la movió en círculo, como meneando un líquido. El guardia rugió de dolor. La sangre brotó.

—A partir de este momento, tu rodilla ya no funciona. Ha quedado pulverizada, deshecha por completo. No podrás volver a utilizarla, ni siquiera con los mejores médicos. Pero todavía tienes la derecha. ¿Quieres mantenerla? Dime dónde está.

—¡No! ¡Nunca!

Zankar repitió la operación con la otra rodilla. Luego en el muslo. Después le cortó el brazo derecho, a la altura del codo. Pronto el torturado entraría en «shock».

—Nunca podrás encontrarlo, zorro —dijo, con una risa maniática de uno que sabe que está apunto de morir y nada ya puede hacer al respecto—. Está custodiado por un coloso, perdido en las dunas, en las dunas de Merib-bá.

Zankar se estremeció al escuchar eso.

—Mientes —dijo.

—Tendrás que averiguarlo, entonces —le respondió el hombre. Tosió varias veces, dijo algo incoherente, y, expiró.

Hubo un silencio de cementerio por un momento. Sus hombres lo veían. ¿Podría ser cierto? ¿En Merib-bá? ¿Ese lugar repleto de monstruos, olvidado de los dioses, evitado por los mortales? Era un lugar profano, así que no sería fácil convencer a su escuadrón de adentrarse al lugar. Tendrían que ir con la bendición de Shatacán, y con amuletos de protección. Un rito de protección los retrasaría un poco, pero era necesario.

Podía, por supuesto, abandonar esa búsqueda.

No. Ese era el tipo de error que le costaría después. Los dos guantes eran fundamentales para llevar a cabo el plan.

—Si el guante allí se encuentra, tendremos que ir —dijo.

—Es un lugar… sacrílego —comentó Bardak, que no se dejaba intimidar fácilmente pero cuyos ojos vacilaban.

—Buscaremos rito de protección. Después iremos. Aquel cuya alma no le permita, quedará libre de nuestro vínculo, y podrá regresar al bosque. El resto, irá conmigo. No hemos de morir, pues la profecía es firme. Testifico.

—Testificamos —respondieron.

7. BÚSQUEDA

DEGOTH CAMINABA MARAVILLADO.

—He estado aquí muchas veces, pero sigo sin dejar de asombrarme por la cantidad de libros —dijo.

—Yo llevo casi toda mi vida en este lugar y tengo el mismo sentimiento —dijo Ornef, quien llevaba en la cintura un llavero repleto de llaves que tintineaban.

Puesto que era de noche, ningún rayo de luz entraba por los ventanales redondos en el techo —que estaba a considerable altura—. La biblioteca era como un laberinto con varios salones de tamaños cavernosos con un sinfín de estantes.

Llegaron a una puerta metálica. Ornef abrió el candado, pero la puerta no se abría.

—Probablemente nadie ha entrado aquí en unos veinte años —dijo el bibliotecario.

Degoth intentó abrirla empujando con su hombro, pero la puerta no se movió. Lo intentó tres veces más, aumentando la fuerza cada vez, y finalmente lo logró.

La habitación era un cuadrado perfecto, unos veinte codos de longitud y anchura,[5] con un estante de piso a techo en la pared opuesta a la puerta. En medio una mesa de madera con dos sillas del mismo material.

—Si mi memoria no me falla —dijo Ornef—, podremos encontrar los detalles sobre esas reliquias en los escritos de el erudito Irnám ek'Irem.

—Perfecto —dijo Dina acercándose al librero, que debía contener unos setecientos libros—. ¿Dónde está el libro de ek'Irem?

—Allí están —respondió Ornef apuntando hacia el frente con el dedo índice.

—¿Allí dónde? —preguntó Dina, buscando con su vista el lugar aproximado al que apuntaba el bibliotecario.

—No, no —dijo Ornef—. Allí *están.* En plural. Todos esos libros son de Irnám ek'Irem.

—*¿Qué?* —dijo Dina.

—Fue un escritor prolífico —explicó el letrado al caminar hacia la mesa y recargar su mano allí.

—¿Prolífico? No tenía vida, más bien —replicó la sargento.

—Bueno, eso es más o menos acertado. Se dice que desarrolló un problema terrible en su piel por pasar tanto tiempo encerrado, sin luz del sol. Algunos dicen que duró diez años sin salir de su estudio. Su asistente le traía todo, desde la comida hasta la ropa para cambiarse.

—Tomará tiempo pasar la vista por estos libros —dijo Degoth.— ¿Tienen índice, espero?

—Algunos lo tienen. Pero no todos están en la lengua común, algunos están en otros idiomas, inclusive dialectos. Son traducciones, así que no tendremos que revisar esos. Podemos concentrarnos solamente en aquellos escritos en la lengua nuestra.

—¿De cuántos manuscritos estamos hablando? —preguntó Degoth.

—La mitad, pienso.

—Vaya, pues tendremos que ponernos a trabajar.

—Iré por velas. Algo de vino. Ya regreso.

—Si tienes catres, tráelos, pues aquí dormiremos, si es necesario.

—¿Algo más?

—Una jofaina, para lavarnos la cara. Y café.

El hombre se retiró.

Dina se puso las manos sobre las caderas, contemplando los códices frente a ella.

—Es cuestión de suerte —dijo ella—. Como pudiéramos encontrar la información en un par de horas, podríamos encontrarle en un par de días.

—No nos tomará tanto tiempo. Espero que no.

—Necesitaremos un sistema.

—Sí. Primero hagamos una pila con los libros en la lengua común. Ya sabiendo el número de ellos, buscaremos cuántos tienen un índice. Comenzaremos con esos.

—Me parece bien. Entonces, ¿qué buscamos? ¿Cualquier referencia al colmillo del dragón, la espada de la luz, algo más?

—Referencias a la cultura y la religión tektita.

—Muy bien.

—En específico, buscamos saber cuál es la reliquia que puede vencer a la espada de la luz.

—No debe ser difícil —dijo Dina, irónica—. Solo es de buscarla en estas miles de páginas.

—Comencemos, entonces.

Hicieron eso. Por la cantidad de libros, les tomó una hora separar aquellos que estaban en la lengua del reino y los que estaban escritos en otros idiomas. Después de eso separaron aquellos que tenían algún tipo de índice, lo cual tomaba también tiempo puesto que al ser manuscritos, los índices no siempre estaban al principio o al final del libro, sino que en algunos casos, dependiendo del tomo, podían estar en algún lugar en medio.

Ornef regresó con café hirviendo, el cual los mantuvo despiertos otras tres horas. Pero finalmente el cansancio los alcanzó. No tenía caso seguir sin energías, así que durmieron en los catres por cinco horas. Al despertarse, continuaron revisando.

—Vaya que sí era un sabio, este Irnám ek'Irem —dijo Dina—. Aquí está divagando sobre botánica, criaturas marítimas, leyendas de monstruos, los efectos que tiene la luna mayor sobre el comportamiento humano, hay una discusión extensa sobre la posibilidad de dibujar un círculo cuadrado, casi cien hojas destinadas a resolver acertijos matemáticos… ¡impresionante!

—Me recuerda un poco a Rafel el alquimista.

—¿Por qué no lo consultamos a él?

—Si es necesario, lo haremos. Pero nadie en el reino tiene acceso a libros como Ornef.

Tiempo después entró el bibliotecario con alimentos. Comieron carne seca, descansaron los ojos por una hora, y reanudaron labores.

—Ya me duele todo —dijo Dina por la tarde—. El cuello, la espalda, los pies. Voy a necesitar un masaje extenso. ¿Alguna recomendación?

—¿Recomendación de qué? —dijo Degoth sin levantar la vista de un códice.

—De masajista, ¿de qué más?

—¿Conoces a UIlana?

—Sí, pero nadie puede pagar lo que ella pide. A menos que seas un noble. ¿Tú la conoces?

—Perfectamente bien. Te recomendaré con ella. Me debe muchos favores.

Dina se tronó el cuello.

—Eso estaría genial —dijo—. Estoy segura de que ella… momento… ¿qué es esto?

El guerrero dragón no hizo caso, estaba concentrado.

—Degoth, escucha esto: «Muy poco se ha escrito sobre la espada de Merapte. En parte por ser una leyenda de la religión tek-tet. Aunque el sabio Huaranat considera que dicha reliquia no es mas que una fábula tektita, el venerable Kargastabarum objeta, e incluso defiende su existencia».

Degoth se acercó, al igual que Ornef.

—¿Dónde? —preguntó él.

—Aquí —le respondió apuntando el párrafo.

Degoth leyó en voz alta:

—«Me ha sido imposible trazar el origen de la leyenda de dicho artilugio, pero una sentencia en la *Ciudad sagrada* de Burnat ek'Estem, quien vivió con los tektitas en su juventud, claramente indica que la espada de la luz, la espada invencible, llamada *dirgat muriam esbesta* en la lengua antigua, forjada en el monte de Koram, quedó custodiada en el templo perdido del pantano de Zabar, miles de millas al sur del bosque Aldeen. Allí sigue, resguardada por poderes antiguos y magia prohibida. La espada es una fusión de dos reliquias, pues sin el colmillo del dragón, es una espada normal. Pero vinculada, es invencible. Lo único que puede derrotarla son los 'guantes de sharak-atur', llamados también 'de la luz esmeralda'…».

—¡Los guantes de sharak-atur! —dijo Dina—. ¡Lo hemos encontrado!

—Por el Patriarca, creo que sí —dijo Degoth.

—Los guantes de la luz esmeralda —dijo el bibliotecario—. Estaban custodiados en el Templo de la Luna Creciente.

—¿Estaban? ¿Cómo que estaban? —preguntó el guerrero dragón.

—Allí estaban custodiados ambos. Pero hace unos cinco años, uno de los guantes fue reubicado. Muy poca gente lo sabe. De hecho, la única manera en la que yo estoy enterado es porque escuché una conversación entre inquisidores. Aparentemente, el Gran Inquisidor pidió mover uno de los guantes.

—Así que uno está en la ciudad, y el otro no.

—Correcto.

—Tendremos que ir por ellos inmediatamente. Será sencillo recuperar el que está aquí. La reina nos dará el permiso. Pero el otro, ¿dónde está el otro?

Los ojos del bibliotecario se habían puesto grandes.

—¿Dónde está? —repitió el guerrero dragón la pregunta, extrañado por el semblante de Ornef.

—En las dunas de Merib-bá.

Hubo un silencio.

—*Jorgot* —maldijo Degoth.

8. ACEPTO

CUANDO DEGOTH Y Dina llegaron esa tarde al Templo de la Luna Creciente, estaba lleno de soldados. De hecho, al intentar entrar, un par de guardias los detuvieron.

—Nadie entra —dijo uno de los uniformados, serio.

—Soy Degoth ek'Degoth, guerrero dragón —dijo sacando el medallón que llevaba al cuello, la insignia de los dragones—. Ella es la sargento Dina.

—Los únicos que tienen permitido entrar son los inquisidores —respondió el soldado—. Lo siento, mi señor capitán, pero las órdenes son órdenes, y fueron muy estrictas.

—¿Está presente el general Gonrel-ka?

—Lo está.

—Dile que Degoth tisdita le busca con información urgente.

El soldado vaciló, pero vio de nuevo la insignia del dragón, y decidió que era buena idea hacerle caso. Así que dándose media vuelta, entró por la gran puerta del templo, una puerta doble de madera grabada con imágenes del cielo, incluyendo una enorme luna creciente rodeada de estrellas.

—Llegamos tarde —dijo Dina.

—Así es. El guerrero de la luz nos lleva la delantera.

—¿Guerrero de la luz? ¿Ya lo bautizaste con ese nombre?

—Suena bien, ¿no? Después de todo, lleva la espada de la luz.

—No suena mal —respondió ella afirmando con la cabeza.

—Debe haber una carnicería allí adentro, a juzgar por todos los soldados.

—¿Y esto qué significa?

—Que el guerrero de la luz ya tiene un guante.

—¿Ir por el segundo?

—No lo dudo. Si es lo único que puede derrotar la espada, irá por el segundo guante. Por lo tanto, tendremos que darnos prisa.

—¿Iremos a las dunas? —preguntó la sargento—. Es un suicidio.

El soldado regresó con la instrucción de que podían entrar. Eso hicieron.

Encontraron al alto general segundo en el vestíbulo, con las manos en la cadera y la cara seria, mirando hacia el suelo. Al escucharlos acercarse, levantó la vista.

—Esto es un completo desastre —dijo.

—¿Se llevaron el guante? —preguntó Dina.

—Sí, y de paso mataron a todos los templarios.

—Es el mismo guerrero, supongo —dijo Degoth.

—A juzgar por las heridas, el mismo. Pero… ¿por qué el guante? Ha estado custodiado aquí por mucho tiempo ya.

—Los guantes de sharak-atur son las únicas reliquias que pueden vencer a la espada de Mernepta.

El general entornó los ojos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Lo acabamos de encontrar en los relatos del erudito Irnám ek'Irem —respondió Degoth.

—Maldita sea, dragón, y ¿por qué no me dijiste?

—Porque no lo sabíamos, general. En cuanto lo supimos, vinimos, y nos encontramos con los soldados custodiando el templo.

—Ese maldito hechicero hijo de los Jinetes nos lleva la delantera. ¿Cómo es que él ya sabía y nosotros no? ¿No se supone que los Iluminados deberían saber esto? Ayer tuve una conversación con el arzoinquisidor Nimud.

Arzoinquisidor, ¿eh?, pensó Degoth. *Ya lo han subido de puesto.*

Degoth había tenido ya varios encuentros con el inquisidor Nimud, encuentros que siempre prefería evitar. Sobre todo porque Nimud —ahora arzoinquisidor—, como todos los Iluminados, buscaba eliminar la magia y hechicería del reino, aunque Nimud mismo tenía poderes mágicos. De acuerdo a la ley del reino, solamente la Cofradía del Resplandor —los Iluminados— tenía el permiso para practicar las artes mágicas. Por lo tanto, los manipuladores de elementos, los alquimistas y agoreros, y todo aquel que practicara algún tipo de arte mágica era perseguido, encarcelado, e incluso muchas veces torturado y puesto en la hoguera.

Pero Degoth tenía ese pequeño gran secreto que solamente dos personas sabían: que él mismo era un manipulador de elementos.

—Los inquisidores pasan mucho tiempo buscando hechiceros, y poco tiempo leyendo a los sabios y eruditos —dijo Degoth.

—¿Pues qué no se supone que son ellos ahora los custodios de las bibliotecas? —dijo el general, exasperado—. Pudimos haber evitado esto, ¿y ahora qué haremos?

—Hay dos guantes, mi general.

—Explícate, dragón, que no estoy de humor.

—Aquí estaba custodiado solamente uno de los guantes de la luz esmeralda. Pero hay un segundo.

—Entonces el hechicero buscará el segundo.

—Lo hará. Por lo tanto, debemos ponernos en marcha, ganarle la carrera.

—¿Y dónde se encuentra?

—En las dunas de Merib-bá.

El alto general soltó una impresionante serie de maldiciones, como si fueran todas una sola palabra. Incluso Dina se sonrojó, aunque estaba acostumbrada a escuchar este lenguaje en la armada.

—Si el guante está allí —dijo el general—, tendremos que ir. Aunque muramos en el intento.

—No parece haber otra opción, general.

—Bien. La unidad de élite que te prometí está ya lista. Son diecisiete hombres. Con ustedes, diecinueve. Conmigo, veinte.

—¿Nos acompañará usted, general? —preguntó Dina, enarcando las cejas.

—Sí. Esto ya es personal. Así que partimos mañana antes de que salga el sol.

———————

Zankar -tek-tet contemplaba las lunas esa noche, mientras Shatacán y otros cinco sacerdotes llevaban a cabo el rito de preparación para sus hombres.

Ese era el precepto de la religión tektita. De acuerdo a la fe, las dunas de Merib-bá eran

profanas porque allí sucedió el «gran sacrilegio»: la diosa Merapte perdió a su hijo, el semidiós Dairón, destrozado por las garras de los monstruos del desierto. Puesto que la sangre de Dairón había sido allí derramada, ningún seguidor de la fe de los Gemelos podía pisar esas dunas excepto bajo el riesgo de excomunión.

Y Zankar era devoto, nunca hereje.

La única manera de hacerlo, de ir a las dunas, era con el rito de limpieza, preparación y protección. De esa manera, los Gemelos no derramarían su ira sobre aquellos que osaban pisar la arena en donde la sangre de la simiente de Merapte había sido derramada.

Shatacán y sus sacerdotes danzaban alrededor de los guerreros levantando plegarias a los dos dioses, y recitando encantamientos de protección. Además de eso, llevaban los guerreros sobre sus cuellos collares con piedras y amuletos que los protegerían de la ira divina.

El ritual, de acuerdo al gran sacerdote, duraría varias horas. Las necesarias. Las que el sacerdote dictara. En todo ese rato, no podían comer, dormir, ni siquiera descansar. Tenían que permanecer de pie todo el tiempo, hasta que se terminara el rito. Solo entonces podrían salir, y lo harían inmediatamente.

El acto final sería derramar la sangre inocente de uno de ellos. Así, Merapte quedaría saciada. De acuerdo al rito, moriría el más joven entre ellos. Zankar miró de soslayo al guerrero que sería sacrificado.

Su sacrificio será acepto. Bendito sean ellos.

9. GABÁ

—QUE QUEDE CLARO, dragón —dijo el general en la madrugada del próximo día, antes de salir—: en este escuadrón hay una jerarquía delineada. A cargo estoy yo. Después, el mayor Gargaj. Luego el comandante Kargenko. Luego estás tú, luego la sargento y el resto de los cabos.

—Gracias por recordarme la organización de nuestro grupo, general —respondió el guerrero dragón, lo que causó una mirada dura del general, quien buscaba discernir si la respuesta había sido irónica.

Dina intentó no sonreír. Se imaginaba que a Degoth no le gustaba nada esta organización. Sin embargo, necesitarían fuerza bruta para cruzar las dunas.

—Escúchenme bien —dijo el general a los hombres. Todos iban a caballo, y eran en total veinte. Se encontraban a las afueras del cuartel militar primero, cerca del castillo—. La meta será llegar a las dunas en diez días. Cabalgaremos a trote, para que los caballos aguanten lo más posible. Nos detendremos en aldeas, y dormiremos en el mejor lugar que encontremos. El mayor Gargaj ha hecho un plan, y buscaremos seguirlo. Estaremos pasando por lugares peligrosos, y es posible que nos enfrentemos a monstruos. Pero todo aquel que está en esta unidad, lo está porque es un soldado de primera. Así que no debería ser problema. Durante la noche recibí información sobre dónde debe estar custodiada la reliquia que buscamos. Así que cuando nos acerquemos a las dunas, recibirán ustedes más información al respecto. ¿Entendido?

—Sí, mi general.

—¿Alguna pregunta?

—Ninguna, mi general.

—Es imprescindible que encontremos esa reliquia. La estabilidad de nuestro reino depende de ello.

Dina observó cuidadosamente a los soldados de la unidad de élite. Eran hombres musculosos de semblante pétreo. A diferencia de los soldados de la armada, ninguno de ellos vestía uniforme, ni siquiera el general. Andaban en manto y túnica, aunque varios con cota de malla bajo el manto, y otros con un peto de cuero duro. Todos llevaban más de un arma con ellos. La espada, por supuesto, pero además lanza, jabalina, ballesta, arco, dagas, navajas…

El mayor Gargaj lucía una barba marrón y una trenza tras el cuello. Tenía una herida bajo el ojo izquierdo, que parecía una quemadura. El comandante Kargenko, de ojos azules y cabello rubio, aunque más joven que el mayor, daba aire de uno que sabe matar.

Sí, eran probablemente de los mejores guerreros que Argoth podía ofrecer. No dudaba que eran el tipo de escuadrón que la Corona usaba para hacer trabajos sucios, esos de los cuales poca gente se enteraba.

—¡En marcha! —rugió el general.

Cabalgaron todo el día sin detenerse. Cada quién comió cuando quiso, sobre el caballo. La primera noche acamparon a las afueras de la aldea de Gauriel, al sureste de Argoth, en dirección de Gabá. La segunda y tercera noche acamparon a la intemperie, siempre con un par de vigías

atentos al ataque de monstruos salvajes. El cuarto día divisaron el majestuoso monte Ralgesh, de faldas azules y picos nevados, un monte lleno de antiguas leyendas, pues de acuerdo a los gabanos, Zoroatán, dios elemental del aire, se manifestaba una vez al año en el templo asentado en la punta de la montaña, y cada año miles de peregrinos subían allí a adorar en la fiesta de la Iluminación; muchos, por cierto, pereciendo en el camino, pues ascender era dificultoso.

De acuerdo a la tradición de la religión elemental, el día 25 del mes primero del año 135 de la nueva era, el sacerdote Koashti recibió la revelación del *Libro del sendero,* con los 2,357 versos que estipulan el pacto de los cuatro dioses elementales con los seres humanos. Desde entonces, cada año en esa fecha se celebra la Iluminación, una fiesta de siete días con ofrendas, danzas, y dedicaciones.

El quinto día por la tarde llegaron a la gran ciudad de Gabá, una de las cuatro ciudades del «círculo». Era hermosa, de murallas altas y grises, fundada a las faldas del monte. Aunque su población no se acercaba a la de la capital del reino, seguía siendo una de las ciudades más importantes de Argoth. De las cuatro ciudades del círculo, era la única situada lejos del río Anubín. Eso le daba cierta desventaja comercial. Sin embargo, el monte de Ralgesh era rico en metales, en especial la plata además de otros minerales y piedras preciosas. Así que los ciudadanos establecieron exitosas rutas comerciantes que llegaban a todos los rincones del reino y todavía más allá, convirtiendo la ciudad en una llena de ricos y poderosos mercaderes.

—Imagino que has estado antes aquí —le dijo Dina a Degoth cuando podían divisar una de las grandes entradas a la ciudad.

—Hace algunos años, sí, haciendo un trabajo para la gobernadora de la ciudad.

—¿La marquesa?

—Ella misma.

—Los rumores dicen que la reina y la marquesa no tienen buena relación.

—Siempre habrá rivalidad entre las ciudades del círculo. En las últimas décadas, sin embargo, Gabá ha aumentado considerablemente sus riquezas, y por lo tanto la Corona ha querido subirles los impuestos, lo que ha causado tensas negociaciones entre las dos ciudades. Además, los gabanos tienen un poderoso ejército. Aunque siempre han sido leales a la reina.

—¿Y qué resultó del trabajo?

—¿El que hice para la marquesa?

—Sí.

—Bastante mal.

—¿Lo dices en serio? —dijo Dina, curiosa.

—Me expulsaron de la ciudad y me ordenaron nunca regresar.

—*¿Qué?*

—A la marquesa no le gustó que yo me negué a hacer… ciertas cosas que ella deseaba.

—Y te expulsaron de la ciudad.

—Me expulsaron, correcto.

—De la ciudad a la que estamos por entrar en una importantísima misión.

—Correcto, de nuevo.

—¿No te parece deberías informar de eso al general?

—No, no lo creo. Esta es una ciudad enorme, y puesto que venimos con el general, no pedirán ningún tipo de información o registro de nosotros. No hay manera de que sepan que yo soy parte de este grupo.

—Eso espero.

—No te preocupes por ello, sargento.

10. NOCHE

MIENTRAS CAÍA EL sol, y las sombras comenzaban a apoderarse de la urbe, el alto general los guió hacia un sector de la ciudad de mala muerte. Esas calles que la mayoría de los gabanos de cierto estatus social evitarían para no arriesgarse a salir de allí sin su bolsa de dinero, o peor, a nunca salir de allí.

Curiosamente, notaba Dina, los que transitaban esos callejones adoquinados parecían evitarlos a ellos, bajando o desviando la mirada, como si fueran ellos los que daban miedo.

Suponía que la razón era sencilla. Aquí estaban veinte personas, evidentemente guerreros y asesinos por su porte, montando poderosos caballos y caminando con confianza y sin ocultar sus armas. Mejor evitar a personas así.

Llegaron a una taberna grande, habiendo dejado a los animales en un establo situado en contraesquina. El general dio orden a dos soldados de ir a cierto lugar cercano para comprar algunas provisiones. Entonces entraron. Dina y Degoth buscaron una mesa apartada, para comer y conversar a gusto.

—El general conoce esta taberna, por lo visto —dijo Dina.

—Estoy seguro que sí. No es una mala elección. Él también debe estar evitando llamar demasiado la atención.

—¿Por qué?

—Seguramente no quiere que la marquesa se entere de la misión que tenemos. ¿Te imaginas? La reliquia que buscamos puede desestabilizar el reino, pero principalmente la ciudad de Argoth. Esa es información que la gobernadora podría aprovechar si quisiera, para bien o para mal.

—Por lo menos el general es leal.

El guerrero dragón hizo una mueca, como de duda.

—¿No lo crees? —preguntó ella.

—Los generales de este reino son siempre leales a ellos mismos antes que nada. Y Gonrel-ka tiene mucho el juego con esta misión. Primeramente, su reputación, que se ha visto afectada. Nunca podrá llegar a ser alto general primero con algo así.

—¿Crees que aspire a ello?

Llegó la comida, traída por una camarera delgada de cabello largo y negro que parecía hastiada de la vida. El plato tenía seis piezas de pollo asado, patatas hervidas y verdura ahumada. Dos tarros de aguardiente para bajarlo todo.

—Por supuesto que aspira a ello —continuó Degoth. Luego bajó un poco la voz—: Nunca te fíes de un general, sargento.

—¿Es verdad que el general tiene linaje real? —comentó ella, en voz también baja.

Degoth asintió:

—Linaje real, pero el equivocado. Esos son los rumores, por lo menos. Que es descendiente de la casa Gernipteret.

Dina arqueó las cejas:

—¿Y sigue vivo?

—Sí, bueno, a la casa Gernipteret le arrancaron el reino hace ¿cuántos años? ¿Mil?

—Unos mil doscientos y fracción, sí.

—Ese linaje real quedó prácticamente deshecho, todos decapitados o con la cabeza en una pica. Por eso digo que son solo rumores, estoy seguro que la reina no cree en ellos, porque de lo contrario no sería un alto general, pienso. Yo mismo investigué al respecto, pero no pude llegar a ninguna resolución. Los registros no son conclusivos.

—Supongo que tienes razón —dijo Dina, masticando.

—Este pollo está bueno —dijo el guerrero dragón.

—Ya hacía falta comida decente.

Degoth asintió. Luego continuó:

—Recuerda, sargento, que aunque somos parte de este escuadrón, debemos siempre cuidarnos las espaldas. Con este tipo de gente… uno nunca sabe. Te meten el cuchillo por los riñones sin pensarlo dos veces.

—Técnicamente no son nuestros enemigos, pero tampoco amigos —afirmó ella.

—Exacto —respondió el dragón mirando de soslayo al grupo de soldados.

El general comía de buena gana, pero sin hablar, sumido en sus pensamientos, flanqueado a ambos lados por el mayor Gargaj y el comandante Kargenko, quienes de la misma manera se devoraban la comida. Bebían, pero con modestia, sabiendo que estaban en misión y por lo tanto embriagarse no era opción.

Se hizo de noche, y cuando los dos soldados regresaron con provisiones en las alforjas, el general dio la orden de salir. No dormirían dentro de la ciudad, sino que acamparían a las afueras. Aparentemente a Gonrel-ka no le gustaba estar dentro de las murallas de Gabá. Tendría sus varias razones para ello.

Ya montados en los caballos, dijo el general:

—Saldremos por la puerta estrecha al sureste. De allí, cabalgaremos cinco leguas hasta llegar al monte del Viajero. Acamparemos a sus faldas.

Poco tiempo después llegaron hasta una puerta de una de las murallas interiores, que debido a la hora ya estaba cerrada. Sin embargo, cinco darís de plata en las manos de un guardia hacían maravillas.

La noche era clara, con la luna mayor y la menor iluminándoles el camino. Siguieron serpenteando por las calles, aproximándose a la salida.

Dina comenzaba a sentir los párpados pesados, así que se mentalizó, sabiendo que todavía les faltaba quizás la mitad de una hora para llegar al lugar donde descansarían, si iban a buen trote.

La comida la revigorizó. Como soldado no estaba acostumbrada a comer bien. Cuando comía en el cuartel, normalmente les servían algún tipo de sopa, carne dura, pan, y un tazón de agua mezclada con apenas un poco de vino.

Un estómago lleno alegra el alma, pensó en el refrán.

Su abuelo, Joneh-duné, siempre se había esforzado por alimentarla bien mientras crecía. De todas maneras, su infancia fue de casi pobreza, comiendo más bien lo básico y elemental, pues con la muerte de sus padres y también de su abuela, Joneh-duné tenía que ganarse los duráms, pero apenas le daba tiempo para nada más. La abuela había sido una excelente cocinera, por lo menos eso decía el abuelo sobre ella.

Una vez al mes intentaban comer un poco de carne en la taberna de Kirnet «tres dedos», quien al ser buen amigo de su abuelo, les reservaba lo que sobraba del día anterior, a veces de la semana anterior, pero a mitad de precio. Un poco de carne y aguardiente para el abuelo, leche de

cabra para la pequeña Dina.

Cuando salía en expediciones como estas, en donde ella sabía que arriesgaba su vida, no podía evitar pensar en los ojos bondadosos de su abuelo, su sonrisa placentera, su espíritu siempre afable. Si Dina llegaba a morir, destrozaría el corazón de Joneh-duné, pues ella era todo lo que él tenía, y vice-versa.

Quizás no debí aceptar esta misión, pensaba Dina en el preciso momento que comenzó la emboscada.

11. RETIRADA

LO QUE SORPRENDIÓ a Degoth de la emboscada fue su perfecta ejecución. No escuchó nada, no vio nada, ni siquiera olió nada. En el pasado el olfato le había ayudado a no caer en manos enemigas, pues un soldado, un matón, un sicario normalmente huele a perro moribundo. Bañarse, con frecuencia, no es una prioridad de la mente del sicario promedio.

Los enemigos salieron de las sombras mientras ellos cabalgaban por una calle ancha, y casi al mismo tiempo volaron flechas, una de ellas zumbando la oreja del alto general e insertándose en el ojo derecho de un soldado detrás de él. Varias encontraron su marca, pues dos soldados más, con un grito, cayeron al suelo.

—¡Alertas! —alcanzó a gritar Gargaj, y comenzó el combate con espadas.

Degoth llevaba un escudo pequeño y redondo atado a la silla de montar, inmediatamente lo tomó con la izquierda y se lo llevó al pecho, y justo a tiempo, porque una flecha rebotó en el acero, flecha que de lo contrario estaría ahora clavada entre sus costillas.

Fue allí cuando vio al comandante del escuadrón enemigo.

Así que era cierto lo que él temía: era un tek-tet. La luz de las lunas fue suficiente para iluminar los tatuajes que llevaba en la cara. Supo que era el líder pues llevaba en su mano derecha una espada que brillaba con luz azulada, y en la izquierda uno de los guantes de sharak-atur.

Maldito sea Shaigón, pensó. *Estamos perdidos.*

El tektita levantó la espada y rugió:

—¡Yo soy Zankar tek-tet! ¡Acepto su sacrificio!

—¡Benditos sean ellos! —gritaron sus guerreros.

Adoradores de los Gemelos. Considerados herejes por la religión elemental. Vaya agallas, atreverse a andar matando soldados del reino en la ciudades más importantes de Argoth. A Degoth, con su ojo bien entrenado, solo le tomó una fracción de segundo entender que estaban delante de enemigos formidables, bien formados en el arte de la guerra. Por lo visto el enemigo tenía desventaja numérica, pero el factor sorpresa era una ventaja táctica la cual los tektitas aprovechaban bien, pues algunos de sus arqueros seguían ocultos, lanzando proyectiles certeros. Puesto que Degoth y compañía no llevaba armadura completa, si no salían de allí, morirían.

El mayor Gargaj, con un ladrido gutural de guerra, se lanzó contra el comandante tek-tet, pues lo tenía cerca.

—¡No! —alcanzó a gritarle Gonrel-ka, pues sabía perfectamente cuál era el final que le esperaba al mayor si intentaban deshacerse del líder.

¿Por qué había atacado Gargaj? ¿Será que no sabía sobre el poder que tenía la reliquia? Nunca pudieron preguntarle.

Aunque Degoth, en esos segundos que tardó el mayor en llegar al tektita, logró mentalizarse de la escena que estaba por visualizar, de todas maneras fue más grotesco de lo que pensó.

El comandante tektita se movió con gracia, como en una danza. Primero, de un tajo

horizontal, cortó las patas frontales del caballo a la altura de la rodilla. El pobre animal se fue de frente, pesadamente, atrapando al que lo montaba. Los gemidos que salieron de la boca del animal eran de pesadilla de infratierra. Degoth sintió que le faltaba el aire.

El mayor Gargaj se esforzó por desmontar, pero era imposible, pues tenía la pierna izquierda prensada entre el costado del animal y el suelo. Aunque lo hubiera hecho, su fin estaba sellado. El comandante enemigo, de nuevo, moviéndose con la gracia de un bailarín, se deslizó hacia el hombre caído y, con un movimiento de la espada, le rebanó la cadera entera, como un cuchillo afilado que parte un plátano en dos. El torso, con los brazos y la cabeza, se deslizaron al suelo. Gargaj aulló de dolor, de pánico, de sorpresa, de terror. Los gritos terminaron cuando otro soldado dio un paso hacia él y le incrustó la punta de la espada en la garganta.

—*Retiraaadaaa* —sonó la voz del alto general.

Esto es un sálvese quien pueda, pensó el guerrero dragón.

—¡Por aquí, Degoth! —escuchó a su derecha. Era Dina, que con la mano le hacía la señal de que lo siguiera. Ella agitó riendas y desapareció por un callejón.

Degoth miró en dirección del jefe tektita, e hicieron contacto visual. No vio en ellos odio. Tampoco rencor. Simplemente decisión. Los ojos de uno que se siente destinado a matar.

Justo en ese momento, una flecha se incrustó en el hombro izquierdo del comandante tektita. Con una mueca más de exasperación que de dolor, Zankar tek-tet cortó el astil de madera, dejando la punta dentro.

Así que no es invencible. Una flecha puede matarlo.

Un soldado lo atacó por el flanco izquierdo, y Degoth apenas tuvo tiempo para defenderse con el escudo. Su espada seguía en la vaina, pues con la izquierda llevaba el escudo y la derecha en las riendas. *Jorgot,* tenía que salir de allí inmediatamente o quedaría atrapado por completo en la emboscada. Si no lo mataban, lo llevarían prisionero. Pero algo le decía que este grupo de mercenarios, o lo que fueran, no era el tipo que le gustaba andar cargando con aquellos que se habían rendido. Mucho más fácil pasar la espada por el cuello, y listo.

—¡Arre! —gritó Degoth latigando las riendas. Era un buen caballo, fuerte y valiente. No se intimidó ante el combate, y más bien cabalgó hacia el frente arrollando de paso a un tektita.

Alcanzó a ver a Dina doblando a la derecha en una calle más adelante, como a dos tiros de piedra. Así que la siguió. Dio un vistazo hacia atrás, pero nadie lo seguía. Los tektitas andaban a pie, no a caballo.

Silbó fuerte para llamar la atención de Dina. Ella se detuvo. Degoth la alcanzó.

—¿Los demás? —preguntó a ella.

—No lo sé. Ninguno me siguió.

—¿Cuántos perdimos?

—Por lo menos cuatro, incluyendo al mayor. Probablemente más.

Podían escuchar todavía a lo lejos los gritos de batalla, que menguaban.

Dina respiraba con fuerza:

—¿Y el general? ¿Mataron al general?

—No lo sé. Cuando salí de allí, él también emprendió retirada resguardado por Kargenko y un cabo.

—Eran unos *shenget* tekitas —maldijo ella.

—Sí. Viste lo que hizo la espada.

—Todavía no lo puedo creer. Contra algo así, ¿qué podemos hacer?

Esa era una conversación para después, consideró Degoth. Por ahora, tenían que salir de allí. Dina leyó su mente:

—Hay que salir de aquí.
—Inmediatamente.
—¿Hacia dónde? ¿Al monte?
—Hacia el punto de encuentro, sí. El monte del Viajero. Allí veremos quién sobrevivió.
—¡Jiá! —exclamó Dina, el caballo obedeció, y se pusieron en marcha.

12. MERIB-BÁ

CABALGARON CUIDÁNDOSE LAS espaldas. Pero nadie los perseguía. En el camino tampoco se encontraron con el resto de su escuadrón, lo cual tenía a Degoth un poco nervioso.

No porque le gustara andar con el alto general y el resto de los soldados, sino por la seguridad que ahora tenía de requerir más gente en esta misión. Si tenían otro encuentro con los tektitas, las posibilidades de ganar eran bajas.

El jefe del escuadrón enemigo, quien se había presentado como Zankar tek-tet, llevaba puesto uno de los guantes. Si se hacía del segundo, no tendrían reliquia que pudiera hacerle frente a la espada. Por lo menos, no una que supieran.

Degoth no había estudiado a profundidad la cultura y religión tek-tet. Pero tampoco era ignorante de ellos. Habían sido perseguidos en el pasado, dejados por muertos, por lo que evidentemente guardaban rencor. A diferencia de los ciudadanos de Argoth, que usualmente se identificaban por su nombre, el nombre de su progenitor (como en su caso: Degoth ek'Degoth), y frecuentemente por la ciudad de su nacimiento, los tektitas llevaban siempre el nombre de su tribu: tek-tet. No era necesario identificarlos también por el nombre de su padre, porque la tradición de los tektitas era que cada hombre o mujer debía llevar un nombre único, uno que nunca hubiera sido usado por los antepasados. Aunque la familia era importante, el clan lo era mucho más.

Como casi todos los reyes de Argoth, Mordeká había sido uno inepto y paranoico. En su tiempo se masacraron a decenas de tribus, sobre todo tribus nómadas que se rehusaban a doblar la rodilla ante la Corona, entre ellos los tektitas. Según algunos registros, el ejército había acabado con todos los tek-tet. Con ellos y también con su religión, pues rechazaban la religión elemental y admitían solamente a los dioses Gemelos, aunque también creían en los cuatro Jinetes de infratierra.

¿Cuál era el plan de Zankar tek-tet? ¿Qué haría después de apoderarse del segundo guante, si lo lograba? Desestabilizar el reino, sin duda. Pero ¿acaso pensaba que tenía suficiente poder como para deshacerse de todo el poderío militar de Argoth? Eso era una locura.

Quizás esa era la respuesta. Era un loco. Un maniático. Un fanático. Ese tipo de hombres eran de los más peligrosos.

Llegaron hasta el monte. Poco tiempo después divisaron a lo lejos siete jinetes acercándose, que reconocieron eran parte de su escuadrón. Después llegaron cuatro más, incluyendo el general y el comandante.

—No creo que venga nadie más, general —dijo Kargenko.

—Tienes razón. Entonces perdimos…

—A siete.

—Siete. Maldición.

—Incluyendo a Gargaj.

—Por todos los espíritus de la infratierra, ¿qué pensaba Gargaj? —espetó el general—.

Maldita sea, y malditos sean esos *shenget* tektitas, que Orgoth-ün se los lleve y los sepulte en lo más profundo de la tierra.

—¿Acamparemos aquí, general? —preguntó uno de los soldados.

—No, tenemos que continuar. Estoy seguro que si acampamos, no amaneceremos. Nos cortarán el cuello por la noche. Tendremos que continuar sin dormir, y hasta la noche de mañana descansaremos. Encontraremos algún buen lugar, bien resguardado, en algún lugar alto. Será un descanso rápido. Pero aquí no. Nos encontrarán aquí.

—Ya escucharon al general —dijo Kargenko, que ahora era el segundo al mando—. ¿Tenemos algún herido?

Tres soldados se identificaron con la mano. Uno de ellos llevaba una herida superficial en la mejilla, y los otros dos más profundas —en el muslo y en el brazo—, pero que fueron rápidamente vendadas.

—Si no tenemos contratiempos, debemos llegar a las dunas en un par de días —dijo el general—. Como ya se percataron, tenemos un enemigo fuerte. La espada que lleva el tektita hijo de Shaigón es una poderosa reliquia. No es invencible, pues aunque el guante que lleva es indestructible, el resto de su armadura no lo es. En las dunas encontraremos la única reliquia que puede vencer a la espada: el segundo guante esmeralda. Estamos en una carrera contra el reloj. Tenemos que llegar antes que ellos. La paz del reino depende de ello. ¿Queda todo claro?

—Todo claro, general —asintieron los soldados.

—Pues vamos. Y que los dioses nos acompañen.

———————

Cuando llegaron a las dunas, se detuvieron bajo unas palmeras. Delante de ellos no se veía ya nada de flora y fauna, era como si esas palmeras fueran una especie de anuncio que, a partir de allí, el terreno cambiaba.

El alto general segundo sacó un mapa y lo inspeccionaron él, Kargenko, Degoth y Dina.

—De acuerdo a mis fuentes —dijo Gonrel-ka—, la reliquia está resguardada aquí —apuntó.

—¿Que hay allí? —preguntó Degoth.

—Un templo. El «templo del sacrilegio».

—Vaya nombre —dijo Dina.

—No se llama así. El nombre es impronunciable. Pero así le dicen. El templo está… resguardada por un coloso.

—¿Lo dice en serio, general? —dijo Dina.

—Esa es la información que tengo. El Gran Inquisidor pidió mover la reliquia bajo un alto nivel de secreto. Ni siquiera la reina lo sabía. Se envió un arzoinquisidor, tres inquisidores y un séquito de treinta soldados de élite. Sin embargo, ninguno regresó.

—¿Murieron todos? —dijo Kargenko llevándose los dedos a la sien.

—Probablemente sí. No lo sabemos. Simplemente, nunca regresaron.

—¿Y si alguno de ellos se quedó con la reliquia? ¿La robó? —aventuró Dina.

—Le hice la misma pregunta al Gran Inquisidor. Pero fue muy insistente en que eso era imposible. El arzoinquisidor encargado de la misión era de su plena confianza. Uno de los mejores.

—Pudieron haber perecido en las dunas —dijo Degoth—. Y si es así, será prácticamente imposible encontrar la reliquia.

—Esa es una posibilidad —respondió el general apretando la quijada—. Pero la otra es que

lograron llegar hasta el templo del coloso. Pero no pudieron salir de allí.

—¿A quién se le ocurrió la fenomenal idea de esconder la reliquia en el templo de un coloso? —dijo Degoth negando con la cabeza.

—Al Gran Inquisidor. Quería que estuviera muy bien resguardada.

—Maldición.

Los colosos eran criaturas míticas. Monstruos de tamaños enormes. Los humanos debatían si en realidad existían. Varios escribas de la antigüedad registraban su existencia, pero desde hace siglos que nadie avistaba uno. Degoth tampoco había visto uno, pero creía en su existencia puesto que varios guerreros dragón de antaño decían haber luchado contra ellos, y Degoth le creía a los registros.

—¿Tenemos alguna información sobre el tipo de coloso que es? —preguntó Dina—. Sería bueno prepararnos.

—El Gran Inquisidor dijo que era un cíclope.

—Dioses —dijo Kargenko—. Que Zoroatán nos libre. Debimos haber traído inquisidores, general. Ellos tienen poderes. Vamos a necesitarlos.

—No, no quiero a ningún Iluminado entre nosotros. Ellos nos metieron en este aprieto, no son ellos los que nos sacarán. Debiste ver la reacción del Gran Inquisidor cuando supo que no estarían involucrados en una misión como está. La cara le iba a explotar —dijo sonriendo.

Así que el alto general segundo tampoco tenía en gran estima a la Cofradía de la Luz. Degoth solo podía imaginarse la confrontación que el alto general debió tener con el Gran Inquisidor. Los Iluminados siempre querían encargarse de todo, y normalmente consideraban a la armada como un estorbo en cuestiones de magia. Imaginaba que todo, al final, se resumió a la decisión de la reina. Aunque ella favorecía típicamente a los Iluminados, en esta ocasión no fue así. ¿Por qué? Quién sabe. Pero estaba seguro que eso causaría un conflicto de poderes e influencias dentro del círculo íntimo de los consejeros de la reina, entre los cuales figuraban los altos generales, al igual que el Gran Inquisidor y algunos arzoinquisidores.

Degoth contempló la arena, que se perdía en el horizonte, y se preguntó si saldría de Meribá con vida.

13. TEMPLO

EL MAPA —QUE por cierto era uno bastante detallado de las dunas, lo cual sorprendió a Degoth— marcaba algunos pueblos esparcidos a lo largo y ancho de Merib-bá, además de pozos de agua y pequeños oasis. No sabían si los pueblos estaban habitados o abandonados, porque la mayoría de los habitantes de la zona eran nómadas, quienes por lo general vivían en o cerca de formaciones rocosas.

Había más certeza sobre los pueblos en las orillas. Es decir, los que no estaban adentrados en el desierto. Uno de ellos se llamaba Rancok, el cual podían divisar en el horizonte. Se dirigieron allí.

Era un pueblo pequeño pero extrañamente pintoresco, con las casas de adobe pequeñas y algunos árboles por aquí y por allá, lo que significaba que tenían agua disponible.

Compraron provisiones, en especial agua potable. Encontraron un mercader vestido con ropas finas que estuvo dispuesto a cambiar los caballos por camellos, aunque les cobró una diferencia extra que evidentemente no era justa. Pero el general no quería perder el tiempo, así que puso los darís en la mano del hombre envuelto en un turbante marrón y túnica púrpura, y se dispusieron a salir. El comerciante no les preguntó adónde se dirigían. Quizás no le importaba, posiblemente no quería saber.

El plan era andar en caravana hacia el sureste y llegar a una formación rocosa grande en donde podrían acampar. Lo importante era llegar al atardecer, y no de noche.

No, no querían andar por la arena de noche, a la merced de los monstruos y las serpientes de arena.

Ese primer día no hubo novedad. Anduvieron en fila, primero Kargenko, luego dos soldados, seguido por el general, dos soldados más, después Dina, Degoth, y el resto de los hombres. Eran trece.

El calor incrementó, pero cuando el sol comenzó a ocultarse, sintieron la temperatura descender rápidamente. Llegar al lugar del campamento era imprescindible, pues las noches serían heladas.

Fue el comandante Kargenko quien divisó el lugar peñascoso al que iban. Las piedras eran rojizas, porosas y de diferentes alturas, algunas hasta de unos dieciséis codos. Se adentraron en ellas, como en un laberinto. Finalmente se decidieron por una abertura circular, con las piedras a su alrededor. Inspeccionaron bien la zona, porque no querían sorpresas. Luego se designaron los vigías y los horarios. Hecho eso, cenaron, sin encender fuego pues temían atraer a las criaturas del desierto.

—Este lugar ha sido abandonado por los dioses —dijo Dina mientras masticaba carne seca.

—Me pregunto si los tektitas se adentrarán en Merib-bá —dijo Degoth.

—¿Por qué lo dices?

—Por la tradición religiosa que tienen. Es en este desierto donde sucedió el gran sacrilegio.

—Ah, sí, recuerdo oír sobre eso de algún cuentahistorias. ¿No significa eso Merib-bá?

—Sí: «gran sacrilegio», literalmente.

—A uno de los dioses paganos… le mataron aquí a su hijo. Algo así.

—A Merapte. La gemela.

—Y por eso evitan este lugar.

—Así es. Pero algo me dice que vendrán. Un presentimiento. Una premonición.

—¿Tú crees en esas cosas?

—He visto de todo. Hay cosas que no se pueden explicar. Y los tektitas… me pregunto si vienen pisándonos los talones.

—Quiero pensar que los habríamos visto. Pero ya nos sorprendieron una vez. Pudieran hacerlo de nuevo.

—Es lo que me temo.

_____

Pasaron cuatro días. Cuatro días miserables, con un calor del inframundo en el que se sentía Degoth asaltado por una sed casi insoportable. Estaban racionando tanto el agua como la comida, pues no lograban encontrar el templo que, según los mapas, debía estar cerca.

El problema es que no había puntos de referencia. La arena y las dunas se extendían hasta el horizonte, sin ningún montículo de piedra, ruinas, o alguna otra cosa que pudiera servirles de guía.

Un dolor de cabeza lo asediaba, y no lograba quitárselo. Le dolían los labios, ya partidos. La lengua la sentía seca, y la piel dura. Igualmente le ardían los ojos por el brillante sol, aunque llevaba la cabeza y la mitad de la cara cubierta con un turbante.

Miró a la sargento, quien andaba sobre su camello a unos veinte pasos por detrás de él. Notaba sus ojos cansados, y se encorvaba hacia adelante, fatigada. Quería preguntarle si se encontraba bien, pero prefería no usar las fuerzas para ello.

Además del odre que colgaba de la montadura, todavía le quedaba una cantimplora llena de agua, escondida en su alforja. Sentía un terrible deseo de acabarse el precioso líquido de un solo sorbo, pero no cometería ese error.

No dejaba de sentir algo de temor al pensar en lo que sucedería si fueran atacados por criaturas del desierto. No tendrían la fuerza suficiente para defenderse bien. Pero hasta ahora, el viaje había sido sin novedad con respecto a eso. Ayer le había parecido ver un movimiento extraño en la arena, y casi esperaba que emergiera una de esas míticas serpientes de enormes colmillos que se desplazaban por la superficie de la arena para salir solo con el propósito de enroscarse alrededor de su víctima y después tragársela viva, muriendo dentro del reptil por ahogamiento.

Por fortuna, hasta los monstruos del desierto parecían andar perezosos esos días.

El alto general se le emparejó.

—Estoy comenzando a temer que lo que dijiste es cierto —dijo Gonrel-ka.

—¿Qué dije? —le respondió, sin ganas de conversar.

—Que la reliquia está enterrada en algún lugar de estas arenas. Que nunca llegaron al templo. Que sucumbieron en el camino. Pero el templo tiene que estar por aquí. Tiene que estarlo, maldición.

—¿Qué pasa si no lo encontramos?

—No quiero todavía considerar esa posibilidad.

—Perecer en esta tierra desolada tampoco debería figurar en nuestros planes.

—No moriremos. No aquí.

—¡General! —vociferó uno de los soldados—. ¡Allí!

Apuntaba hacia levante.

Y entonces vieron el templo. Como si de repente se hubiera materializado. No veían nada, y luego ahí estaba. Aunque no muy grande, era imponente. Una pirámide café con la punta destrozada, y otras ruinas alrededor.

El grupo de soldados revivió al vislumbrar el derrumbado santuario, quizás a media milla de distancia.

Degoth miró a Dina, esperando ver en sus ojos alivio, satisfacción, incluso un poco de alegría.

En lugar de ello vio terror.

La sargento tenía sus ojos puestos en algún lugar detrás de él.

Degoth se giró justo a tiempo para ver una enorme serpiente que sobresalía unos seis codos[6] de la tierra, con unos ojos negros que brillaban y lo miraban, enseñando la víbora los largos y amenazantes colmillos que, con una rapidez vertiginosa, se lanzaron hacia él.

14. ENTRADA

DEGOTH, COMO NORMALMENTE hacía en situaciones como esa, actuó por instinto.

Esa era muchas veces la diferencia entre un espadachín que vivía y otro que moría. Ese sexto sentido, si podía así llamársele.

Se lanzó a la derecha, desmontando, cayendo pesadamente en la arena sobre su hombro. La serpiente intentó clavar los dientes en el camello, pero por fortuna para el animal, los dientes se quedaron trabados en la sólida montura y, cuando la víbora intentó atacar de nuevo, el camello había logrado huir despavorido.

Al ponerse de pie y sacar a relucir la espada, con el corazón retumbándole en las orejas, Degoth analizó la situación a su alrededor. No era una sola víbora que atacaba, sino varias. Seis que podía ver, y no quería ni siquiera pensar si algunas más venían en camino o estaban apunto de asomar la cabeza.

Una de ellas ya había clavado los dientes en el pecho de un soldado que, con un grito agudo, intentó escabullirse, pero en vano; la serpiente, con un movimiento rápido de la cabeza, lo soltó por un instante para morderlo de nuevo, esta vez engulléndolo a medias, con la cintura de fuera y los pies pataleando. El reptil echó la cabeza hacia atrás y terminó de comerse al desdichado.

Degoth maldijo. *Tengo que salir de aquí.*

Dina cabalgaba ya a toda velocidad en dirección del templo, chicoteando las riendas con fuerza. De hecho, todos emprendían la huida, excepto aquellos que estaban convirtiéndose en comida de víbora, como ratones sin escapatoria.

Kargenko había caído del camello y tenía lanza en mano. Frente a él una enorme serpiente le enseñaba la lengua bífida. Por un breve instante Degoth pensó que la serpiente miraba divertida a su presa.

—¡Ven aquí, *shenget* hija de los inframundos, ven si tanto…!

No terminó su diatriba, pues a su alrededor emergió de la arena la cola del reptil, que se enroscó en sus piernas, cintura y pecho.

Degoth corrió mientras escuchaba el grito aterrador del comandante, grito que instantes después se cortó por el silencio.

Avanzar en la arena le resultaba sumamente dificultoso, especialmente cuando esperaba en cualquier momento ver la oscuridad del interior de la boca de uno de los monstruos.

Un soldado corría casi a la par de él, jadeando fuertemente. Apenas lo miró de reojo cuando una serpiente alcanzó al soldado por un pie, quien gritó un «Noooo» antes de ser arrastrado y luego devorado.

El templo, la pirámide, tenía una entrada grande a nivel de suelo, gracias sean dadas a los dioses, pues de lo contrario, si la entrada hubiera estado más arriba, probablemente todos perecerían.

Dina, quien llegó al pórtico y se apeó, ahora le gritaba a Degoth que corriera más rápido, haciéndole con las manos la señal de darse prisa, como si esto fuera una carrera y lo único que se

necesitaba era llegar a la meta antes que sus contrincantes. El embrollo en el que estaba metido era más complicado, porque mientras que en una carrera el que llegaba tarde simplemente no recibía medallón, en esta carrera los últimos no llegaban jamás.

Elevó una plegaria automática al Creador. Sus oídos dejaron de escuchar lo que sucedía en torno a él, excepto el rítmico tamborilear de su propio corazón que hacía eco en su cabeza.

Percibió una sombra, miró hacia atrás a tiempo para ver el ataque de uno de los reptiles, que a esa distancia le parecía una cabeza no grande sino gigantesca. Se tiró a la izquierda, rodando por el suelo dos veces, se puso de pie, esperando la muerte, pero el animal retrocedió cuando dos flechas, una lanzada por Dina y otra por un soldado, encontraron su marca dentro de la garganta del animal, que siseó enojada.

Logró entrar Degoth al templo, pero no se detuvo allí, sino que siguió avanzando junto a la sargento. Esperaba que las serpientes los siguieran, pero por la razón que fuera, no lo hicieron, se quedaron del otro lado, en la arena, terminando de devorar sus víctimas.

—Dioses —dijo Dina, resollando.

—Eso estuvo… cerca —dijo Degoth.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, solo… —se tocó el hombro derecho e hizo una mueca—, caí fuerte. —Movió el hombro en círculo—. Duele, pero estaré bien.

Un soldado encendió antorcha, pues estaban en penumbra.

—¿Cuántos somos? —preguntó el alto general.

Todos se miraron entre sí.

—Parece que quedamos siete, general —dijo Degoth—. Y dos camellos.

El general maldijo. Luego:

—¿Kargenko?

Degoth negó con la cabeza.

—*¡Maldita sea!* —gritó el general. Se quedó pensativo, sudando profusamente, no solamente por el calor, sino también por la realización del desastre que estaba resultando ser esta misión. Veinte habían iniciado, siete quedaban. Veinte guerreros de lo mejor que tenía el reino. ¿Y si se llegaban a enfrentar con los tektitas, cómo sobrevivirían?

Degoth inspeccionó con la mirada el lugar. El salón se perdía en la oscuridad hacia adelante. Imposible saber lo que les esperaba. ¿Un coloso? ¿Varios? ¿Monstruos? ¿Trampas?

—¿Qué tenemos en las alforjas? —preguntó Degoth caminando hacia los camellos. Notó que uno de ellos era el suyo. Había logrado sobrevivir. El resto estaban o siendo devorados, o perdidos en las dunas.

Con la ayuda de la sargento Dina y otro soldado, de nombre Jarjal, sacaron las cosas y las pusieron en el suelo. Dos antorchas. Dos lámparas de aceite pequeñas. Un arco y una ballesta corta. Dos odres de agua, ambos a la mitad. Una cantimplora de latón, llena. Un poco de carne seca, una bolsa pequeña de frutos secos, otra bolsa pequeña de nueces. Tres piezas de pan. Un martillo. Dos cuchillos largos y tres cortos. Un mapa de las dunas. Dos recipientes con aceite para lámpara. Dos pedernales. Una soga larga. Quince clavos. Doce flechas, y diez dardos de ballesta.

Además de eso, lo que cada quien traía encima. En el caso de Degoth, su espada, además de varios cuchillos cortos, entre otras cosas en su cinto.

No era mucho. Lo que más le preocupaba era la comida. Tendrían que encontrar alguna fuente de alimento pronto, pues con lo que tenían no daría para más de dos o tres días, y eso racionándolo. La otra preocupación era el aceite. Si se les agotaba, quedarían atrapados en la

oscuridad del templo. Esperaba fuera un templo pequeño, y no un laberinto de pasadizos.

—¿Cuáles son las órdenes, general? —preguntó Degoth.

El general se sacudió un escalofrío, saliendo de algún sueño despierto.

—Encontrar la reliquia y salir de aquí. Preferentemente con vida.

15. CADÁVERES

VAMOS A MORIR aquí, pensó Dina.

Sentía cansancio, hambre, y sed. Mucha sed.

Cuánto tiempo llevaban caminando hacia el interior de la pirámide, en descenso paulatino… no lo sabía con certeza. Degoth, siempre precavido, llevaba consigo y un reloj de arena de media hora. La última vez que le preguntó, llevaban ya diez horas caminando. ¡Diez horas! Avanzaban a pie, pues no tenía sentido continuar con los cabellos, los cuales se habían quedado cerca de la entrada.

El túnel era ancho y descendía en caracol, en pendiente leve. Solo usaban una antorcha, la cual llevaba Degoth, quien iba al frente. Con Gargaj y Kargenko muertos, el guerrero dragón era ahora el segundo al mando.

Por fortuna no se habían encontrado con ningún obstáculo. Pero lo mismo había sucedido con su viaje por el desierto. Y al final, todo se fue al inframundo. Si tuviera que apostar, diría que algo similar les sucedería.

Bendita eres, Merne de los mares, mi bienestar entrego a tus pies, rezó.

Degoth se detuvo.

—Probablemente sea buena idea descansar un poco, general. Dormir, también. Aquí es tan buen lugar como cualquier otro.

—Me parece bien, dragón. Comeremos algo y dormiremos.

Se dieron las instrucciones. Si encargaron los vigías y los turnos. Dejaron una lámpara encendida, para no quedar en completa oscuridad.

Dina durmió, un sueño intranquilo y atribulado. Despertó cuando escuchó a Degoth decirle:

—Ya es hora Dina. Es hora de continuar.

—¿Ya? ¿Cuánto tiempo… cuánto tiempo dormí?

—Han pasado cuatro horas.

—¿Pero y mi turno de vigilar?

—Lo tomé yo. Necesitas descansar.

—¿Cuánto dormiste?

—Lo suficiente.

—¿Cuánto? Degoth, también necesitas dormir tú.

—Dormí lo suficiente. Vamos.

La sargento se puso de pie. Le dolía todo el cuerpo. Había dormido en el suelo, pues su catre se quedó en la alforja de su cabello, el cual estaba desaparecido, probablemente siendo digerido en el interior de una de esas serpientes de la infratierra.

A su alrededor, todos tenían semblante de fatiga. Incluso Degoth llevaba ojeras, y se percibía su rostro enjuto.

—Andaremos un día más —dijo el general—. Si no encontramos lo que vinimos a buscar, nos regresaremos. No tiene caso perder la vida en esta tumba.

Varios asintieron con la cabeza.

—Seguiremos racionando la comida —continuó Gonrel-ka.

—Ya casi no tenemos agua —informó Degoth.

—Seremos sumamente estrictos con ella. No tenemos otra opción.

—De acuerdo —respondió el guerrero dragón—. Me encargaré de ello.

—Bien. Sigamos, pues.

Continuaron por el túnel otras tres horas. Notaron, entonces, que el pasaje subterráneo comenzaba a ensancharse. Eso solo podía ser una buena señal.

Efectivamente, una media hora después, llegaron a una gran galería. Era una inmensa cueva, de la cual ascendían y descendían estalactitas y estalagmitas.

—Por todos los dioses —dijo Dina apuntando—. Eso parece un río.

—¡Un río! ¡Es un río! —dijo uno de los soldados, avanzando.

No era ancho ni profundo. Apenas un riachuelo. Pero suficiente para satisfacer la sed y rellenar las cantimploras. Dina tenía ganas de lanzarse al agua para refrescarse, pero se contuvo. Se lavó la cara, el cuello, las manos. Sintió que revivía.

Degoth satisfizo su sed e inmediatamente comenzó explorar alrededor, dejándolos medio a oscuras, pues todavía llevaban encendida una antorcha solamente.

—Acá hay algo —dijo Degoth, su voz haciendo ligero eco.

—¿Qué encontraste, guerrero? —preguntó el general.

—Huesos. Hay huesos humanos.

Se acercaron y, efectivamente, en el suelo, esparcidos por aquí y por allá, huesos. Muchos.

—Parece que hemos encontrado a los enviados de los Iluminados —dijo Degoth.

—Por eso nunca regresaron. Se quedaron aquí.

—Pero ¿cómo murieron? —dijo uno de los soldados, Jarjal.

—Fueron atacados —respondió Degoth—. Mira aquí y allá. Parece qué fueron triturados, o partidos en dos.

—El coloso —dijo el general—. Se encontraron con el coloso.

—Maldición —dijo Dina—. Si está por aquí, nuestra suerte será la misma que estos.

—Me parece que no —dijo Degoth, quien, inquieto, había de nuevo avanzado unos veinte pasos más.

—¿Por qué lo dices? —preguntó la sargento.

—Porque aquí está el coloso. O lo que queda de él.

La sargento y los demás se acercaron.

—Dioses de los jardines —dijo Dina—. No lo puedo creer.

El cadáver del monstruo debía medir 30 codos de altura.[7] Ya sin piel, solo se veían sus huesos y ropaje. Estaba sentado en un recoveco de gran tamaño tallado en la piedra, como una silla, o más bien, una especie de trono. Tenía el cráneo monocular inclinado a la izquierda, en un ángulo innatural. Su vestidura era una túnica vieja que le cubría de los muslos al pecho, llena de costuras y parches.

Degoth alumbró más de cerca:

—Esa túnica está hecha de pieles. No dudo que de piel humana, también. Mataba a sus víctimas, las despellejaba, e incorporaba la piel a su atuendo.

El general maldijo. Luego agregó:

—¿Y la reliquia? ¿No se ve por ningún lado?

—¿Será posible que llegamos demasiado tarde? —se preguntó Degoth.

—Imposible, imposible —respondió el general, negando con la cabeza.

—A menos que… —Degoth le dio la antorcha a Dina con la instrucción que le alumbrara mientras él subía por la piedra, escalando a la derecha del cadaver.

—Enciendan más luz —ordenó Gonrel-ka—. Encendieron otra antorcha y las dos lámparas.

—El monstruo tiene algo en su vientre. Creo que puedo sacarlo.

—Lo que sea que haya allí adentro —se escuchó una voz a sus espaldas—, lo puedes dejar dónde está.

Dina sintió que la sangre se le heló. Reconocía esa voz. Odiaba esa voz. No quería jamás escucharla de nuevo.

Al darse la vuelta, lo vio.

Zankar-tet-tet y los suyos, con espadas en mano.

16. ESCAPAR

EL TEKTITA VENÍA acompañado de otros cinco.

En su mano izquierda llevaba uno de los guantes, y en la derecha la espada que brillaba.

Uno de los tektitas, alto y musculoso, apuntaba con un arco a Degoth.

—Desciende de allí, guerrero, si no quieres que una flecha de Bardak atraviese tu corazón.

Degoth se quedó inmóvil.

—Me parece que las dunas han sido un obstáculo para ti, también —le respondió Degoth.

—Así es, guerrero dragón. Tres de mis hombres fueron martirizados en el desierto por las bestias salvajes. Pero a ustedes… decir que les fue mal es poca cosa.

—Ha sido un viaje difícil, debo reconocer. Pero hemos llegado hasta aquí.

—Estoy disfrutando de nuestra conversación, dragón. Pero si no desciendes en este preciso momento, puedes esperar una lluvia de flechas.

Degoth pesó sus opciones. Había algo dentro del cadáver del enorme monstruo. Ese algo bien podría ser la reliquia. El coloso, antes de morir, podría haber engullido el guante, como un último intento de seguir protegiendo el objeto. La pregunta es si sería capaz de extraer el guante de las entrañas del monstruo antes de que una flecha le perforara el cuerpo.

Maldijo en su mente. Después de una breve pausa, comenzó a descender. Pronto estaba de nuevo en el suelo con el resto de su grupo.

Dina lo miraba sobresaltada, y él asintió, como diciéndole: *Tranquila.*

Pero Dina no parecía tranquila. Respiraba con fuerza, y un sudor le bajaba por la frente. Degoth tomó la antorcha de su mano.

—He decidido honrar su esfuerzo —dijo Zankar tek-tet—. Llegar hasta aquí es toda una hazaña. Me han dejado impresionados. Para ser argotitas, son resilientes. Hemos ido detrás de ustedes por tiempo ya, a una distancia segura. Decidimos que era mejor idea dejarlos liderar el paso. Así sabríamos qué esperar. Por eso les perdonaré la vida, en agradecimiento.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de dejar las armas y hacerse a un lado. Es todo.

—¿Es todo? —dijo el general, con una nota de sarcasmo en su voz—. ¿Solo eso pides de nosotros, tektita?

Zankar tek-tet no dijo nada. Estudiaba al general.

—No soy hombre mentiroso. Si quieren pelear contra mí, está bien. Pueden disfrutar de sus últimos momentos de vida. Pero les aseguro que sus cuerpos quedarán tendidos sin esfuerzo de mi parte. Así que dejen sus armas y apártense, pues el tiempo de gracia es corto, y terminará pronto.

—¿Qué sucederá después? —preguntó Degoth.

—¿Después de qué? ¿De salir de aquí?

—Así es.

—Marcharemos hacia Argoth, con todo el ejercito tektet. Pondremos la cabeza de la reina en

un pico, al igual que la de todos los principados. Doblegaremos a la ciudad, y después, al reino entero.

—¿Verdaderamente crees que eso sucederá? —dijo Gonrel-ka—. ¿Que la ciudad más poderosa del mundo caerá así de simple, que te aceptarán como su rey sin tener linaje real, sin ser argotita, solamente porque tienes una espada mágica? Estás poseído por un espíritu.

—Todo aquel que se rehuse a doblar la rodilla ante nosotros y ante los dioses verdaderos, caerán a filo de espada.

—Será una guerra perpetua. Argoth nunca te seguirá. Es una locura.

—Hazte a un lado y tira tus armas al suelo, argotita. Entonces contemplarás la caída de tu reino.

—Sobre mi cadáver —respondió el general.

—Así sea. Acepto su sacrificio.

Como sucedía a menudo en las batallas, el principio del combate comenzó rápido, con explosión repentina.

La flecha que había estado destinada para Degoth cambió de objetivo. El tektita musculoso apuntó al alto general segundo y soltó la flecha, la cual cruzó el espacio entre ellos en un pestañear. Gonrel-ka apenas tuvo tiempo de llevar su mano a la empuñadura cuando el dardo se clavó en él. Con un gruñido, cayó al suelo, de lado, con el rostro en el suelo.

El sonido metálico del desenvainar de espadas hizo eco en la caverna.

—Intenten huir, salven sus vidas —dijo Degoth a sus hombres, y comenzó a correr.

—¿Pero qué…? —alcanzó escuchar a Dina musitar. Pronto entendería ella lo que él estaba haciendo. Quería atraer a Zankar el tiempo suficiente para darles la oportunidad de salir de allí. De lo contrario, indudablemente morirían todos. Pelear en contra de la espada sagrada era fútil.

Solo esperaba que el jefe de los tektitas viniera tras él, y no tras Dina. Miró por encima de su hombro y lo comprobó. El tektita corría en su dirección.

—Puedes huir pero no escapar —vociferó Zankar.

Degoth siguió corriendo hasta llegar a un lugar amplio, sin rocas. Necesitaba un lugar así, puesto que si se veía entre la roca y la espada, era hombre muerto.

Entonces se giró no para enfrentar su enemigo, sino para ver sus movimientos. Lanzó la antorcha al suelo, la cual siguió ardiendo y proveyéndoles luz.

Zankar tek-tet se detuvo a unos pasos.

—Debiste tomar mi oferta de gracia. Ahora para ti solo hay juicio. Tira tu arma al suelo y rinde tu cuello, pues tu acero no te servirá de nada.

—Nunca entenderé la obsesión con el poder —le dijo—. ¿De qué te servirá tener el reino? ¿Para qué estar en perpetua guerra?

—Si entiendes la venganza, entenderás porqué. Yo no soy el que masacró a mi pueblo. Yo no soy el que impuso la infidelidad como religión. Yo tan solo soy un instrumento de ellos, benditos sean.

Zankar, sin decir más, atacó.

Cuando Dina vio al jefe tektita andar tras Degoth, comprendió que el guerrero dragón les daba un pequeño margen de tiempo, suficiente para abrirse paso y salir de allí.

Los cuatro soldados que estaban con ella lo entendieron también, pues al mismo tiempo, como coordinados, gritaron y se lanzaron en contra de los tektitas, que eran cinco.

Una pelea pareja.

Lo mejor de Argoth contra lo mejor de la tribu tektet.

Los tektitas tenían solo un arco, mientras que ellos un arco y una ballesta en mano. Los respectivos arqueros se pararon y apuntaron. Las flechas volaron, y por la bendita gracia de los dioses, increíblemente, las dos flechas de Argoth encontraron su marca, una entre los ojos del enorme tektita que llevaba el arco, y la segunda en el vientre de otro tatuado.

Dina escuchó zumbar por su oreja la flecha que se perdió en la oscuridad detrás de ella.

Así, en cuestión de unos pocos segundos, tenían ellos ahora la ventaja numérica.

Comenzó el combate. Le tomó un par de estocadas saber que tenía frente a ella un espadachín formidable. Fuerte y bien entrenado. Se defendió de un ataque vigoroso e impresionantemente veloz. Ella contraatacó con dos golpes de arriba abajo, haciendo una equis, y al descuidarse el otro, le dio una patada en el vientre, haciéndolo retroceder, pero solo un poco.

A su izquierda, uno de los argotitas gritó cuando recibió una cortada en el pecho, para después recibir una tajada fuerte en el rostro. Cayó muerto.

Pero todavía conservaban la ventaja numérica. Dos soldados peleaban contra un tektita a espaldas de Dina, a su derecha se libraba otro combate uno contra uno, y ella contra el último.

Degoth va a morir, pensó. *Va a morir solo, abandonado. Dioses, tengo que ayudarlo.*

17. GIROS

DEGOTH DANZABA.

Era la mejor manera de describir lo que hacía.

Se deslizaba hacia atrás, a un lado, a otro, se agachaba, luego rodaba por el suelo, corría, saltaba.

Zankar el tektita se veía frustrado. Esto debía ser fácil. Él era más fuerte y tenía la espada sagrada. No había nada en el guerrero dragón que pudiera detenerlo. Lo único que tenía el dragón de ventaja era la velocidad, y Degoth lo sabía bien. Era más rápido.

De pequeño le encantaba jugar al «atrapado». El juego era sencillo, y había sido jugado por centenares de años. Uno de los niños era el monstruo, y cuando tocaba a otro con la mano, ese se convertía en el monstruo, quien debía ahora corretear a sus amigos. Así que el pequeño Degoth corría por las calles de la aldea, esquivando la mano del «monstruo». Era el más veloz de todos, y casi nunca lograban atraparlo. La clave estaba en aprender a burlar al contrincante, hacer fintas, giros repentinos, saltos largos, deslices a los lados…

Así se sentía Degoth en ese momento. Excepto que en lugar de convertirse en monstruo, se convertiría en cadáver si la espada lo tocaba.

No tenía pensado «jugar» hasta cansarse por completo. Solo lo suficiente para que Dina escapara.

Podía intentar pelear contra su enemigo usando la magia, ese gran secreto que guardaba. Pero no quería jugar todavía esa carta. En el momento en que lo hiciera, perdería el factor sorpresa. Tenía que ser paciente y aguardar el momento preciso. Además, al usar magia, perdería energía interna rápidamente.

Zankar se detuvo. Agarró la hoja de su espada con el guante, para no cortar su palma. Sudaba abundantemente.

Degoth le sonrió.

—Para matarme tienes que alcanzarme, tektita.

—¿Y qué? ¿Bailaremos hasta que uno se canse?

—Uno de nosotros ya está cansado.

—Nah, dragón. Esto lo puedo hacer el día entero. Al final, estás a un pequeño error de perder un miembro del cuerpo.

Zankar atacó.

Maldi…, pensó Degoth en ese medio segundo que le tomó al tektita abalanzarse sobre él. No era tiempo suficiente para esquivar la estocada. De todas maneras saltó hacia atrás y metió el vientre, pero la punta de la espada sagrada se deslizó justo debajo de su pecho.

Saltó de nuevo, pero una vez más la punta lo alcanzó en el muslo de la pierna derecha.

Todo sucedió demasiado rápido. No le dio tiempo para reaccionar, ni siquiera para enlazarse con el aire y montar un ataque mágico.

Al principio no sintió dolor, solo la sangre caliente que le descendía por el cuerpo.

Zankar soltó una risa lenta, gutural.

—¿Y ahora, pequeño ratón? ¿Cómo escaparás?

La pierna derecha se le estaba durmiendo. No quería reaccionar. Cojeaba. Por el Creador, las heridas eran profundas.

—Te lo dije, guerrero. Debiste haber aceptado la misericordia que te extendí.

Algo se movía detrás de Zankar. Una sombra se aproximaba silenciosamente a las espaldas del tektita. Buscaba tomarlo por sorpresa.

Pero Zankar escuchó, o lo intuyó.

Se dio la vuelta y levantó la espada.

—¡Dina, no! —gritó Degoth.

La espada descendió…

… pero fue detenida.

Era el alto general Gonrel-ka, con el guante de sharak-atur en su mano, con el cual había tomado la hoja de la espada, los cinco dedos alrededor de ella.

Degoth solo pudo imaginar el semblante de Zankar cuando Gonrel-ka le enterró un puñal en el corazón.

—Muérete, y perezcan tus dioses contigo —dijo el general.

Zankar tek-tet cayó sobre su sentadera. Observó la herida en su pecho antes de que el general le clavara la daga en el ojo derecho.

———————

Dina, esquivando los golpes, no dejaba de pensar en su compañero Degoth. Si no lo auxiliaban, perdería la vida, si es que no había eso sucedido ya. Si se lograban deshacer de los tektitas, ¿podría ella huir de ese lugar sabiendo que dejaba al guerrero dragón detrás, a su suerte? Esa había sido la última voluntad —por así decirlo— de Degoth. Brindarles la oportunidad de escapar. Si ella regresaba para ayudarle, quizás enfurecería al guerrero dragón por desperdiciar su regalo de vida.

No puedo abandonarlo. No puedo abandonarlo. ¡No puedo! ¡Dame fuerza, Merne, te lo imploro!

Ese pensamiento, y posiblemente la fuerza sobrenatural de Merne, la invadió, la llenó por completo. Sintió circular por su cuerpo una infusión de energía, como si recibiera un nuevo aliento de vida. Era dueña absoluta de su cuerpo. Vio al hombre frente a él, notando nítidamente todos los detalles de su cuerpo. Las gotas individuales que bajaban por su frente, nariz, mejillas, cuello. El pulsar de sus venas en la piel de su cara, su cuello, brazos. El dilatar de sus pupilas. La textura de sus ropajes verde oscuro.

Se sentía completamente dueña de sí misma. Atacó, se defendió de una estocada, para luego contratacar en la garganta de su contrincante, que quedó brevemente al descubierto. Suficiente tiempo para que el filo de la hoja de Dina entrara hasta el hueso y le extinguiera la vida.

Fue a auxiliar al soldado a su derecha y, juntos, derrotaron al tatuado.

Solo quedaba un tektita. Lo mataron, atravesándole el riñón, el vientre, el pecho, pues no pudo defenderse de cuatro espadas.

—Degoth está allá —dijo Dina apuntando hacia la oscuridad—. Ayudémosle.

—Sargento… debemos salir de aquí.

—No podemos dejarlo.

—Lo siento, sargento.

Los tres soldados emprendieron la retirada.

—¡Cobardes! —les gritó antes de que desaparecieran y la dejaran a oscuras— ¡Malditos sean de los dioses!

Debo buscar a Degoth.

Allá, a lo lejos, se veía luz.

———————

Se hizo el silencio.

El alto general parecía sorprendido de ver el cadáver frente a él.

—Consiguió el guante —dijo Degoth.

—Estaba donde dijiste, guerrero. En las tripas del coloso. Aproveché que me creían muerto para ir por él. Nadie me vio.

Gonrel-ka sangraba de su hombro izquierdo, donde la flecha lo hirió. Había arrancado el astil y la pluma, dejando el resto dentro de su hombro, deteniendo así un poco el desangre.

Degoth se dirigió hacia una roca pequeña y se sentó en ella. Estaba perdiendo sangre. Sacó de un bolsillo algo de ungüento y un par de vendas. Inmediatamente comenzó a aplicar la unción.

—Es interesante cómo hasta los más poderosos caen —dijo Gonrel-ka mientras le quitaba el guante al cuerpo inerte del tektita—. Todos los años de entrenamiento, las incontables horas de práctica. Las memorias, los sueños, los deseos de grandeza. Todo se acabó en un momento de descuido. Apenas unos pocos minutos atrás estaba riéndose de nosotros. Ahora tiene una mueca extraña en el semblante, sin vida.

—Siempre sucede así —le respondió sin prestar demasiada atención, pues los oídos le zumbaban—. Hasta los más poderosos caen.

—Estoy seguro nunca pensó que se acabaría todo aquí. Probablemente había recibido profecías que le proclamaban grandeza. Y ahora míralo. En un charco de sangre. Vaya anticlímax.

—El orgullo del poder. No tiene límites.

—Probablemente nunca pensó que sus deseos se cumplirían, solamente no de la manera que él deseaba.

Degoth levantó la vista. El alto general segundo tenía puestos los dos guantes, y empuñaba la espada sagrada de la luz de Merapte, admirándola.

—¿A qué te refieres, general?

Gonrel-ka lo miró, y Degoth vio, en los ojos del general, lo que se temía. Ese brillo extraño. El semblante de uno que ha tramado algo por años y finalmente lo logra.

—El momento ha llegado para que la verdadera sangre real regrese al trono de Argoth.

Por los dioses.

—Escúchame, Gonrel. Si regresas con las tres reliquias, la reina te hará alto general primero. Recibirás todos los honores que has soñado. Serás reverenciado y temido. ¡Tendrás todo lo que quieras!

—Quiero el trono, guerrero. ¿Me dará la reina el trono?

—¡El trono no es tuyo! ¡Juraste defenderlo!

—Exacto. El trono le fue arrebatado a mi familia, a mi casa. Me pertenece por voluntad de los dioses. Soy legítimo heredero.

Degoth se puso de pie.

—¿Te estás escuchando? —dijo—. Es exactamente lo mismo que quería él —apuntó el

cadáver—. Tú mismo se lo dijiste, le dijiste que estaba loco, que nunca lo aceptarían como rey solamente por empuñar una espada mágica.

—Eso no fue lo que dije, hijo de Degoth. Dije que nunca lo aceptarían como su rey *sin tener linaje real.* Pero no es así conmigo. Yo soy un Gerniperet. Yo seré quien prepare el camino a la gran revelación.

—¿Y quién te va a creer? La casa Gerniperet desapareció hace años.

—No desapareció, hijo de Degoth. Hay registros guardados en lo oculto. Los registros darán testimonio. Los registros son sagrados. Los Iluminados y sacerdotes tendrán que reconocer la realidad de mi derecho al trono, y estoy seguro que lo harán cuando tenga en un plato la cabeza de Malbeth.

—¿Desde cuándo haz planeado esto?

—Desde que me percaté del poder de estas reliquias —dijo levantando las manos en alto—. Desde que supe que quien lleve esto en su cuerpo, es invencible.

—¿Invencible? *¿Invencible?*

—Siempre y cuando no cometa un estúpido error.

—Estás a buen tiempo, general, para arrepentirte. Nunca diré nada sobre esto. Será nuestro secreto.

El alto general se rio y negó con su cabeza.

—Es mi derecho, Degoth.

—Es alta traición —dijo una voz. Era Dina. Incrédula. Llevaba su espada en la mano, pero con la punta hacia abajo.

—¿Así que escuchaste mi pequeño monólogo, sargento?

—Es alta traición —repitió ella con voz trémula.

—La verdadera traición es no doblar la rodilla ante su legítimo rey —respondió Gonrel-ka.

18. BRUJO

EL UNGÜENTO QUE aplicó sobre sus heridas era la receta especial del alquimista Rafel. Era un aceite casi milagroso.

Casi.

Degoth todavía no recuperaba la movilidad de su pierna derecha, y el dolor en sus heridas era intenso. Su pierna estaba vendada ya, y terminaba de aplicar el vendaje sobre su pecho, pero lo hacía apresuradamente.

—Hemos hecho un juramento —dijo Dina, inmóvil, estupefacta —de defender a la reina y el reino de todos sus enemigos. Un juramento que usted mismo hizo, general.

—El juramento es a la corona legítima, sargento.

—Está torciendo la ley para justificar su traición.

El alto general segundo sonrió con tristeza.

—Pensé —dijo— que ustedes serían más razonables. Pero me equivocaba. Así que les extenderé la misma misericordia, la misma cortesía, que nos extendió ese pagano —apuntó con la cabeza al tektita—. Pueden hacerse a un lado, o unirse a mí. Ustedes son poderosos espadachines. Serán los primeros generales de mi ejército.

Dina negaba con la cabeza, aún sin creer lo que oía.

—¿Qué dicen?

—Nos haremos a un lado —dijo Degoth.

—¿Cómo? —dijo Dina, frunciendo el ceño.

—Nos haremos a un lado.

Para Degoth la cuestión era pragmática. Dejarían que huyera el alto general, pero no demasiado lejos. Mientras tanto, tendrían tiempo de recuperarse, atender sus heridas, ganar fuerza. Luego cazarían al general hasta que, como Zankar, cometiera un error. Y entonces lo matarían.

—Perfecto —dijo Gonrel-ka—. Lánzenme sus armas, entonces.

—Las pondremos en el suelo —dijo Degoth haciendo como si fuera a soltar su espada.

El general aventó una carcajada.

—¿Crees que soy estúpido? Denme sus armas y vivirán.

Dina, desafiante, se puso en posición de guardia, con ambas manos en la empuñadura.

—Parece que la sargento no está de acuerdo con tu plan, guerrero —dijo Gonrel-ka.

—Dina, por favor. No hay otra opción. No podemos…

—Degoth, ¿qué no ves? Míralo a los ojos. En el momento en que rindamos nuestras armas, nos cortará en dos. Somos un obstáculo. Él sabe perfectamente bien que si nos deja vivos, lo perseguiremos. No es tonto.

Malditos sean los Jinetes, pensó Degoth. Gonrel-ka tenía los dos guantes y la espada. No había otro objeto conocido que pudiera detener el filo de la espada sagrada. Él estaba herido, y aunque podía librar un combate, no estaba seguro de tener la capacidad para evitar ser alcanzado

por el acero mágico. Dina era una espadachina extraordinaria, pero ¿lo suficiente como para derrotar al alto general?

Por el Creador. Vamos a morir. Solo tengo una opción. Solo una…

—Basta de esto —dijo con exasperación el general, y se arrojó contra Dina, quien tenía más cerca.

Por práctica, o por inercia, la sargento levantó su espada para detener el ataque. Pero la espada mágica atravesó el acero y rebanó en dos la espada de la sargento. Alcanzó a agacharse para evitar ser decapitada, dio un par de saltos en diagonal, pero no lograba hacer espacio entre ella y su atacante, que daba espadazos en arco peligrosamente cerca de ella, gritando de furia.

Comenzó a correr, Gonrel-ka detrás de ella.

Degoth vio cómo acabaría todo. Aunque Dina era más rápida, el general daba grandes zancadas y, al tenerla cerca, levantó el arma para darle el golpe final.

Degoth extendió las manos, se enlazó al aire justo frente al general, torció las manos como girando una esfera imaginaria, y se formó un torbellino de aire y tierra que levantó a Gonrel-ka apenas unas pulgadas sobre el suelo, lo suficiente para que perdiera el paso y cayera de rodillas.

Rápidamente se puso de pie, desconcertado.

—¿Pero qué…?

Degoth estaba lejos, y mientras más distancia, menos capacidad de enlazar el viento lejano a él. De todas maneras, empujó hacia adelante y lanzó una bocanada de aire que le dio justo en la espalda, haciéndolo trastabillar.

Gonrel-ka lo encaró.

—¿Qué demonios es esto? —le gritó el general a Degoth con ojos desorbitados—. ¿Tú… eres…?

El guerrero dragón, que estaba poco a poco recuperando el movimiento en su pierna, comenzó a caminar —si bien lentamente— hacia su enemigo mientras giraba los brazos, formando un torbellino frente a él, un torbellino que se fue haciendo más grande y, cuando alcanzó varios codos de altura, lo lanzó hacia el general.

Gonrel-ka por poco logra hacerse a un lado, pero la fuerza del aire lo succionó y lo levantó, dando dos giros en el aire. Cayó pesadamente en el suelo, aunque sin soltar la espada.

Degoth atacó con su espada, pero Gonrel-ka detuvo el golpe con el guante izquierdo. Degoth saltó (haciendo una mueca de dolor) para evitar perder las piernas de un tajo.

El alto general arremetió contra él, y Degoth, mientras corría, sintiendo un calambre de dolor en su pierna derecha cada que apoyaba en ella, se enlazó con el fuego de la antorcha ardiendo, dio un salto con la pierna izquierda y, en el aire, se dio la vuelta y extendió la mano como lanzando una piedra. Una esfera de fuego salió de la antorcha como un cometa y se estrelló en el antebrazo del general que, de no haberse cubierto, habría recibido el golpe en el rostro.

—¡Brujo! —gritó el general—. ¡Hereje!

En ese momento Degoth se encontró con la mirada de Dina. Tenía los ojos abiertos, al igual que la boca. Estaba petrificada ante lo que había visto.

Su secreto ya no lo era. Ya no eran dos personas además de Degoth que sabían qué él era un mago. En ese momento, el número se acababa de duplicar a cuatro: su padre; el maestro Slepten; el alto general; y… Dina.

Ese secreto tan bien guardado, el cual le había ocultado a la sargento… ya no más. Ahora también sabía ella, ya no había marcha atrás.

Pero si eso les salvaba la vida, valía la pena.

—Estás lleno de sorpresas, Degoth ek’Degoth. ¡Un hechicero! De todas las sorpresas del día

de hoy, esta no me la esperaba en lo absoluto. ¡Mira la cara de la sargento! ¿Tampoco ella sabía? —Y rugió de risa—. Sargento, ¿qué harás ahora? ¿Pelear en contra de tu general y futuro rey, o contra el hechicero? Sabes perfectamente bien que la magia está prohibida en todo el reino.

Gonrel-ka chascó la lengua.

—Eres doblemente traidor, tisdita —dijo—. Traicionas al reino siendo un brujo, y traicionas a tu propia especie al perseguirlos.

—Puedes hablar todo lo que quieras, Gonrel. Al final, todo se resume a un punto muy sencillo: solamente mato a los que merecen morir.

—Sigo siendo tu general, soldado. Te referirás a mí como tal.

—¿De qué sirve cómo te llame, Gonrel, si en breve tu cuerpo comenzará su proceso de putrefacción?

Degoth estaba listo para la embestida. Antes de que el general pudiera llegar a él, le lanzó un par de esferas de fuego, pero logró esquivarlas. Enlazó aire y levantó polvo, luego lo empujó a la cara de Gonrel-ka, quien se detuvo e hizo una mueca.

Sacó el guerrero dragón una navaja de su cinto y la arrojó. El filo le desgarró la mejilla izquierda pero no se quedó incrustada. Gonrel-ka gritó de dolor.

Degoth comenzaba a sentir que su energía interna disminuía. Se sentía agitado, respirando fuerte, el corazón acelerado. La pierna estaba mejor, pero el cansancio lo invadía.

Tengo que practicar más la magia, pensó. *¡No puede ser que me canse tan rápido!*

Con un grito, Dina se acercó por la espalda de su enemigo y le clavó una daga entre los omoplatos. Con otro grito, el general dio un codazo hacia atrás que encontró la nariz de la sargento. Su cabeza hizo látigo y cayó de espaldas. La espada sagrada descendió pero ella logró levantar las piernas rápidamente y con el impulso de sus manos se lanzó hacia atrás cayendo de nuevo sobre sus pies, justo a tiempo para evitar un par de estocadas diagonales.

Degoth hizo torbellino. Gonrel-ka salió proyectado y se revolcó en el suelo al caer. Perdió la espada pero la recuperó antes de que ellos pudieran matarlo o quitársela. Se puso de pie, cansado, y montó ofensiva sobre Degoth. Golpes fuertes pero sin puntería.

Dina, con la sangre bajándole por la nariz hasta la barbilla, de nuevo atacó por la espalda con una patada voladora que dio justo en el pomo de la daga que seguía clavada en Gonrel-ka.

El alto general vociferó un terrible juramento al arquear su espalda, con los brazos extendidos. La sargento aprovechó para hacerle una llave sobre el brazo derecho, el que llevaba la espada, inmovilizándolo.

Gonrel-ka plantó bien ambos pies, preparándose para usar su cuerpo para derribar a la sargento sobre su hombro, pero no logró hacerlo con suficiente rapidez pues, como un relámpago, Degoth deslizó la punta de su espada sobre la garganta del alto general segundo.

Con los ojos saliéndose de sus cuencas, Gonrel-ka se llevó la mano izquierda a la herida, de la cual borbotaba sangre, procuró decir algo, pero lo único que salió de su boca fue un sonido gutural de uno que se ahogaba con su sangre.

La espada sagrada cayó al suelo.

Degoth se acercó a Gonrel-ka.

—Se necesita más que una espada mágica para deshacerse de nosotros, hijo de Shaigón.

Dina lo soltó, y el guerrero dragón le enterró la espada en el corazón.

Gonrel-ka, alto general segundo del reino de Argoth, cayó al suelo, muerto.

19. PRIVILEGIO

DÍAS DESPUÉS…

Allí estaban los dos, Degoth y Dina, arrodillados frente a la reina.

—Pueden ponerse de pie —dijo ella.

Obedecieron.

—Tienen mi permiso para mirarme a los ojos.

Con trepidación, lo hicieron.

—Así que el tektita hereje está muerto —dijo la reina.

—Ha muerto, mi reina —dijo Degoth—, junto con toda su tropa de soldados.

—Sin embargo, la tribu tektita sigue viva.

—Así es, su majestad.

—¿Y cuál es tu consejo al respecto? ¿Debo perseguirlos hasta matar a todos y cada uno de ellos, como intentó hacerlo mi padre?

—Si me permite, mi reina… mi consejo sería enviarles un tratado de paz. Puede ser que no escuchen, y que el resultado sea una guerra. Por el otro lado… podrían aceptar la tregua.

—Pero lo que han hecho es un insulto, venir a mi ciudad y matar a mis hombres, robar mis reliquias. Mi pueblo podría percibirme como débil.

—Podría darles un ultimátum. Poner las condiciones. De lo contrario, sentirán el abrumador poder de su alteza y el filo de su espada.

La reina se quedó pensativa, pero sin desviar la mirada. Fue Degoth quien miró al suelo, pues los ojos de la reina eran intensos.

—Consultaré con mi consejo personal, dragón, pero creo que has dado un buen consejo.

—Sirvo al placer de su majestad —respondió, haciendo reverencia.

—Cuando saliste de Argoth, te acompañaban diecinueve. Lo mejor que hay en el reino. Incluyendo a mi alto general segundo. Sin embargo, regresas solamente tú y la sargento aquí presente.

—Las dunas de Merib-bá, reina mía, son terribles. Los monstruos, despiadados. Al final, tuvimos un enfrentamiento con los tektitas, y solo Dina y yo salimos vivos.

—¿Y mi alto general?

—Murió, alteza, valientemente, defendiendo a su majestad.

—¿Es eso verdad, sargento?

Dina titubeó apenas un instante. Sin embargo, ya lo habían acordado. Lo mejor para el reino era eso. De lo contrario, habría inestabilidad. Los Iluminados podrían aprovechar la traición del alto general segundo para afianzarse en el poder y apoderarse de la confianza de la reina.

—Es verdad, su majestad.

—Bien —respondió ella—. Le haremos una ceremonia de honor. Su nombre será recordado como un soldado fiel. Con respecto a ustedes: es recompensa suficiente saber que me han

servido. Con eso deberían de darse por satisfechos.

—Lo estamos, alteza —dijo Degoth.

—Es un privilegio servir al reino, alteza —dijo Dina.

—Sin embargo, he decidido mostrarles la gratitud del reino por haber salido triunfantes y regresar las reliquias, incluyendo la espada mágica, la cual será custodiada en un lugar que quedará en el olvido para siempre. Cada uno de ustedes recibirá diez mil darís de plata y cinco lingotes de oro, para que hagan con ellos lo que bien les parezca.

Degoth arqueó las cejas. A Dina se le abrió la boca.

—Pueden retirarse.

———————

Al salir del castillo, permanecieron en silencio unos momentos. Todo el camino de regreso, que por cierto había sido extrañamente pacífico, no hablaron de lo sucedido en las entrañas de Merib-bá.

Degoth le extendió la mano a la sargento, quien la estrechó, con una sonrisa triste, como de alguien que se despide.

—Lo he pensado bien, Degoth. He decidido guardar tu secreto.

—No estás obligada a ello.

—*Por los mares, por los dioses, por Merne que me ve, hago juramento hoy. Que mi vida se pierda en inframundo si no cumplo con mi voto* —dijo ella—. Ahí está. He jurado. Ahora estoy obligada a ello.

—Y yo te lo agradezco, Dina ek'Ordeh —dijo asintiendo con la cabeza en señal de saludo.

—Un mago, ¿eh? Nunca me lo hubiera imaginado. Pero ahora que lo he estado pensando… ¿has usado tu magia delante de mí?

—He sido cuidadoso. Es un secreto, ya te imaginarás, que he guardado por todos estos años. Pero debo admitir que en las aventuras que hemos tenido juntos, aunque no han sido muchas, logramos salir de algunas de ellas con vida gracias mis, eh, habilidades.

—Ya veo —respondió.

—Te lo has tomado bastante bien. Estoy sorprendido.

Dina se encogió de hombros.

—Son los Iluminados —dijo ella— los que nos intentan convencer del peligro de los hechiceros. Pero he tenido la sospecha desde hace ya mucho tiempo que es simplemente su manera de consolidarse en el poder.

—Lo es.

—Pero entonces… ¿por qué los persigues?

—No persigo a los magos —dijo Degoth—. Persigo a los magos que usan sus poderes para traer muerte y sufrimiento.

—Tiene sentido —respondió Dina. Puso su mano izquierda en su cadera y miró hacia el cielo, pensativa. Luego dijo—: No sé si volveremos a vernos, Degoth. Creo que gastaré un poco de la fortuna que nos dieron. Mi abuelo siempre ha querido viajar por el Gran Mar. Es tiempo de hacerlo, de hacer ese viaje.

—Estoy seguro que será una aventura formidable, sobre todo en compañía de un hombre como Joneh-duné. Elevaré una plegaria al Creador por ustedes.

—Gracias, Degoth. ¿Y tú? ¿Tú qué harás?

—Hay algo que debo investigar. Algo que mencionó Gonrel-ka, y que me tiene intrigado,

pues lo he oído de varias bocas: «la gran revelación se acerca».

—No puedes estar quieto, ¿eh? ¿Disfrutar del dinero?

—No. Estoy seguro que el maestro Slepten le dará muy buen uso a esos darís. Siempre dice que quiere arreglar los dormitorios del claustro. Y estoy de acuerdo. Parecen un calabozo.

Sonrieron.

—Quizás me quede con un lingote, para comprar libros —agregó él.

Dina se rió.

—Pues me despido —dijo ella—. Si los dioses lo quieren, nuestros caminos se encontrarán de nuevo.

—Quieran los dioses que así sea, quiera el Creador cumplir tu deseo.

Fin

IV. LA VENGANZA DEL DRAGÓN

Libro IV

1. REBELDES

UNA FLECHA, UNA flecha solitaria asciende, surcando el aire, su pluma aleteando levemente mientras corta el viento, produciendo un agudo y suave sonido, como el de un niño aprendiendo a silbar. Como fondo tiene un cielo ensombrecido por las nubes grises que amenazan con dejar caer lluvia.

Cuando la flecha hace arco y comienza a descender, se revela que no vuela sola —como primero se habría pensado—, sino que es la primera de un centenar de flechas que ahora descienden con velocidad hacia un pastizal, un campo llano donde corren miles de personas. Deben ser unas siete mil, que avanzan gritando.

La flecha, esa primera, sigue descendiendo, acercándose al suelo. No son simplemente personas las que corren; son soldados, pues llevan en mano algún tipo de arma: la mayoría una lanza de madera o acero, otros llevan garrote, algunos más empuñan espada. Están relativamente bien armados, con cota de malla y un yelmo sencillo que les protege la mollera y cuello. Es la infantería que, vociferando, se abalanza hacia el ejército enemigo. Detrás de ellos viene la caballería con soldados mejor armados, quienes sobre el pecho, encima de la cota, llevan una sobrevesta de cuero pintada de azul, los colores de Argoth.

La flecha desciende, sin que haya nada la detenga, hasta que finalmente llega hasta su destino preparado por los dioses, y se incrusta en el pecho de un soldado, cuyos anillos metálicos de la cota no fueron suficientes para detener el proyectil. El hombre, que segundos antes gritaba un juramento, cambia su grito por uno de terror, su cuerpo reaccionando al dolor y, posiblemente, a la realización de que ha terminado su participación en la batalla antes de que esta comience.

Los que tienen escudo hacen una pausa y lo levantan. Las flechas caen, algunas de ellas hallando marca, otras clavándose en el suelo.

Un joven soldado que se resguarda debajo de su escudo mira al hombre ahora muerto —que había venido corriendo tres pasos delante de él—, después dirige su mirada hacia otro soldado que junto a él, y le dice:

—¡Cerca la flecha, amigo Degoth! ¡Por poco y me mata!

—¡Sigamos adelante, Adert, que la batalla apenas comienza! —le responde Degoth.

Los dos soldados avanzan. Los ejércitos se encuentran, produciendo ese sonido del chocar de las armas y escudos entre sí.

Degoth busca un enemigo y lo encuentra en un hombre que lleva una casaca roja, delatándolo como parte del ejército contrario. Es un hombre fornido, de barba roja, evidentemente de mayor edad que él.

Aunque Degoth está en plena juventud, ha sido entrenado desde muy pequeño en la Orden del Dragón, llamada también el Camino del Dragón Rojo, y comúnmente conocidos simplemente como guerreros dragón. Su entrenamiento ha incluido dominar el arte de las armas y el combate cuerpo a cuerpo. Por eso, la espada que Degoth lleva en su diestra es como parte de su cuerpo. Aunque un parche negro adorna su semblante, tiene perfecta visión en su ojo derecho, y ha

aprendido a combatir incluso a pesar de la falta de su ojo izquierdo, la cual sufrió desde pequeño.

Su contrincante grita:

—Muere, argotita, púdrete en el infra…

No alcanzó a terminar su imprecación, pues al levantar la espada con ambas manos dejó vulnerable su vientre, de tamaño considerable, por cierto. Aprovechando esa falta, Degoth, el guerrero dragón, lanzó un ataque hacia el frente, y la punta de su espada entró por encima del ombligo del hombre. Sacó el acero antes de que el otro hiciera descender el suyo, pero cuando lo hizo, Degoth ya se había deslizado hacia la izquierda con un salto, y entonces atacó el cuello del barbaroja. No lo degolló, pero casi. La sangre emanó a borbotones, el hombre soltó la espada y cayó de rodillas, con las manos al cuello.

De soslayo percibió un ataque por la izquierda, y justo a tiempo, pues efectivamente dos soldados enemigos, ambos con lanza, estaban a unos cuantos pasos de él.

—Estoy contigo, Degoth —escuchó la voz de su amigo detrás de él.

Adert ek'Undeth, zimirita, quien es también un guerrero dragón, además de su compañero y mejor amigo desde hace varios años, es posiblemente mejor espadachín que él. Parece inofensivo, con su cabello rubio, cara lampiña y ojos intensamente azules, que por su complexión delgada pero musculosa y nariz puntiaguda podría en otras circunstancias confundirse por algún popular actor de teatro, de esos que siempre tenían los papeles principales y hacían suspirar a las mujeres.

En contraste, Degoth tiene tez morena, como tostada por el sol. Es delgado, fuerte, de cabello negro y ojo café, con una barba del mismo color que lleva bien recortada.

Juntos atacaron a los de las lanzas, que eran buenos guerreros, pero no tanto como los dos dragones, que con la destreza de unos acostumbrados a la pelea terminaron deshaciéndose de ellos con relativa facilidad.

—¡Cuidado! —gritó Degoth apuntando—. ¡Monstruos!

Se acercaban unos diez humanoides: algunos con rasgos de lobos, otros de algún animal felino, un par de ellos parecían osos. Pero andaban sobre dos patas y blandían armas, tanto espadas, lanzas o garrotes. No eran, técnicamente, monstruos, como los gorgots, que eran loboides: animales con rasgos semihumanos. No, estos eran alquimistas transmutadores; es decir, hechiceros que tenían el poder de transformarse en seres con características animales. Por lo tanto, tenían la inteligencia de un ser humano y la fuerza de un animal.

El ejército de Argoth, bajo el estandarte de la casa Arluz, con el rey Mordeká como supremo comandante, se enfrentaba en el valle de Dulniarén a un ejército atípico. Era una milicia rebelde de unos cinco mil hombres liderados por un poderoso hechicero llamado Mergante ek'Koleth. Esta milicia estaba compuesta no solamente por humanos que apoyaban al hechicero, sino también por todo tipo de magos, tanto manipuladores de los elementos como alquimistas y agoreros. Mergante había logrado reunirlos secretamente durante años más allá del mar, hasta que finalmente cruzó al reino de Argoth y comenzó su intento por derrocar la Corona. Comenzaron al suroeste del reino, aterrorizando y conquistando aldeas y pequeñas ciudades. Después de eso tomaron por sorpresa Zimireth y mataron a su gobernadora. De allí avanzaron hacia Argoth, en donde el rey había mandado una avanzada de siete mil hombres para intentar derrotarlos de una vez.

Esa era la batalla que se libraba ahora.

Degoth fue atacado por un hombre-oso que debía sacarle un codo[8] de altura. El transmutador llevaba puesta una coraza y una malla metálica le cubría los muslos. Con las dos manos blandía un enorme garrote de madera del cual sobresalían clavos.

La bestia rugió, enseñando sus filosos dientes, y atacó.

2. HERESIARCA

DEGOTH ESQUIVÓ UN par de golpes para luego montar un ataque triple. Sin embargo, la espada hizo *clanc* en la coraza del oso, sin hacerle daño alguno.

Maldición, pensó Degoth al evitar que el garrote le destrozara la cabeza cuando el oso lo giró hacia él. A unos cuantos pasos Adert luchaba contra un hombre pantera, y batallaba también. Necesitarían ayuda, pronto.

En ese momento consideró usar sus poderes de manipulación. Sí, ese era el gran secreto de Degoth, un secreto que podía costarle la vida, pues la práctica de la magia y la hechicería estaba estrictamente prohibida en el reino de Argoth desde el año 2975. Los únicos que tenían permiso de usar poderes mágicos eran los paladines de la Cofradía del Resplandor, cuyos inquisidores buscaban despiadadamente por todo el reino a los practicantes de la magia para mandarlos al calabozo y, en muchos casos, a la hoguera.

Solamente dos personas sabían que Degoth era un manipulador de elementos, y tenía pensado que el número se quedara igual. Ni siquiera Adert lo sabía. Solo su padre y el maestro Slepten.

Quizás podía manipular el aire de manera que nadie se diera cuenta, sobre todo ningún miembro de la Cofradía, los llamados «iluminados». Porque aunque estaban en medio de una batalla, seguro que si algún iluminado se enteraba de que él era un mago, al final de la batalla sería llevado ante la inquisición bajo cargo de herejía.

Necesitamos ayuda, elevó una oración al Patriarca Creador.

El Patriarca debió escuchar su plegaria mental. Llegó la caballería de los iluminados, con sus escudos rojos y su estandarte del mismo color, que enseñaba un sol dorado con un ojo en el centro.

Uno de ellos, un arzoinquisidor vistiendo armadura completa de acero, empuñaba además de una espada en su diestra un cetro blanco en la izquierda. Apuntó el bastón hacia el hombre oso y de la punta del bastón emanó un rayo azul. El oso rugió de dolor, su cuerpo temblando ante la descarga de energía. Degoth aprovechó para acercarse a su enemigo y, antes de clavarle la hoja de su espada por la garganta, pudo oler la carne y el pelo quemado de su contrincante.

—Avancen, avancen hacia el enemigo —gritó el arzoinquisidor, descargando relámpagos de luz y dando estocadas con su espada. A su alrededor, la caballería gritó en afirmación.

Degoth fue en ayuda de su amigo, pero Adert acababa de terminar de matar al pantera con la ayuda mágica de un iluminado.

—¿Estás bien? —le preguntó al ver que su amigo sangraba del brazo siniestro, justo por debajo del codo.

—Estoy bien. Ese maldito hijo de Mutur me arañó.

—Está lleno de hechiceros. Es un ejército de hechiceros.

—Pues mandémoslos a todos al inframundo.

La batalla arreció. Aunque al principio le pareció a Degoth que todos los enemigos eran

magos, la realidad es que pronto comenzó a darse cuenta que no era así. Simplemente, Mergante había mandado a muchos hechiceros al frente, quizás para desalentar a los soldados de Argoth. ¿De cuántos magos constaba la milicia enemiga? No podía saberlo.

Pero los seguidores de Mergante ek'Koleth se habían topado con dos poderosos enemigos en el ejército de Argoth: por un lado, los iluminados, cuya caballería era de unos dos mil, y aunque no todos eran practicantes de la magia, muchos de ellos sí. Y por el otro, los guerreros dragón, que eran unos quinientos, todos entrenados en el arte de la guerra.

Degoth y Adert se refugiaron detrás de una peña. Necesitaban recuperar el aliento, pues llevaban casi dos horas en combate. El campo de batalla estaba dividido en tres, con el grueso de la escaramuza en medio. Se escuchaban los alaridos de los que morían y los que eran heridos. Por aquí y por allá se veían relámpagos, bolas de fuego, torbellinos de aire y polvaderas que se levantaban, todo producto de los poderes mágicos que se enfrentaban entre sí. Sin embargo, la gran mayoría de los soldados, incluso los que eran hechiceros, ya no usaban magia, pues cada poder les quitaba energía interna, y muchos estaban ya completamente agotados.

A simple vista, parecía que el ejército de Argoth prevalecía, aunque los rebeldes no se retiraban.

—Esto terminará hoy —dijo Adert—. Será un combate a muerte.

—Es mejor así, capturar al hechicero de una vez.

Cuando Degoth dijo eso, en ese preciso instante, vio a Mergante. Lo reconoció porque el sinvergüenza portaba una corona de oro. Iba vestido completamente de negro, incluso su armadura era de ese color. Andaba a pie, pues había perdido su caballo en la batalla, e iba rodeado de una guardia de cinco soldados, incluyendo a su lugarteniente. No llevaba el yelmo puesto y a la distancia notó su semblante: era un hombre de tez negra, con cabello gris y barba de igual color que le descendía hasta cubrir el cuello. Era un hombre alto, con brazos musculosos, y gritaba furioso mientras degollaba a un soldado.

El lugarteniente de Mergante era un hechicero llamado Zoldán. Vestía de negro al igual que su amo, aunque llevaba puesta una cota de malla dorada. Era un hombre moreno, fuerte, y tenía fama de ser absolutamente despiadado. Se les acercó una escuadrilla de iluminados, uno de ellos a caballo y cuatro a pie, y entablaron combate. El iluminado cayó de su caballo cuando Mergante le lanzó un torbellino de aire.

Debía ser un hechicero muy poderoso, pues a estas alturas muchos de los magos estaban ya completamente agotados y sin poder usar magia.

—¡Vamos! —gritó Adert, corriendo a auxiliar a los soldados argotitas. Degoth lo siguió, sus muslos ardiendo de dolor.

Antes de llegar hasta el líder rebelde murieron los cinco iluminados y cuatro de los soldados rebeldes que custodiaban a Mergante; todos menos Zoldán.

Degoth fue atacado por el lugarteniente, y esperaba que Adert lo ayudara. Pero en lugar de eso, su amigo se abalanzó en contra de Mergante.

—¡Espera, Adert, ataquémoslo juntos! —dijo Degoth, pero su amigo no debió haberlo escuchado pues, con un juramento, montó su ofensiva contra el hechicero.

Degoth, desesperado, intentó librarse rápidamente de su contrincante, pero era mejor espadachín de lo que esperaba. De hecho, retrocedió ante las estocadas de su enemigo.

—Muere, argotita, y púdrete con Shaigón —le gritó Zoldán.

—Ríndete, hechicero, rinde tu espada —le dijo Degoth.

Zoldán sonrió. Resoplaba como un toro. El sudor le bajaba por la frente y tenía una herida en la cadera, la cota estaba allí teñida de rojo.

Degoth maldijo y renovando esfuerzo lanzó un par de sablazos horizontales, después una finta, para atacar en diagonal por la izquierda. Logró conectar con la cota del otro, pero el filo no penetró.

Repentinamente el suelo a su alrededor comenzó a girar, y antes de que pudiera escaparse del vórtice, se formó el torbellino que lo lanzó girando por el aire.

Cayó pesadamente de lado, y escuchó sus huesos crujir. Posiblemente algo se había quebrado, algún hueso. Perdió la espada. Era su fin. Estaba seguro de que, al levantar la vista, lo último que vería sería el filo de la espada del lugarteniente hechicero.

Pero no. Zoldán corría en ayuda de su amo.

Adert estaba en problemas.

Serios problemas.

Degoth sintió un golpe en el corazón al darse cuenta que su amigo ya no tenía la mano izquierda. Estaba cercenada a la altura del codo, solamente pendía el brazo inerte, por el cual se desangraba.

Mergante empuñaba su espada con ambas manos y, con un poderoso espadazo diagonal ascendente, la espada de Adert salió volando, cayendo el guerrero dragón hacia atrás, sobre su sentadera.

Degoth ek´Degoth gritó algo que nunca recordó, probablemente algún juramento, alguna súplica a los dioses. Pudo ver que su amigo Adert decía algo, le decía algo a su enemigo, pero no pudo escuchar las palabras.

Zoldán se acercó a Adert por atrás; su amigo nunca lo vio. El lugarteniente hizo descender su espada y le partió el cráneo.

Todo se volvió borroso. Degoth gritó de furia, de dolor, de espanto, de miedo, de deseo de vengarse. Corrió sin espada hacia los hechiceros, desenvainando una daga que llevaba al cinto, pero antes de que él pudiera llegar quince iluminados montados a caballo rodearon a Mergante y Zoldán. Tres de ellos lanzaron rayos de energía, y el hechicero cayó de rodillas. Un arzoinquisidor le puso la punta de una lanza en el cuello y le dijo a Mergante:

—Se acabó, hereje. Se acabó.

El heresiarca soltó su espada y levantó los brazos, rindiéndose. Zoldán lo imitó.

Un inquisidor lo golpeó en la cabeza, y cayó Mergante al suelo, inconsciente.

3. RETIRO

VEINTE AÑOS DESPUÉS…

Un hombre envuelto en un manto café camina por una vereda de tierra en medio de una pequeña villa de unas quince casas.

El pueblo está escondido en las alturas del hermoso monte Ralgesh, cuya punta está nevada. Es un pueblo olvidado, donde viven unas pocas personas que subsisten de criar chivos y cultivar algunos vegetales.

—Buenos días, maestro Olen —le dice un viejo sentado en una mecedora afuera de su casa de madera.

El hombre del manto café levanta la mano en señal de saludo y sigue su camino.

Anda con la ayuda de un bastón. Tiene una barba negra y descuidada que le desciende hasta el pecho y se mece suavemente por el aire frío de la mañana. Consigo, atado a un cordel, lleva un chivo. Su comida para los próximos días.

La casa del hombre a quien llamaron «maestro Olen» está más arriba en la montaña, a una legua del pueblo. Es un hombre solitario. Solamente baja al pueblo de vez en cuando, cuando necesita algo para comer. Además de eso prefiere quedarse en su casa, una cabaña sencilla que él mismo construyó hace tres años.

Mientras se acerca empieza a sospechar que algo anda mal. Nunca regresa a su hogar por la misma ruta. Siempre llega por una dirección diferente. El terreno que le pertenece está delimitado por un murete de piedras cuya altura es por debajo de la cintura. La pequeña barda tiene dos portones sencillos de madera, uno al suroeste de la barraca donde mora, que es la entrada principal, y uno al norte, rumbo a la cima de la montaña.

Esta vez decidió entrar por el portón del suroeste, y fue allí donde notó que el cerrojo de perno estaba deslizado por completo, mientras que él siempre lo dejaba a medias. Eso significaba, necesariamente, que alguien entró o salió por allí. Consideró que podría tratarse de Kalb, un joven de trece años que era pastor de cabras. Con frecuencia se encontraban por las montañas y entablaban algún tipo de conversación. Era un muchacho inteligente, con una mente aguda y además tenía un interesante sentido del humor, era aficionado a contar chistes algo estúpidos con juegos de palabras. De esos chistes que te sacan una sonrisa a medias. *Maestro Olen, ¿sabe por qué se llevan tan bien el libro de álgebra y el de historia? Porque juntos pueden resolver cualquier problema del pasado.*

Pero Kalb era muy respetuoso, no se atrevería a entrar a su cabaña sin primero pedirle permiso. No, en todo caso lo estaría esperando afuera del portón, con su rebaño, posiblemente.

Olen sacó una pipa. Tomándose su tiempo, puso tabaco en el cuenco y lo presionó con el dedo. Con pedernal y yesca encendió fuego, y segundos después le dio una calada suave.

No tenía su espada consigo, ni siquiera un cuchillo. Tan solo una navaja. No había usado su espada en tres años, y la tenía arrumbada en una esquina de la cabaña junto con una pala y una

pica. No estaba de humor para usarla, pero quizás tendría que arreglárselas para tomarla, sobre todo si la persona o personas dentro de su hogar buscaban su mal.

Maldición, pensó. *Es demasiado temprano como para tener una escaramuza. A los demonios, si me quieren matar, que lo intenten.*

Dejó el chivo atado a una formación rocosa y caminó hacia su casa, con una estela de humo emanando de su pipa y perdiéndose a sus espaldas. Abrió la puerta con confianza, sin importarle mucho lo que fuera a encontrar del otro lado.

Lo primero que notó fue el humo de tabaco. Por lo espeso del ambiente indicaba que el intruso había estado allí por un tiempo, y además disfrutando de un buen tabaco, a juzgar por el olor.

Luego lo vio; o más bien, lo vio por atrás, pues el hombre estaba sentado en su silla mecedora, con la capucha puesta, y chupando una pipa, despreocupado.

—Bienvenido a mi casa, forastero —dijo el maestro Olen—. Buen tabaco el que disfrutas, ¿eh?

—De lo mejor que hay en el reino —le respondió una voz carrasposa—. Nureph tiene el mejor tabaco del reino, dicen.

Olen reconoció la voz. *¿Podrá ser…?*

El hombre encapuchado se puso de pie y se dio la media vuelta:

—O por lo menos eso me dijo una vez mi alumno Degoth ek'Degoth.

—¿Maestro Slepten? ¡Por el Creador, es usted!

Olen fue y abrazó al hombre encorvado y de barba blanca y delgada. Le dijo:

—Pero es que no lo puedo creer. Por todos los dioses, ¿qué hace aquí, venerable maestro?

—Pues buscándote, Degoth. ¿Qué más?

—Siéntese, maestro, por favor, y conversemos.

—¿Te parece si nos sentamos afuera? Disfrutar del aire fresco.

—Por supuesto.

Salieron y se sentaron en un par de sillas mecedoras. Era un día con pocas nubes, y el sol ya comenzaba a calentar, aunque debido a la altura hacía bastante frío.

—Maestro —dijo Degoth—. ¿Vino hasta acá por mi? ¿Cómo me encontró?

—Te he ido siguiendo la pista. Todavía tengo muchos contactos fuera de la isla.

El maestro Slepten era el gran maestro del claustro del venerable Datán, el claustro donde Degoth ek'Degoth tisdita creció y recibió su entrenamiento. Slepten era una de las —ahora tres — personas que conocían el gran secreto de Degoth: que era un mago.

—Finalmente me fui acercando a estos lugares —continuó el maestro Slepten—, y comencé a escuchar los rumores de un tal Olen, un ermitaño que vivía arriba en la montaña. Es verdad que has intentado ocultar tu apariencia con esa barba larga y desaliñada, pero cuando me dijeron que dicho ermitaño portaba un parche negro en el ojo izquierdo, pensé que, probablemente, había encontrado a mi viejo alumno.

—Maestro, pudo haber enviado a alguien más. El claustro está lleno de guerreros dragón que podrían haberme encontrado.

—No, Degoth, quería hacerlo yo. Además, soy un viejo, pero todavía no un viejo decrépito. Aún puedo caminar, y estoy más fuerte de lo que aparento.

—De eso no tengo ninguna duda, venerable maestro. No me gustaría tener un combate contra usted.

—Ah —dijo haciendo una seña con la mano—, sabes que ganarías tú. Hace unos siete años te daría una buena batalla, pero ahora… no estoy tan seguro.

—No lo sé, maestro. Se subestima —dijo ajustándose de manera inconsciente el parche negro que llevaba sobre el ojo.

—Además, ni siquiera traigo espada. Solo mi navaja, que por cierto tuve que usar dos veces en mi viaje. El ladrón y el estafador que buscaron aprovecharse de mí ahora está el primero a dos codos bajo tierra, y el segundo recuperándose de sus heridas en algún mesón.

Degoth se rio:

—No lo dudo.

Se quedaron en silencio un tiempo, disfrutando de la pipa. Aunque estaban muy lejos de la punta de la montaña de Liamatán, en la isla de Nureph, donde se asentaba el claustro del venerable Datán, Degoth no pudo evitar remontarse a las incontables tardes que pasó con su maestro fumando pipa y hablando de esto y aquello, de filosofía de guerra, de política, religión, del buen comer, de leyendas y mitos…

Y ahora estaba aquí, de nuevo, con su maestro Slepten.

—Entonces ¿me dirá la razón por la que vino a encontrarme aquí, a mi retiro?

—Retiro prematuro, espero —contestó Slepten con la boquilla de la pipa entre los dientes.

—Después de la última aventura pensé que quizás ya era tiempo de descansar. Debió haber recibido un regalo de mi parte.

—Estoy bastante agradecido, al igual que todos tus hermanos del claustro. Con el dinero que nos diste hemos podido…

—No tiene que darme cuentas, maestro. La manera en que haya usado el dinero, estoy de acuerdo. Incluso si lo usó para tomarse unas vacaciones en la playa, no me importa.

—¡Vacaciones! No, mi alumno, no hay tiempo para vacaciones.

—¿Y por qué no? Siempre habrá guerra. No importa lo que hagamos, surgen los rebeldes, aparecen nuevos hechiceros, es como una plaga.

Slepten se quedó en silencio, pensativo.

—Tienes razón en una cosa —dijo.

—¿Sí?

—He venido a intentar sacarte de tu retiro.

—¿Y cuál es la razón? Por favor, no me diga que es otro hechicero. Estoy cansado de perseguir magos. Que alguien más lo haga. Yo estoy bien.

—Ya lo hemos intentado. Pero este en particular ha probado ser más difícil de lo que pensábamos.

—Un hechicero, entonces. Tenía razón.

—Tienes razón, sí. Pero no cualquier hechicero. Se trata de uno que fue capturado hace años, hace muchos años. Había sido puesto en el calabozo de Garleón, más allá de la isla, junto con su lugarteniente.

No, pensó Degoth. *Que no sea.…*

—Pero se ha escapado, Degoth. Se escapó hace dos años, y no nos dimos cuenta. Y ha regresado más fuerte que nunca. Sí, ha regresado Mergante ek’Koleth.

A Degoth lo sacudió un escalofrío.

4. PERTURBACIÓN

HACE 20 AÑOS…

—Está bien resguardado, ¿correcto? —preguntó Degoth.

—Así es, capitán dragón —le respondió el capitán del barco.

—Es un hechicero peligroso y poderoso.

—Lo sabemos, capitán dragón. Hemos recibido instrucciones específicas sobre cómo resguardarlo.

—¿Lo mismo con el otro? ¿El lugarteniente?

—También. Está resguardado.

—No están cerca el uno del otro, ¿correcto?

—Están en celdas distintas, capitán dragón.

—Hmm.

Estaban en el extremo del reino, en el puerto de Lerdatán. Era la última ciudad terrestre al oeste del reino de Argoth, que daba hacia el Gran Mar. Zarpando desde allí hacia el suroeste estaba Nureph, que pertenecía a Argoth pero era una isla.

Delante del guerrero dragón flotaba anclado un grande barco de guerra, el cual levaría anclas para dirigirse hacia una isla más allá de Nureph, una pequeña formación rocosa llamada *elsh deminish* en el antiguo alumín, traducida el eurek como «isla calavera». Formaba también parte del territorio de Argoth en el Mar.

Allí estaba el calabozo de Garleón, donde llevarían a ek'Koleth.

—Tú no te preocupes por eso, guerrero dragón —dijo una voz detrás de él—. Esa es nuestra labor, y la sabemos hacer bien.

Se le acercaba un iluminado, con su manto rojo oscuro y una mirada burlona. Degoth lo reconocía, aunque no lo conocía personalmente. Su nombre era Nimud. Alto, fuerte, con piel aperlada y perfecta, ojos verde esmeralda. Aunque todavía no era un inquisidor, era un paladín: un practicante de la magia. Y uno que comenzaba a distinguirse por su ferocidad y valentía.

—No es que me preocupe —respondió Degoth, firme—. Solo quiero asegurarme de ello.

—No me sorprende. ¿No eres tú el guerrero que encontramos cerca del hechicero?

—Posiblemente.

—Sí, sí, te recuerdo. Querías matar al hereje. Él se deshizo de tu compañero. ¿No es así? Le partió la cabeza.

—El que lo mató fue el otro hechicero, Zoldán.

—Debe ser terrible ver a tu amigo morir de esa manera. Lo siento, dragón. Pero así es nuestra vida.

Degoth controló su respiración. No le estaba cayendo bien el iluminado. En general, la Cofradía del Resplandor y los guerreros del Camino del Dragón no se llevaban bien. Había una animosidad mutua desde muchos años atrás. Históricamente, los guerreros dragón se habían

encargado de fomentar la paz en el reino. Los «iluminados», sin embargo, desde la fundación de su orden, buscaban desplazar a los guerreros dragón para quedarse solamente ellos como los verdaderos protectores del reino y de la fe elemental. Eran los iluminados quienes tenían el respaldo del sacerdocio, además del afecto de la reina Malbeth.

—Fui yo el que recibió la responsabilidad de traer al hechicero hasta este barco —dijo Degoth—. Así que me aseguro de que todo esté en orden.

—¿No eran ustedes también los encargados de apresar al hechicero? En lugar de ello terminaron postrados en tierra. ¿Cuántos de ustedes murieron en batalla?

—Murieron veintitrés dragones y trescientos siete iluminados.

El detalle exacto dejó a Nimud sin habla. Evidentemente era información que no tenía. Simplemente había asumido que más dragones murieron, pero no había sido así.

—Como te digo, dragón —dijo Nimud cambiando el tema—, nosotros nos encargaremos del heresiarca.

Heresiarca. Significaba «padre de herejes». Era un título reservado para ciertos hechiceros que, por su poder o influencia, se les consideraba particularmente peligrosos.

—Solo inspeccionaré la celda en la cual se lo llevarán.

—No es necesario.

—Lo es. Si tienes algún problema con eso, puedes hablarlo con el comandante Orlazón.

El iluminado se quedó serio. Luego:

—Te acompañaré.

—Si así lo deseas.

Entraron al barco y bajaron por un par de escaleras rechinantes hasta llegar a las celdas, oscuras y húmedas.

La última resguardaba al hechicero. Los barrotes metálicos eran gruesos, el candado doble, y cuatro inquisidores y diez soldados vigilaban a Mergante ek'Koleth.

Degoth se acercó. Lo tenían asegurado con una picota, que era una estructura de metal con una abertura para la cabeza y agujeros para las manos.

El hechicero y asesino levantó la mirada. Degoth se la sostuvo.

—Creo que te recuerdo, dragón —dijo Mergante.

Vaya, pensó Degoth. *Ahora todo mundo se acuerda de mí. Primero el iluminado, ahora el hechicero.*

—¿No fuiste tú el que intentó asesinarme? —continuó Mergante.

Tenía razón. Después de que el heresiarca fue capturado, Degoth, furioso por la muerte de su amigo, aprovechó un descuido de los iluminados para tratar de clavarle una daga entre las costillas. Sin embargo, fue detenido.

—Sí, eso intenté hacer.

—Bien por ti, guerrero dragón. Tú eres el tipo de hombre con el que me gusta tratar. Un oponente digno. Uno que esté dispuesto a romper algunas reglas —dijo Mergante, su voz ronca y grave, su mirada destellando, esbozando una sonrisa a medias—. ¿Por qué no le pides a estos hijos de Shaigón que te abran la celda? Te daré una segunda oportunidad de acabar conmigo. ¿Te parece bien? Una navaja para ti, otra para mí. Y resolvemos el asunto de una vez.

—Cierra la boca, hereje —dijo Nimud—. No volverás a llevar una navaja en tu mano. Morirás quemado, o pasarás el resto de tu vida picando piedra en lo profundo de Garleón.

—¿Una pica, dices? Me parece bien. Es una buena arma.

—Pues intenta usarla, pedazo de estiércol —le replicó Nimud—. Te pudrirás el resto de la vida en la cárcel. O mejor aun, en el inframundo.

El hereje y su lugarteniente estaban bajo un hechizo de perturbación: un poder que les quitaba la habilidad de usar sus propias habilidades mágicas. Era un hechizo complicado que necesitaba por lo menos tres buenos practicantes poniéndolo en efecto constantemente, que eran los iluminados que resguardaban a Mergante y Zoldán, quienes susurraban el hechizo entre dientes, sin detenerse.

—¿El resto de mi vida? —El hechicero lanzó una carcajada seca—. No lo creo, amigo iluminado. No lo creo. Se acerca el tiempo. Pronto comenzará el principio del final. Se acerca la gran revelación.

—Lo que tú digas —le respondió el inquisidor Nimud, sarcástico.

—Pueden perseguirnos. Pueden quemarnos. Pero no durará para siempre.

—Tú disfruta del inframundo, y salúdame a Orgoth-ün. —Con eso, Nimud se retiró.

Degoth se quedó allí, de pie.

—¿Tienes algo más que decir, dragón?

—Si dependiera de mí, no llegarías vivo a *elsh deminish.*

—Pero no depende de ti, ¿eh? Depende de la inquisición.

—Sí, depende de ellos.

—Por el bien de todos ustedes, espero me manden a la hoguera. Porque de lo contrario, saldré de la cárcel. Algún día lo haré, y acabaré con todos ustedes, dragones e iluminados.

—Si algún día sales, te encontraré y te cortaré el cuello. Y a tu siervo igual. Te lo juro por el Patriarca.

—Me emociona pensar sobre ese día.

Degoth ek'Degoth se dirigió a los guardias:

—No le quitan la mirada de encima.

—No lo haremos.

El guerrero dragón se retiró de allí sin saber que dos semanas después Mergante comparecería ante la inquisición, lo encontrarían culpable de herejía y reo de muerte, pero para que su castigo se extendiera, quedaría preso por treinta años haciendo trabajos forzados y recibiendo tormentos, y cuando ese lapso de tiempo se cumpliera, entonces moriría quemado.

5. VENGANZA

VEINTE AÑOS DESPUÉS…

A Degoth le zumbaba la cabeza. No podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Regresar? ¿Cómo pudo haber regresado? ¿No estaba ya muerto?

El maestro Slepten negó con la cabeza:

—No. Lo condenaron a treinta años de tortura, y después de eso moriría en la hoguera. Pero logró escaparse.

—¿Y qué pasó con el otro hechicero? Era siervo de Mergante. Fue él quien mató a Adert.

El maestro se lamió los labios y bajó la mirada. Parecía que se le dificultaba hablar.

—No —dijo Degoth, sintiendo que la cara le ardía—. No me diga que también él escapó. Por favor, no me diga eso.

—Escapó, Degoth. Los dos. Mergante lo sacó del calabozo junto con él.

—Es imposible. Estaban bajo el resguardo más cuidadoso. ¿Hace cuánto escaparon?

—Dos años.

—*¡Imposible!* ¿Y nos estamos enterando apenas? ¿Cómo pudo haber sucedido algo semejante?

—Todavía lo estamos investigando. —Chupó su pipa hondo, y exhaló—. Pero hasta ahora, todo parece indicar que con el paso de los años Mergante fue recobrando sus poderes mágicos. ¿Cómo? No lo sabemos. Pero comenzó a usarlos con mucho cuidado, para que los iluminados que lo custodiaban no se dieran cuenta. Finalmente logró hechizarlos a ellos, y no solamente a ellos, sino al mismísimo jefe del calabozo.

—¿Cómo lo saben?

—Porque estuve allí, Degoth. Estuve allí cuando interrogaron al jefe del calabozo. El hombre aseguraba haber visto al hechicero un par de días atrás. Incluso nos relató la conversación que tuvo con él. Sin embargo, Mergante se había escapado dos años atrás.

—Por todos los dioses —dijo Degoth sacudiendo la cabeza—. Eso significa que estaban bajo un poderoso hechizo.

—Poderosísimo. Algo que nunca he visto en mi vida, ese tipo de control mental.

—Debe estar usando algún tipo de reliquia. Ningún ser humano tiene poderes de esa magnitud.

—Lo mismo pienso yo. Sabemos que ek’Koleth es agorero. De alguna manera logró hacerse de alguna reliquia con mucho poder. Alguien se la dio, pienso, algún cómplice. No hemos resuelto ese misterio. Pero de alguna manera se hizo de una reliquia y la usó para controlar a sus captores y escaparse.

—¿Qué ha hecho estos dos años?

—Me temo que debe estar planeando otra rebelión, otro levantamiento.

—Dioses.

—Pero no lo sabemos. Debemos encontrarlo y, esta vez, deshacernos de él para siempre.

Degoth se puso de pie y se cruzó de brazos. Se quedó allí, lanzando bocanadas de humo. Llevaba tres años de su autoexilio. Sí, tres años habían pasado ya. En la última aventura, en la cual lo acompañó la sargento Dina, recibió una generosa recompensa por parte de la reina. Muchísimo dinero.[9] La gran mayoría de las riquezas se las dio al maestro Slepten, y el resto lo usó para esconderse del mundo en las montañas de Ralgesh.

—¿Dónde entro yo en todo esto?

—Necesito que nos ayudes a encontrarlo. A encontrar*los*, a los dos.

—Algún otro hermano dragón lo puede hacer.

—Ya lo hemos intentado, sin éxito —respondió el maestro con una nota de tristeza en su voz.

—¿A qué se refiere?

—Los guerreros dragón han salido en su búsqueda. Pero solo dos de ellos lograron acercarse a Mergante. A uno lo encontramos muerto. Encontramos solo su cabeza. El segundo está desaparecido.

—*Jorgot* —maldijo—. ¿Quiénes?

—Relmat y su alumno Ordenisque. Fue al segundo a quien encontramos muerto.

—*Jorgot* —dijo.

Conocía bien a Relmat. Era un buen hombre, un excelente guerrero. Sus pasos se cruzaron varias veces durante los años, y Degoth aprendió a respetar a ese guerrero dragón, un par de años más viejo que él. Le hervía la sangre al pensar que Mergante era, de nuevo, responsable por la muerte de guerreros dragón.

—No hay otro mejor que tú para encontrarlo —dijo el maestro Slepten.

—Hay otros mucho mejores que yo.

—No es verdad. No lo es.

—¿Toda la Orden del Dragón está tras la pista del hechicero y su siervo?

—Muchos de tus hermanos. Pero tú no. Y deberías.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes.

Degoth resopló. Sí, lo sabía. Sabía la razón, o razones, por las que debía encontrar y matar a ese hechicero.

La primera: vengar la muerte de su amigo Adert. La segunda: él mismo, Degoth, era también un mago. Slepten lo sabía. Esa habilidad le daba una ventaja sobre el resto de los guerreros, pues Degoth conocía mejor las artes mágicas que ningún otro dragón.

Al pensar en Adert sintió que se abría esa antigua herida que pensaba había ya sanado. Ese dolor horrible en el pecho, como si tuviera una pesada carga sobre él que le dificultaba respirar.

Recordó las últimas palabras que le dijo al hechicero, en el barco: *Si algún día sales, te encontraré y te cortaré el cuello.*

Al parecer llegaba el momento de cumplir con su juramento. Aunque no había jurado delante de los dioses, ni delante del Creador todopoderoso. Pero de todas maneras, era su palabra. Vengar a su amigo, a su hermano guerrero.

—Acabo de recordar algunas palabras de la conversación que tuve con ek'Koleth antes de que se lo llevaran a la isla calavera —dijo Degoth.

—¿Y bien?

—Me dijo algo así: «Se está acercando el tiempo. Pronto comenzará el principio del fin. Se acerca la gran revelación».

—Interesante —dijo Slepten.

—Hace unos años un mago de nombre Umanir me dijo algo similar. Lo he escuchado de otros hechiceros, también.

—Y ¿qué piensas que significa?

—No lo sé, pero tendré que averiguarlo.

—¿Tomaras la misión?

El guerrero dragón se quedó en silencio por un tiempo. Por un largo tiempo. Finalmente miró a su maestro:

—Lo haré. Lo encontraré. Vengaré la sangre de los dragones.

6. PLEGARIA

—¡LOS QUE SEPAN usar la espada —gritó el capitán—, los quiero en cubierta y listos! ¡Prepárense para el abordaje!

Dina ek'Ordeh miró a su abuelo Joneh-duné:

—Abuelo, baje usted a nuestro camarote y quédese allí, atrincherado.

—Tonterías, Dina. Yo puedo luchar —dijo llevándose la mano al pomo de su daga larga, que llevaba al cinto.

—Esos días se han acabado para usted, abuelo. Ahora nos toca a nosotros.

—Pero tú… tú…

—Estaré bien, abuelo.

—No puedo dejarte sola —le contestó, con los ojos azules bien abiertos.

Dina no pudo evitar sentir una punzada en el corazón al ver la cara preocupada de ese bello hombre de barba blanca y cara arrugada que la había criado. Aunque era ya un viejo, su abuelo Joneh-duné seguía siendo fuerte por cuestión de su profesión como herrero. Un herrero de primera, por cierto, bien respetado en la ciudad de Argoth. La espada que llevaba Dina envainada al cinto —elegante, delgada y larga, de guarnición plateada— había sido forjada por su abuelo, y era uno de los tesoros más preciados que tenía ella.

A su alrededor, hombres y mujeres del *Victoria del Amanecer* se preparaban para recibir el ataque del barco pirata que se aproximaba por babor.

Vaya suerte nuestra, pensó Dina. Ella y su abuelo estaban cerca del castillo de popa, a unos pasos de las escaleras que bajaban a los camarotes. La mayoría de los tripulantes que no tenían capacidad para combatir habían ya descendido a esconderse en los camarotes o en la bodega. El resto de los hombres y mujeres esperaban, nerviosos, con espadas, lanzas, picas, arcos y ballestas.

Les quedaba un día para llegar al puerto de Lerdatán, en el extremo noroeste del reino de Argoth. Dina y su abuelo llevaban casi tres meses visitando varias islas paradisiacas del Gran Mar, hasta ahora sin problema ni contratiempo. Pero maldito sea Shaigón, hacía un par de horas el vigía gritó que un barco se aproximaba, e inmediatamente el capitán dio la orden de huir, pues no quedaba duda de que era un barco pirata. Sin embargo, dicho barco era más pequeño, y por lo tanto más rápido.

Así que finalmente les había dado alcance, maldición. La galera pirata era de tamaño mediano, con espolón en proa que se preparaba para embestirlos. Por si eso no fuera poco, Dina contaba cuatro escorpiones, con proyectiles en forma de arpón, y un par de catapultas pequeñas, cuyos proyectiles ya encendían. Eran unos treinta piratas, quienes alistaban las escaleras con gancho para el abordaje.

Ellos, en cambio, eran cuarenta listos para luchar, pero solo cinco soldados. El resto eran tripulantes que no estaban acostumbrados a combatir, y se les notaba en el rostro.

—Son demasiados piratas, hija mía —le dijo Joneh—. No puedo quedarme abajo. Si hemos

de morir aquí, muramos juntos.

—Pero abuelo…

—¡Catapulta! —gritó alguien.

Dos bolas de fuego surcaron el aire hacia ellos. El primer proyectil pasó por encima, y el segundo golpeó una de las velas, pero solo de refilón, sin romperla o encenderla.

El capitán, ahora tras el timón, maniobraba evasivamente para evitar una embestida que los llevara a pique.

—¡Listos los arqueros! —gritó el segundo de abordo.

Tenían quince arcos. La galera enemiga se acercaba a toda velocidad, y volaron las flechas de un lado para otro.

Dina escuchó una de las flechas zumbándole cerca de su oreja, y después uno de los arpones enemigos se clavó en el pecho de un hombre junto a ella, enviándolo a dar tumbos por el suelo, muerto.

Fueron embestidos. Gritos y más gritos. Los piratas, con valentía y precisión pasmosa, acercaron el barco usando cuerdas y garfios, luego usaron cuatro escaleras para abordar. Los tripulantes del *Victoria* lograron destrabar una escalera, mandando a tres piratas al agua, dos de ellos quedando prensados entre los dos barcos, triturados.

Uno de los piratas, recién abordado, atacó a Dina con un hacha. Tenía una mueca extraña en la cara, una mezcla de sonrisa e ira. Sus ojos brillaban, sedientos de sangre, pensando que la mujer que tenía como contrincante sería una fácil victoria.

Dina le tenía preparada una sorpresa. El hombre, bajito y barrigón, hizo descender su hacha verticalmente. Dina evadió con un salto. Una de las ventajas de tener una espada larga y delgada es que le permitía atacar desde la distancia. Le clavó la punta de la espada por la tetilla derecha. El pirata lanzó un bramido de dolor, pero atacó de nuevo, gritando maldiciones. Estaba acostumbrado a usar la fuerza bruta, pero no tenía técnica. Por lo tanto, Dina, de nuevo, le clavó la espada, pero esta vez por la boca abierta, la punta saliendo por la nuca. El hombre cayó al suelo, borbotones de sangre saliéndole por la boca y el pescuezo.

¿Dónde estaba su abuelo?

Una explosión a su espalda. Cayó a gatas, y miró hacia atrás. Un proyectil incendiario lograba su cometido: encender el barco.

Se puso de pie justo a tiempo para defenderse de una espada enemiga. Era un joven, tendría unos quince años, llevaba un pañuelo negro en la cabeza y andaba sin camisa. Era flacucho, se le notaban las costillas, y peleaba con desesperación. Probablemente él y sus compañeros se habían emocionado en extremo al ver un barco tripulante que podrían asaltar. Significaba comida, dinero, mujeres para pasar el rato.

Pero se necesitaba más que desesperación para matar a Dina, que después de una finta y ataque triple, le perforó un riñón. El muchacho cayó al suelo, chillando, pero no tuvo tiempo de rematarlo porque fue atacada de nuevo, esta vez por dos.

Alejó a uno de ellos con una patada en el estómago, mientras cruzaba estocadas con el otro. Por fortuna, vino a su ayuda uno de los soldados, que era buen espadachín, así que Dina lo dejó para enfrentarse al otro, un chimuelo con ojos rojos.

Vio, entonces, a su abuelo, luchando valerosamente con su daga. Tan solo lo observó unos tres segundos, lo suficiente para ver la elegancia de su técnica, cosa que ella no había visto en años, pero le recordaba las incontables tardes con su abuelo, cuando él le enseñaba el arte de la espada. Joneh-duné contendía con espalda recta y pecho echado al frente, la daga firme en la mano derecha, y el brazo izquierdo echado hacia atrás, con la palma alzada, para mantener el

balance.

Dina elevó una plegaria a Merne: *Protégelo, diosa.*

7. TALISMÁN

OSCURECÍA EN LA ciudad de Argoth.

Hualden maltenita se ajustó el capuchón de su manto mientras caminaba por una calle adoquinada. Era una calle ancha, de las principales al sur del castillo real. Todavía mucha gente andaba por allí, algunos a pie, otros a caballo, en mula, o en carromato. Los vendedores comenzaban a cerrar sus tiendas.

No permitiré que nadie me reconozca, pensó Hualden. Era una persona lo suficientemente importante como para que alguien pudiera reconocerlo. Uno nunca sabía si eso podría traerle problemas en el futuro, sobre todo por lo que estaba apunto de hacer.

Se detuvo y sacó de su bolsillo un pergamino pequeño, cuadrado. Lo abrió y lo examinó. Era un mapa de ese sector de la ciudad, con un círculo rojo en un lugar determinado.

El lugar de encuentro.

Todo saldrá bien, se dijo.

Dio vuelta a la derecha por una calle lateral, después a la izquierda, dos cruces más y vuelta a la derecha, en un callejón angosto y vacío. Caminó unos cinco minutos hasta llegar a una puerta metálica verde oscura que en el pomo tenía la figura de un león devorando una serpiente. Allí era.

Se frotó las manos, y tocó un par de veces.

La puerta se abrió. Un hombre de baja estatura muy moreno le pidió que lo siguiera. Anduvieron por un pasillo oscuro, sin iluminación, y Hualden avanzó con miedo de trastabillarse con los talones de su guía. Llegaron a un jardín interno, con un árbol grande en medio del jardín, en donde un hombre lo esperaba fumando una pipa, sentado en una mesa de madera, con una lámpara encendida.

—Maese Zoldán —dijo Hualden, su boca seca.

—Canciller —respondió—. Dígnese a tomar asiento.

Sintiendo la boca cada vez más seca, Hualden obedeció. Al sentarse tuvo una premonición, una mala.

Esta es una mala idea. Debo salir de aquí.

Pero se quedó sentado. Si repentinamente se ponía de pie y se daba la media vuelta, dicha acción no le parecería aceptable al hechicero que tenía enfrente.

No era la primera vez que tenía un encuentro con Zoldán. La negociación comenzó hacía casi medio año. Todo hecho con gran discreción, en lugares oscuros y deshabitados.

—¿Tienes lo que acordamos? —preguntó el hechicero. Tenía los ojos de color café, muy oscuros, parecían negros. Una barba de candado adornaba su mentón, y llevaba el cabello rapado. Era un hombre musculoso.

—Lo tengo —respondió.

—Veámoslo.

—Con mucho gusto se lo mostraré, maese. Pero primero…, primero debo ver el pago.

—¿Acaso no confía en mí, canciller?

—No se trata de confianza, maese. Se trata de aquello que acordamos. El convenio es que usted me mostraría primero el pago, y entonces, y solo entonces, le mostraría yo el mapa.

Zoldán se quedó serio. Su semblante no denotaba un sentimiento específico. Era como un experto jugador de cartas.

Hualden, de nuevo, sintió un extraño cosquilleo en su cuerpo, y por segunda ocasión pensó que lo mejor que podía hacer era salir de allí.

—Es usted un hombre valiente, canciller. Venir a verme a mí, un hechicero, sin ningún tipo de guardia.

Hualden era un político. No era un guerrero. Nunca había tenido una pelea a golpes, ni siquiera en una taberna estando completamente ebrio. Sin embargo, sabía de influencias, sabía cómo presionar a los demás, era perfecto en el arte del chantaje, y por eso era rico. Así que no se dejaría mangonear.

—No vengo sin guardia —dijo levantando la mano izquierda. Tenía sobre el dedo anular un anillo verde.

El hechicero solamente levantó una ceja, la izquierda.

—Este es un talismán guardia —dijo el canciller—. Ningún hechizo puede dañarme.

El hechicero levantó la otra ceja.

—Vaya, es usted un hombre previsor. —Entonces levantó ambas manos, enseñándole las palmas, como rindiéndose—: Pero no hay de qué preocuparse, amigo mío. No hay por qué ponerse tenso. Aquí tengo lo que usted tanto ha querido.

Se llevó la mano al interior de su túnica, a la altura del pecho, y sacó un pañuelo negro doblado en cuartos. Lo puso en el centro de la mesa.

Hualden lo alcanzó rápido, con desesperación. Abrió el pañuelo, y ahí estaba.

—*Forje shelta* —maldijo el canciller, asombrado. Era un diamante. Grande. Hermoso. Impresionante.

Tomó la lámpara y la acercó. De un bolsillo sacó una lupa de joyero. Se inclinó sobre la mesa, encima del diamante. Observó con meticulosidad la piedra. Exploró las profundidades de la gema, buscando más allá de su aparente perfección. Buscaba las inclusiones, las imperfecciones internas. Este no era el primer diamante de gran valor que pasaba por sus manos. Para nada. Con el paso de los años se había convertido en un experto colector y traficante de piedras preciosas. Así que examinó las facetas, evaluando la simetría y el corte, mientras su mente experta calculaba la calidad de la talla.

Levantó la vista.

—¿Satisfecho? —dijo el hechicero.

—Satisfecho.

El canciller fue el que ahora se llevó la mano a su túnica. Sacó un pergamino y lo puso en la mesa.

—Esta es la mitad del mapa —dijo.

—¿La mitad? ¿Cómo que la mitad? —El hechicero no se veía feliz al escuchar eso.

—Tranquilo, maese Zoldán. Fue solo por precaución. Sin ofender, pero uno nunca sabe…

—Si piensas que saldrás de aquí con ese diamante sin que yo tenga en mis manos el mapa entero, estás muy equivocado.

—Haremos esto —dijo el canciller, conciliador—. Saldremos de aquí juntos, hasta un lugar determinado, y allí yo le daré la otra mitad. Pero usted nunca me perderá de vista.

—No, canciller. Yo he confiado en usted. Le he dado el maldito diamante. Ahora usted me

dirá exactamente dónde está la otra mitad.

El corazón de Hualden latía con tanta fuerza que se preguntaba si era posible que el hechicero lo pudiera oír.

Ese mapa era ultrasecreto. Era el mapa del castillo de Argoth, con todos sus pasillos… incluyendo los pasadizos secretos. Conseguirlo había sido toda una proeza. Comenzó cuando Verlat ek'Juldet, el Maestro de las Llaves del castillo, habló de más una noche de mucho vino y muchos dados. Habló sobre dicho mapa, y el canciller conservó la información en su mente, sin decírselo a nadie excepto a su siervo, quien era de su absoluta confianza. Entonces los dos idearon un plan para hacerse de ese mapa.

Una noche determinada jugaron a las cartas con Verlat dentro del castillo, hasta que el otro quedó completamente inconsciente por el vino. Robaron la llave que llevaba al cuello, sustrajeron el mapa, lo copiaron apresuradamente, y listo.

—Iremos juntos, nunca me perderás de vista —volvió a decir el canciller.

Zoldán se llevó la mano al cinto. Luego puso sobre la mesa una daga que brilló pálidamente a la luz de la vela.

Un sudor frío brotó por la frente del canciller. Casi pudo sentir cada gota individual que salía de los poros de su piel.

—Puede ser que tenga usted un talismán guarda —dijo Zoldán—. Pero un artilugio como ese no lo protegerá del filo del acero. Y créame, maese canciller, que tengo maneras creativas de usar esta daga para extraer la información que necesito. Tanto yo como mi maestro hemos sido generosos, muy generosos con usted. Pudimos habernos hecho del mapa de otras maneras. Pero aquí estamos, y allí está el diamante. Así que tiene unos cuantos segundos para darme el mapa completo, antes de que nuestra conversación se torne, digamos, fea.

Con el corazón apunto de fracturarle una costilla, dijo Hualden:

—Está bien, está bien. Aquí está.

De su túnica extrajo la otra parte del mapa y la puso entre ellos. Sí, había sido un farol. Uno que le había funcionado antes muchas veces. Pero nunca había lidiado con un hechicero; nunca. Bueno, con la única excepción de la bruja que le había vendido el talismán.

Zoldán tomo las dos mitades del mapa, las abrió sobre la mesa, inspeccionó lo que tenía enfrente con la misma minuciosidad con la que Hualden había examinado la piedra preciosa apenas unos momentos antes.

—Ah, mi estimado canciller —dijo Zoldán—. Esto es extraordinario. Esto es justo lo que necesitaba.

El hechicero levantó la mirada. Sus ojos brillaban, y además de eso, sonreía, enseñando sus colmillos. El canciller sintió un escalofrío, se le figuró ver a un lobo apunto de abalanzarse sobre la yugular de su presa.

—Ha sido un placer —dijo el canciller, ansioso por largarse de allí. Se acomodó en la silla para ponerse de pie.

—El gusto ha sido todo mío, maese canciller. Necesitábamos este mapa para acercarnos a la reina.

Hualden se quedó petrificado.

—¿A la reina?

—La reina, sí, mi querido Hualden.

—Me dijiste que buscaban robar el oro de la bóveda real.

El canciller, por lo menos en parte, había accedido a venderles el mapa puesto que sabía que era imposible el asalto a la bóveda. Estaba resguardada por tantos soldados que necesitarían un

ejército completo tan solo para derrotar a la guardia. Eso sin contar que el tesoro real estaba detrás de una puerta de acero prácticamente indestructible, del que se necesitaban cinco diferentes llaves para abrirla. Por si eso no fuera poco, tenía varios hechizos de protección que los inquisidores iluminados cambiaban con frecuencia.

En todas las negociaciones Zoldán jamás había siquiera mencionado a la reina.

—Pensé que querían el oro —insistió Hualden.

—No, canciller. Este mapa nos da acceso a la reina Malbeth. Tenemos una conversación pendiente con ella —dijo, sonriendo todavía más.

—Yo… —dijo negando con la cabeza—, yo no… Pero ¿y el oro? ¡Me dijiste que querían el oro! ¡No a la reina! Ese tipo de traición va más allá de lo que yo…

—Nada tienes que preocuparte por eso, Hualden. Traidor ya eres. Traidor has sido por muchos años. Toda tu riqueza viene de tus muchos engaños. ¿Oro? No necesitamos oro cuando tenemos diamantes como ese y otros.

—¿Como este? —El canciller tomó el diamante con las dos manos y lo apretó contra su pecho.

Debo salir de aquí, pensó.

—Como ese —dijo el hechicero. Levantó la mano izquierda como si fuera una garra, con los dedos arqueados y extendidos. Parecía que sostenía una orbe imaginaria.

Para el horror de Hualden, sintió una presión sobre toda su cabeza. Perdió la habilidad de moverla. Una presión abrumadora la había rodeado. Los oídos le zumbaban.

Dioses míos, pensó. Levantó su mano donde tenía el anillo, el talismán. Había pagado una pequeña fortuna por esa reliquia. Esa bruja le aseguró que era real, que el anillo había sido tallado de piedra ergánica, material mágico, e imbuido con el poder de seis hechizos protectores.

La presión en su cabeza era enorme. Lanzó un grito cuando su cráneo hizo un leve *crac.* Zoldán lo miraba con ojos brillantes, pero ya no tenía una sonrisa en sus labios, sino de nuevo ese rostro inexpresivo. Mientras los dedos de su mano se iban juntando, la presión en su cabeza crecía.

Maldita bruja estafadora, le cruzó el pensamiento por su conciencia.

El hechicero le rompía el cráneo como si fuera una sandía. El canciller gritaba, pero ya no escuchaba su propio grito por el zumbido de mil abejas en sus oídos. En esos momentos no pensó en su esposa, tampoco en sus dos hijos ya grandes, sino en su amante, lamentando no poder disfrutarla un poco más.

Su ojo izquierdo se salió de su cuenca, sujeto todavía al cerebro por el nervio óptico. Su ojo derecho se reventó y todo se volvió oscuro justo antes de que su cabeza implosionara.

8. TABERNA

DÍAS DESPUÉS…

Dina exhaló aliviada cuando, con su catalejo, vio la ciudad de Argoth. Esa gigantesca ciudad asentada sobre un monte pétreo, con el castillo en la punta y toda la ciudad —con sus cientos de casas— construidas alrededor como una especie de laberinto. Las muchas murallas serpenteaban alrededor, pues mientras la ciudad había crecido con el pasar de los siglos, las murallas se extendieron y, en algunos casos, se construyeron nuevas.

Iba en el pescante de un carromato junto a su abuelo, quien llevaba las riendas con la derecha. La mano izquierda la tenía vendada, por aquello de la herida cuando pelearon contra los piratas.

El alivio que sentía no era por el temor a ser asaltados. Ya estaban lo suficientemente cerca de la ciudad, y por lo tanto, la vigilancia era mejor, mucho mejor. De hecho, la mayoría de las guardias del reino vigilaban los caminos cercanos al «circulo», que es como se le conocía al radio alrededor de la ciudad de Argoth, con Rubán-el al noreste, Gabá al sureste, y Zimireth al suroeste.

Su sentimiento provenía, más bien, del simple hecho de regresar a lo familiar, a la gran ciudad, a su hogar. Ella y su abuelo salieron de la capital del reino hacía meses, para embarcarse y ver las tierras más allá de la isla de Nureph. No es que fueran ricos. De ninguna manera. Joneh-duné era herrero, y ella sargento del ejército de Argoth. Ninguno de esos dos oficios daba ni remotamente para financiar un viaje como el que acababan de terminar.

Sin embargo, poco tiempo atrás, Dina se había hecho de una buena cantidad de dinero como recompensa por una aventura, una misión de rescate que finalizó con éxito. La reina, agradecida por el servicio que ella había prestado junto con Degoth, el guerrero dragón, les dio una generosa remuneración. Así que ella y su abuelo salieron a realizar aquello que habían soñado hacer toda su vida: viajar. Aunque Joneh-duné seguía siendo un hombre vigoroso, Dina sabía bien que estaba en el ocaso de su vida, y quería disfrutar de su abuelo antes de que pasara al jardín eterno.

No viajaban solos, por supuesto. Salieron del puerto de Lerdatán en caravana, la cual se fue haciendo más pequeña en su travesía al este. Ahora consistía de cuatro carros, tres caballos con jinete y seis mulas bien cargadas. Todos en la caravana iban armados, hasta las mujeres. En los últimos años se incrementaron los asaltos, así que era un suicidio viajar sin contratar una guardia, o andar con acero al cinto.

Gracias a los dioses, no sufrieron atraco alguno. Un par de noches atrás Dina pensó ver algunas sombras cerca del lugar donde acamparon, pero probablemente se trataba de monstruos. Quizás lo único que podía espantar más a un humano que ser asaltado por un ladrón, era ser atacado por alguna bestia semihumana, como los gorgots, que eran loboides de ojos rojos, dientes filosos y garras enormes. Sin embargo, también los loboides lo pensaban bien antes de abalanzarse sobre una caravana de humanos.

—Bendita Merne —dijo su abuelo—, hoy cenaremos en casa.

Dina cruzó los brazos sobre el pecho en agradecimiento a la diosa del agua. Los había protegido en el viaje en tierra, y también de perecer ante el ataque de los piratas.

La situación con los piratas se resolvió de manera inesperada. Evidentemente los piratas no habían esperado una resistencia significativa. Incluso Dina se sorprendió de la ferocidad con la que el barco resistió el abordaje. Para la fortuna de todos, los soldados en el *Victoria del amanecer* eran buenos espadachines. Además de eso, dos mujeres granjeras resultaron tener un tino impresionante con el arco, gracias a los incontables venados, jabalíes y conejos que habían matado durante su vida para traer algo de comida a la familia.

De todas maneras, los piratas tenían muchísima más experiencia que ellos (a excepción de Dina y los soldados) en la guerra, y probablemente hubieran finalmente logrado hacerse del control del barco, si no hubiera sido por lo que le sucedió al capitán pirata cuando puso pie en el *Victoria.*

Apenas llevaba dos pasos en cubierta, cuando el capitán de los piratas resbaló en un charco de sangre. Se fue de espaldas y se pegó fuerte en la nuca, quedando momentáneamente desorientado.

Esos pocos segundos que duró su desorientación fueron suficientes para que un chico de apenas unos diez años —que blandía un hacha demasiado grande para él, pues era un joven flaco y desnutrido— se acercara al pirata y, casi sin querer queriendo, hizo descender el filo de la hoja justo por debajo de la protuberancia laríngea del filibustero. La fuerza de la gravedad hizo el resto, pues la cabeza del hacha pesaba lo suficiente para que, al descender sobre la piel y el hueso, no encontrara resistencia suficiente, por lo que el cuello del capitán quedó dividido en dos partes. La una, adjunta al cuerpo, la otra, a la cabeza.

El resto de los corsarios, al ver el cuerpo de su capitán privado de su cabeza, y por lo tanto de su ánima, decidieron que era mejor emprender la retirada. Y tan rápido como abordaron el *Victoria,* lo abandonaron.

Aunque el barco quedó herido de uno de los costados por el espolón enemigo, no se fue a pique, y lograron repararlo lo suficiente, con madera y brea, como para llegar hasta el puerto, gracias a los dioses.

En la refriega murieron seis piratas y cuatro del *Victoria:* tres hombres y una mujer. Su abuelo quedó herido en el codo de la mano izquierda, un tajo feo pero que fue tratado inmediatamente, por lo que no perdería el miembro.

—¿Qué se te antoja para cenar? —le dijo su abuelo, agitando suavemente las riendas.

—No sé —dijo. Se le hizo agua la boca. Tenía hambre.

—Piensa en algo.

—Caldo. O sopa. Eh… lentejas con carne.

Joneh-duné se rio:

—Pues haré una sopa de lentejas con carne.

Llegaron hasta uno de las imponentes entradas a la ciudad por el suroeste, una entrada de la muralla exterior. El portón era tan grande que unos diez carromatos podrían entrar al mismo tiempo, uno junto al otro.

Llegaron por allí de la cuarta hora después del mediodía, y las calles de Argoth estaban llenas de gente que iba y venía.

Extrañaba esto, pensó.

Su abuelo cumplió con la promesa, y esa noche cenaron la famosa receta secreta de lentejas con carne de Joneh-duné.

Aunque Dina vivía por su cuenta, estaba tan exhausta que accedió dormir en su antiguo cuarto en la casa de su abuelo. Era el cuarto que habitó sus primeros años de vida, siendo criada y trabajando con él en la herrería, antes de que ella se enlistara en el ejército.

El siguiente fue un día corto, puesto que tanto ella como su abuelo se despertaron después del mediodía. El cansancio era demasiado. Esa noche, sin embargo, Dina se despidió con un abrazo y se retiró hacia su propio hogar, no demasiado lejos de allí, como una media hora a pie.

Pensó que lo que más necesitaba era dormirse, para irse recuperando del cansancio de viajero. Pero repentinamente sintió un intenso deseo de beber un poco de aguardiente.

Se mudó de ropa, se ciñó una daga al cinto, y salió rumbo a la taberna de Tom el grande.

Encontró al tabernero como siempre, de buen humor, con un par de hombres frente a él riendo a carcajadas por un chiste que Tom acababa de contar.

Tom el grande era bajito, bastante delgado, sin barba, y con el ojo izquierdo parpadeando constantemente, un tic que tenía desde que Dina lo conocía, lo cual era de mucho tiempo. Esa había sido la taberna preferida de su abuelo, y lo era también de ella.

Tom, cuando la vio, abrió los ojos grandes, las cejas se elevaron en su frente, levantó ambos brazos y gritó:

—¡Por los dioses elementales! ¡Dina! ¡Dioses míos, estás de regreso!

No pudo ella evitar ruborizarse al encontrarse repentinamente siendo el centro de atención de la cantina. El tabernero le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

Los comensales regresaron cada quien a su comida, bebida, y conversaciones. En una esquina, un juglar seguía tocando su lira mientras cantaba sobre una mujer de ojos claros que le había partido el corazón.

—Dioses, qué gusto de verte, Dina. Por favor, vayamos a aquella esquina, conversemos un poco. ¿Tu abuelo…?

—Está bien. Ambos regresamos con bien.

—¡Alabado sea Torvos! —Y el fuego de la chimenea crepitó, como si Torvos, dios de dicho elemento, diera su aprobación al suceso.

Tan pronto se sentaron, un par de tarrones de aguardiente llegaron a la mesa.

—Te miras un poco diferente, Dina. Sigues siendo la misma mujer preciosa. Te lo he dicho antes, no he visto ojos tan esmeralda como los tuyos. Pero tienes el semblante más…, más duro.

—He visto más cosas estos años.

—Espero no te esté ganando el cinismo.

—No sé si ganando, pero por lo menos compitiendo por mi corazón —dijo pasándose los dedos por el cabello negro que le llegaba por encima de los hombros.

—Es la providencia de las dioses, Dina. He estado pensando en ti los últimos días.

—¿Y eso, Tom? —preguntó ella dándole un sorbo a su bebida.

—Pues tengo mucho qué contarte, querida mía. Mucho.

Dina entornó la mirada al ver el semblante del tabernero, pues una nube parecía haber pasado por los ojos de Tom.

Algo va mal, pensó ella.

9. FORTUITO

DEGOTH CAMINABA POR un sector abandonado de la ciudad de Argoth. Todas sus pertenencias, que no eran muchas, las llevaba en un bolsón de cuero que llevaba en la espalda. Además de eso, su espada y daga al cinto. Andaba con la ayuda de un báculo, envuelto en su manto café.

Había emprendido el camino de regreso junto con el maestro Slepten. Se despidieron el uno del otro casi al entrar a Argoth, acordando verse la próxima noche para planear los próximos pasos de la misión.

Llegó Degoth hasta esa torre abandonada que había sido su hogar antes de que saliera de la gran ciudad para vivir un tiempo en las montañas.

Cuando primero la encontró —años atrás— no tenía puerta principal. Así que eso fue lo primero que renovó antes de mudarse allí. Puso un portón metálico bien reforzado, que se abría con tres llaves. Esa era la única entrada, la otra manera sería escalar la torre por fuera y llegar hasta una de las ventanas de arriba. Pero incluso esas estaban aseguradas con barrotes.

Degoth revisó su alrededor y se cercioró de estar solo. Eran los antiguos hábitos.

Abrió los candados, después la puerta, y la cerró tras sí. Encendió una lámpara de aceite que dejaba al pie de las escaleras, y subió por ellas, evitando las diversas trampas que él mismo había colocado en diferentes puntos.

Llegó hasta arriba, a la puerta de madera que daba paso a su lugar de habitación. Esta puerta tenía picaporte pero sin candado, solamente tranca por el otro lado, la cual no estaba puesta. Corrió el picaporte y entró a ese lugar familiar, lleno de libros por todas partes y su camastro en una esquina.

Le tomó dar un solo paso para saber que su habitación estaba comprometida.

Degoth era el tipo de persona que vivía en una desorganización organizada. Aunque había por todos lados libros, pergaminos, armas, frascos, velas y demás cosas en el suelo, sobre mesas, armarios, y taburetes, recordaba relativamente bien dónde había dejado cada uno de ellos. Su mente funcionaba así.

La primera pista visual fue su mesa grande, frente a la ventana, con unos ocho libros sobre ella, todos abiertos. Recordaba perfectamente haber cerrado dos. Así que, salvo que los libros tuvieran ahora propiedades automáticas, alguien los cerró.

Con un movimiento de los codos lanzó la capa hacia atrás de los hombros, y apenas había desenvainado (su espada haciendo ese familiar sonido metálico que cortó el silencio de la noche) cuando una sombra se acercó con rapidez hacia él, el acero de la espada enemiga reflejando la luz de la linterna que Degoth llevaba en la mano izquierda.

El atacante, un hombre vestido de negro, delgado y completamente rapado de la cabeza, embistió con fuerza, pero el guerrero dragón se defendió con un rápido movimiento de la espada, para luego dar un salto a la izquierda y así tener más espacio para movimiento.

Detrás del atacante, en una esquina, se encendió una linterna, revelando a un segundo

agresor.

Son dos, maldita sea, pensó.

El segundo —vestido también con ropa oscura, y siguiendo la misma moda de su compañero con respecto al estilo de cabello, o en este caso, la ausencia de él—, dejó la linterna en un buró, para luego empuñar una daga mediana.

Teniendo ya una segunda fuente de luz, Degoth optó por usar su lámpara como arma. La lanzó con fuerza a su enemigo, el cual, al no esperarse ese proyectil, recibió el impacto en la cara, al mismo tiempo que gritaba un par de juramentos.

El guerrero dragón atacó entonces con tres estocadas rápidas, las primeras dos hábilmente defendidas, pero la tercera logró cortar el muslo izquierdo del rapado.

Para entonces el segundo estaba ya casi sobre él. Degoth desenfundó la daga con la izquierda, teniendo ahora un arma en cada mano.

El segundo, si bien no tenía cabello en el cráneo, sí llevaba una barbita en forma de triángulo invertido por debajo de su labio inferior. Atacó este con su daga, y Degoth se defendió haciendo cruz con sus aceros, y le dio una patada en la boca del estómago.

El de la barbita trastabilló hacia atrás y apunto estuvo de caer de sentadera.

—Aprovechen bien el tiempo y dense a la fuga, si quieren vivir —les dijo. Desabotonó la correa de su alforja, que cayó al suelo detrás de él.

¿Cómo habían logrado entrar? Esa torre era una pequeña fortaleza. Pero la respuesta le llegó casi al mismo tiempo que su mente la formuló. Sintió la brisa fresca de la noche corriendo por el cuarto. Significaba eso que de alguna manera escalaron la torre por fuera, rompieron los barrotes y abrieron las persianas de madera.

No eran, entonces, ladrones comunes y corrientes, que fue lo primero que había pensado. Se requería paciencia y pericia para romper los barrotes, sobre todo a esa altura. Se preguntaba sobre el método. ¿Cómo lo lograron? ¿Con algún tipo de explosivo?

Los dos negruzcos se miraron de soslayo y atacaron al mismo tiempo. Un ataque bien coordinado que sin duda practicaron antes. De no tener un acero en cada mano, habría sido atravesado. Pero logró defenderse, los empujó con fuerza hacia atrás y empleó su arma secreta: magia.

Primero se enlazó con el aire y, formando un torbellino, lanzó al de la barbita dando giros hacia arriba, estrellándose en el techo y cayendo pesadamente en el suelo. Arremetió contra el otro, quien sangraba de la nariz por el golpe de la linterna. Luego con la mano izquierda, sin importar que empuñaba la daga, enlazó el fuego de la linterna sobre el buró, y una esfera de fuego surcó por el aire y explotó en la espada de su contrario, quien abrió los ojos sorprendido no solamente por el fuego en su espalda, sino también por tener un mago frente a él. Después de todo, la magia y la hechicería estaba prohibida en todo el reino, y los hechiceros eran cazados implacablemente por los inquisidores. Por si eso no fuera poco, ¿quién había escuchado de un guerrero dragón que fuera también mago?

Pero mago Degoth era; y le atravesó el corazón al otro, la punta de la espada saliendo por el dorso, y después le clavó la daga al cuello.

El de la barbita se ponía de pie.

—¿Quién eres? —le gritó el guerrero dragón.

—¿Quién eres *tú*? —preguntó su enemigo asombrado, su rostro ensombrecido, pues la luz le daba por la espalda.

Degoth hizo girar su espada en la mano derecha, preparándose. Era imposible que esto fuera una emboscada. Nadie sabía que regresaría, mucho menos que regresaría ese día en específico y

a esa hora. No, este era un evento fortuito. Ellos habían entrado a su torre para robar algo, o para recabar información. Cosa que le preocupaba, y le preocupaba bastante, porque esa localización era secreta. Había sido cuidadoso en conservar en estricta confidencia su lugar de estudio y reposo. Pero de alguna manera allí estaban.

Debo capturarlo con vida, pensó, *para sacarle información.*

Apenas dio unos pasos en dirección de su enemigo cuando este musitó algo entre dientes y comenzó a tornarse transparente. No completamente. Era como ver una figura hecha de cristal que se movía con la facilidad de un ser humano.

—No eres el único mago aquí —dijo con una sonrisa en su voz. La figura entonces de tres zancadas llegó hasta la linterna, y la apagó.

El cuarto se envolvió en tinieblas.

10. AVERIGUARLO

—¿CUÁNTO TIEMPO HA desde que saliste de la ciudad —le pregunto Tom a Dina.

—Como tres años desde que salimos.

El tabernero sacudió la cabeza:

—¡Vaya, el tiempo vuela!

—Es increíble, pero verdad. Primero fuimos, mi abuelo y yo, a Zimireth, nos quedamos allí casi medio año. Allí en caravana al oeste, rumbo al mar. Nos hicimos a la mar en Lerdatán, y navegamos a Nureph. Mi abuelo tiene allí familia lejana, y nos quedamos con ellos un rato, disfrutando de la isla, el mar, los mariscos.

—¡El tabaco! ¡El vino!

—Tabaco y vino, sí, también —respondió ella con una sonrisa.

—¿Allí se quedaron?

—No. Nos hicimos a la mar, y visitamos las islas del Gran Mar.

—¿Llegaron hasta las antiguas tierras? ¿El viejo mundo?

—No —respondió ella, quizás demasiado rápido, pues era una mentira. Efectivamente, navegaron más allá de las islas hasta llegar a las llamadas antiguas tierras, lo que miles de años atrás había sido el reino de Regarot, y que ahora era habitado por monstruos y una multitud de tribus y clanes, la mayoría de ellos nómadas. Tierras peligrosas, sin ley, sin gobierno. Tierras que nadie se atrevía a visitar, a menos que tuviera un propósito muy específico.

Y ella y Joneh-duné habían tenido un propósito bastante específico…

—Pasamos la mayoría de nuestro tiempo en la isla de Karkactu.

—He escuchado sobre ella. Dicen que es un paraíso.

—Algunos poetas afirman que los jardines eternos serán tan solo un poco más hermosos que Karkactu. Exploramos la isla entera, comimos, bebimos, nos gastamos nuestra pequeña fortuna, y decidimos regresar.

—Algún día, quizás algún día pueda yo… —Se quedó Tom pensando, imaginando cómo sería su vida en una isla.

—¿Y entonces, Tom? ¿Me vas a decir?

—Sí, sí… —El tabernero miró a su alrededor. La cantina estaba repleta, todos hablaban en voz alta, reían, o cantaban al unísono con el juglar. Tom se inclinó hacia adelante, y Dina lo imitó—: Ya sabes que, por la razón que sea, me entero de todo. O por lo menos de mucho.

—Sí —respondió ella.

Tom el grande tenía conexiones con todo tipo de personas. Sabía tantos secretos que a Dina le sorprendía que siguiera con vida. El tabernero había aprendido a navegar las aguas de los secretos por medio de poderosos amigos y mucha cautela.

—No soy un hombre chismoso, Dina. Tú lo sabes. Pero soy un, digamos, guardián de información. En muchos casos, lo prudencial es quedarme con la información que recibo. Pero en otros, lo mejor es hacerla llegar a aquellos que la necesitan o pueden hacer algo al respecto. Y

en este caso, tiene que ver con un hechicero.

Dina sintió un escalofrío al recordar que ella, hace tres años, se enteró de la existencia de un hechicero que nunca imaginó: Degoth ek'Degoth tisdita, el guerrero dragón. Desde ese entonces no lo había vuelto a ver. Decidió que guardaría ese secreto, pero no se sentía cómoda trabajando con alguien que era un caballero de la Orden del Dragón, y al mismo tiempo un hechicero, un practicante de la magia prohibida.

Solo esperaba que Tom el tabernero no le fuera a decir precisamente eso, que el secreto de Degoth había pasado de alguna manera a ser de su conocimiento.

Tom susurró:

—¿Sabes quién es Mergante ek'Koleth?

Dina sintió un alivio al saber que no se trataba de Degoth.

—Sí —dijo ella—. Famoso hechicero. Encarcelado hace… ¿treinta años?

—Veinte, más bien —rectificó Tom—. Todos han escuchado de Mergante. Su nombre es legendario. Las abuelas cuentan su historia para asustar a los niños. «Si te portas mal te encerrarán en el calabozo de Garleón con Mergante» y todo eso.

—«Mergante te convertirá en serpiente».

—Eso, eso. Pues bien, aunque Mergante es un nombre conocido, no muchos reconocen otro: el de Zoldán.

—¿Zoldán?

—¿Te suena familiar?

—No.

—Pues bien. Zoldán fue lugarteniente de ek'Koleth. De hecho, lo encarcelaron junto con su amo en Garleón. Es un hechicero poderoso, también. No tanto como su amo, pero es un brujo peligroso. La cuestión es esta: corre un rumor, que todavía no he podido verificar por completo, pero cuya fuente es confiable. El rumor es que Zoldán anda por aquí. En Argoth.

—¿Cómo que anda por aquí?

—Merodeando en las sombras.

—¿No dijiste que había sido encarcelado junto con su amo?

—Eso dije.

—Entonces… ¿fue liberado? Imposible.

—Imposible, correcto. Fueron encarcelados de por vida. Por lo tanto, usé mis contactos para mandar un mensaje hasta la prisión de Garleón, y me dijeron que Mergante y Zoldán siguen allí, cautivos.

—¡Menos mal! —dijo ella.

—Sin embargo… —Se quedó el tabernero en silencio un momento, como perdido en sus pensamientos. Agregó—: El día de ayer recibí una visita. No te puedo decir quién era. Pero lo que me dijo me tiene muy preocupado.

—¿Piensas que yo puedo ayudar?

—Sí, eso pienso. Tal vez tú y tu compañero, el dragón.

—Tengo tres años sin verlo.

—Te aseguro que querrás buscarlo.

—Pues dime, que me tienes en ascuas.

—Al parecer Zoldán sí está aquí. No solo eso, sino que tiene en su posesión un mapa secreto. Es un mapa del castillo real. No estoy seguro para qué lo quiere, pero ese mapa incluye todos los pasadizos secretos del castillo.

—¿Crees que la reina está en peligro?

—Por supuesto que lo creo. Puede ser que el hechicero quiera el mapa para alguna otra cosa, para robar algo, posiblemente. Pero si fuera yo, lo querría para llegar hasta la reina y hacer con ella lo que quiera. Matarla, secuestrarla, ¿quién sabe?

—¡Pero Zoldán está encerrado! Debe ser un error.

—No, Dina, no lo creo. Eso tendrás que averiguarlo tú. Pero sospecho que no solamente se ha escapado Zoldán. Si él está fuera, también lo está Mergante.

Dina sintió un escalofrío. Dijo:

—Pero eso no lo sabes… No lo sabes, ¿verdad?

—Eso no lo sé. Pero tengo un presentimiento. De todas maneras, incluso si no fuera Zoldán, alguien tiene ese mapa. Algo se debe hacer.

—Concuerdo.

Dina no tenía ni la más remota idea de dónde estaba Degoth tisdita. Ni siquiera sabía dónde vivía. Por supuesto, había dos lugares donde podía buscar, dos personas que conocían bien a Degoth: el alquimista y el bibliotecario. Iría primero con Rafel, el alquimista. Además, le haría a ella bien visitar de nuevo al viejo sabio.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando notó a dos hombres que acababan de entrar por la puerta y parecían inspeccionar la taberna. Ambos vestían de negro, túnicas cortas de cuero que les llegaban hasta la rodilla, con botas altas del mismo color. Uno llevaba espada en la espalda, y el otro una hacha al cinto. Los dos iban con la cabeza rapada.

11. ACERCA

TRES AÑOS.

Más de mil días.

Todos y cada uno de ellos había Degoth entrenado para incrementar y afinar sus poderes en el uso de la magia. Eran varias las capacidades que tenía Degoth, en especial la manipulación del aire, y en menor medida la manipulación del fuego. También, algunas veces recibía premoniciones, como un agorero. Aunque esto último no sucedía muy a menudo.

Cuando decidió recluirse en las montañas de Ralgesh, una de sus metas, incluso podría decirse que la primordial, era de una vez por todas dominar el arte de la magia. No podía continuar siendo tan solo un «amateur».

Así que cargó un carromato con varios preciados libros, los cuales estudió minuciosamente. (Libros que, por cierto, dejó ocultos en una cueva). Además, pasó mañana tarde y noche ejercitando las técnicas del control de los elementos. De esa manera logró controlar el fuego con casi la misma pericia que el aire. No solamente eso, sino que al perfeccionar diversas técnicas, aprendió otros aspectos de la magia que nunca había descubierto dentro de sí.

Por ejemplo, si se concentraba bien, lograba agudizar sus cinco sentidos, de manera que podía percibir la presencia de una persona incluso sin verla.

Como por ejemplo el hechicero que había apagado la lámpara y se aproximaba rápidamente, con daga en mano.

Mientras su agresor recorría a zancadas el espacio entre ellos, Degoth respiró hondo para concentrarse, para restablecer su energía interna.

Es verdad que el de la barbita se había vuelto translúcido, pero no desaparecido por completo. Es decir, no era un fantasma. Por lo tanto, lo oyó venir. Escuchó su respirar agitado, y el cortar del aire que hizo la daga al prepararla para incrustarla en él.

Aunque ciertamente estaba el cuarto en penumbra a falta de fuego, la oscuridad no era absoluta, pues lograba entrar un poco de iluminación plateada por las ventanas.

Indudablemente su enemigo contaba con eso. Degoth no podía verlo, pero él podía vislumbrarlo, aunque fuera un poco, y eso era una ventaja.

Así que dio cuatro saltos, alejándose del ataque. El asesino, sorprendido, lanzó un juramento de enojo. Degoth ahora estaba en el rincón más oscuro de la habitación, alejado de las ventanas.

Ahora, ni tú ni yo, pensó. *No te veo, no me ves.*

El de la barbita se acercaba, a juzgar por la respiración, tanteando, lanzando tajos al aire. Degoth no tenía que saber exactamente la localización del otro para mandarle un golpe de aire. Extendió sus manos con fuerza y se hizo una explosión de viento.

El hechicero salió expelido y se estrelló contra la pared contraria, cerca de la puerta.

Corrió hacia su enemigo, calculando por el sonido del golpe dónde debía estar tirado en el suelo, y clavo su espada hacia abajo. Sintió que entraba en piel, y el de la barbita gritó de dolor y reapareció.

Tenía la espalda clavada en la ingle. Le sacó el acero y lo reintrodujo en la boca del estómago. Incluso con eso, el asesino hizo un intento por hincarle la daga, pero Degoth de un tajo le cortó la muñeca.

—¿Quién te envió?

No fue necesario ponerle la punta de la espada en la garganta, pues evidentemente de esta no iba a salir. El hombre, sin embargo, no parecía listo para hablar, pues gritaba de dolor mientras se intentaba tapar el corredero de sangre que emanaba de donde momentos antes había estado su mano.

—Puedo incrementar tu dolor. Así que dime: ¿qué hacían aquí? ¿Qué buscaban?

El asesino lo miró, desafiante. Tenía la cara pálida. Tosió fuerte, expulsando sangre que le salpicó a Degoth en el pecho.

Perdía mucha sangre. Moriría pronto. Ahora, con los ojos un poco más acostumbrados a la semioscuridad, pudo ver la fisonomía del moribundo.

Era joven. Unos veintitantos. De piel blanca y nariz puntiaguda. Labios delgados, con los que esbozó un intento de sonrisa, enseñando los dientes manchados de rojo.

—Te manda saludar el Gran Vidente —dijo, casi en un susurro—. La gran revelación se a…, se a…

Perdió la vida sin terminar la oración y sin cerrar los ojos. Con la boca todavía abierta, deletreando con los labios la letra «a».

—Maldita sea —dijo Degoth.

Se quedó allí de pie, perdido en sus pensamientos. Luego fue y encendió cuatro lámparas, llenando de luz el lugar.

Fue a inspeccionar el primer muerto, que estaba tirado cerca del centro del aposento. Reposaba en el suelo con las piernas en un ángulo extraño, la sangre todavía brotando del cuello y pecho. No encontró que llevara algo en su túnica que pudiera darle alguna pista. Ni siquiera bolsa de dinero.

Después revisó el segundo, pero lo mismo.

«Te manda saludar el Gran Vidente. La gran revelación se a…».

Acerca, pensó.

Vaya desastre. Tendría que deshacerse de los cuerpos. No le preocupaba que alguien hubiera escuchado el sonido de la pelea, o los gritos del moribundo. Su vivienda había sido seleccionada en parte por estar lejos de oídos y ojos curiosos. Pero no podía dejar dos cadáveres para pudrirse allí. Los iría a lanzar a un abandonado pozo de agua bastante profundo que había ya usado antes para… para deshacerse de cosas.

Le dolía tener que abandonar la torre. Evidentemente no podía seguir allí. Por el Creador, ¿encontraría otro lugar como este?

Puso los puños sobre la cadera, pensativo. Primero, deshacerse de los cuerpos. Y segundo, buscar información. No estaba del todo seguro si la visita de estos asesinos-ladrones estaba relacionada con el hechicero Mergante, pero estaba casi seguro que sí por lo que había dicho el último: el Gran Vidente.

Ese era uno de los apodos de Mergante ek’Koleth.

Quizás así había encontrado su guarida, por medio de la clarividencia. Porque Degoth había sido en extremo cuidadoso. De todas maneras, lo encontraron.

Los asesinos buscaban algo, algo entre los libros, alguna información que pensaban que él tenía.

Manos a la obra, pensó

12. HECHICEROS

—¿QUÉ PASA? —LE dijo Tom el tabernero.

—¿Estás armado? —preguntó ella.

—Siempre.

—Acaban de entrar dos calvos por la puerta.

—¿Cómo que dos calvos?

—Dos hombres sin cabello.

—Ah, literalmente, calvos.

—Literalmente calvos.

—¿Y…?

—Me dan mala espina. Están inspeccionando la taberna, pero no parecen buscar una mesa. Buscan a alguien.

—Dime si se acercan.

—Acaban de mirar en esta dirección. Están hablando entre sí. Ahora caminan hacia nuestra mesa —dijo Dina poniendo la mano sobre el pomo de la espada.

Cuando estaban a unos tres pasos de distancia, Tom se giró en su asiento para mirarlos.

—¿Qué se les ofrece, caballeros? —dijo el tabernero—. Me temo que tenemos lleno hoy. Quizás tengan que regresar después.

—Buscamos a Tom el grande —dijo el que llevaba la espada en la espalda. Era un hombre musculoso, con una barba de candado.

Algunas de las mesas cercanas comenzaron a hablar en voz un poco más baja. Dina se percató que miraban a los forasteros de reojo, y más de uno echó el manto hacia un lado a la altura de la cadera para poder desenvainar con rapidez en caso de que se necesitara.

—¿Quién lo busca? —preguntó Tom.

—Zoldán. Tengo un mensaje para él.

Dina se tensó. *Jorgot*, maldijo en su mente.

—Tú eres Zoldán, ¿eh? —preguntó Tom.

—El mismo. ¿Nos conocemos?

—No. Pero tu reputación te precede.

—Eso me han dicho. Y bien, ¿Tom?

—¿Tom? Tom no está. Puedes darme el recado, y se lo haré llegar.

—Es privado.

—Estamos entre amigos —dijo Tom apuntando con las palmas a su alrededor.

—Tendré que insistir en hablar con Tom en privado. Si gustas, amigo, pudieras acompañarnos hacia afuera para darte el mensaje, y después podrás regresar aquí de nuevo y seguir disfrutando de tu conversación con esta bella dama.

Tom enarcó las cejas:

—Vaya, gracias por tu generosidad. Son un par de caballeros, ¿eh, Dina?

Dina se quedó en silencio, analizando cuidadosamente el lenguaje corporal de los dos de negro. Zoldán se veía relajado, pero el del hacha, un poco tenso. Normalmente uno podía adivinar, por el puro lenguaje corporal, cuando una persona estaba lista para sacar una arma.

—Sin embargo —continuó Tom—, tendré que rechazar tu oferta. Les doy las gracias, y que tengan un buen día.

Zoldán dio un paso hacia la mesa y puso su mano sobre el hombro del tabernero.

—Vamos, amigo, acompáñame, que todo será más fácil.

Tom miró primero la mano que le sujetaba, y después a los ojos del hombre:

—Tienes exactamente cinco segundos para quitarme la mano de encima antes de que la pierdas, forastero.

De la mesa contigua se levantaron tres hombres, grandes, quienes inmediatamente desenvainaron las espadas, el sonido metálico produciendo un silencio en la taberna. Uno de ellos dijo:

—Ya escuchaste a Tom, forastero. Se largan, o se mueren.

El de negro levantó ambas manos, como rindiéndose, con una extraña sonrisa en los labios.

Dina se percató que ella tenía la empuñadura aferrada entre los dedos, el corazón palpitando con fuerza.

—Tranquilos, amigos —dijo Zoldán—, hemos terminado aquí.

Eso pareció tranquilizar a todos, pero solo un poco. Porque justo al terminar de decir la última palabra, se formó una esfera de energía ligeramente por encima de los dedos de la mano derecha del hombre.

—Tom, ¡cuidado! —alcanzó a decir Dina mientras desenfundaba.

Tom el grande tenía reflejos de gato, porque aunque estaba a pulgadas del hechicero, esquivó la orbe luminosa que, rozándole el cuello, explotó en el pie cercano de un hombre que soltó tremendo aullido.

Dina estaba ya de pie, con toda la intención de atravesarle las costillas a Zoldán, pero se interpuso el compinche, el del hacha.

Antes de que pudieran chocar aceros, el del hacha extendió su mano izquierda y Dina sintió como si alguien le pegara en el pecho con un enorme mazo invisible. Salió expulsada hacia atrás.

Por los dioses, son hechiceros los dos.

Le faltaba aire. No podía inhalar. El golpe había sido fuerte.

De repente logró inspirar, como alguien que se ahogaba y sale a la superficie.

Se puso de pie, jadeando, pensando que vería a Tom muerto, pero no. Se había escabullido. No se veía por ningún lado.

Bien hecho, Tom.

Mientras, Zoldán, visiblemente molesto, lanzaba una llamarada de fuego en contra de por lo menos diez hombres que buscaban acorralarlo.

El del hacha venía hacia ella.

Yo también tengo un arma secreta, se dijo.

Cerró los ojos, puso su mente en blanco, y recitó las palabras del encantamiento: *«Nored elca semet»*.

La reliquia protectora que llevaba atada a su cuello se activó. Lo supo porque sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero.

El del hacha, de nuevo, extendió su mano izquierda, pero esta vez su poder no tuvo efecto. Se detuvo, sorprendido.

Dina atacó con un grito de furia.

En el último instante su enemigo desvió su espadazo, pero después de dos o tres golpes Dina supo que quizás era buen hechicero, pero no buen espadachín. El otro también se dio cuenta que estaba frente a un enemigo más fuerte y que, sin la ventaja de la magia, no podría derrotarla. Así que se dio la media vuelta para darse a la fuga, pero Dina no dejaría que se escapara tan fácilmente, así que lo persiguió y le dio un tajo vertical en la espalda. El hechicero cayó hacia el frente, de rodillas, y otro hombre le estrelló una silla en la cabeza, reventándole la frente.

—¿Dónde está el tabernero? —gritó Zoldán sin ver a su compañero, que ahora se retorcía en el suelo, los ojos desorbitados, la sangre saliendo a borbotones, muriéndose.

A su alrededor, tirados, unos seis hombres muertos, dos de ellos con el cuerpo en llamas. Pero no todos se habían acobardado, sino que unos diez permanecían en la taberna, resguardados detrás de mesas volteadas, todos con algún arma en mano.

Dina corrió hacia Zoldán, esperando tomarlo por sorpresa y clavarle la espada en la espalda. Zoldán, como por un sexto sentido, miró por encima de su hombro, la vio venir, y se defendió del ataque.

La sargento hizo espacio y adoptó posición de defensa. El hechicero levantó la mano izquierda, los dedos como garras, formando una esfera luminosa en la punta de los dedos, la cual lanzó con fuerza.

Ella, con un giro de la espada, destruyó la bola de energía, que se deshizo en cien pedazos.

Zoldán entrecerró los ojos, preguntándose si tenía frente a él a una hechicera o a una portadora de alguna poderosa reliquia.

Dina jadeaba. Efectivamente, la reliquia la protegía, sin embargo, su energía interna disminuía. Cada vez que el amuleto que llevaba al cuello era usado para defenderse de un ataque mágico, ella sentía como si hubiera corrido media legua.

Esa reliquia era la razón por la cual ella y su abuelo se atrevieron a ir a las tierras del antiguo Regarot. A buscar la reliquia del pendiente azul, que llevaba al cuello, escondida detrás de su blusa. Era un viaje que, francamente, quería olvidar. Demasiada sangre. Demasiados muertos. De los tres años que habían estado fuera del reino de Argoth, casi ocho meses los dedicaron a la búsqueda de dicha reliquia. Ocho largos meses en los cuales varias veces estuvieron apunto de perder la vida.

Sigilosamente, un comensal de semblante peligroso lanzó una daga al aire que se clavó en la espalda de Zoldán, quien dando un alarido decidió que ese era el momento para salir de allí. Dando zancadas, abandonó el lugar.

Hubo un momento de silencio, en el que todos esperaban para ver si el hechicero cambiaba de opinión y decidía regresar. Pero eso no sucedió.

—¿Alguien ha visto a Tom? —preguntó Dina, pero nadie respondió. Más bien, la miraban con ojos de asombro o miedo.

—No soy hechicera —dijo antes de marcharse.

13. PROBLEMA

NECESITO DESCANSAR, PENSÓ Dina al salir.

Recitó las palabras, *nored elca semet,* para neutralizar el poder mágico de protección.

Fue como si le quitaran un peso de los hombros.

Se sentía exhausta. Era la primera vez que usaba la reliquia —el pendiente— en un combate, y no estaba preparada para ello. Le temblaban las rodillas y sentía náuseas. Caminó unos cinco pasos y vomitó en una esquina.

—Esto no me lo esperaba —dijo ella en un susurro, la voz ronca.

Quería buscar a Tom, y por supuesto, tenía que encontrar a Degoth, si es que andaba en la ciudad. Podía intentar encontrar al tabernero en su casa, pero dudaba mucho que estaría allí. Y en cuanto al guerrero dragón…

Descansar. Descansar primero.

Entró en el primer mesón que encontró. Era pequeño pero, por fortuna, tenía una habitación disponible en el segundo piso. Una habitación con llave, gracias a Merne. Aunque una habitación con seguridad era un poco más costosa, siempre lo prefería. Le dieron la llave y el candado, para que lo pusiera en el pasador por dentro.

Entró a la habitación, aseguró la puerta, y ni siquiera encendió la lámpara. Se lanzó en la cama y se quedó profundamente dormida, con la ropa y botas puestas.

Despertó al siguiente día y, al asomarse por la ventana, pensó que debía ser casi mediodía. Tenía que salir de allí para que no le cobraran extra.

Descendió al primer piso y preguntó al posadero si había algo para desayunar.

—Es un poco tarde. Ya estamos por comenzar la comida —respondió el hombre, alto y de barriga prominente—. Pero le diré a Mergerit que te prepare unos huevos. Con tocino por medio darí más, con jugo de naranja por un darí extra.

—Con tocino y con el jugo, por favor.

Le dolía la cabeza. Se sentó en una mesa y, poco tiempo después, llegó el desayuno humeante y que olía delicioso. Era la única en el comedor.

Comió de buena gana, y fue recobrando las fuerzas.

Término, pagó, y salió.

Afuera comenzaba a nublarse el cielo. Sin perder más tiempo, se puso en marcha rumbo a la torre del alquimista, el noroeste de donde ella estaba, como a una legua de allí.

Poco más de una hora después, subía las escaleras de la torre siendo guiada por Lemet-el-edín, el hombre de baja estatura, de raza inutsze, que era socio de Rafel el alquimista.

Subió las escaleras de piedra, y pronto se sentía de nuevo cansada. Lo mismo le pasó la última vez. ¿Cuántos escalones eran? No sabía, pero serían más de trescientos.

La puerta estaba abierta. Lemet-el-edín entró y sin decir palabra fue a sentarse a su escritorio, tomó una pluma, la mojó en un tintero, y continuó su trabajo de copiar un manuscrito.

El cuarto, redondo con un techo en forma de cono, estaba en penumbra, con todas las

ventanas cerradas. Varias velas y lámparas encendidas, por aquí y por allá, lanzaban su luz irregular que llenaba el lugar de diversas sombras.

Rafel el alquimista la recibió de pie, con una sonrisa.

—Gusto verte de nuevo, Dina ek'Ordeh.

—El gusto es mío, maestro Rafel.

—Siéntate, por favor —le dijo apuntándole una silla frente al escritorio atestado de libros.

—¿Te ofrezco algo? ¿Un poco de vino rebajado? ¿Una pipa? Acabo de recibir tabaco de Zehuesti, de lo mejor que hay.

—Gracias, maestro. Acabo de comer algo, así que estoy bien.

El alquimista asintió. Tenía ojos grandes y la nariz y labios torcidos, una mueca perpetua. Acercó una silla para sentarse cerca de ella.

—¿Me permitirás encender mi pipa?

—Adelante, maestro. Está en su casa —dijo ella, sonriendo. El alquimista soltó una risilla.

Habiéndola encendido, la chupó y exhaló el humo. Volvió a chupar la pipa, disfrutando.

—Te lo vuelvo a repetir, Dina ek'Ordeh. Este tabaco es de lo mejor que hay. Incluso Lemet-el-edín está de acuerdo. Él no fuma, si puedes creerlo, pero no se ha quejado del olor, lo que significa que no le molesta.

Lemet-el-edín gruñó en respuesta.

—Te preguntaría qué te trae por aquí, sargento, excepto que ya lo sé.

—¿Sí?

—Por supuesto. Mergante ek'Koleth.

—¡Sí! ¿Pero cómo…? Quizás en lugar de alquimista es usted agorero.

—Ni uno ni otro —le respondió Rafel—. Pero tengo buenos informantes. Hagamos esto. Dime primero tú lo que sabes, después te lo diré yo.

—La verdad es que no sé mucho. Acabo de llegar.

—¿Cómo les fue en el Gran Mar?

—¡Por los dioses elementales!

—No te sorprendas, sargento. Tengo buenos amigos en el puerto de Lerdatán.

—Buenos amigos y muy chismosos.

—Hay dos tipos de amigos que me interesa tener. Los buenos amigos que no dirían nada, ni siquiera bajo tortura. Y los que están dispuestos a decirme absolutamente todo.

—Pues nos fue bastante bien. Anduvimos disfrutando de navegar por el mar, ver las islas, ya sabe.

—¿Encontraste cosas interesantes, quiero pensar?

—Algunas, sí —respondió ella con cautela. No es que no confiara en Rafel. Por el contrario, le tenía plena confianza. De todas maneras, tener una reliquia en su posesión era una cuestión delicada. Prefería mantenerlo en secreto. Cambió el tema—: Al llegar a Argoth, tuve un encuentro con Tom el grande.

—Ya veo. Fue él quien te dijo sobre el hechicero y su lugarteniente.

—Sí. Y sobre el mapa.

—Correcto. El mapa.

—Yo pensaba que Tom estaba loco. Mergante y Zoldán están encerrados, o por lo menos, eso pensaba yo.

—¿Ya no piensas eso?

—Dejé de pensarlo cuando Zoldán entró en la taberna.

El alquimista enarcó una ceja:

—¿Pero qué dices?

—Así como lo escucha, maestro. —Dina sintió un escalofrío de gusto al darle al alquimista información que no tenía. Le parecía que Rafel era el tipo de persona que ya lo sabía todo—. Entró buscando a Tom.

—Dime por favor qué no lo mató.

—No, gracias a los dioses. Por lo menos, no en ese momento. Tom huyó con vida, y espero siga vivo.

—Me aseguraré de ello.

—Tom me dijo que buscara a Degoth ek'Degoth, para ver si juntos deteníamos a Mergante antes de que intentara hacer algo contra el reino, o la reina.

—No es una mala idea. Sobre todo porque fui yo el que se lo sugirió a Tom. De hecho, fui yo el que le dio toda esa información a Tom, esperando que pudiera dártela a ti.

—Pero tenemos un problema, entonces.

—¿El problema es…?

—Que no tenemos el mapa, y tampoco tenemos a Degoth. No lo he visto en tres años, y tú lo conoces bien. Pudiera estar en la ciudad, o pudiera estar en algún rincón del reino. ¡Pudiera estar sin vida, los dioses lo impidan!

—De lo primero, tienes toda la razón: no tenemos el mapa. De lo segundo, sin embargo, hay una solución inmediata —dijo apuntando a su derecha.

Emergió de las sombras una figura que ella no había visto, que no notó antes.

—Gusto verte de nuevo, sargento —dijo Degoth.

14. BÚSQUEDA

—¡DEGOTH! —GRITÓ DINA, contenta. Luego se sonrojó, sin saber qué hacer. El guerrero dragón era un hombre serio, y abrazarlo no sería apropiado. Tenderle la mano, ¿demasiado informal?

—Un placer verte de nuevo, sargento —dijo Degoth ofreciéndole la mano, la cual ella estrechó—. Me da gusto que estés bien, sobre todo después de tres años de travesías.

—Merne estuvo con nosotros, bendita sea ella. —Pensó en preguntarle sobre él, pero decidió no hacerlo. Era una persona privada. De todas maneras, respondería de alguna manera esquiva. Se veía bien, eso sí. Fuerte. Aunque el semblante más duro, si eso era posible.

Dina pensó que quizás el reencuentro sería incómodo, pero no lo percibía así. La última vez que se despidieron ella pensó que no lo vería de nuevo, por varias razones. La principal siendo que ella se enteró —de sorpresa— que él era un mago, secreto que Degoth había mantenido por muchos años. Un secreto absolutamente mortal, pues si eso llegaba a saberse, indudablemente los iluminados lo mandarían a la hoguera, e intentarían encarcelarla a ella también, estaba segura, argumentando que ella sabía algo y no lo dijo. Hace tres años, ella pensó que lo mejor era que cada uno fuera por caminos diferentes. Y posiblemente seguía siendo lo mejor. Quizás. No estaba segura.

—Da la casualidad que Degoth ha venido por la misma razón —dijo Rafel.

—Es verdad que no tenemos el mapa —dijo Degoth—. Pero tenemos algo. Mira.

El alquimista tomó del escritorio un pergamino, el cual le dio a la sargento, quien lo examinó.

—Es un mapa parcial. Túneles —dijo ella.

—Así es —respondió Degoth—. El castillo real tiene varios túneles secretos, labrados en caso de que la realeza o los habitantes del castillo tuvieran que huir ante un asedio. Los túneles salen en diversas partes de la ciudad, y por lo menos uno de ellos se cree que llega hasta más allá de la ciudad.

—Este mapa registra un par de túneles —dijo Dina—. ¿De dónde salió este mapa? Tenerlo es…

—Ilegal —dijo el alquimista—. Pena capital por poseerlo, quizás solo por verlo. Es mío, por cierto.

—¿Y cuál es el plan? ¿Entrar al castillo? No sabemos cuándo entrará allí Mergante o Zoldán. No sabemos lo que pretenden, tampoco. Pudiera ser que ya están dentro, o que lo harán en un mes.

—Si ya están adentro, hay poco que podamos hacer —dijo Degoth—. Pero no esperarán un mes. No, lo harán en estos días. Sobre todo ahora que saben que estamos tras sus huellas.

Degoth entonces relató el asalto a su morada.

—*Forje shelta* —maldijo Dina—. ¿Cómo por Shaigón supieron dónde vives?

—Todavía no lo sé.

—¿Entonces… el plan…?

—El plan es entrar por el túnel y proteger a la reina.

—Mejor vayamos directamente con el jefe de la guardia real. Pidamos audiencia.

—El jefe de la guardia real tiene un ego más grande que la ciudad entera. Nos dirá que muchas gracias por avisarle, que ellos se encargan del resto. Si pedimos audiencia, nos la darán dentro de un mes, si bien nos va, incluso teniendo el favor de la reina.

—Pero si entramos al castillo y nos descubren, nos van a colgar.

—Solo si nos descubren, sargento.

—¿Y cómo avisaremos a la reina? No conocemos los pasadizos del castillo. ¿Andaremos deambulando por los pasillos llenos de guardias? Y si logramos encontrarnos con la reina, ¿qué haremos? Dará alarma y nos colgarán.

—¿Tienes una mejor idea?

—Estoy seguro que se me puede ocurrir alguna.

—Pues mientras tanto, deberíamos ponernos en marcha.

Dina se debatió unos instantes.

—*Jorgot* —dijo—. En marcha, pues.

———————

La entrada al túnel estaba como a tres millas de distancia. Salieron sin perder más tiempo, armados con espada, daga, y alforja con algunas pocas provisiones.

Aunque Dina había disfrutado mucho de las islas, al final, donde se sentía más cómoda era en la gran ciudad. Después de todo, ella era nacida allí, era una argotita.

Es verdad que la ciudad parecía un hormiguero, con gente por todos lados, calles laberintescas, callejones angostos, plazas grandes, templos a los cuatro dioses elementales por aquí y allá, y por supuesto, los olores de los animales y la gente… pero era su ciudad.

—Ya no soy sargento, por cierto —dijo ella, rompiendo el silencio.

—¿Cómo?

—Técnicamente ya no soy sargento. Llevo tres años sin ser parte de la armada.

—Me imaginé. Aunque estoy seguro que el comandante Balzin te dejará entrar de nuevo si se lo pides.

Ella hizo una mueca:

—Probablemente sí. Aunque no le gustó nada que me saliera. Nada. Al final lo entendió, aunque mi abuelo tuvo que, ya sabes, convencerlo.

Degoth asintió. Luego:

—¿Y estás bien?

—Fue la mejor decisión, sí.

—Eso es lo más importante, sargento.

—No tienes que decirme sargento.

—Lo sé.

Siguieron caminando, en silencio, hasta llegar al lugar. Era un templo en ruinas. Un edificio grande y derrumbado a medias. Tres de las paredes exteriores prácticamente intactas, pero la pared larga del este, completamente derrumbada. Tampoco tenía techo. Las paredes daban evidencia de incendio.

Entraron por el arco en donde, antiguamente, debió haber estado una enorme puerta. Atravesaron la nave, hasta llegar al final, donde habría estado el altar.

—Dónde estará la entrada —se preguntó Dina en voz alta.

—Busquemos.

Eso hicieron, examinando cada rincón del lugar, pero sin éxito. Si la entrada estaba allí, se había cerrado sin dejar rastro.

—Quizás en la parte de atrás, parece que había un jardín allí —dijo Dina.

Lo que había sido indudablemente un hermoso jardín estaba ahora completamente invadido por maleza y árboles silvestres.

Degoth sacó su espada y cortó entre la maleza, buscando en el suelo alguna pista. Dina lo imitó.

—Degoth, aquí hay algo. Parece una noria, un pozo de agua, pero está cerrado.

La noria estaba cerrada con una tapa de acero gruesa. Además, estaba asegurada a la piedra con un par de candados grandes y oxidados.

—Esta es —dijo Degoth—. Esta debe ser la entrada.

—Esos candados no los vamos a poder abrir ni con las espadas. Necesitaremos un mazo y pica. Quizás ni así.

El guerrero dragón se quedó pensativo, luego, sin mirarla, dijo:

—Dina, hay pocas personas que conocen mi secreto.

—Eh… sí —respondió incómoda.

—Muy bien; entonces, que no te sorprenda si uso magia.

Dicho eso, el dragón cerró los ojos y extendió sus manos hacia uno de los candados.

15. MAESTRO

DINA OBSERVÓ SORPRENDIDA.

El guerrero dragón tenía los ojos cerrados y las manos ligeramente extendidas hacia uno de los candados. Con los dedos hacía un gesto como de abrir un objeto invisible.

Al principio no sucedió nada, pero después el aire se hizo denso. Luego, el candado vibró, primero apenas un poco, después más, y repentinamente se abrió, rompiéndose el aro de cierre a la altura del eje.

—Por Zoroatán —dijo Dina, invocando al dios del aire.

Lo mismo se repitió con el segundo candado.

Degoth respiraba hondo, como si hubiera cargado algo pesado, pero en general se veía bien. Imaginaba Dina que lo que había hecho requería bastante energía interna. Sin embargo, el guerrero dragón, además del leve jadeo, no se percibía cansado.

Movieron la tapa entre los dos. Una escalera bajaba y se perdía en la oscuridad. Degoth sacó una lámpara de aceite pequeña, cuya agarradera era un anillo por el cual se pasaba el dedo índice. Acercó la mano izquierda a la boquilla y, con un chasquido de los dedos, encendió la mecha.

—¡Maldita sea, Degoth, eres un hechicero!

Sonriendo, respondió:

—Eso ya lo sabías.

—Sí, pero…, por los dioses…

—De lo que me has visto hacer, ¿esto es lo que te sorprende?

—Todo me sorprende.

—Encenderé tu lámpara también, si gustas.

—Está bien, sí.

Descendieron por las escaleras unos veinte codos hasta llegar abajo. Estaban en un túnel de tamaño mediano, por el cual podían caminar unas tres personas hombro con hombro.

—El mapa dice que sigamos el túnel y llegaremos al castillo —dijo Degoth—. Sin embargo, no dudo que no sea un mapa exacto. Es posible que haya desviaciones para confundir a posibles enemigos.

—¿Cómo sabremos si vamos por el camino correcto?

—Tengo un buen sentido de dirección.

—¿Aquí abajo?

—Abajo, arriba, en el mar, donde sea.

—¿Es porque eres mago?

—Posiblemente.

—Te sigo, entonces. No quiero que me pase como la última vez —dijo haciendo referencia a una aventura anterior en donde se perdieron en el interior de una caverna, siendo perseguidos por monstruos.[10]

—Calculo que el castillo debe estar a un par de horas de camino.

—Te sigo —repitió Dina.

Anduvieron una media hora en completo silencio. El túnel se hizo más angosto, pero solo un poco. Sin linternas habría sido imposible ver nada. Algunas partes eran húmedas, incluso cruzaron varios charcos de agua.

Dina tenía muchas preguntas en mente, así que rompiendo el silencio, dijo:

—Pensé que para manipular fuego necesitabas una fuente.

Al principio Degoth no respondió. Luego:

—Sí, la mayoría de los manipuladores, si no me equivoco, necesitan una fuente de los elementos para poder manipularlo. Ya sea agua, viento, fuego, roca.

—Pero tú tan solo chascaste los dedos.

—Sí…

—¿Cómo es eso posible?

—Estos últimos tres años he aprendido muchas cosas, sargento. Es increíble lo que uno puede llegar a hacer con la magia si tan solo pasas tiempo concentrado y dedicado a ello.

—¿Es eso lo que hiciste estos tres años? ¿Practicar?

—Practicar. Entender. Ahondar. Investigar.

—Así que más que un retiro, fue un entrenamiento. Una preparación.

—En parte, sí. Para lo que viene.

—¿Qué viene?

—La gran revelación.

—¿Qué es eso? ¿No es lo que mencionó Gonrel-ka aquella ocasión…?

—Así es. Pero no solamente lo dijo el alto general segundo antes de que lo matáramos. Lo he escuchado de boca de varios. Hechiceros, sobre todo.

—¿Y ya sabes lo que significa?

—Todavía no, pero tengo una sospecha.

Esperó ella a que Degoth dijera más, pero no lo hizo. En lugar de eso, cambió el tema.

—Así que te enfrentaste con Zoldán.

—Así es, en la taberna de Tom el grande.

—Es un hechicero poderoso. No tanto como su amo, pero en extremo peligroso.

—Lo es. Lo vi en acción.

—¿Cómo escapaste de él?

—Fui más rápida —respondió, quizás demasiado rápido.

Tú tienes tus secretos, yo tengo los míos, Degoth.

El guerrero dragón no respondió, y ella se preguntó si otro de sus poderes fuera percibir una mentira.

No, no lo creo. Pero quizás sospecha que no le estoy diciendo todo.

Llegaron a una bifurcación, y sin dar explicaciones, Degoth tomó el camino de la derecha. Continuaron, y pronto se encontraron con varios pasillos, pero el guerrero dragón escogía uno y lo seguían sin vacilar excepto por un par de ocasiones, en donde tuvieron que regresarse y tomar otra entrada.

—No sé si nos vayamos a encontrarnos con Zoldán, o con Mergante ek’Koleth —dijo Degoth—. Tengo una cuenta pendiente con ambos.

—¿Con ambos? Dioses, Degoth.

—Es la única razón por la que salí de mi retiro. El maestro Slepten me encontró y me convenció de venir y encontrarlos. Son muy peligrosos.

—Siempre nos hemos enfrentado a enemigos *muy* peligrosos. Ya me estoy acostumbrando.

—Han matado a varios hermanos dragones. Así que el nivel de peligro con estos dos es mayor.

—Entiendo. Tendré cuidado. No te preocupes por mí.

Degoth no respondió a eso. Dina se preguntaban si el guerrero dragón sí se preocupaba por ella. Le daba esa impresión. La relación entre ambos había sido siempre formal, cuidadosa, prácticamente profesional. Pero tenía que admitir que ella también sentía una especie de cariño particular por el guerrero, incluso ahora que sabía su secreto. Al principio se sintió engañada. Pero mientras más lo pensaba, se daba cuenta que si ella estuviera en la situación de Degoth, habría hecho lo mismo. Lo ocultaría de todos.

Aunque ciertamente le daba un poco de… miedo.¡Un hechicero! Degoth, el caza hechiceros, ¡era uno! Increíble que los iluminados no se habían dado cuenta. ¿Sabría la Orden del Dragón? Probablemente no. Aunque no era experta, sospechaba que ningún hechicero había sido guerrero dragón desde el principio de la Orden.

Llegaron hasta una pared de piedra con una puerta metálica.

—Me parece que hemos llegado al castillo —dijo Degoth—. Pero alguien se nos adelantó.

La puerta estaba doblada hacia afuera como si un gigante la hubiera arrancado de las bisagras.

Entraron, con las espadas desenvainadas.

Los recibió otro túnel, pero este era diferente. El suelo estaba adoquinado, y las paredes eran de cemento pulido. A oscuras, también.

Dina rellenó de aceite su lámpara. No quería perder la luz en algún momento crucial. Sobre todo si se enfrentarían a los hechiceros.

El problema es que no sabían hace cuánto tiempo entraron sus enemigos. De todas maneras, mejor estar lista.

Caminaron en silencio, con los ojos alertas y los oídos también.

El túnel —el pasadizo— dobló a la izquierda y, después de unos tres minutos, a la derecha. Se toparon con otra puerta, de madera, también abierta, pero sin señales de violencia.

La cruzaron. Delante de ellos, una escalera de piedra que ascendía y se perdía en la oscuridad. Era un ascenso escarpado, y los escalones angostos. Subieron.

—Podríamos estar días perdidos en los túneles del castillo —dijo Dina en un susurro—. Es inmenso.

En todo el reino de Argoth no existía un edificio más grande que el castillo real. De acuerdo a algunos registros, su construcción comenzó aproximadamente en el año 450 de la nueva era; es decir, 450 años después de la fundación de la ciudad. Su construcción duró unos 500 años para llegar a su estado actual, pues diferentes reyes y reinas le agregaron pisos, cuartos, y bóvedas. Por lo tanto, el castillo real coronaba la ciudad desde hacía unos 2500 años.

—Sí. Pero este pasadizo es una ruta de escape —respondió Degoth—. Probablemente sea más directo. Una ruta rápida de salida.

—Eso espero.

Llegaron, por fin, al final de la escalera, un cuarto redondo, pequeño, con tres túneles. Encima de cada entrada había una inscripción.

—Es la antigua lengua —dijo Degoth.

—¿Alumín?

—Sí.

—¿Sabes leerla?

—Por supuesto.

El guerrero dragón alumbró por encima de la primera entrada, acercándose unos pasos para leer mejor.

—Esta dice «muerte».

—¿Muerte? ¿Alguna trampa del otro lado…?

—Seguramente. Quién sabe si, todos estos años después, la trampa siga funcionando.

—No nos tomaremos la molestia de averiguarlo.

—No.

—El segundo túnel tiene los mismos caracteres. Y el tercero también. Todas dicen «muerte».

Degoth inspeccionó con detenimiento:

—No, mira bien. La palabra sobre el tercer túnel. La última letra tiene una inflexión bajo ella. Sin la inflexión, la palabra es *taneth:* muerte. Pero con el acento inferior, es *tanethá:* entra.

—Un sutil juego de palabras.

—Correcto.

—Espero estés seguro.

—Lo suficiente como para intentarlo —dijo, entrando en el túnel. Dina lo siguió.

El corredor se fue haciendo cada vez más angosto, continuaron agachándose más y más, de manera que tuvieron que continuar a gatas.

Dina no era claustrofóbica, pero su respiración se hizo honda. Si Degoth se equivocaba, y eran sorprendidos por algún tipo de trampa, no tendrían libertad de movimiento. ¿Qué tipo de trampa podrían haber preparado los antiguos arquitectos del castillo? Probablemente trampas que pudieran durar cientos, inclusive miles de años. Pisos falsos, poleas escondidas que activaran un contrapeso que triturara al desdichado intruso. Cosas así.

—Veo adelante una rejilla.

—¿Abierta? —preguntó ella.

—A ver… está sobrepuesta. Listo.

Degoth se puso de pie, y al salir Dina del pasaje, hizo lo mismo.

—Es la bóveda de armas —dijo el guerrero dragón.

—Bendita diosa. Es enorme.

Era absolutamente gigantesca. El techo era de cúpulas, sostenido por múltiples e inmensos pilares. En la pared izquierda, cerca del techo, varias ventanas redondas dejaban entrar franjas de luz que cortaban la oscuridad del lugar.

Hileras interminables de armarios resguardaban armas de todo tipo. Espadas de diversos tamaños, lanzas de madera, lanzas de acero, arcos, ballestas, escudos, mazos, serruchos. También uniformes de soldado y armaduras de cuerpo completo para los caballeros. En una esquina armas de asedio de tamaño mediano: arietes, escorpiones, catapultas…

Dina reconoció también utensilios de tortura, incluyendo jaulas, garrotes, horcas, martillos, pinzas.

Suficientes armas como para equipar un ejército de buen tamaño.

Llegaron al centro de la bóveda, donde había un espacio circular sin armarios. Sin embargo, en el centro, sentado en una silla grande de madera, estaba Zoldán. Junto a él, a su izquierda, un sarcófago metálico, que tenía dos pares de puertas abiertas hacia afuera, revelando el interior. Las paredes de las puertas estaban repletas de filosos y oxidados clavos.

Era la llamada «tumba de hierro». Un horrible instrumento de tortura en donde se ponía a la persona dentro, y al cerrar las puertas, los clavos se le incrustaban.

Dentro del sarcófago, amarrado con anillos metálicos en los tobillos, las muñecas y el cuello, había un hombre de avanzada edad.

Dina no lo reconocía. Sin embargo, Degoth, con vos aterrada, susurró:
— *Maestro Slepten.*

16. PALABRA

—¡BIENVENIDOS SEAN AL castillo real! —gritó Zoldán extendiendo ambas manos hacia arriba, como si les diera la más cordial de las bienvenidas.

Tiene al maestro, pensó Degoth. Eso no se lo esperaba. La vista se le nubló por un momento con puntos luminosos. Incluso se le durmieron las puntas de los dedos de las manos, de apretar con tanta fuerza los nudillos. ¿Cómo había podido capturarlo?

—Antes de que des un solo paso más, dragón, te advierto que podré cerrar el sarcófago con más rapidez de la que puedas acercarte. Así que mantén tu distancia.

El maestro Slepten estaba amordazado. Tenía la cara hinchada y ensangrentada de los golpes que había recibido. Sin embargo, sus ojos no daban señal de miedo. Por el contrario, era una mirada de completa quietud. Casi parecía verlo con compasión.

—Encontré al venerable maestro husmeando por allí, demasiado cerca de mí, lo suficiente como para serme incómodo. Capturarlo no fue fácil, debo decirlo. Es un hombre en extremo precavido, e incluso siendo un anciano, es un guerrero peligroso. Tuve que tenderle una trampa bien planeada, una emboscada perfecta. Lo mismo hicimos con los otros dos dragones que matamos. El segundo… no creo que jamás se encuentren su cuerpo.

Se refiere a Relmat, pensó, airado. Había tenido la esperanza de encontrarlo con vida. No podía salvarlo ya, pero quizás sí a su maestro.

—Déjalo ir —dijo Degoth.

El hechicero enseñó los dientes con una horrible mueca:

—Vaya, palabras persuasivas. De todas maneras, me negaré a ello. Muchas gracias.

—¿Qué quieres con él?

—Seguirlo interrogando, por supuesto. Es un hombre testarudo, muy resiliente. Pero no es un hechicero, como mi amo. Así que al final mi amo entró a su mente. Encontramos cosas curiosas, pero hasta ahora nada demasiado importante. Seguiremos hurgando.

¿Sería verdad? ¿Habían entrado en la mente del maestro? Habían sospechado que Mergante adquirió poderes incrementados de manipulación mental por medio de una reliquia, así que era posible, sí.

No dudaba que el maestro estaba entrenado para resistir tortura no solamente física, sino también mental.

Degoth dio un paso hacia adelante, e inmediatamente Zoldán reposó la mano sobre la puerta del sarcófago.

—No quiero hacerlo, pero lo haré, dragón. Tenlo por cierto.

No tenía duda que lo haría. Tenía que pensar. Necesitaba un poco de tiempo. Junto a él, ligeramente detrás, estaba la sargento, muy quieta. Esperando.

—Déjalo ir, Zoldán. Tenemos una cuenta pendiente. Pero es entre tú y yo.

—¿Una cuenta pendiente? ¿A qué te refieres? —Parecía estar genuinamente extrañado.

—Hace veinte años. La batalla en el valle de Dulniarén.

El rostro del hechicero se ensombreció.

—Recuerdo esa batalla. La recuerdo bastante bien.

—Mataste a mi compañero.

—Dragón, ese día matamos a muchos dragones e iluminados.

—Pues entre ellos estaba mi amigo.

Zoldán se encogió de hombros:

—Así es la guerra, guerrero dragón. Lo sabes bien. Lo único que lamento de esa batalla es no haber terminado con todos y cada uno de ustedes.

—Estaban encerrados. Es imposible salir de Garleón.

—¿Imposible? —Zoldán soltó tremenda carcajada.

—Estaban custodiados por iluminados.

El brujo escupió al escuchar esa referencia.

—Acabaremos con los iluminados. Sus días están contados. La gran revelación está en puerta, y los primeros en caer serán los nobles, los iluminados y los dragones. Nos divertiremos con ustedes. Pondremos sus cuerpos desnudos y empalados en cada esquina de las ciudades del círculo.

—No había manera de escapar.

—¿Confías en los iluminados? Estoy seguro que no. Conozco un poco de tu historia, Degoth ek'Degoth. Te investigamos, dragón. Tienes pésimas relaciones con la Cofradía del Resplandor. Pero incluso entre ellos hay traidores.

—Un iluminado les dio una reliquia.

Zoldán curveó las cejas:

—Me sorprendes, dragón. ¿Lo adivinaste, o te lo dijeron?

Degoth no le respondió. Había sido una suposición, por supuesto, pero una factible. Lo que no esperaba es que fuera un iluminado el que les facilitó la reliquia. Pero tampoco le sorprendía demasiado. De alguna manera sucedió. Podía ser que Mergante usó algún truco para tener a algún iluminado en sus garras.

—Mandaste a dos asesinos a mi hogar. ¿Cómo me encontraron?

—Eso fue difícil, Degoth. Al igual que tu maestro, eres precavido. Pero si preguntas a suficientes personas, tarde o temprano encontrarás a alguien que te ha visto merodeando por allí. Después de todo, es fácil reconocer a un hombre con espada en cinto y un parche en el ojo, por más que te cubras con el manto. Nos fuimos acercando hasta dar con tu lugar. Mandé a dos de mis mejores hombres como avanzadilla, para ver qué encontraban. Parece que te encontraron a ti, porque no he escuchado nada de ellos. Estarán sepultados en algún lugar.

—¿Dónde está Mergante?

Zoldán hizo una pausa:

—No está aquí, guerrero.

—Mientes. Está aquí. Lo presiento.

—¿Lo presentes? ¿Qué eres, agorero? ¿O un simple hechicero, como tu compañera?

¿Como Dina? ¿A qué se refería con eso? Miró de soslayo a la sargento, que se movió apenas incómoda.

—Mi amo tenía razón sobre ti. Dijo que vendrías, y viniste. Dijo que serías un problema, y lo eres. Al parecer le causaste algún tipo de mala impresión hace veinte años.

—Pues aquí me tienen. Suelta al maestro.

—Te propongo algo, guerrero dragón. Un trueque.

—Te escucho.

—Tu vida por la de tu maestro. Incluso dejaré que ella se largue de aquí. Pero tú me entregarás tu espada y armas, y yo soltaré al venerable maestro.

—¿Tengo tu palabra?

—Tienes mi palabra.

Un momento de silencio.

Degoth miró a Dina:

—Tú encárgate de salvarlo. —Dicho eso, cerró los ojos para concentrarse y, con un movimiento explosivo de su mano izquierda, lanzó un golpe de aire tan fuerte que, al empujar a Zoldán por el pecho, salió expelido y cayó de espalda a unos diez pasos de la silla que ahora yacía en el suelo.

17. CORAZÓN

SUCEDIÓ TAN RÁPIDO que Dina se quedó paralizada.

Repentinamente, Degoth corría en dirección al brujo caído, con la intención inequívoca de matarlo.

Pero el hechicero se puso sobre una rodilla con rapidez, y blasfemando en alguna lengua que ella no reconoció lanzó desde la palma de su mano una esfera de lumbre.

La bola de fuego pasó un par de codos por encima de la cabeza de Degoth. Al principio pensó Dina que el hechicero debía tener pésima puntería. Pero pronto se dio cuenta que la esfera no tenía como blanco el guerrero dragón, sino el sarcófago, pues la esfera apenas y falló al rozar la puerta metálica; de haber acertado, la habría cerrado y la mitad del cuerpo del maestro Slepten estaría incrustado de clavos.

Recordó lo que le dijo Degoth: *Tú encárgate de salvarlo.*

Al maestro. Salvar al maestro Slepten. Eso debía hacer.

Siete zancadas después estaba frente al ataúd mortal, examinando los grilletes.

Maldición. El del cuello tiene candado.

El resto estaba sujetado con pernos solamente. Soltó primero los de las manos, y mientras soltaba los pies, Slepten se quitó la mordaza.

—Zoldán tiene la llave —dijo el maestro palpándose el aro que le sujetaba el cuello—. Tendremos que abrirlo con otra cosa.

Dina sacó su daga.

—Con esta. Es de acero fuerte.

—Intentémoslo.

Introdujo la daga en el aro del candado, y apenas cupo la punta.

Se va a doblar. No será suficiente, pensó ella.

—Con fuerza —dijo el maestro.

Eso hizo, usando su fuerza y su peso, crujiendo los dientes.

De soslayo miró a los dos magos, enfrascados en una lucha de proporciones épicas. Degoth, dando una maroma por el suelo, esquivaba lo que parecían relámpagos salidos de las yemas de los dedos de Zoldán. Le lanzó un torbellino de tierra que, aunque pequeño, le pegó directo en la cara al hechicero enemigo, dándole tiempo al guerrero dragón para dar tres brincos e intentar clavarle la espada en la garganta, pero Zoldán en el último instante detuvo el ataque con dos espadazos frenéticos, para lanzar una esfera ardiente que impactó el pecho de Degoth.

El guerrero dragón retrocedió algunos pasos, golpeando su pecho para apagar sus túnicas que amenazaban con encenderse. Estaba sudando, y resoplaba, cansado. Tenía la cara pálida.

—Por todos los espíritus —dijo Zoldán—. Un dragón hechicero. —Y lanzó una blasfemia—. Eres bastante bueno, Degoth hijo de Degoth. Pero te falta más entrenamiento. Si pensara que podrías cambiarte de bando, si sospechara que no eres más que un mercenario, te ofrecería unirte a nosotros. Podrías llegar a ser un gran hechicero, podrías ser parte de la gran revelación.

—He recibido todo el entrenamiento que necesito, brujo.

—Pero no en esto. En la espada, sí. ¿Pero en la manipulación de los elementos? Si esto haz logrado por ti mismo, piensa en el hechicero que serías si te conviertes en discípulo de Mergante. O mío.

—¿Tuyo? Daré tu carne hoy a los perros.

—¡Sargento! —le gritó el maestro a Dina—. ¡Vamos!

Dina lanzó todo su cuerpo hacia abajo, sintiendo que la hoja de la daga se doblaba. Entonces, con un sonido de quiebre metálico, el candado cedió.

—Sígueme, sargento. Debemos encontrar a la reina y salvarla.

—Debo ayudar a Degoth.

—¡No! Él puede solo. Esto es más importante.

Pero no parecía que Degoth podría solo. Se defendía de un ataque que Zoldán hacía con la espada, pero bloqueaba los mandobles con trepidación, mientras que el brujo gritaba con fuerza, maldiciendo.

—Tengo que ayudarlo —dijo ella corriendo en auxilio del guerrero dragón.

—¡Sargento! —alcanzó a escuchar al maestro exclamando a sus espaldas, pero no hizo caso. Sabía, estaba segura, que Degoth haría lo mismo por ella.

Corriendo, recitó el encantamiento, *Nored elca semet*, esperando que el poder de la reliquia se activara. No estaba segura que así sería, pues anteriormente tenía que poner su mente en blanco, concentrarse, y pronunciar las palabras claramente en los rincones profundos de su conciencia.

Desenvainó su espada y gritó:

—Maldito seas de los dioses, hijo de infratierra.

Zoldán mandó el guerrero dragón de espaldas con una fuerte patada en la boca del estómago. Degoth trastabilló y cayó primero sobre su sentadera, luego de espaldas, y su nuca golpeó el suelo con fuerza. Se le cayó la espada. Había perdido el conocimiento.

—Ah, bienvenida seas, hechicera.

—No soy bruja.

Se abalanzó sobre Zoldán, quien por instinto expulsó una esfera luminosa que se estrelló a un palmo de su pecho, como si tuviera ella un escudo invisible alrededor de todo su cuerpo.

Inmediatamente sintió que su energía interna disminuyó. Difícil explicar cómo funcionaba, pero era similar a sentirse cansada después de correr repentinamente. El corazón se aceleraba, y sus músculos se sentían doloridos.

Dina lanzó un ataque triple con su espada: primero, descendiendo el acero de forma vertical, para proseguir con dos golpes diagonales.

El hechicero, defendiéndose, produjo una navaja de una vaina que llevaba al cinto, intentó clavarla en el hombro de la sargento, pero logró ella desviarse a un lado y hacer distancia entre ellos, adoptando posición de combate, con ambas manos en la empuñadura.

Zoldán lanzó la daga como dardo, buscando clavársela en el rostro. Ella se cubrió con el antebrazo. El pomo le pegó fuerte, pero nada más.

—Ustedes son un par muy interesante —dijo Zoldán—. Uno, un dragón mago. La otra, una sargento bruja. ¿Cómo han logrado esquivar a los iluminados todo este tiempo? Los felicito.

Dicho eso extendió su mano izquierda, y relámpagos de luz la enfrascaron, pero no le hicieron daño.

Comenzaba Zoldán ya a verse cansado. Había usado demasiada magia.

—Ah… —dijo el hechicero levantando las cejas—. Un hechizo de protección. Debí haberlo

sospechado antes. Por eso dijiste que no eres bruja. ¿Una reliquia, entonces?

Ella no respondió. Lanzó una revirada hacia atrás. Degoth intentaba, sin éxito, levantarse. Gemía de dolor.

—Fascinante. No son reliquias comunes. Gracias por el obsequio.

—¿Obsequio?

—Sí. Me quedaré con ella cuando te atraviese las costillas.

—Pues ven a por ella, hijo de Shaigón.

En contadas ocasiones lograba Dina sumergirse en un estado de completa concentración. Había sido entrenada en el arte de la espada por su abuelo desde pequeña. Se daba cuenta que entraba ese estado puro de estabilidad mental cuando un contrincante se portaba condescendiente con ella.

Era ese un error común de los hombres. No podían evitar su misoginia. Creerse superiores por el tamaño de sus músculos. Pero aunque era cierto que la fuerza bruta tenía influencia en el combate, no se comparaba, ni por mucho, con la técnica.

En ese momento fue como si se fusionara con su sable. Se convirtió en parte de su cuerpo. Una extensión de ella.

Zoldán atacó, pero la sargento ya no era un humano, sino un ave, después un jaguar, luego una leona.

Se defendió, se deslizó, atacó, contraatacó, se defendió de nuevo, lanzó una patada que hizo contacto en el costado de su enemigo, giró ella por su eje e hizo descender el filo sobre la cabeza del hechicero, quien por poco libra la punta, pero está le abrió la sien.

Zoldán chilló de dolor, pero ella no escuchó el grito. Estaba leyendo el lenguaje corporal de su enemigo, anticipando lo que haría. El hechicero movió su cuerpo hacia atrás, con la intención de levantar la espada y hacerla caer sobre ella como un martillo. Ese fue su error. Dina, como serpiente, deslizó su pie derecho hacia el frente, la punta de la espada como flecha, la cual entró por el ombligo de Zoldán.

—*Furjiat ej belam…* —masculló el brujo, sorprendido, antes de que la sargento le introdujera la hoja ahora por el corazón.

El brujo se desplomó en el suelo, soltando su arma y palpándose la herida con las dos manos. Tenía los ojos bien abiertos e intentaba decir algo. Se puso pálido. La miró. Dijo:

—Maldita…, maldita seas…

Dina le metió la espada por un ojo, y retorció la empuñadura.

Se quedó de pie un momento. Limpió la sangre en las túnicas del caído, y envainó espada.

Vomitó.

Maldita reliquia, pensó mientras recitaba las palabras para desactivarla.

Degoth estaba de pie, con ambas manos sobre el pomo de su espada, usándola para apoyarse, como bastón.

—Bien hecho, sargento —dijo.

—¿Estás bien?

—Estoy vivo. ¿Slepten?

—Fue a buscar a la reina.

—Hagamos lo mismo.

18. MILAGROSAMENTE

TARDARON CASI MEDIA hora en encontrar a la reina.

Anduvieron recorriendo pasillos y revisando habitaciones. El esplendor del castillo era impresionante. Las alfombras, los tapices, candelabros, mesas y armarios, escudos, vasijas de oro de plata por todos lados.

Encontraron a varios soldados sin vida, en el suelo.

No se había dado voz de alarma, pero en cualquier momento sucedería.

Finalmente la encontraron en un cuarto tapizado de pieles. Estaba ella sentada en una hermosa silla de madera, conversando con el maestro Slepten.

Inmediatamente Degoth y Dina hicieron una reverencia, quedándose inclinados.

—Pueden acercarse —dijo la reina Malbeth.

Ellos lo hicieron, apenas un par de pasos. Degoth estaba sorprendido de lo cerca que el maestro estaba de la reina, casi como si la conociera.

—Reina, viva para siempre… —dijo Degoth. Y se quedó sin palabras. Vaya que era hermosa. Más que hermosa. Parecía una hija de los dioses.

—Veo que han tenido una batalla, y dentro de mi castillo.

—Así es, su majestad —respondió Degoth.

—En un momento más daré la alerta, y vendrá mi guardia, al igual que el jefe real de la guardia. Para entonces, deberán ustedes haber desaparecido.

—Pero, mi reina, buscamos a un hechicero peligroso.

—¿Mergante ek'Koleth?

—Eh, sí…

—El maestro Slepten me actualizó sobre ello. Pero, guerrero dragón, puedes estar seguro que ese brujo no ha estado cerca de mí.

—Pudiera estar escondido en algún lugar, mi reina, esperando.

—Me aseguraré que revisen cada rincón.

—Nos gustaría estar presentes mientras se hace la revisión, su majestad.

Ella lo pensó un poco:

—Está bien. Lo permitiré.

—Entonces ¿no ha tenido contacto con Mergante?

Pon un momento la mirada de la reina se hizo dura, fría:

—Ninguno. Debió haber huido al escucharlos venir.

—Posiblemente —aceptó Degoth, aunque renuente.

———

No encontraron a ningún hechicero escondido.

Poltán, el jefe de la guardia real, pasó primero de estar furioso al enterarse de la situación, a

temeroso. Probablemente sabía que, con esto, su posición estaba en peligro.

Eso causó que fuera especialmente meticuloso, revisando cada pulgada del castillo.

Sin embargo, no encontraron absolutamente nada, excepto los cuerpos de los soldados caídos, y de Zoldán.

———————

Un par de semanas después, Degoth, Dina, y Slepten bebían aguardiente en la taberna de Tom el grande.

A cuenta de la casa, por supuesto.

Cerca de la medianoche, el maestro salió para usar el orinario.

Degoth aprovechó para ser directo:

—Sargento, esa reliquia es peligrosa.

—Así que te diste cuenta.

—Sí. Te salvó la vida, sin duda. Nos salvó la vida. Pero puede quitártela.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo estoy aprendiendo.

—Después me gustaría saber dónde la adquiriste.

—Es una historia larga.

—Tendremos tiempo. Creo.

Ella sonrío:

—Sí. Tendremos tiempo.

Dina le dio dos sorbos grandes a su tarro. Luego:

—¿Y Mergante?

El rostro del guerrero dragón se ensombreció:

—Tenemos que encontrarlo. Sigue aquí, desde las sombras, esperando su tiempo. No podemos descuidarnos ni por un momento. Cada esquina oscura, cada callejón, es un peligro. Tenemos que cuidarnos bien las espaldas.

—Lo encontraremos.

—Sí. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—¿Hablas de la gran revelación?

—Así es. Sea lo que eso sea.

El maestro Slepten regresó. Alguien le pidió al juglar que entonara aquella canción de *La dama que baila el danzón,* y pronto más de la mitad de la taberna cantaba, incluyendo el maestro Slepten y Dina.

Incluyendo, milagrosamente, el guerrero dragón.

19. EPÍLOGO

LA REINA MALBETH se sentía exhausta.

Había sido un día difícil. Decisiones difíciles, pero necesarias.

Primero, relevó de su puesto al jefe de la guardia.

Era justo y necesario. Pero igual de importante era deshacerse de él.

Tenía a dos o tres personas que estaban siempre dispuestas a hacer lo que sea por ella. Incluso si eso significaba atravesarle el riñón al ex-jefe de la guardia, mientras andaba por algún callejón, intentando llegar a su casa después de beber demasiado para olvidar su despido.

Caminó por el pasillo, seguida por dos guardias, hasta llegar a sus aposentos.

Abrió la puerta y la cerró detrás de ella. Los cuatro guardias de élite no tenían permitido entrar a su dormitorio.

Una lámpara estaba encendida sobre su escritorio.

Sentado, un hombre.

—Buenas noches, mi reina —dijo él.

—Buenas noches, Gran Vidente.

—¿Has hecho lo que te pedí?

—Sí. Hoy mismo lo matarán.

—Bien. ¿Lo otro?

—También. He convocado al Gran Inquisidor, y al Consejo de arzoinquisidores.

—Perfecto. Bien hecho, reina.

—Gracias, Gran Vidente. Sus deseos son los míos.

Por un momento, apenas un momento, la reina desconoció al hombre. Arrugó la frente. Estuvo a punto de gritar por ayuda. Si lo hacía, entrarían los soldados inmediatamente y se daría la alarma.

Pero el hombre levantó la mano, enseñándole la palma y los dedos extendidos —como había hecho aquella primera vez, tan solo minutos antes de desaparecer para no ser visto por el maestro Slepten—, y ella lo reconoció de nuevo.

El Gran Vidente. El Primer Hechicero. Su maestro. Su amo.

—Puedes dormir, reina —dijo Mergante—. Tenemos mucho por hacer.

V. LA RESURRECCIÓN DEL DRAGÓN

Libro V

1. ASEDIO

EL CLAUSTRO ARDÍA en llamas, y Degoth no lo podía creer.

Con el cuerpo bañado en sudor y su túnica salpicada de sangre, se dio un momento, tan solo unos segundos, para contemplar la horrible escena.

Él estaba de pie en la muralla sur, en el adarve cercano a una de las seis torres que resguardaban el claustro. Lograron resistir el asedio por casi dos meses pero, finalmente, las catapultas enemigas derrumbaron parcialmente una puerta, la del este, y abordaron la muralla por medio de escaleras.

Luego el caos.

El combate cuerpo a cuerpo llevaba casi seis horas, y Degoth se sentía completamente exhausto. Sin tiempo para descansar. Evidentemente perderían. El enemigo, al no estar siendo repelido por las flechas (los arqueros estaban ahora ocupados tratando de defenderse de la incursión), se acercó lo suficiente para lanzar proyectiles encendidos con sus trabuquetes. Las explosiones tronaban contra las paredes de la gran torre, mientras que el establo y los graneros sucumbían al fuego.

Este no era cualquier claustro. Era el suyo. El del venerable Datán. Donde creció y recibió su entrenamiento. Donde se convirtió en aquello que definía su existencia: un guerrero dragón.

Escuchó un jadear a sus espaldas y se dio la vuelta justo a tiempo para defenderse de un ataque con jabalina. El soldado era joven; tendría unos veinte años, uniformado con la vestimenta estándar del ejército de Argoth: la túnica de lana azul rey hasta la rodilla, y una coraza plateada —aunque esta la llevaba manchada de lodo y sangre— con la insignia de la cabeza del halcón en el pecho. Había perdido el yelmo, y no blandía espada sino una lanza de madera.

Degoth bloqueó con facilidad el ataque, desviando la punta de la lanza. El joven soldado no se dio por rendido fácilmente pues, para sorpresa del guerrero dragón, le lanzó una patada que le dio por encima de la cadera, un golpe seco y fuerte que le quitó el aliento.

Dio varios pasos hacia atrás para ganar espacio y recuperarse del golpe. El joven soldado gritó:

—Muéranse todos ustedes, herejes hijos del inframundo.

No le respondió. Al final, todo esto no era su culpa. Este soldado estaba simplemente acatando las órdenes recibidas. Moriría por estratagema de otros. En otro tiempo, hace no mucho, Degoth le habría dado órdenes como capitán del ejército de Argoth.

Pero todo cambió hacía medio año, cuando de manera repentina la reina Malbeth declaró que la Orden del Dragón secretamente buscó derrocarla por medio de brujos y hechiceros, por lo que todo guerrero dragón debía rendirse ante la ley para ser procesado por la inquisición.

De la noche a la mañana, por todo el reino comenzó la búsqueda y exterminación de cualquier guerrero dragón, con la Cofradía del Resplandor —los iluminados— como los encargados de capturar, enjuiciar y ejecutar a todo miembro de la Orden. Además se ofreció una

recompensa de cien darís por la captura de cualquier dragón… vivo o muerto.

El joven soldado atacó de nuevo. Si Degoth estaba cansado, el soldado lo estaba todavía más. Y ¿cómo no? El combate era duro y se extendía.

Con un movimiento de la espada bloqueó de nuevo el golpe, pero esta vez fue Degoth quien tomó la ofensiva al sujetar al soldado por el hombro, acercándolo hacia él para incrustarle la espada por el vientre, la punta saliendo por la espalda. El soldado abrió grandes los ojos, Degoth no estaba seguro si su semblante expresaba horror o alivio.

Se ajustó el parche negro que llevaba sobre el ojo izquierdo y miró hacia abajo en dirección de la explanada frente a la torre, buscando a Dina. No la vio.

Nunca debí aceptar que viniera, pensó. Pero ella insistió. Y ahora estaban allí, en un combate del cual saldrían vivos tan solo por un milagro. Cuando la reina proclamó que todos los guerreros dragón eran enemigos del reino, los iluminados clavaron pergaminos en cada esquina ofreciendo recompensa por cualquier captura de un dragón, pero en especial por la captura de dos personas: Degoth ek'Degoth y Dina ek'Ordeh. Seiscientos darís por cada uno. Ellos eran los enemigos primarios del reino pues, según el edicto, eran ellos precisamente quienes intentaron asesinar a la reina.

Por supuesto, ambos inmediatamente salieron huyendo, pero no solamente ellos, sino también todas las personas cercanas a ellos: Joneh-duné, abuelo de Dina; Rafel el alquimista, quien tuvo que abandonar su querida torre, con todos sus libros, torre que fue incendiada por los iluminados días después; y Tom el grande, cuya taberna fue clausurada. Solo Ornef ek'Ilión el bibliotecario se salvó de la persecución, y solo porque su relación con el guerrero dragón era secreta.

Degoth bajó por los angostos escalones de la muralla, brincando cuerpos de amigos y enemigos, hasta llegar a la explanada abajo, en donde la pelea se intensificó. Unos cincuenta guerreros dragón combatían contra ciento cincuenta enemigos, incluyendo varios iluminados que lanzaban hechizos por el aire.

Los dragones tuvieron un poco de tiempo para prepararse del ataque venidero, y sacaron de las bóvedas todas las reliquias a su disposición, en especial aquellas que tenían hechizos de protección. Era su arma secreta. Los iluminados pensaban que se desharían rápidamente de ellos, pero no contaban con la protección de las reliquias, así que muchos de sus poderes mágicos no funcionaban contra los guerreros de la orden. Esa era la razón por la cual varios iluminados, incluyendo algunos inquisidores, yacían en el suelo inertes.

Entonces vio a Dina.

Por desgracia, estaba enfrascada en un combate contra Nimud, el arzoinquisidor alto y fuerte, practicante de la magia, quien odiaba a Degoth.

Nimud era un excelente espadachín.

Y Dina estaba herida. Sangraba de las costillas.

2. ARMA

LOS OJOS DE Nimud se abrieron grandes cuando vio a Degoth. El arzoinquisidor jadeaba y se notaba cansado, pero era un hombre vigoroso. Había estado usando poderes mágicos, lo que reducía su energía interna. Degoth sabía que, aun así, era un enemigo poderoso.

La magia y la hechicería estaba estrictamente prohibida en todo el reino. Los únicos que tenían permitido practicarla eran los paladines de la Cofradía del Resplandor, y Nimud era uno de sus más talentosos. Su nombre comenzaba a ser leyenda por su naturaleza implacable y su carácter despiadado.

—Te he buscado por todo el reino, dragón —espetó el arzoinquisidor—. Tenía la esperanza de encontrarte aquí. Cuando la vi a ella, me emocioné. Supe que estarías cerca.

Ignorándolo, Degoth se dirigió a Dina:

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Pero no parecía estarlo. Con la mano izquierda detenía la hemorragia. Tenía la cara pálida. Necesitaba atención médica inmediata.

—Sal de aquí —le dijo Degoth—. Yo me encargo.

—No —contestó ella—. Me quedo.

El guerrero dragón maldijo para sus adentros. No la convencería. Echó un vistazo a su alrededor. La batalla estaba perdida, y pronto se daría la orden de rendirse.

Nimud leyó su mente:

—No, dragón. No te dejaré salir vivo de aquí. No me importa si tiras la espada, si levantas las manos, si ruegas por misericordia. Hoy se termina tu maldita vida.

Degoth tenía ganas de pelear contra Nimud. Podía vencerlo. Quizás tendría suficiente tiempo para hacerlo, para finalmente deshacerse de él. Pero después de eso, ¿qué? Terminaría muerto o capturado, y no quería ninguna de las dos cosas.

Tenía que salir vivo de allí.

—Es lo honorable, Degoth —le dijo Nimud—. Haz peleado suficientes batallas. Es hora de terminar y morir con tus compañeros herejes. No hay salida.

Nimud extendió su mano izquierda e hizo un movimiento como de jalar algo. Degoth sintió el impulso en su espalda, como si una gigantesca mano lo arrastrara hacia el frente, hacia la punta de la espada del arzoinquisidor.

Desvió el filo, dio un giro sobre su eje y atacó el cuello de Nimud, pero este se defendió con un espadazo y, girando su mano, creó un torbellino debajo de Degoth que lo mandó dando vueltas por el aire.

Cayó al suelo, pesadamente, sobre su pecho. Se puso sobre una rodilla. Dina atacó a Nimud, ella protegida por una reliquia que anulaba cualquier poder mágico. Pero estaba cansada y desangrándose, por lo que el arzoinquisidor la mandó dando tumbos hacia atrás con una patada en el estómago.

El claustro se llenaba de enemigos. Eran pocos los guerreros dragón que quedaban con vida,

pues la mayoría yacían en el suelo, sin vida o desangrándose.

No hay opción, pensó Degoth. *No pienso ser capturado. Tendré que salir de aquí.*

La idea de huir le revolvía el estómago. Prefería quedarse hasta el final y morir con sus amigos, aquellos que además eran sus hermanos.

Hasta ese momento, Degoth no había usado su arma secreta: la magia. Solamente tres personas vivas sabían ese secreto: su padre, el maestro Slepten, y Dina. Pero en ese momento, frente al arzoinquisidor, supo que el tiempo de discreción había terminado. Aunque estaba agotado, su energía interna seguía intacta pues no había usado magia hasta ese momento.

Así que espero a que Nimud se acercara un poco más, y envainó la espada. El inquisidor se detuvo, entornando los ojos, con un semblante de trepidación. Y así, con las dos manos libres, Degoth cerró los ojos para lograr completa concentración, y con un grito visceral lanzó ambos brazos hacia el frente.

En esa fracción de segundo antes de que el golpe de aire mandara al arzoinquisidor a volar, Nimud abrió los ojos grandes, pues comprendió que Degoth ek'Degoth tisdita, el guerrero dragón, era un hechicero.

El paladín iluminado giró tres veces por el aire y cayó cerca de la muralla. Se quedó quieto.

¿Lo habré matado?

No tuvo tiempo para corroborarlo, pues acercándose a Dina, le dijo:

—Sígueme, Dina, no hay tiempo que perder.

Ella apretaba los dientes.

—¿Puedes correr?

—Puedo intentarlo —dijo ella.

Eso hicieron. Corrieron en dirección de la torre, de la cual salía humo de algunas ventanas. Esquivaron cuerpos y evitaron enemigos. Tomaron un pasillo y lo atravesaron. Degoth reconoció entre los cuerpos tirados a Kerner, jefe de la guardia del claustro (dos flechas en el pecho), y a Poldán, asistente de cocinero (prácticamente decapitado). Llegaron a un salón relativamente grande, ornamentado con un lujoso techo de madera. En las paredes, dos hileras de sillas de madera elaboradamente talladas

—¿Y ahora? —preguntó Dina.

Degoth no conocía todos los pasadizos secretos del claustro, pero sabía de dos. Uno de ellos en los aposentos del gran maestro Slepten, y el otro allí, en ese salón que fungía como sala capitular. En la esquina izquierda un armario grande protegía algunos de los pergaminos con las minutas de las juntas. Degoth abrió el armario, se agachó para remover un fondo falso en la parte inferior, y se metió por el túnel. Dina lo siguió.

3. CONSEJO

LA REINA MALBETH entró al salón e inmediatamente todos se pusieron de pie e hicieron una reverencia. Llegó hasta la silla que le correspondía, en el extremo de la mesa, y se sentó. Los demás la imitaron.

Era casi mediodía. Antiguamente las reuniones del Consejo sucedían semanalmente. Ahora, sin embargo, eran diarias, pues estaban en guerra. Una guerra civil.

Por un lado, contra los guerreros dragón. Deshacerse de ellos estaba siendo más difícil de lo que ella inicialmente esperaba. En parte porque algunos optaron por esconderse, y otros se acuartelaron en sus claustros amurallados. Malditos cobardes. Aunque la reina entendía su razonamiento. La Orden del Dragón no era un ejército, y era imposible que prevalecieran contra los ejércitos del reino. Así que ella comenzó una campaña de destrucción de claustros, deshaciéndose de aquellos lugares donde los guerreros dragón se entrenaban y, ahora, se escondían.

Por el otro, más preocupante, era la guerra contra Gabá. Cuando Malbeth declaró que todas las ciudades del reino debían rendir sus ejércitos a la Corona, la mayoría de las ciudades accedieron.

Excepto Gabá, Digán-ael, y Rualén, ciudades al sureste de Argoth. Por años Gabá había incrementado sus riquezas y poder en la región, y la gobernadora Yualín-azemeth siempre había sido una constante molestia. Los gabanos eran orgullosos, y la rivalidad con Argoth llevaba cientos de años.

No solamente Gabá se rehusó a entregar sus ejércitos, sino que además declaró que ningún guerrero de la Orden sería perseguido en sus territorios. De hecho, la gobernadora proclamó un edicto diciendo que dicha orden —la de perseguir a los dragones— era una traición en contra de aquellos que, desde antes de la fundación del reino, se habían dedicado a proteger y salvaguardar la paz. Por supuesto, muchos dragones huyeron allí.

Hasta ese momento, seguían las negociaciones. Pero ambas ciudades preparaban sus ejércitos. La reina temía que si el asunto no se resolvía pronto, otras ciudades decidirían rebelarse o unirse a los gabanos. La mejor opción era la guerra, aplastar a Gabá de una vez por todas.

Colgaré el cuerpo de la gobernadora en la plaza principal de Gabá, pensó la reina. *Con las tripas de fuera.*

En la mesa, alrededor de ella, su Consejo aguardaba permiso para hablar. Inmediatamente a su izquierda, Valadús, el alto general primero de los ejércitos de Argoth. Después estaba el sacerdote supremo de la religión elemental, con su vestimenta púrpura, ornamentada en el pecho con los símbolos plateados de los cuatro elementos. Luego el gran inquisidor de la Cofradía del Resplandor, con su túnica roja y un cordel delgado y dorado en la frente. De su cuello pendía el medallón con el símbolo del Sol Dorado con un ojo en el centro. Además de ellos estaba el gobernador de Zimireth y la gobernadora de Rubán-el, que pertenecían al «círculo», que era la manera en que coloquialmente se le decía a las tres ciudades más cercanas a Argoth, con Rubán-

el al noroeste, Gabá al sureste, y Zimireth al suroeste.

De pie, de espaldas a la pared, tres delegados reales; dos mujeres y un hombre.

—¿Qué noticias del ataque, general? —preguntó la reina.

El general se aclaró la garganta:

—El claustro del venerable Datán cayó, mi reina, ayer por la noche.

Todos en la mesa asintieron y sonrieron, la gobernadora de Rubán-el aplaudió.

La reina permaneció seria:

—¿Su venerable maestro?

—Capturado. Viene en camino.

—Muy bien. Cuando llegue, lo quiero interrogado y ejecutado. ¿Está eso claro? —dijo dirigiéndose al gran inquisidor Zecatán.

—Así se hará, mi reina —contestó el viejo hombre de cara arrugada y barba larga, blanca.

—¿Encontraron al guerrero dragón?

El general titubeó:

—El reporte que he recibido es que sí lo encontraron, mi reina. Junto con la antigua sargento.

—¿Lo mataron?

—Lamentablemente…, creemos que escapó.

—*¿Qué? ¿Cómo que escapó?*

—Es posible que esté entre los cadáveres. Lo están buscando.

—Espero que esté entre los cadáveres, general. Dije que lo quiero muerto. Y no quiero simplemente un reporte de su muerte. Quiero ver su cabeza en un plato.

—Así se hará, mi reina.

—Esos dos son el enemigo número uno del reino. Lograron entrar a mi castillo, a mis aposentos, e intentaron asesinarme. Me avergüenza que sigan con vida.

—Puede su majestad estar segura que los encontraremos —dijo el gran inquisidor—. No pueden esconderse por mucho tiempo.

—¿Medio año no es mucho tiempo, gran inquisidor? ¿Y qué si llegan a Gabá? ¿Cómo los sacaremos de allí?

—Todos los caminos a Gabá están patrullados, mi reina —dijo el alto general.

—Igualmente estaban patrullados los caminos a Nureph. Y de todas maneras llegaron hasta allí los dos.

El general tragó saliva:

—No llegarán a Gabá. Por mi honor, alteza.

—¿Por tu honor? Por tu cabeza, general.

El general hizo una reverencia.

La reina se cruzó de hombros, exasperada. Dijo:

—¿Cómo van las negociaciones con Gabá?

Una delegada, una mujer esbelta y hermosa, de cabello negro y vestida con una túnica púrpura, contestó:

—No hemos podido avanzar, su majestad. La gobernadora mantiene que no cederá al documento que envió con sus demandas.

—Sus demandas son ridículas —contestó la reina—. Prácticamente es una declaración de independencia. ¿Sigue preparando sus ejércitos?

—Sí, mi reina. Nuestros espías nos mandan diariamente un reporte de lo sucedido tanto dentro de las murallas como en el valle de Morián.

El valle de Morián, al norte de Gabá, era el lugar donde se asentaba el campamento de los

ejércitos gabanos. Si las negociaciones no tenían éxito, probablemente sería en ese valle donde se libraría la batalla en contra de los gabanos y sus aliados. Y probablemente así sería, porque la reina conocía suficientemente bien a Yualín-azemeth, esa mujer orgullosa y testaruda que soñaba con sentarse en el trono de Argoth, pues tenía sangre azul; uno de sus antepasados, quince generaciones atrás, era primo del rey argotita.

—¿Cuál es el último reporte?

—Unos diez mil soldados. Incluyendo la caballería, de unos tres mil.

—Es la mitad de nuestro ejército, su alteza —dijo el alto general.

—Si llegan los cinco mil que marchan del sur, general —dijo la reina.

—Llegarán, mi reina, es un hecho.

—Eso espero. Porque quiero que aplastemos Gabá.

—Se espera que en los próximos meses más personas se unan al ejército gabano —continuó la delegada—, pero serán hombres y mujeres de las aldeas cercanas a Gabá. Gente sin experiencia.

—Los aplastaremos —dijo el alto general.

La reina tenía la seguridad que así sería. Ella quería que el ataque se llevará acabo pronto, pero los altos generales le aconsejaban que una guerra así no podía apresurarse. Tenían que preparar al ejército, armarlo bien, marchar hasta el valle con una estrategia clara, para entonces hacer la guerra. Además, al salir victoriosos, todavía tendrían que conquistar la ciudad de Gabá, que tenía murallas grandes y gruesas. El asedio podía durar meses.

Cuando finalizó la junta, la reina salió del salón escoltada por cuatro guardias de la nueva unidad de élite de la guardia real. Sus antiguos guardaespaldas habían sido ejecutados bajo sospecha de traición.

Caminó por el amplio corredor de los escudos, llamado así porque las paredes y el techo estaban completamente tapizadas con escudos de diferentes tamaños y colores. Subió unas escaleras, recorrió varios pasillos, hasta finalmente llegar a la puerta de sus aposentos. Sus guardias se quedaron al pie de la puerta. Nadie, absolutamente nadie, podía entrar por esa puerta sin permiso, bajo pena de muerte.

Con una sola excepción, por supuesto.

Sus aposentos estaban divididos en dos, primero el salón de estar, y atravesando un arco con una puerta, su recámara. El salón de estar estaba espléndidamente amueblado con una mesa rectangular, sillas y sillones de madera del bosque sagrado de Aldeen.

En un sillón estaba sentado él, envuelto en una túnica oscura.

La reina se acercó, se arrodilló, le besó el anillo de la mano izquierda, y dijo:

—Mi señor.

El viejo hechicero sonrió.

4. PANTANO

NO FUE FÁCIL escapar de la isla de Nureph, pero Degoth y Dina lo lograron.

El claustro del venerable Datán estaba en la punta de la montaña de Liamatán. De allí, eran cuatro días a pie para llegar hasta la ciudad de Naureptï, al este de la isla, que era una ciudad portuaria. Degoth atendió la herida de Dina con un ungüento y vendajes. Se recuperaría, pues por fortuna no era tan profunda la herida como pensaron.

Llegaron a la ciudad en mal estado, pues bajaron de la montaña en el intenso frío y prácticamente sin comer. Fueron hospedados por un conocido de Degoth, que les dio carne, pan y vino. Cenaron ante una chimenea.

La ciudad, y en especial el puerto, estaba bien vigilado por la armada argotita, pero Degoth tenía amigos, muchos amigos, en el puerto. No batallaron para conseguir una barquilla, así que una noche oscura se hicieron a la mar.

No podrían llegar al puerto de Lerdatán, en el continente, pues evidentemente estaría completamente controlado por el enemigo. En lugar de eso, arribaron una noche de luna llena a una playa a unas cinco leguas al sur del puerto.

Y de allí, a pie, avanzaron por cinco días en dirección del sureste, con la hermosa cordillera de Opaleth-erán a su derecha, de picos altos y nevados. Pasaban la noche en aldeas pequeñas. Puesto que Argoth se preparaba para una guerra civil, la mayoría de las patrullas del ejército se concentraban en las ciudades, y dejaban las aldeas a cargo de los comisarios locales. Sin embargo, para su sorpresa, en dos de las aldeas encontraron pósters de «SE BUSCA VIVO O MUERTO» con el rostro de ambos, y una recompensa de seiscientos darís por cabeza.

Por esa razón entraban a las aldeas de noche, cuando el posadero (o el siervo encargado de la vigilia vespertina) estaba medio adormilado, y salían temprano en la mañana, antes de que el comisario pudiera ser avisado de un hombre con un parche en el ojo izquierdo y una mujer con cierta similitud a los pósters. Después de todo, capturarlos a los dos suponían mil doscientos darís, una pequeña fortuna.

El río Anubín descendía de norte a sur por todo el reino, pasando junto Rubán-el, por en medio de la capital, Argoth, y luego bajaba y se dividía en forma de «Y», ascendiendo al noroeste rumbo a Zimireth, y continuaba al sur hasta salir de los territorios del reino.

Degoth y Dina se acercaron al río por el sur de Zimireth, como a tres días de la ciudad, pues los zimirenos juraban lealtad a la Corona. Cruzaron el río en barquilla, y llegando al otro lado durmieron esa primera noche a la intemperie, turnándose en las vigilias, sobre todo por temor a un ataque de gorgots, comúnmente llamados monstruos.

Cuando atardecía el día siguiente, anduvieron por la orilla del río hacia el norte hasta llegar a una zona pantanosa, la región de Egión, compuesta por varias villas en el pantano. Encontraron un mesón-taberna que además tenía muelle, con varias barquillas fondeadas.

Entraron. El aire era espeso por el humo de tabaco, y olía a sudor y aguardiente. Era un lugar relativamente espacioso, unas treinta personas bebían y conversaban en voz alta, y un hombre en

la esquina tocaba la lira y una armónica.

Al verlos entrar y no reconocerlos, varios comensales guardaron silencio o bajaron la voz.

En la barra los recibió el tabernero, un hombre que llevaba sombrero de capitán. Era bajito, barrigón, con una barba corta y mal recortada, y le faltaba el dedo meñique y anular de la mano derecha.

—A sus órdenes, forasteros —dijo acentuando las erres y enunciando con el fuerte acento de la región pantanosa.

—Carne seca y aguardiente —dijo Degoth.

—Al momento —contestó el hombre, que salió por una puertecilla doble hacia la cocina.

Dina lanzó una mirada furtiva a su alrededor.

—¿Crees que podamos encontrar pasaje aquí?

—Eso espero —dijo Degoth.

Planeaban subir por el río hasta acercarse a Argoth. Eso suponía cierto riesgo, porque estaban por entrar a la zona del «círculo», lo cual significaba que habría cada vez más presencia militar. Sin embargo, el río era lo suficientemente ancho como para que pudieran deslizarse entre los barcos enemigos que patrullarían el río, pues este era una entrada hacia la capital del reino.

Regresar a la capital era una locura. Sin embargo, tenían que hacerlo. Se había formado allí una pequeña resistencia, personas que se oponían a las nuevas leyes que salían desde el castillo cada semana. Además de eso, tanto Dina como Degoth tenían la sospecha casi segura que la reina estaba actuando así no por ella misma. Estaba bajo el control o hechizo de alguien.

Tenía que ser Mergante ek'Koleth. Aunque medio año atrás lograron matar a su lugarteniente Zoldán, Mergante se les escapó. Desde entonces, de manera repentina, la reina comenzó a proclamar edictos extraños. La persecución a la Orden del Dragón. La rendición de los ejércitos de todas las grandes ciudades del reino. Además de eso, se comenzaron a hacer censos por todo el territorio real, incluyendo declaración de riquezas y ejércitos de los grandes señores, como los duques, marqueses y condes. Además de eso, se estableció un toque de queda en la ciudad de Argoth.

¿Qué seguía? Imposible saberlo, porque en los últimos meses se promulgaron más edictos que en seis años.

Mucha gente, incluso en Argoth, se sentía inconforme. Pero era difícil disentir con las calles llenas de patrullas. Cualquier persona que se oponía era juzgada rápidamente, tachada de traidora, y mandada al calabozo. O peor, decapitada en la plaza pública.

Por esa razón Degoth sospechaba de Mergante. Era un hechicero con poderosas habilidades de manipulación mental. Si tuviera que adivinar, diría que la reina estaba bajo un encanto de manipulación.

Así que el plan era simple. Regresar a Argoth. Reunirse con la resistencia. Planear la liberación de la reina. Restaurar el orden del reino.

O morir en el intento, antes de que algo peor sucediera.

Y Degoth sentía que algo peor venía: «la gran revelación». Todavía no sabía exactamente a qué se refería dicha gran revelación, pero le seguía la pista por varios años ya, y estaba seguro que ek'Koleth era la pieza clave.

El tabernero regresó y puso delante de ellos un plato de carne, pan, y arroz, además de tarros llenos.

—Gracias, amigo —dijo la ex-sargento Dina.

—Para servirles, forasteros —respondió el hombre—. Aquí en Egión nos conocen por nuestra hospitalidad. Pero admito que en estos últimos tiempos no recibimos muchos visitantes.

—La región pantanosa es difícil de transitar —respondió Degoth.

—Pero sigue siendo la ruta más rápida para los que viajan a la frontera sur, o a Jacabod, al lago de Rinar, o a Tisdeh.

Degoth se aseguró de no hacer gesto alguno al escuchar nombrar Tisdeh, su pueblo de origen. Dina, igualmente, permaneció impasible.

—Así que reciben poca gente, ¿eh? —dijo Dina dándole una mordida a la carne seca.

—Sí, viajera. Ya sabes cómo son las cosas ahora. Ya no se puede viajar como antes. Hay retenes en todos los caminos, sobre todo hacia el norte.

—¿Hay posada en este lugar? —preguntó Degoth.

—Por supuesto. Tenemos casi todos los cuartos disponibles —respondió el tabernero con una sonrisa triste.

—¿Qué tal pasaje? —dijo Dina—. Si buscáramos subir el río…?

El hombre los miró con intensidad:

—Sí, pasaje tenemos, también. Soy dueño de una falúa pequeña. ¿A dónde van?

—Por allí de la pradera del sol naciente —respondió Degoth.

El hombre se rascó la barbilla, haciendo un sonido seco de las uñas contra la piel reseca.

—Eso está bastante cerca de Argoth.

—Podemos pagarlo. ¿Veinte darís?

El tabernero se lamió los labios. Veinte darís era más que justo. Chascó la lengua. Miró hacia la puerta. Examinó las espadas que llevaban al cinto.

Bajando un poco la voz, dijo:

—Aquí en el pantano nos gusta hablar las cosas claras. Por fortuna para ustedes, no soy un hombre codicioso. Además, los argotitas nos caen mal, con todo respeto para usted —le dijo a Dina, pues había reconocido su acento—. Creemos que la reina se está volviendo loca, y últimamente hemos visto más militares aquí en el pantano que en los últimos cincuenta años. Los queremos fuera. Esa es la razón por la que no cobraré los mil y pico de darís que me darían por sus pescuezos.

Degoth reposó su mano sobre el pomo de la espada. Dina echó hacia atrás su capa a la altura de la cintura, para poder desenvainar si se requería.

—Tranquilos, amigos —dijo el hombre—. Aquí estamos a favor de los dragones y en contra de la Corona. ¿Quieren ir a Argoth? Los llevaré a Argoth. Pero será mejor que salgamos hoy en la noche, porque…

Se abrió la puerta de la taberna.

Entraron cinco personas.

Eran soldados.

5. SEGUNDOS

DEGOTH MALDIJO ENTRE dientes.

—Rápido —dijo el tabernero apuntando con sigilo hacia su derecha—. Si salen por ese pasillo hay una puerta trasera.

Degoth y Dina se pusieron de pie, pero solo avanzaron unos pocos pasos cuando uno de los soldados, con insignia de sargento en el pecho, dijo:

—Ustedes dos, quietos.

Ignorándolo, siguieron caminando.

—¡Hey! ¡Ustedes dos! Dije alto.

Se hizo un silencio en la taberna. Degoth y Dina se detuvieron. Sin voltear a verlo, dijo Degoth:

—Ya vamos de salida, mi sargento.

—No van a ningún lado. Se quedan donde están.

Degoth y la ex-sargento se volvieron para estar de frente a los soldados.

El sargento era un hombre alto, de brazos gruesos, con barba de candado y cabello que comenzaba a tornarse blanco por encima de las orejas. Todos iban con el uniforme de lana color azul, pero sin armadura. Llevaban espadas reglamentarias a la cadera, dos de ellos además traían lanza en la mano.

El sargento sonrió:

—No retendremos a nadie por mucho tiempo, así que todos pueden relajarse.

Absolutamente nadie se relajó.

Los cinco soldados se detuvieron en el centro de la taberna, unos diez pasos del dragón y la ex-sargento.

—¿A qué debemos la inusual visita de tan distinguidos caballeros? —preguntó el tabernero.

—Gracias por preguntar, Jakob —dijo el sargento, sin dejar de mirar a Degoth—. Hace un par de días recibimos instrucción de parar orejas y aguzar mirada. Aparentemente se ha avistado por estos rumbos a un par de personajes que a la Corona y a los iluminados les interesa hacerles dos o tres preguntillas.

—¿Sí? —respondió Jakob—. Aquí rara vez nos visita ya gente, desde que ustedes llegaron.

—Ya sabes cómo son las cosas, Jakob. La chusma ya no viaja como antes. Quizás se deba a eso. O posiblemente a la calidad de la comida en este establecimiento. No estoy completamente seguro.

—O a la combinación de ambas —dijo Jakob, socarrón.

—Por fortuna —continuó el sargento ignorando el comentario—, tengo frente a mí a un par de forasteros que, indudablemente, podrían darme un poco de información sobre este asunto.

—La que usted necesite, sargento —dijo Degoth.

—Estamos buscando a dos personas. Un hombre y una mujer. Armados.

—Tendrá que ser más específico, mi sargento —dijo Degoth, que mantenía ambas manos

quietas, en los costados—. Esa descripción aplica a muchas personas. Los caminos son peligrosos. Llenos de monstruos y serpientes venenosas. Andar con acero al cinto es indispensable.

—¿Más específico, dices? —respondió el sargento llevándose la mano a la barbilla—. Hmm. Déjame pienso.

—Tómese su tiempo, sargento.

—Bueno, no sé si esto ayude o no. El hombre que buscamos lleva un parche en el ojo izquierdo.

Fue como si el aire fuera succionado de la taberna entera. El silencio fue absoluto, el de un templo a la hora de la dedicación.

El silencio se mantuvo por unos diez segundos.

—Caballeros —dijo Jakob dirigiéndose a los soldados—: este hombre y esta mujer son huéspedes en mi mesón. Así que amablemente pediré que ustedes salgan de aquí. Si tienen algo contra ellos, pueden conversarlo allá afuera.

—Estos dos son fugitivos de la justicia, Jakob. Si no quieres que te corte la garganta, mejor guarda silencio. A estos dos me los llevo, con los ojos abiertos o con los ojos cerrados.

Jakob, sin decir más, sacó de debajo de la barra una ballesta. Con la naturalidad de un hombre acostumbrado a usarla, y con rapidez pasmosa, puso la flecha en el canal, tensó la cuerda, la aseguró en la nuez, apuntó, y jaló la llave.

La flecha surcó el aire. El sargento, en el último momento, movió su cabeza ligeramente a la izquierda, pasándole la flecha por la oreja e insertándose en el ojo izquierdo del soldado detrás de él.

Degoth y la ex-sargento desenvainaron. Mientras el de la flecha en el ojo se desplomaba, uno de los lanceros arrojó su arma en dirección de Jakob, clavándose ésta en la pared, pero sin el tabernero atravesado en ella.

El sargento, con espada ya en mano, se aproximó al guerrero dragón seguido de cerca de un compañero.

El que tiró la lanza, antes de desenfundar acero, fue sorprendido por un comensal de cabello largo recogido en trenza que le reventó la cabeza con una silla. El otro lancero logró introducir la punta de su arma en las tripas del comensal de trenza que ahora se abalanzaba en contra suya, pero antes siquiera de que lograra sacarle la cuchilla, le clavaron un puñal en los riñones y otro en el cuello, así que con un grito de horror, soltó el astil para llevarse ambas manos a la herida en el cuello, lo que dio suficiente tiempo para que sus atacantes le repartieran otras cinco o seis cuchilladas cada uno, antes de que cayera al suelo, muerto.

La espada de Degoth chocó contra la del sargento, la de Dina contra el soldado.

Era un hombre fuerte, pero al guerrero dragón no le tomaba más de un par de segundos saber si el contrincante sería complicado de vencer o no. Supo que no lo sería, así que se defendió de un par de sablazos, y montó una ofensiva violenta. El sargento soltó un par de blasfemias antes de que la punta de la espada se le deslizara por las costillas, para salir de nuevo y clavarse ahora en el vientre. El soldado balbuceó algo y cayó al suelo, retorciéndose por un momento.

Dina había ya acabado con su enemigo, que además de la herida en el pecho le salía una flecha de la espalda.

—Eres lento, guerrero —dijo ella.

—Tuviste ayuda —le dijo apuntando a Jakob, que dejaba la ballesta sobre la barra e inquiría sobre el estado del de la trenza, que si bien malherido, parecía que viviría.

Inspeccionaron a los otros tres soldados. Estaban sin vida, excepto el primero, al que le

habían abierto la coronilla. Este pidió misericordia, y le fue concedida, aunque no se le permitió retirarse pues avisaría a sus compañeros. Lo pusieron en una esquina, resguardado por dos, un tercero vendándole el cráneo.

La escaramuza no había durado más de treinta segundos.

—Tendremos que apresurar la retirada, guerrero —dijo el tabernero.

—Si sueltas a aquel, nos estarán pisando los talones —dijo Degoth refiriéndose al soldado ensangrentado.

—¿Ya le viste la herida? En quince minutos estirará la pierna.

—Entonces, apretemos el paso —dijo Dina.

Salieron de allí rumbo a la barquilla.

6. TRAICIÓN

VALADÚS, ALTO GENERAL primero del reino de Argoth, entró nervioso a la sesión de emergencia del Consejo.

Tan solo horas antes, la reina pidió una audiencia personal con él para informarle de lo que sucedería en la reunión. Todo lo que la reina le dijo lo tomó por sorpresa.

Aunque no debería sorprenderme demasiado, pensó. *Últimamente todo es diferente, todo es una locura.*

Sin embargo, tenía que admitir que, hasta cierto punto, los cambios introducidos por la reina los últimos meses le beneficiaban. El ejército recibía más y más poder y control no solo sobre los ciudadanos, sino incluso sobre los nobles y poderosos.

En la mesa, ya sentados, el sacerdote supremo, el gran inquisidor, el gobernador y la gobernadora. Sin delegados.

Valadús se desplomó sobre su asiento.

Inmediatamente, el gran inquisidor le preguntó:

—General, ¿qué está pasando?

Se encogió de hombros:

—Un nuevo edicto.

—¿De qué se trata? ¿Ya lo sabes?

—Sé algo. Pero la reina dará los detalles.

—¿Es verdad el rumor? ¿Que tiene un nuevo consejero personal? ¿Alguien que no conocemos? ¡Es una locura! ¿*Quién es?*

El alto general primero sentía la garganta seca. Quería responder que sí, que era cierto. Pero no podía. Lo tenía estrictamente prohibido.

Era una locura. Efectivamente, la reina tenía un nuevo consejero personal, y era nada más y nada menos que…

La puerta se abrió. Entró la reina y, detrás de ella, un hombre alto, musculoso, vestido completamente de negro, tanto túnica como capa. La piel oscura, cabello gris y una barba del mismo color que le llegaba al cuello.

La reina ocupó su sitio, con el hombre justo detrás de ella, a su izquierda, de pie.

Todos estaban pasmados, pero en especial el gran inquisidor, que tenía los ojos desorbitados.

—Él es Lord ek'Koleth —dijo la reina—. Mi consejero y confidente. A quien le damos la bienvenida a este Consejo.

—Gracias, mi reina —respondió haciendo una leve inclinación.

El gran inquisidor se puso de pie, con las palmas sobre la mesa, como si se fuera a desplomar sobre ella. Miraba a Mergante ek'Koleth.

—Pero ¡mi reina! Ese hombre…, ¡ese hombre es un heresiarca!

La reina no se perturbó con el comentario.

—Es un enemigo del reino —continuó el inquisidor—. El padre de su majestad, mi reina, el

rey Mordeká, luchó en su contra. ¡Lo mandó al calabozo! ¿Qué…, cómo escapó?…, ¿qué hace aquí? *¡Guardias! ¡Guardias!*

—¡Silencio! —rugió la reina.

El gran inquisidor se estremeció, arqueando la espalda.

—Pero mi reina…

—Gracias por la lección de historia, maese inquisidor. Es verdad que Lord Mergante peleó contra mi padre en el pasado. Pero eso fue hace años. Los pecados que haya cometido, han sido perdonados. ¿No tengo yo, bajo el respaldo de la ley, la autoridad de otorgar cualquier indulto?

Puesto que el inquisidor no respondió, y estaba petrificado, fue Valadús quien dijo:

—Así es, su majestad.

—¿Y no me permite la ley, desde los tiempos de la fundación, elegir a quien yo quiera como mi consejero personal?

—Está permitido, alteza —confirmó el general.

—Pues bien, he elegido a Lord Mergante.

—Su majestad —dijo el sacerdote supremo, inquieto—: viva para siempre. Lo que ha dicho es completamente cierto. Sin embargo, me pregunto si nosotros, como parte del Gran Consejo, merecemos alguna explicación. Ya sabe, después de todo, *nosotros* somos su consejo.

—La única explicación que necesitan es saber que esta es mi voluntad. Y mi voluntad es la corte más alta de justicia en el reino. Por lo tanto, el simple hecho de que yo lo desee es suficiente para ustedes.

—Reina mía —insistió el gran inquisidor apuntando un dedo huesudo en dirección de Mergante—, ese hombre es un peligroso hechicero. Conocido por sus poderes de dominación mental. No podemos permitir que haga eso con su majestad. Es nuestro deber capturarlo, enjuiciarlo, y ejecutarlo.

—¿Está sugiriendo, inquisidor, que yo estoy bajo el dominio de Lord Mergante?

—¡Es la única explicación! —respondió agitando ambas manos hacia el cielo.

La reina se puso de pie. La cara roja. Los ojos en fuego. El gran inquisidor se sentó. Nunca habían visto a la reina así. Y nunca, jamás, se había puesto de pie en una junta excepto como señal de que la reunión había terminado.

—¡Eso es blasfemia, inquisidor! ¿Cómo se atreve a sugerir eso? ¡Sugerirlo es alta traición!

—Reina, esa no es mi intención. Estoy cumpliendo con mi deber. ¿Seguramente el resto del Consejo estará de acuerdo conmigo…?

Nadie lo secundó.

Tienen miedo, pensó Valadús. *Más bien: tenemos miedo.*

La reina tomó asiento de nuevo. Respiraba profundamente. Miró a todos a su alrededor, y continuó:

—Por años, Argoth ha sido un reino unido. Pero eso puede cambiar en cualquier momento. La rebelión en Gabá y las ciudades aledañas. Los guerreros dragón que, incluso con sus claustros destruidos, siguen merodeando por allí. Si queremos mantener el poder, si queremos que este reino continúe por los próximos mil años, tenemos que hacer cambios. Cambios drásticos. Y Lord Mergante me ayudará a ello. Le he pedido que lea el nuevo edicto, el cual tiene ya mi sello, y de acuerdo a la ley argotita, es irrevocable.

El hechicero sacó un pergamino de su túnica, lo desenrolló y leyó, con una voz gutural:

—Se proclama, primero, que a partir de hoy, todo hechicero deberá registrarse como practicante en el nuevo Ministerio de Hechicería. Queda abrogada la ley que prohíbe la magia y la hechicería en todo el reino de Argoth. Se proclama, segundo, que la Cofradía del Resplandor

quedará a partir de hoy bajo la administración del Ministerio de Hechicería. Todo iluminado deberá reportarse ante el Ministerio de Hechicería antes del fin de la semana, bajo pena de arresto. Firmado, su majestad Malbeth I, reina de Argoth, defensora del reino y de la religión elemental.

—¿Y quién, si se puede saber —dijo el gran inquisidor crujiendo los dientes—, está a cargo de dicho Ministerio?

—Lord Mergante, por supuesto —dijo la reina.

—¿Es decir que todos los iluminados quedaremos bajo el mandato de ese hechicero?

—Así es, maese inquisidor —dijo Lord Mergante, los ojos brillando—. A partir de ahora usted seguirá solamente mis órdenes, sin desviarse a diestra o siniestra, bajo pena de juicio. Por mucho tiempo ustedes los inquisidores han perseguido a los hechiceros. Los han puesto en hogueras, metido en los calabozos más profundos, torturado de las formas más creativas. Eso se ha acabado. Ahora, ustedes nos servirán a nosotros.

Zecatán sonrió. Se acaricio la barba. Se puso de pie. Dijo, con parsimonia:

—Eso sucederá solamente sobre mi cadáver.

Hubo una explosión de aire. El alto general primero, completamente desprevenido, sintió el golpe en el pecho, en la cara, en los brazos. Salió expulsado hacia atrás, golpeándose fuerte en la nuca. Escuchó gritos de sorpresa, y de soslayo vio que incluso la reina se deslizaba por el suelo hacia atrás. El único que permanecía de pie, aunque en posición de combate, con el pie izquierdo hacia adelante y el derecho hacia atrás, era Mergante ek'Koleth.

Esto no puede estar pasando, pensó el alto general. ¿Qué era esto, un intento de golpe de Estado? ¿Un atentado en contra de la reina, o del hechicero?

Valadús sabía que el gran inquisidor era un practicante de la magia, pero nunca lo había visto manipular los elementos. El alto general se puso de pie, y antes de sacar la espada, vio al inquisidor hacer un gesto con la mano en su dirección, como si le lanzara algún objeto, y un martillo invisible le golpeó en la nariz, la cual hizo *crac*. Su cabeza latigueó, su mirada oscureciéndose, pero no perdió el conocimiento. Se llevó la mano izquierda a la nariz que sangraba.

Levantó la mirada. El sacerdote supremo corría hacia la puerta, huyendo. El gobernador de Zimireth estaba en su silla, con el cuello quebrado, los ojos en blanco y la boca abierta. La gobernadora de Rubán-el se escondía debajo de la mesa, gimiendo de miedo. La reina en el suelo, muerta o sin conocimiento. De pie Mergante y del otro lado de la mesa, Zecatán.

El gran inquisidor lanzó una esfera luminosa, como un cometa, hacia el hechicero, pero este la desvió con un movimiento de los dedos.

Valadús se sentía mareado. La sangre le corría por la barbilla. *Debo proteger a la reina,* pensó.

—Eres un mago poderoso —dijo Mergante—. Pero tu tiempo ha terminado, Zecatán. Tu reino de terror contra los hechiceros ha llegado a su fin. El día de tu juicio arribó. La gran revelación ha comenzado.

—Disfrutaré despellejarte vivo, maldito hechicero hijo de Shaigón.

Lord Megante lanzó una carcajada y, para sorpresa del alto general, que nunca había visto algo similar, el hechicero se elevó del suelo, levitando, y se desplazó por el aire hacia el gran inquisidor, quien alcanzó a arrojarle un par de orbes de fuego que el otro esquivó con facilidad.

Mergante tomó a Zecatán por la cabeza, con los dedos como garras alrededor de las orejas.

El gran inquisidor abrió grandes los ojos. Después gritó, un aullido que comenzó quedo y lento, pero subió de intensidad hasta convertirse en un alarido horroroso, y su cabeza implosionó,

como si fuera un huevo. La sangre salpicó el rostro y túnicas del hechicero, quien sonreía enseñando unos dientes ahora rojos.

Dioses, es demasiado poderoso, pensó Valadús.

Mergante se acercó a la reina, quien seguía en el suelo, inconsciente, a un par de pasos de Valadús. El hechicero puso delicadamente su mano debajo de la cabeza de la reina, para verle el rostro. Susurró:

—Me serviste bien, hija mía. Habría querido que nuestra relación durara más. Pero los Jinetes decidieron otra cosa, alabados sean.

Sacó una navaja y le rebanó el cuello. La sangre salió a borbotones.

Lord Mergante se puso de pie, y miró al alto general.

Este observó el cuerpo de la reina, que dio un par de espasmos en el suelo, con la mancha de sangre creciendo alrededor de su cabeza.

Dejó caer su espada al suelo, se puso sobre una rodilla, y dijo:

—Rey, viva para siempre.

7. SORPRESAS

DEGOTH Y DINA entraron a la capital del reino por una entrada secreta en la muralla, no muy lejos del pórtico «sagrado», al este. A Dina le sorprendió lo relativamente fácil que fue ingresar, incluso con toda la vigilancia no solamente dentro de la ciudad, sino también en la muralla y los caminos cercanos. Sin embargo, Degoth conocía a la perfección —o por lo menos así parecía— cada recoveco de Argoth. Así que burlaron los puestos de guardia, llegaron al pasaje secreto, y listo; estaban dentro.

Atardecía, y la ciudad estaba en conmoción.

«La reina ha muerto».

«La reina fue asesinada por los iluminados».

«Le hechicería ya no está prohibida».

«Fue un golpe de Estado».

«Hay rey. Hay rey en Argoth».

Dina notaba a Degoth alterado por lo que oían. Aunque eran rumores, Degoth se detuvo para preguntar a varias personas qué sabían, y todos decían algo similar: la reina estaba muerta y había un nuevo rey, alguien desconocido. Aparentemente los iluminados estaban detrás del golpe de Estado.

¿Era eso posible?

—Llegamos demasiado tarde —murmuró Degoth, preocupado.

Llevaban puesto el capuchón para evitar ser reconocidos, en especial Degoth, pues el parche era un detalle fácil de asociar. Caminaban rápidamente por un callejón, pues cuando el sol se metiera comenzaría el toque de queda.

—¿Los iluminados? ¿Crees que fueron ellos? —preguntó Dina.

—No. No lo creo. Odio a los iluminados, pero un golpe de Estado no tiene sentido.

—¿Entonces?

—Si tuviera una fortuna para apostar, la apostaría toda al hechicero.

—¿Mergante?

—El mismo.

Dina tenía sus dudas. No estaba tan segura como Degoth que el hechicero, el llamado Gran Vidente, estuviera detrás de todo. Es verdad que no lograron capturarlo, pero había sido buscado de manera minuciosa por todo el castillo y por la ciudad.

Sin embargo, era cierto que varias cosas extrañas pasaron justo después de aquel episodio, de las que ella se enteró por su tío Balzin, comandante del ejército. Poltán, el jefe de la guardia real, fue despedido y amaneció un día muerto en la calle, con el vientre abierto. La reina fue relevando su guardia real por completo, con los soldados más cercanos desapareciendo, uno por uno. Algunos muertos, de otros no se sabía nada.

Luego la reina comenzó con los extraños edictos, la persecución a los guerreros dragón, la guerra contra Gabá, y ahora…, ahora estaba muerta. Y supuestamente un rey en el trono. Pero

¿quién podía ser? Ella no tenía hijos, tampoco hermanos. ¿Quién, entonces?

Degoth hizo la señal de alto. Allá adelante, en el cruce, una guardia real pasó marchando.

—Están por todos lados —dijo ella.

—Iremos con cautela. Tenemos poco tiempo antes de que el sol se meta.

Dina estaba contenta de que su abuelo Joneh-duné logró huir de la ciudad antes de que fuera demasiado tarde. Ahora, todo ciudadano era inspeccionado al salir o entrar, incluso se les pedía un permiso, otorgado por el ejército, para abandonar la ciudad. Si todo había salido bien, su abuelo estaba ya lejos de allí, al sur del reino, cerca del bosque sagrado.

Reanudaron la marcha, tomando los caminos más angostos para evitar personas, en especial guardias.

Era imposible que Mergante estuviera en el trono. No se lo permitiría el Consejo. Si un hechicero era el nuevo rey de Argoth, todo estaba perdido.

Ella conservaba la esperanza de que la reina estuviera a salvo. Conocerla fue uno de los más grandes privilegios de su vida, y Dina, al final, se consideraba al servicio de su majestad.

Media hora después llegaron a donde se dirigían: a la gran biblioteca. Los últimos rayos del sol pegaban sobre la torre mayor del imponente edificio de piedra, uno de los más grandes del reino, aunque tristemente casi abandonado desde que los iluminados tomaron control de él, años atrás.

Por supuesto, no entrarían por la entrada principal, sino por otra, por el apretado callejón del este hasta llegar a esa angosta puerta de metal que visitaron en una aventura anterior.

Degoth no tocó el picaporte, para evitar llamar la atención. Por encima de la puerta, cerca de la esquina superior derecha, asomaba un cono metálico encorvado hacia abajo. De la boca del cono salía un cordón que terminaba en un nudo. El guerrero dragón lo jaló.

Era una campanilla que funcionaba por medio de un sistema sencillo de cordones y poleas, de manera que las personas adentro podrían escuchar el *titlinc-titlinc* a distancia de la puerta.

La ex-sargento sintió un *deja-vú* cuando, tiempo después, se abrió el pasador y unos ojos verdes e inquisitivos los inspeccionaron, para después abrir la puerta.

Ornef ek’Ilión los recibió. Cerró la puerta detrás de ellos y exclamó:

—¡Amigos! ¡No saben el gusto que me da verles!

Le dio un abrazo fuerte a Degoth, y después a Dina.

—Pensamos que estaban muertos. Supimos lo del claustro, y recibimos noticias diversas. Algunos decían que escaparon. Otros, que fueron capturados, o que sus cuerpos estaban tan desfigurados que sería imposible reconocerlos.

—Pues aquí estamos, amigo mío —dijo Degoth—. Vivos todavía.

Ornef ek’Ilión, de baja estatura, nariz redonda y barba gris hasta las rodillas se veía idéntico a la última vez que lo vieron. Incluso tenía la misma túnica remendada café. Antiguamente fue el bibliotecario principal del reino, pero los iluminados lo relegaron a ser el conserje. Sin embargo, vivía dentro de la gran biblioteca y conocía ese laberinto lleno de libros como si fuera su propia pipa.

—Vengan conmigo —les dijo—, acompáñenme. Por la voluntad de los dioses han llegado en el momento perfecto. ¡Simplemente, perfecto!

—¿Perfecto? —preguntó Degoth—. Por lo que escucho, las cosas andan mal en la ciudad.

—Hablaremos de eso, guerrero. Y sí, están mal. Muy mal. Pero yo no me refiero a eso. ¡Vengan, apresúrense!

Se dirigieron a la sala de estar del antiguo bibliotecario, pasando un largo túnel, doblando a la izquierda, otro pasillo, unas escaleras, una puerta de madera, luego otra puerta. Antes de abrirla,

Ornef dijo, sonriente:

—¿Están listos?

Abrió la puerta. Entraron.

Dina lanzó un grito ahogado.

No lo podía creer.

En ese hermoso salón, si bien pequeño, atiborrado de libros por todos lados, había varias personas, algunas sentadas a la mesa, otras en algún sillón.

Rafel el alquimista, fumando una pipa, de pie, cerca de la chimenea. Tom el grande, el tabernero, a la mesa y con una copa de vino en una mano, un libro pequeño en la otra.

Pero además dos personas que simplemente no esperaba ver allí: el maestro Slepten, y su abuelo, Joneh-duné.

8. PLAN

SE HIZO UN pequeño pandemónium. Risas, abrazos, golpecitos en los hombros.

Dina estaba completamente sorprendida —y un poco consternada— de ver allí a su abuelo, al que hacía a cientos de leguas de allí.

—¡Abuelo! —le dijo después de soltarlo de un abrazo largo—. ¡Pensé que estabas por el bosque sagrado!

—Entonces hice bien mi labor.

—¿A qué te refieres?

—Le dije a todo mundo que me iría al sur. Parece que logré convencerlos.

—¿Pero y a mí? ¿Por qué no me dijiste que estabas aquí?

—¿Cómo te lo haría saber? Estabas perdida, hija. Pensé incluso que…, que estabas…

Dina lo abrazó de nuevo:

—Casi, abuelo; por poco y perdemos la vida en el asalto al claustro.

—Eso escuché. Nos lo relató el maestro Slepten. Incluso él pensaba que encontrarían sus cadáveres. Aunque manteníamos todos la esperanza. ¡Gracias a los dioses están bien!

—Igual tú, abuelo —dijo sin poder evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Hace mucho que Dina no veía a Degoth con una sonrisa en el rostro. Estaba feliz por ver a su maestro, al que pensaban encarcelado, o peor.

—Nos capturaron, a casi treinta dragones. El resto pereció en la batalla —relataba el maestro, con Degoth escuchando cuidadosamente—. Nos dividieron en tres grupos de diez presos. A nosotros nos llevaron a Argoth, no sé adónde se llevaron a los otros dos. No pudimos escuchar ni averiguar. Cuando estábamos a un par de días de aquí, escuchamos los rumores que algo sucedía en la capital. Notábamos a los iluminados nerviosos, consternados, en especial Nimud. Discutían si avanzar hacia Argoth o no. Me concedieron audiencia con el arzoinquisidor, pero no logré sacarle mucha información. Esa noche llegó un batallón del ejército diciendo que el arzoinquisidor era relevado de su posición, y que todos los iluminados debían rendir sus armas.

—Increíble —dijo Dina.

—Como podrán imaginarse, los iluminados no tomaron bien la noticia.

—Y se pelearon entre ellos —dijo Degoth.

—Así es. Pero los soldados eran más, muchos más, y venían bien armados. Algunos iluminados murieron, la mayoría escapó.

—¿Nimud? —preguntó Degoth.

—No sé si escapó. Pero en la escaramuza se olvidaron de nosotros, y nos dimos a la fuga. No sé cuántos fueron recapturados, pero yo y otros tres, Kalat, Muram-elit, y Yulden, logramos escabullirnos de los rastreadores.

—¿Están aquí? —preguntó Degoth.

—No aquí en la biblioteca, pero sí en Argoth.

—¿Por qué no nos sentamos? —interrumpió el bibliotecario—. Tomemos asiento, traeré

vino, y continuamos la conversación.

Eso hicieron. Poco tiempo después disfrutaban del vino, fruta, nueces y queso.

Dina sentía una extraña mezcla de emociones al estar allí, rodeada de tantas personas que, de alguna u otra manera, apreciaba. Sentía alegría de verlos a todos con vida. Pero también temor por la incertidumbre del futuro. Eran las personas más buscadas en el reino, todos en el mismo lugar.

Rafel, cuya ayuda había sido fundamental para atrapar algunos de los hechiceros más poderosos que habían enfrentado. Tom, uno de los hombres mejor conectados en el reino, y gran amigo tanto de ella como su abuelo. Ornef, con esa mente excepcional debido a las decenas de libros que leía cada año. Su abuelo, hombre valiente, herrero de profesión, quien la había criado como padre. Y el maestro Slepten, gran maestro legendario de la Orden y mentor de Degoth tisdita.

Por una hora hablaron de cómo cada quién logró escapar de la captura. Finalmente todos habían llegado, uno por uno, a la biblioteca, esa pequeña fortaleza.

—¿Qué sabemos sobre la reina? —dijo Degoth.

Todos miraron a Tom, el tabernero, que le daba un sorbo a su tarro. Lo puso en la mesa, se lamió los labios.

—Nada bueno —dijo agitando la cabeza, triste—. El rumor es que, efectivamente, está muerta, asesinada por el gran inquisidor.

—*¿Qué?* —dijo Dina.

—Ese es el rumor —aseguró Tom—. Aparentemente hubo una reunión del Consejo y el inquisidor intentó matarla. Salió en su defensa el alto general y el nuevo consejero personal.

—¿Consejero personal? —preguntó Degoth.

—Sí. Sabemos poco. Pero la información que tengo es que su nombre es…

—Mergante —dijo Degoth.

Arqueando las cejas, contestó Tom:

—Exactamente.

—Por los dioses elementales —dijo Dina—. Degoth, tenías razón.

—Probablemente la tenía controlada —dijo el maestro Slepten—. Cuando terminó su utilidad, la mató.

—¿No creen que haya sido el gran inquisidor? —sugirió Ornef—. Posiblemente al enterarse que sería relevado, o que los iluminados desaparecerían, cometió la traición.

—Pudiera ser —dijo Tom.

—Yo creo que el maestro Slepten está en lo correcto —dijo Degoth—. Esto suena al plan de Mergante. Preparó las cosas para que sucedieran así. Quizás su plan no era que todo se desatara en la junta del Consejo, pero al final sirve sus propósitos.

—¿Y qué es todo esto de que hay un rey? —preguntó Dina—. ¿Cuál rey?

Se hizo un silencio absoluto. Definitivamente habían ya hablado al respecto.

—Se debe a la ley de Argoth —dijo Rafel—. Hay un apartado en la ley de sucesión que dice que, si la reina muere sin tener un sucesor directo, el reinado pasa al consejero privado mientras el Consejo designa a un heredero al trono.

—La reina no es la única que está muerta —dijo Tom—. Murió el gran inquisidor y el gobernador de Zimireth. En el Consejo queda el alto general, el sacerdote supremo, y la gobernadora de Rubán-el. Aparentemente están teniendo reuniones en este momento, preparando el edicto que proclamará a Lord Mergante como rey absoluto.

—También se dará amnistía a todos los hechiceros del reino —dijo Ornef.

Dina miró a Diego, cuyo rostro no denotaba emoción alguna. Solo, ligeramente, entornó los ojos.

—Habrá una rebelión. ¡El pueblo no aceptará eso! —dijo Dina.

—Todos los hechiceros estarán de lado de Mergante —dijo Degoth—. Matará a los que se opongan. Lleva años tramándolo.

La gran revelación, pensó Dina.

—¿Y los iluminados? —preguntó Degoth.

—Estarán bajo el ejército, específicamente al mando de Mergante.

—Ha logrado su venganza —dijo Degoth—. Tanto de los iluminados como de los dragones.

—Así es —dijo Slepten—. Lo hizo todo frente a nuestras narices.

Degoth se recargó en la silla. Sacó su pipa, de madera negra, boquilla curveada. De un bolsillo, una bolsita con tabaco. Pizcó el tabaco, lo puso en el hornillo, apretando la hierba con el dedo índice. Repitió el proceso unas cuatro veces, para luego encenderla. Chupó la boquilla y lanzó una bocanada de humo. Todo el cuarto en silencio, pensativos.

—¿Cuál es el plan? —dijo finalmente Dina, rompiendo el mutismo.

Nadie aventuró nada.

—Pues a como veo las cosas —dijo Degoth—, el plan es relativamente sencillo. Formemos un pequeño ejército, y matemos a ese maldito hechicero.

9. EDICTO

CINCO DÍAS DESPUÉS los heraldos salieron por toda la ciudad para proclamar el nuevo edicto del rey.

Dina y Degoth, junto al resto de los integrantes de la resistencia, acudieron a la gran explanada de la plaza principal, frente a la catedral de la luna, con el castillo como silente gigante espectador de los hechos. Allí se daría la primera proclamación, la cual se diseminaría por toda la ciudad y después por el resto de la ciudades, pueblos y aldeas de Argoth.

Había tanta gente que no tenían temor de ser reconocidos. Eso sí, la plaza estaba fuertemente resguardada por soldados en armadura completa, como listos para una guerra campal.

Se había construido una plataforma grande de madera frente a la catedral. Varias personas tomaron asiento en sillas de madera, incluyendo el alto general primero, el sacerdote supremo, además de algunos gobernadores, alcaldes, delegados, y un hombre vestido de negro, justo en el centro: Lord Mergante ek'Koleth.

En la plataforma, también, había cuatro troncos de ejecución, y a la izquierda, de pie cerca del borde de la plataforma, cuatro verdugos con una capucha negra que ocultaba la cabeza entera, con la excepción de los ojos.

Habrá ejecuciones, pensó Dina. *Varias.*

Al pueblo, tristemente, le gustaban las ejecuciones, siempre y cuando fueran criminales o personas de alta cuna, pues volvía más interesante el evento. Asistían hombres, mujeres e incluso niños. Las ejecuciones —hasta recientemente— habían prácticamente desaparecido en el reino, pues en lugar de eso mandaban a los criminales al calabozo, en donde eran decapitados los asesinos, los hechiceros que no se arrepentían, y los traidores. Sin embargo, la reina en el último medio año mandó matar a decenas de personas por todo tipo de razones, en especial por «alta traición contra el reino».

Pasó una media hora sin que nada sucediera, hasta que finalmente Lord Mergante dio la señal a uno de los heraldos, quien se acercó a un atril de madera en la esquina derecha de la plataforma.

El heraldo, un hombre regordete con vestimenta colorida y sombrero de ala ancha con pluma violeta, primero hizo sonar una campana que llevaba en la mano izquierda mientras gritaba:

—¡Oíd, oíd, oíd!

Se hizo el silencio. El mensajero desenrolló un pergamino. Se aclaró la garganta y dijo en altavoz:

A todos los nobles, súbditos y ciudadanos del reino:

Por la gracia de los dioses elementales y el derecho de la ley de Argoth, la cual no puede ser revocada, se hace saber que el trono de este reino ha sido ocupado por la voluntad de los Altísimos y la voluntad del Consejo real. Por lo tanto, se proclama que

Lord Mergante ek'Koleth, gran consejero real, por la gracia de los dioses, es constituido ahora legítimo heredero y sucesor de nuestros ilustres antecesores, y quien ahora se alza como nuestro rey.

Que este edicto sea conocido en todos los rincones de nuestra tierra, desde las más altas torres de los castillos hasta las humildes cabañas de los campesinos. Con la ayuda de los dioses y la sabiduría de nuestros consejeros, se promete gobernar con justicia y equidad, protegiendo los derechos de todos los súbditos y defendiendo la paz y la prosperidad del reino.

Como primera voluntad del rey, se proclama: queda prohibida la persecución de la magia y la hechicería. A partir del día de hoy, todo practicante de hechicería cuenta con el favor del rey.

Se hizo un murmullo entre el gentío, además de jadeos de sorpresa.

El heraldo continuó:

Como segunda voluntad del rey, se proclama: todo miembro de la Orden del Dragón, al igual que la Cofradía del Resplandor, se constituye inmediatamente enemigo del reino y reo de muerte. Alcanzarán misericordia si entregan sus armas y se rinden ante la Corona.

Degoth se acercó al oído de Dina:

—Así que no solamente nos seguirá persiguiendo, sino que decidió también deshacerse de los iluminados.

—Probablemente porque ningún iluminado aceptaría doblar la rodilla ante un hechicero —respondió ella.

—Exactamente.

Terminó el heraldo:

Que nadie ose desafiar este edicto real, so pena de enfrentar la justicia de nuestro trono y la ira divina.

Que cada corazón leal y cada lengua sincera proclame la llegada de una nueva era bajo el reinado de su majestad, el ilustre, el poderoso, el inigualable, el protector del reino, el guardián de la antigua magia, el gran vidente de nuestra era… ¡su majestad, el rey Mergante ek'Koleth!

No hubo vítores. Más bien, un silencio absoluto. El sacerdote supremo, vestido con su túnica sacerdotal y cuatro medallones grandes que pendían de su cuello, se puso de pie, levantó las manos y exclamó:

—¡Larga vida al rey!

Algunas personas, quienes Dina sospechaba recibieron algunas monedas con anticipación, hicieron eco a la aclamación.

¿Irá a decir algunas palabras?, pensó Dina, mirando al hechicero. Pero no. Permaneció

sentado. Incluso a la distancia le parecía ver que tenía una ligera sonrisa en sus labios.

El emisario miró al sacerdote supremo, esperando algún tipo de instrucción. El sacerdote caminó hacia el atril y se paró detrás. Levantó las manos al cielo:

—Pueblo de Argoth: por la voluntad de los dioses elementales, que esta proclamación sea conocida en todos los confines de nuestra tierra. Se anuncia solemnemente que la justicia divina ha dictaminado la caída de la espada sobre los traidores que han osado desafiar nuestra autoridad y sembrar la discordia en nuestros dominios.

»En nombre de la ley y la rectitud, se ha decretado que los siguientes individuos, conocidos por su perfidia y su deslealtad, sean llevados ante el juicio del pueblo y enfrenten la ira de la justicia por medio de la espada:

»Xelandra, gobernadora de Rubán-el, quien conspiró para socavar la seguridad del reino.

»Koron temanita, delegado real, quien traicionó la confianza de su señor.

»Nimud ek'Nemoneh, arzoinquisidor, quien conspiró para derrocar al legítimo gobierno de Argoth.

»Balzin ek'Ardeni, comandante, quien fue encontrado conspirando como espía contra el reino.

A Dina se le nubló la vista al escuchar el nombre de su tío Balzin. El gentío, al escuchar los nombres de los reos de muerte, comenzó a gritar en anticipación. Era una escena triste de vislumbrar. Acababan de recibir la noticia de la muerte de su reina, de un usurpador en el trono, y en lugar de rebelarse, de lanzarse a la plataforma para descuartizar al hechicero…, gritaban excitados por ver a cuatro personas morir. Dina quería pensar que la razón eran los literalmente cientos de soldados que vigilaban la explanada y parecían listos para tomar a cualquier disidente y subirlo a la plataforma de ejecución.

—*Dioses, no* —murmuró Dina—. ¡Tío!

Degoth la tomó por el brazo:

—Tranquila, Dina.

—¡Degoth! Tenemos que hacer algo. ¡Tienen a mi tío!

—Escucha, Dina. No hay nada que podamos hacer. Nada.

—¿Cómo que nada? —dijo ella llevándose la mano al pomo de la espada.

—¡Dina, escúchame! Te matarán. Nos matarán. No podemos rescatar a tu tío. Podemos vengarlo.

Su tío Balzin era un buen hombre. Excelente comandante, valiente soldado, defensor del reino. Fue él quien le dio la oportunidad de entrar al ejército, y quien le enseñó mucho de lo que sabía. Había sido un mentor, un segundo padre.

Dioses altísimos, voy a presenciar la ejecución de mi tío.

La gente rugió cuando trajeron a la plataforma a los cuatro encadenados.

10. EJECUCIÓN

DEGOTH JAMÁS PENSÓ que Nimud moriría así.

Prácticamente lo arrastraron por la plataforma hacia el tronco de ejecución, encadenado de pies y manos. Llevaba puesto un collar dorado pegado a la piel, probablemente algún tipo de reliquia que inhibía los poderes mágicos del arzoinquisidor. Tenía la cara hinchada y un ojo cerrado por los golpes.

Nimud había sido su enemigo por mucho tiempo, y Degoth siempre pensó que todo terminaría en un encuentro frente a frente. Desperdició la oportunidad de matarlo en el claustro. Pero ¿que muriera así, decapitado como un vil malhechor? No se lo merecía. No de esa manera. A Degoth le resultaba completamente anticlimático, y probablemente vergonzoso, muy vergonzoso, para Nimud.

Debí haberlo matado yo, pensó Degoth. *Por lo menos le habría dado una muerte honorable.*

No podía mas que preguntarse qué habría pensado el arzoinquisidor al enterarse que él, Degoth, era un practicante de la magia. Era una conversación que jamás tendría con el paladín iluminado. Le resultaba extraño, tristemente cómico, que eso fuera lo que le pasaba por la cabeza en ese momento, justo antes de la muerte del inquisidor: una conversación que nunca tendrían.

Koron, el delegado, caminó por su propio pie escoltado por dos soldados, aunque con la cara pálida. La gobernadora Xelandra —escoltada también—, para el deleite de la muchedumbre, gritaba juramentos y maldiciones, con la voz pastosa por el licor que se les permitía ingerir a los que estaban por morir.

Solo el comandante Balzin andaba con el pecho fuera y mirada en alto, soberbio, desafiante. Incluso los dos soldados que lo escoltaban lo hacían con cierta renuencia.

Degoth puso una mano sobre el hombro de Dina, quien temblaba e intentaba ocultar sus sollozos.

Maldita sea, pensó Degoth. *Pudimos haber evitado todo esto. Fuimos lentos. La culpa es nuestra.*

Cada uno de los reos fue puesto frente al tronco, y un sacerdote se acercó a ellos, uno por uno, para escuchar su última confesión. De acuerdo a la religión elemental, la absolución de sus pecados podía ser la diferencia entre ir a la infratierra o los Jardines.

Koron dijo algo, y el sacerdote puso su dedo índice de la mano derecha sobre la frente de este, en señal de absolución. Nimud se quedó en silencio. El sacerdote insistió, pero el inquisidor hizo un leve movimiento de la cabeza, en señal de negación. Pasó con la gobernadora, quien profirió maldiciones en contra de Mergante y la religión elemental, diciendo, por ejemplo, que el sacerdote supremo era el resultado de la relación sexual entre Torvos y Merne, lo cual se consideraba una blasfemia. Sin embargo, antes de que el sacerdote pasara a la siguiente persona, lo pensó mejor y dijo algunas palabras en voz baja. El sacerdote, reticente, la absolvió. Balzin, sin bajar la mirada, se confesó en voz alta:

—Libre soy de los pecados que se me imputan. Sin embargo, confieso mi lealtad a la diosa

Merne, bendita por siempre, a quien entrego mi bienestar. Fui servidor de la legítima reina, y moriré el día de hoy defendiéndola. ¡Ese hombre que ocupa el trono es un usurpador y hechicero! —gritó mirando a ek'Koleth—. ¡Te maldigo por los dioses! ¡Pronto morirás, y serás recibido por Orgoth-ün, en el lugar que te mereces!

—¡Si no confiesas tus pecados, no recibirás absolución!— respondió el sacerdote.

—Me entrego a la misericordia de Merne. Que los dioses decidan mi caso en el gran juicio. ¡Grande es Malbeth, reina de Argoth! ¡Que su memoria nunca perezca! ¡Que su honor sea vengado!

En algún lugar de la plaza, alguien gritó:

—¡Grande es Malbeth, reina de Argoth!

Otra persona respondió:

—¡Grande es Malbeth, reina de Argoth!

Más personas se unieron al coro. Unos cuantos al principio, pero el coro se repetía y cada vez más voces se unían.

En la plataforma, Lord Mergante se levantó:

—¡Ejecuten a los reos!

Inmediatamente varios soldados corrieron a la plataforma para ayudar a poner a los presos de rodillas y sujetarlos bien, con la mejilla derecha en el tronco, mirando de lado.

Los verdugos se pusieron en su lugar. Uno de ellos, el que estaba en extrema izquierda, levantó la espada, y los otros tres lo imitaron.

Quizás Mergante pensaba que la ejecución ahogaría el coro que celebraba a la reina, pero no fue así. Seguía creciendo, aunque también muchos otros gritaban maldiciones en contra de los prisioneros, y los más cercanos a la plataforma lanzaban piedras, fruta podrida, incluso heces, en dirección de los cuatro.

La primera espada descendió, seguida por las otras en rápida sucesión: *¡Pnap-pnap-pnap-pnap!*

Por alguna razón, la cabeza de la gobernadora rodó más que las otras y cayó de la plataforma. Un hombre la agarró y, gritando complacido, la lanzó al aire para que otros lo imitaran, el chorro de sangre que salía del cuello salpicando a los que quedaban en su paso. Los verdugos tomaron las otras tres cabezas y las levantaron. La boca de Nimud estaba abierta, los ojos desorbitados de terror, y las quijadas se movían un poco hacia abajo y hacia arriba, una grotesca mueca.

—¡Grande es Malbeth, reina de Argoth! ¡Grande es Malbeth, reina de Argoth! ¡Grande es Malbeth, reina de Argoth!

Se escuchó el sonido metálico del desenvainar de varias espadas.

—Vámonos de aquí —dijo Degoth—. Habrá una estampida.

Luego un grito, después otro, y desde la plataforma ordenó Mergante:

—¡Maten a cualquier disidente!

Los soldados, entonces, siguiendo la instrucción, arremetieron con espadas, lanzas y flechas contra la multitud.

11. MASACRE

LA TURBA CORRÍA en todas direcciones para evitar la muerte. No todos los ciudadanos iban desarmados. Algunos blandían cuchillos y dagas, palos, piedras, incluso unos pocos sacaron espadas, con las que se defendían.

Dina empuñaba espada, al igual que el guerrero dragón.

Un soldado se atravesó frente a ellos. Atacó, pero dos contra uno, no tenía oportunidad. Aunque iba completamente armado, con coraza y yelmo, en un descuido Degoth le metió el filo en el cuello.

—¿A la biblioteca? —preguntó Dina.

—¡Sí!

—¿Y los demás?

—No lo sé…, estarán bien.

—¡Quiera Merne!

Dina lanzó una mirada en dirección de la plataforma. Se alegró ver que los que habían estado allí sentados eran rápidamente escoltados fuera de allí, pues comenzaba a lloverles pedradas.

Había demasiada gente. Alguien la empujó por detrás, fuerte, y por poco le clava la espada al que la empujó, pero era uno que simplemente quería salir de allí con vida.

Repentinamente se vieron rodeados por cuatro soldados. Uno de ellos gritó:

—¡Rindan las armas, el rey lo ordena!

Ni siquiera respondieron. Simplemente atacaron. Aunque Dina le dio un buen espadazo a uno en las costillas, y a otro en el hombro, y el filo no atravesó ni la coraza ni las hombreras.

La ex-sargento maldijo entre dientes. Lamentaba no haber traído alguna ballesta pequeña para lanzar un dardo a los ojos. Desenvainó un cuchillo que llevaba en el cinto, para atacar y defenderse con dos aceros.

A su izquierda escuchó un grito de guerra.

Si son más enemigos, estamos perdidos.

Pero todo lo contrario: eran amigos. Su abuelo, Joneh-duné, con hacha en mano (de dónde la sacó, no sabía), y Tom el grande, el tabernero, con una pica que seguramente tomó de un soldado caído.

El hacha del herrero cayó sobre la cabeza de uno de los soldados, y aunque el filo no atravesó el yelmo, sí le hizo una buena abolladura que dejó completamente aturdido al soldado, el cual se desplomó en el suelo. Allí le clavó Dina la espada en el cuello.

Ella y su abuelo arremetieron contra un segundo. Joneh-duné era un hombre grande y musculoso debido a años de herrería, y un hachazo en el hombro le cortó el brazo al pobre soldado, quién soltó un alarido, pero no por mucho tiempo, pues Dina metió la punta de la espada por el visor.

Degoth ya había matado a su contrincante, y el cuarto se dio a la fuga, herido.

—¡Esto es una masacre! —exclamó el tabernero, mirando a su alrededor, a los cuerpos

caídos de ciudadanos, casi todos completamente indefensos: ancianos, hombres, mujeres, niños.

—Salgamos de aquí si no queremos terminar entre los muertos —dijo el herrero.

Tomaron un callejón sin adoquinar que estaba vacío. Era tan angosto que corrieron en fila, con Degoth al frente y Tom en la retaguardia.

Tom lanzó un alarido y varias maldiciones:

—¡Me dieron! ¡Los hijos de Shaigón me dieron! —Tenía una flecha enterrada en el hombro izquierdo, pero siguieron corriendo. Doblaron a la derecha y llegaron a una calle más ancha en la que huía mucha gente. No vieron a soldados, lo cual era buena señal.

—Por aquí —dijo Degoth apuntando a otro callejón.

—Degoth —dijo Joneh-duné—, ¿no es más rápido por acá?

—No —respondió Degoth.

Lo siguieron, por supuesto. Aunque Degoth era tisdita —nativo de Tisdeh, en el extremo suroeste—, conocía la capital del reino mejor que cualquier argotita.

Mientras avanzaban, las voces y los gritos menguaban.

Lo que acaba de suceder es presagio de lo que nos espera, pensó Dina. El nuevo supuesto rey, el hechicero usurpador, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para consolidar su poder. Si eso significaba matar a decenas de inocentes, así sería.

La sangre correrá por todo el reino si no hacemos algo.

Así como había corrido la sangre de su tío. Hizo lo posible por evitar ese pensamiento. Cuando la espada descendió sobre el cuello de Balzin, cerró los ojos. No pudo verlo. No quería que esa fuera la última imagen en su mente en relación con él. No, quería recordarlo con la valentía con la que subió al estrado, con la que demostró, por medio de sus palabras, que Argoth no se doblegaría tan fácilmente.

Ya tendría tiempo para lamentar. En ese momento lo que necesitaba era sobrevivir para poder vengarlo, así como dijo Degoth.

Vengaré su muerte, lo prometo por los dioses.

El plan de Degoth, ese plan «relativamente sencillo», había resultado no ser tan sencillo como pensaban. Querían ir reclutando más gente para formar un pequeño ejército de resistencia, pero todos en quienes podían confiar estaban ocultos y en constante movimiento. Otros, capturados y, en el peor de los casos, muertos.

No podían darse por vencidos. Al final, esta era su ciudad. Con todos sus defectos, incluso con las muchas deficiencias de la reina Malbeth, Argoth era un reino próspero. Un territorio de libertad. Es verdad que había muchas injusticias, pero para eso estaba el ejército, los guerreros dragón, la ley…

Todo eso cambiaría con Mergante. Ese hombre, más que un rey, era un emperador. Y si reclutaba a todos los hechiceros del reino, sedientos de venganza por años de represión, ¿quién podría detenerlos?

Nosotros. Lo detendremos, o moriremos en el intento, pensó.

Llegaron a la puertecilla de la biblioteca, donde los esperaba Ornef.

—¿Ya llegaron todos? —le preguntó Tom.

—No, faltan Rafel y el maestro Slepten.

—*Jorgot* —dijo Joneh-duné.

—No llegarán —dijo Degoth.

Esa no era buena señal. Aunque Dina no había tenido muchas conversaciones con Degoth sobre sus habilidades mágicas, sabía que recibía premoniciones; sin embargo, él mismo había dicho que no siempre se cumplían.

Se quedaron allí, vigilando la puerta, por casi dos horas. En ese tiempo atendieron la herida de Tom, que era significativa, pero sanaría. La lavaron bien, le pusieron ungüento y una venda.

—Iré a buscarlos —dijo Degoth. Sin decir más, y sin dar tiempo para que alguien más se uniera a él, salió por la puerta y desapareció.

—Yo me quedaré aquí, vigilando —dijo el bibliotecario—. Ustedes vayan a mis aposentos, coman algo.

Reacios accedieron, con la esperanza de que pronto regresarían los tres faltantes.

Sin embargo, llegó la noche. Nadie estaba de vuelta, tampoco Degoth.

—Estarán bien, estarán bien —dijo Tom el grande, aunque más para sí mismo. Estaba acostado en un sillón, con los ojos cerrados.

—Llegarán pronto —murmuró Joneh-duné.

Pero no sucedió.

12. AGÜERO

DINA ESTABA ANSIOSA.

Muy ansiosa.

Habían pasado ya siete días y no sabían absolutamente nada ni de Degoth, ni del maestro, ni del alquimista.

La primeras dos noches fueron de lamento. Casi no pudo dormir, llorando del coraje por el cobarde asesinato de su tío. No le gustaba mostrar signos de debilidad, así que derramó sus lágrimas en la soledad de su habitación, sin lanzar los gritos que sentía atrapados en el pecho.

El tercer día su abuelo le dijo algo con mucha razón: Balzin querría que ella viviera para hacer algo al respecto. Balzin estuvo dispuesto a dar su vida por el reino, y ahora les tocaba a ellos.

Pasó varias horas respirando profundamente y meditando, para regresar su cuerpo y su espíritu al presente, a la realidad en la que ahora estaban.

Tenía la esperanza que, en cualquier momento, llegaría Degoth con los demás.

¿Estarán muertos?, se preguntaba. Si cualquiera de los tres había perdido la vida sería un tremendo golpe para la resistencia. Si es que podía llamarse *resistencia* a ese triste y diminuto grupo. Después de todo, Degoth, Slepten, y Rafel eran pilares en este pequeño movimiento. ¿Qué harían si uno había perdido la vida? ¿O dos? ¿O los tres?

Forge shelta, maldijo.

Ella se había aventurado afuera, ignorando las protestas de su abuelo, para buscar a los desaparecidos. Pero no los encontró.

Lo que sí es que se enteró del resultado de lo sucedido en la plaza principal. Por supuesto, no había cifras oficiales. Pero se decía que casi quinientos muertos. Dina quería acercarse al lugar, pero estaba fuertemente resguardado. Según le dijo un supuesto testigo ocular, seguían limpiando la sangre y olía a carne en descomposición. Amontonaban los cadáveres y les prendían fuego.

Regresó a la biblioteca antes del toque de queda.

Su abuelo, sentado ante el fuego, leía un libro al que no había pasado la página en mucho tiempo. Tom se retiró a dormir. Ornef bebía vino y tarareaba una canción triste.

Dina se sentó en una silla, pero se puso de pie de nuevo. Daba círculos por el salón.

—Tranquila, Dina. De nada sirve estar preocupada —le dijo Joneh-duné.

—No puedo estar tranquila, abuelo.

—No lograrás que regresen dando vueltas por el cuarto.

—¿Dónde pueden estar? Y ¿por qué no han enviado algún tipo de mensaje? Una paloma, por lo menos.

—No lo sé. Tendrán alguna razón.

La razón puede ser que están sin vida, o apresados, pensó. Si estaban en algún calabozo, tenían que enterarse y hacer un plan de liberación.

—¿Has revisado hoy las palomas? —le preguntó al bibliotecario.

—Sí…, pero iré de nuevo. No está de más.

Ornef se retiró. Dina se acomodó en uno de los sillones. Cerró los ojos para descansar, pero por la mente le corrían los pensamientos.

Tiempo después, regresó el bibliotecario.

—Llegaron tres mensajes —dijo.

—¿Se puede saber algo sobre ellos, o son confidenciales? —pregunto Joneh-duné, siempre respetuoso.

—Son confidenciales, pero no para ustedes. El primer mensaje es sobre el funeral de la reina. Al parecer están comenzando los preparativos, pero sin mucha prisa. De hecho, me sorprende que vayan a hacer un funeral, pero aparentemente lo harán para apaciguar a la ciudad, que amaba a su reina. El segundo es en relación con el ejército de Argoth. Tengo varios espías allí. Aparentemente el ejército argotita está preparándose para salir pronto, posiblemente en los próximos días, y comenzar la marcha en dirección sureste, hacia el valle de Morián.

—*Jorgot* —dijo el herrero.

—Envié una paloma a Gabá, para que estén enterados y se preparen.

—¿Y qué piensas tú? —preguntó Dina—. ¿Puede Gabá resistir?

El bibliotecario se quedó pensativo por un momento. Chascó la lengua y respondió:

—Sí. Creo que puede. Conocen mucho mejor el valle, y tienen la ventaja táctica de saber por dónde vendrá el enemigo y con cuántos. Estoy seguro que intentarán desestabilizar la marcha con ataques pequeños, estratégicos, antes de que lleguen a Morián.

—Ataques de guerrilla —afirmó Dina.

—Así es —dijo Ornef.

—Además de eso —mencionó el herrero—, las murallas de Gabá son masivas. No tan grandes como las nuestras, pero no será fácil penetrar en la ciudad. El sitio puede durar meses.

—Y en ese tiempo otras ciudades o aldeas podrían unirse a la guerra del lado de los gabanos —dijo Ornef.

—Probablemente es eso lo que quiere evitar Mergante —terció Dina—. Por eso se apresura a atacar.

El bibliotecario se sirvió mas vino, agitó la copa, le dio un sorbo.

—Este es un buen vino —dijo—. Por los dioses que sí.

—¿Y el tercer mensaje? —preguntó la ex-sargento con un poco de impaciencia.

—El tercer mensaje tiene que ver con la ciudad.

—¿Argoth? —preguntó Joneh-duné.

—Sí, con Argoth. Aparentemente lo sucedido en la plaza es del conocimiento ya de todos los ciudadanos. Y la noticia no ha caído bien. Nada, nada bien. Ya comienzan los rumores de un levantamiento.

El herrero se acomodó en la silla de madera, que crujió.

—¿Sí? —dijo arqueando sus pobladas cejas—. ¿Una rebelión?

—Todavía no estoy seguro. Tendremos que investigar más. Pero al parecer…, un general ha desertado, y con él un grupo de soldados. Eso es, según me dicen, al norte. Hacia el sur de la ciudad, aparentemente, el barrio de los ladrones está con planes de rebelarse, también.

—¡La ciudad se levanta! —dijo Dina. Eso la llenaba de alegría. Argoth no se doblegaría tan rápido, después de todo.

—Eso parece. Y si es así, me pregunto si Mergante enviará sus tropas fuera de la ciudad, o si pospondrá la marcha para afianzarse en la ciudad.

El barrio de los ladrones no estaba lejos de la biblioteca, como a media legua. Era ese sector

de la ciudad que incluso los soldados evitaban. Se ganó su apodo años atrás puesto que, al ser uno de los barrios más pobres, era bien sabido que allí vivían muchos de los ladrones. Dina, sin embargo, varias veces se aventuró adentro y encontró a personas placenteras que la trataron muy bien. Por supuesto, iba vestida de civil y, la última ocasión, acompañada por Degoth.

El guerrero dragón le presentó a Ibán-ael, quien era una de las matriarcas con más influencia en el barrio. Ella nunca lo admitiría, pero era la líder de los Calaveras, grupo criminal que principalmente se dedicaba al tráfico de tabaco y alcohol, y al robo de casas, especialmente de ciudadanos de clase media.

—Iré al barrio de los ladrones para hablar con Ibán-ael —dijo Dina.

Hubo un silencio.

—¿Para qué? —preguntó su abuelo.

—Quizás ella sepa el paradero de Degoth, del maestro o de…

—¿Y ella por qué sabría? —la interrumpió su abuelo.

—Porque tiene informantes por todos lados. Quizá alguno de ellos los vio. Además, me gustaría estar al tanto de la rebelión en la ciudad.

—Con todo respeto, sargento… —dijo Ornef.

—Ex-sargento.

—Sí, eh, con todo respeto, Dina, salir de aquí es ya de por sí peligroso. Pero ir al barrio de los ladrones, todavía más. Estoy seguro estará bajo vigilancia. Podrías ser atrapada y nunca nos enteraríamos.

—La otra opción es quedarme aquí. Pero prefiero hacer algo. Incluso si no me dan información, valdrá la pena. Podré ver lo que está pasando allá, te paso el informe, y tú podrás a su vez comunicarlo a otras personas.

El bibliotecario se quedó pensando:

—Admito que esa información sería valiosa.

Joneh-duné se puso de pie:

—Dina, piénsalo bien. Piensa en el peligro.

—Abuelo. Estamos viviendo en tiempos peligrosos. No podemos evitar el peligro. Tenemos que enfrentarlo. Además, no me atraparán. No lo permitiré. Te lo prometo.

Una promesa que no puedo realmente asegurar, solo intentar cumplirla, pensó.

—Iré contigo, entonces.

—De ninguna manera.

—¡Por qué no!

—Porque tendré que deslizarme por la noche. Abuelo, por favor no te ofendas, pero no podrás seguirme el paso.

El herrero frunció el ceño:

—¿Me estás diciendo anciano?

—¿Cuántos años tienes, abuelo?

—¡No responderé a esa insolente pregunta! —dijo cruzándose de hombros.

Dina sonrió.

—Iré sola. He hecho cosas mucho más peligrosas. Lo sabes bien. Estaré de regreso antes de que salga el sol.

Los hombros de Joneh-duné se encorvaron al darse cuenta que no podría hacerla desistir.

El bibliotecario le dio a la ex-sargento carne seca y un pedazo de queso envueltos en una tela, «Por si llegas a tener hambre».

Dina se despidió del bibliotecario y después de su abuelo. Pero no dijo adiós con un abrazo,

porque no quería dar la impresión de que se despedía. Sería de mal agüero.

Salió a la oscuridad de la noche.

13. CINCO

DINA SE DETUVO en las sombras para dejar que pasara una guardia de cuatro.

Ornef tenía razón. El barrio de los ladrones estaba bajo intensa vigilancia. Mientras más se acercaba, más difícil era evitar a los soldados, algunos de ellos de pie en las esquinas, y otros marchando en grupos de cuatro, de seis, de ocho.

Tendría que cambiar de estrategia si quería llegar a su destino. Imposible continuar por las calles. Habría que hacerlo por los techos. No eran casas, sino más bien edificios habitacionales en donde vivían atiborradas las personas. Algunos de los edificios eran de tres pisos, algunos de cuatro, la mayoría de dos. Subió uno de ellos empujándose a una teja que cubría una entrada, de allí escaló por los ladrillos, llegó a una ventana, usó el alféizar para de allí saltar, tomándose de la franja de borde, para alzarse hacia el techo. Era de teja muy vieja y con inclinación, así que anduvo con cuidado de no resbalarse y caer a una fractura segura.

Saltó sobre un techo, luego un segundo, y mientras corría silenciosamente por el tercero, se detuvo de bruces al ver dos sombras delante de ella.

Por fortuna, le daban la espalda. La luz de la luna era suficiente para hacerle ver que eran un par de soldados, arqueros, que vigilaban desde la altura.

Tenía sentido. Habría vigías, así que no podía moverse con libertad, sino con mucha cautela.

Haciendo el menor ruido posible tomó una desviación saltando hacia un techo a la izquierda, otra vez a la izquierda, y de nuevo a la derecha en dirección al barrio.

Se encontró con un vigilante, pero era solamente uno. Se le presentaba un problema. Si quería avanzar, tenía que pasar por donde estaba el soldado. El techo a la izquierda se encontraba muy lejos, y el de la derecha muy arriba. Podía descender, andar por el callejón, y volver a subir. Le tomaría mucho tiempo. En lugar de eso, sacó su daga. Se acerco al soldado por detrás y lo degolló.

Tiempos de guerra, pensó. No pudo evitar sentirse culpable, porque no hace mucho tiempo ella había sido parte del ejército de Argoth. Allí estaba ahora, de noche, cometiendo un acto de traición de tal grado que indudablemente enviaría su cabeza a la sentencia de muerte. Eso, por supuesto, si la capturaban, y si había testigos de su crimen.

Pero la realidad era que el nuevo rey declaró la guerra sobre los ciudadanos de Argoth. Y ella era del bando ciudadano.

Saltando de un techo a otro, pensó en cómo su vida había tomado un giro, uno tan inesperado como el golpe de Estado. Siempre imaginó que su futuro era en el ejército, pasando de sargento a capitán, a comandante, a mayor y, ¿por qué no?, a teniente. No tenía aspiraciones a ser general porque consideraba que para llegar a ese puesto se necesitaba algún tipo de «palanca».

Todo cambió cuando conoció a Degoth ek’Degoth tisdita, el guerrero dragón que perseguía hechiceros siendo él uno.

Ese sí que es un giro, pensó.

Si no se equivocaba, estaba por llegar al barrio de los ladrones. Fue allí cuando sucedió.

Repentinamente tenía dos soldados enfrente de ella, uno apuntándola con una ballesta, el otro con lanza en mano.

Dina se detuvo.

—¡Alto, en nombre del rey! —dijo el ballestero, su grito rompiendo el silencio de la noche.

Los dos enemigos estaban a suficiente distancia como para considerar simplemente huir. Sí, la luna iluminaba la noche, pero bendito sean los dioses en ese momento pasaba una nube frente a ella, por lo cual podría moverse con rapidez y, si los dioses seguían favoreciéndola, la flecha no daría su marca.

Antes de poder decidir, de las sombras salieron otros dos soldados, detrás de ella, uno ligeramente a su derecha, otro a su izquierda. Es decir, la habían rodeado. Y lo peor es que los dos tenían arco.

Maldita sea, escaparse de tres flechas no resultaba tan sencillo, incluso en la oscuridad.

—No te muevas, ladrón —dijo de nuevo el ballestero—, o te llenamos de flechas.

Sin desenvainar, Dina levantó ambas manos:

—Tranquilos. Tranquilos. Solo estoy perdida.

El soldado lanzó una carcajada seca:

—Claro, sin duda; perdida. ¡No te muevas, dije!

Quizás, solo quizás, si los distraía lo suficiente, lograría escaparse. Pero los cuatro daban pasos precavidos hacia ella, acortando la distancia.

Los vellos de su cuerpo se le pusieron de punta al darse cuenta que, probablemente, estaba perdida. De nuevo, el bibliotecario acertó. La capturarían, y no podría avisarles.

Maldito seas, Ornef, pensó.

El de la ballesta estaba a tres pasos cuando tosió. Una flecha se le había incrustado en medio de la clavícula. Dina pensó que uno de los arqueros disparó sin querer y, en lugar de darle a ella en la espalda, hirió al ballestero.

Pero estaba equivocada, porque de las sombras salieron tres, cuatro…, no, cinco hombres. Al soldado de la lanza le partieron el cráneo de un hachazo, al arquero a su derecha le clavaron una daga en los riñones, y al último, que logró tirar la flecha que se perdió en la noche, lo llenaron de cuchilladas entre dos.

Sucedió tan rápido que Dina seguía con las manos en alto.

Uno de los hombres limpió su daga en el faldón de uno de los caídos. Se acercó a ella. Era bien parecido, alto y con barba corta, negra, y ojos que relucían a la luz de la luna que de nuevo se asomaba. Dijo:

—No eres uno de los nuestros. Explícate pronto, o terminarás como ellos.

—Mi nombre es Dina ek’Ordeh.

—¿Qué haces aquí, Dina ek’Ordeh, en una noche como esta?

—Estoy buscando a Ibán-ael.

—No la conozco —respondió el otro, demasiado rápido.

—Yo sí —dijo ella—. No hace mucho que la visité junto con Degoth ek’Degoth, el guerrero dragón.

El hombre se quedó en silencio.

—¿Qué tienes que ver con Degoth?

—Hemos sido compañeros. Estoy buscándolo, de hecho.

—¿Y piensas encontrarlo aquí? ¿En el barrio?

—Esperaba hallar algo de información.

El hombre lo pensó unos momentos, mirándola con intensidad. Finalmente habló:

—Está bien. Sígueme. —Luego a sus hombres—: Larguémonos de aquí.

14. TÚNELES

IBÁN-AEL ERA una mujer impresionante. Llevaba el cabello —de color rojo furioso— en dos grandes trenzas que le descendían sobre el pecho. Era por lo menos un codo[11] más alta que Dina, con unos brazos musculosos. Una mujer gruesa, pero de un semblante que reflejaba la belleza de su juventud. Ojos violeta, mejillas llenas de pecas, y una profunda cicatriz en la comisura izquierda de sus labios carnosos hacían que enseñara un colmillo. Daba la impresión que, si la hacías enojar, te partiría en dos como a una rama seca.

—Dina ek'Ordeh —dijo Ibán-ael, como declarando un hecho. No parecía feliz de verla, ni molesta. Estaba sentada en una silla de madera cubierta de pieles que parecía un trono.

Para llegar a ella le vendaron los ojos. Estaban en una habitación grande, oscura y húmeda.

Debajo de la ciudad, pensó la ex-sargento.

—Es un gusto volver a verte, Ibán-ael.

—La última vez que estuviste aquí, eras parte del ejército de Argoth.

Unas veinte personas, todas armadas, vigilaban a la ex-sargento. Algunas de pie, otras sentadas, tanto hombres como mujeres, bien armadas. Dichas personas se movieron inquietas al escuchar lo que dijo la matriarca.

—Tienes razón. Pero muchas cosas han cambiado desde la última vez que estuve aquí. No solo he sido expulsada del ejército, sino que soy una de las mujeres más buscadas en el reino. Honor que comparto contigo.

La matriarca esbozó, muy apenas, una sonrisa.

—He visto tus pósters por la ciudad —dijo Ibán-ael—. Siempre es un gusto ver a una mujer dibujada en esos anuncios.

Al decir eso, todos en el salón se relajaron.

—Lo único que me decepciona —dijo Dina—, es que ofrezcan tan poco dinero por mi cabeza.

Se escucharon risillas.

—Pues bien, Dina ek'Ordeh —dijo Ibán-ael—. Estamos en tiempos difíciles. Por lo tanto, mi tiempo es limitado. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Estoy buscando a tres personas. A Degoth tisdita, al maestro Slepten, y a Rafel el alquimista.

—¿Perdidos?

—No sé si están perdidos, pero no sabemos nada de ellos.

—Dices *sabemos*, en plural. ¿A quiénes te refieres?

—Ornef, Tom el grande, y Joneh-duné, el herrero.

—¿Siguen refugiados en la biblioteca?

—Sí —contesto Dina, no tan extrañada de que supiera dónde estaban escondidos—. Sé que tienes una red de informantes por toda la ciudad, al igual que Ornef. Pero no hemos recibido mensaje alguno. Queremos saber si están vivos o…, o muertos.

—Están vivos —dijo Ibán-ael.

Dina sintió en su corazón un golpe de alegría.

—Pero no están aquí. *Estuvieron* aquí hace una semana.

Después de la masacre —narró la matriarca—, Slepten y Rafel fueron capturados por una guardia de soldados. Por fortuna, Ibán-ael y cinco de los suyos fueron testigos de lo sucedido, y en el momento oportuno, antes de que llegaran al castillo, atacaron y salvaron al maestro guerrero y al alquimista. Fueron ayudados en el rescate por Degoth quien apareció de repente, como por arte de agorería. El camino hacia la biblioteca, para entonces, estaba repleto de soldados, así que se desviaron en dirección del barrio, llegando por medio de los túneles laberintescos que recorrían las entrañas de Argoth.

Allí celebraron una especie de consejo de guerra, y se decidió que, para vencer al hechicero, debían usar todas las reliquias que tuvieran a la mano. Ibán-ael tenía tres en su posesión, y Rafel habló de otras cuatro escondidas en un mismo lugar, en una cueva de la ladera sureste, cerca de la «torre triste de la guardia vieja». Hace seis días, Degoth, Slepten, Rafel, y tres de sus mejores guerreros, fueron a la cueva. Después de eso irían a la biblioteca, para encontrarse con Dina y los demás.

—Pero no han regresado —dijo la ex-sargento, pensativa. Con esa información entendía mejor el plan que siguió Degoth. Le molestaba un poco que no la buscaran antes de salir en la misión. En definitiva, tener reliquias podía ser la clave para luchar contra Mergante y los suyos. Dina lo sabía bien. Uno de sus grandes secretos era la reliquia que pendía de su cuello, la cual obtuvo en las tierras distantes, más allá de la isla Nureph, en el gran mar. Reliquia, por cierto, que todavía no aprendía a usar bien, y la última vez por poco le quita la vida.

—Regresarán —dijo la lideresa—. Estoy segura. Iré contigo.

—¿A la biblioteca?

—Sí. Allí los esperaremos, y llevaremos acabo la segunda fase del plan: el ataque.

Era la tercera vigilia de la noche[12] cuando partieron hacia la biblioteca, pero no por las calles, sino por los túneles. Ibán-ael lideraba, seguida por Dina, y en la retaguardia el guapo de la barba negra, de nombre Misrairám.

Andaban deprisa, los tres con lámpara en mano. La ex-sargento confiaba en la dirección de la matriarca, porque Dina no tenía ni idea por dónde iban, mucho menos cómo se ubicaba en esos cavernosos túneles. La lideresa no consultó mapa alguno. Asumía que, de tanto usarlos, los conocía igual de bien que las calles citadinas.

Era bien sabido que numerosos túneles zigzagueaban por debajo de la gran ciudad, asentada sobre una colina rocosa. En múltiples puntos de la ciudad se hallaba acceso a los corredores por medio de las entradas a las cavernas. Además, cientos de años atrás, los reyes mandaron crear túneles por diversos motivos, para poder escapar, entrar y salir sin ser vistos, e incluso mover al ejército por debajo de las calles.

Pero el ciudadano promedio de Argoth jamás entraría a los túneles por miedo de toparse con algún monstruo, o peor aun, verse de frente con algún espectro guardián de las entradas a la infratierra.

En una aventura anterior Dina se introdujo en los túneles junto con el guerrero dragón, y a decir verdad, la experiencia no fue la más placentera, pues por poco perecieron.

Aunque, si era sincera, «perder la vida» comenzaba a convertirse en el estándar, en lo

normal. Lo fuera de lo común sería estar a salvo.

Por la voluntad de Merne sigo viva, y seguiré viva.

Ibán-ael se detuvo, con la mano en alto. Miró a Dina. La matriarca puso el dedo índice sobre sus labios. Luego en voz muy baja:

—Gorgots.

A Dina se le erizó la piel.

Con los mantos cubrieron las lámparas, y los abrazó la oscuridad.

El ejército argotita mantenía que los gorgots, esos monstruos loboides de ojos rojos y filosas garras, habían sido erradicados del «círculo» años atrás. Por cientos de años no se había visto uno merodeando las calles de la ciudadela.

Pero la ex-sargento sabía, a ciencia cierta, que eso no era del todo verdad. Los monstruos anidaban en el interior de la colina de Argoth, y se preguntaba si aguardaban el día para regresar a la superficie.

Los escuchó, entonces: el gruñir ronco de una jauría de perros salvajes. Después, como a un tiro de piedra, brillaron varios pares de ojos rojos.

Forje shelta, pensó. *Deben ser unos cincuenta, o más. Si nos ven, o nos huelen, estamos muertos.*

Al ser loboides, los gorgots tenían buen olfato. Aunque Dina escapó varias veces de los monstruos, no le agradaba la idea de tener que, una vez más, salvar su pellejo de ser desgarrado por esos perros.

Además, no tenía mapa, y estaban en completa oscuridad. Si se perdía, podía morir; si no devorada, sí perdida, sucumbiendo lentamente al hambre y sed.

Los gorgots tenían prisa. Pronto se perdieron en la oscuridad.

—Estamos cerca —susurró Ibán-ael un par de minutos después, cuando estaban seguros de estar solos.

Tenía razón. Menos de cinco minutos después, doblaron a la derecha, luego a la izquierda hasta llegar a un túnel sin salida que terminaba en una pared rocosa. La lideresa escaló la pared usando unos agujeros hechos por mano humana.

Ascendieron hasta llegar a un desagüe con reja que se removía con facilidad. Salieron y fueron recibidos por un cielo semi-nublado.

De allí continuaron a pie. Llegaron pronto a la puerta lateral de la biblioteca. A lo lejos se escuchaban gritos, y aunque no lo distinguían bien, sonaba a gritos de batalla.

Quizás ha comenzado. Se comienza a levantar la ciudad.

Ibán-ael jaló el cordón de la campanilla, fuerte, constantemente, casi desesperadamente.

Lo soltó y dijo:

—No me gusta lo que escucho. Suena cerca.

—Posiblemente tendremos que apurar los planes —dijo Misrairám.

La matriarca maldijo, una blasfemia larga y creativa que incluso hizo a Dina sonrojarse, cosa que no sucedía con frecuencia.

La puerta se abrió. Una sombra dijo:

—¡Por el Creador! Pensé que estabas muerta.

Era Degoth.

—¡Entren, rápido! —dijo el dragón.

15. PUERTA

DINA QUERÍA PREGUNTARLE a Degoth dónde rayos había estado los últimos días. El guerrero dragón, sin embargo, no les dio tiempo de decir nada, pues habiendo cerrado la puerta, y con una señal de la mano, se alejó de allí apresurado.

Lo siguieron.

Algo está pasando. Algo malo.

Llegaron hasta la sala de estar.

—¡Maldita sea, Dina! —dijo Joneh-duné al verla, la cara roja—. ¡Pensé que, que estabas…, maldita sea!

Alrededor de la mesa, en la cual reposaba un mapa de la ciudad, estaba su abuelo Joneh-duné, Rafel el alquimista, Tom el grande, y Slepten. Solo Ornef se ausentaba.

—Bienvenida, lideresa —le dijo Slepten a Ibán-ael.

Ella respondió con una inclinación de la cabeza, apuntó al de la barba negra y dijo:

—Él es Misrairám, capitán de mis escuadrones.

—Agradecemos mucho los tres guerreros que nos prestaste —continuó el maestro Slepten—. Hace menos de media hora que salieron de aquí, de regreso al barrio.

Se acercaron a la mesa. El mapa de la ciudad tenía fichas azules esparcidas por aquí y por allá, y fichas rojas, en menor cantidad, colocadas en diversos puntos. Dina comprendió inmediatamente que las azules representaban el ejército argotita, y las rojas la rebelión.

Dina apuntó a las fichas rojas al norte del castillo:

—¿Estas representan al general que desertó?

—Sí —dijo Rafel—. Jarepte, el alto general tercero, fue quien abjuró.

—Por los dioses —dijo la ex-sargento—. No lo puedo creer. Bien por él.

—Unos dos mil soldados lo siguen —dijo Ornef—. No son muchos, pero suficientes.

—Estas fichas somos nosotros, ¿cierto? Mi gente —dijo Ibán-ael.

—Sí —afirmó el maestro Slepten, su cara envuelta en el humo de su pipa.

—Somos quinientos —continuó ella—. Buenos guerreros. Cada uno pelea por tres soldados argotitas bastardos de Egat-arba.

Dina se estremeció a la escuchar la referencia a la princesa de la muerte.

—Argot tiene unos quince mil soldados, pero no todos están en la ciudad —dijo Rafel—. Algunos acampan hacia el sur, fuera de la muralla. Otros resguardan las grandes ciudades. Dentro de la ciudad, unos siete mil.

—¿Creen que Mergante mande traer al resto? —preguntó su abuelo.

—No —dijo Degoth—. Intentará aplastar la rebelión lo más rápido que pueda, para ir a luchar contra Gabá.

—Entonces son siete mil contra dos mil quinientos —dijo Dina.

—Aproximadamente —afirmó Degoth—, pero pelear en las angostas calles de la ciudad no es lo mismo que en campo abierto. Con una buena estrategia podemos derrotar al hechicero.

—Además —agregó el maestro Slepten—, no dudo que algunos ciudadanos se agreguen a la pelea por la ciudad.

—Que así sea —dijo Dina—. Y ¿qué representan estas fichas moradas? —agregó, apuntando a un puñado de cuatro fichas justo frente al castillo.

Se hizo un silencio en la habitación.

—Son los hechiceros, Dina —dijo Degoth, serio.

—¿Los hechiceros? ¿De qué hablas?

—Desde hace tres días se juntan hechiceros en un campamento que levantaron frente al castillo. De alguna manera Mergante los ha reclutado. No sabemos exactamente cómo.

—Seguramente estaban esperando el tiempo —dijo Slepten—. Mergante ha planeado su resurgencia con años. Esta es la parte culminante de su programa.

—De hecho —dijo Rafel—, han comenzado a ejecutar personas desde el día de ayer. Iluminados, sobre todo. Los llevan a la mitad del campamento y les prenden fuego con sus poderes mágicos.

—Dioses —dijo Dina—. ¿Cuántos hechiceros son?

—Contamos unos cien —respondió Degoth—. Ciento cincuenta por mucho.

—Que los dioses tengan misericordia —dijo Ibán-ael—. No podremos luchar contra un contingente de más de un centenar de hechiceros. Necesitaremos poderosas reliquias. Nosotros tenemos unas cuantas, de protección. No estoy segura si serán suficientes.

—¿Y qué de los guerreros dragón? —preguntó Dina.

El maestro Slepten se rascó la mejilla:

—Hemos sido perseguidos, capturados y asesinados. Pero no todos. Algunos todavía quedan vivos, repartidos por el reino. Envié una llamada de auxilio para que vengan lo más pronto posible.

—¿Vendrán? —preguntó de nuevo la ex-sargento.

—Sí —afirmó Degoth—. Vienen en camino. Si el Patriarca nos favorece, llegarán muy pronto. Además, tenemos un arma secreta —agregó, mirando al alquimista.

El viejo sabio metió la mano a su bolsón y puso en la mesa cuatro anillos. Uno rojo, uno azul, uno celeste, y otro marrón.

Dina jadeó, sorprendida. Ibán-ael se sobresaltó. Misrairám maldijo.

—¿Esos son… —dijo Ibán-ael—, son los anillos elementales?

—Sí —replicó el alquimista, sin más.

—Pero son un mito —dijo Dina.

—Han estado perdidos por siglos —dijo Ibán-ael

—Perdidos, no —contestó el alquimista—. Guardados. Muy bien guardados. En las entrañas de Argoth.

—Me dijeron que buscarían unas reliquias —dijo la lideresa—, pero no me imaginé que unas tan poderosas. Si es que esos anillos hacen lo que las leyendas dicen que son capaces de hacer.

—Los son —dijo Rafel.

Por supuesto que Dina había oído la leyenda de los anillos elementales. Cuatro anillos, forjados miles de años atrás, cuyos orígenes eran un misterio y frecuente debate de los sabios y entendidos. Cada anillo representaba uno de los elementos: fuego, agua, viento, tierra. El portador recibía la capacidad de controlar su elemento. Lo que Dina no sabía era si ese poder se adquiría de manera indefinida, o no. Si tuviera que adivinar, diría que en manos de una persona sin entrenamiento, podía resultar en su muerte.

—¿Quién los portará? —preguntó Ibán-ael, sus ojos brillando, sin poder dejar de ver los

cuatro aros metálicos.

—Ya lo decidiremos —dijo el alquimista tomándolos y guardándolos—. Se deben usar con mucho cuidado, pues agotan la energía interna con rapidez, y más de uno ha terminado muerto antes de poder siquiera usarlo.

—Lideresa —dijo Degoth—. Tendremos que comenzar la defensa de la ciudad mucho más rápido de lo que pensábamos. El hechicero comenzó a mover sus tropas, algunas hacia el norte, algunas en nuestra dirección.

—Pudimos escucharlos, cerca de aquí —dijo Dina.

—Entonces el tiempo apremia más de lo que quisiéramos —dijo el guerrero dragón—. No hemos logrado buena coordinación con el alto general tercero, excepto mensajes por palomas. Probablemente lo mejor sea salir a las calles y apretar en dirección del castillo.

—Mis tropas están listas —dijo Ibán-ael—. Están esperando mis órdenes.

—¿Podrían salir a pelear hoy mismo? —preguntó Rafel el alquimista.

—Hoy mismo —respondió ella.

—Tendremos que hacer eso que dice Degoth —dijo el maestro apuntando el mapa con la palma abierta—. Jarepte resiste en el norte, nosotros nos acercamos por el sur y, de ser posible, atacamos la retaguardia argotita.

—Incluso podríamos embestir el castillo —dijo Tom—. Eso los pondrá nerviosos.

—Con quinientos me parece difícil —dijo Degoth—. No imposible. Pero necesitamos más.

La puerta se abrió de golpe. Entró Ornef, jadeando y con los ojos aterrados.

—¿Qué pasa, Ornef? —preguntó Degoth.

—Han entrado. No estoy seguro cómo, no los vi desde la torre. ¡Se escabulleron! Pero han entrado a la biblioteca.

—¿Quiénes? —preguntó Joneh-duné.

—Un escuadrón del ejército. Varios escuadrones, más bien. ¡Debemos salir de aquí… *ya!*

—Pero ¿y las salidas? ¿Tendremos paso? —preguntó el maestro.

—No lo sé. Intentemos salir por la lateral. De lo contrario, usaremos uno de los pasadizos. La salida lateral es más rápido.

—Vamos, entonces, antes de que nos arrinconen aquí adentro —dijo el maestro Slepten.

Era claro que no había tiempo de nada. Rafel dobló el mapa varias veces y lo guardó en sus túnicas. Todos traían algún arma al cinto, ya sea espada o daga. Cada quién tomó alguna fuente de luz, antorcha, lámpara, candelero.

A Dina le pareció algo cómico, aunque cómico de una manera irónica, que tan solo minutos antes corría por esos pasillos siguiendo a Degoth hacia adentro de la biblioteca, y ahora corría de nuevo, también siguiendo a Degoth, pero a salir de la biblioteca.

Andaban en fila, con Ornef al frente, luego Degoth, luego ella, luego los demás en algún orden que no verificó.

Llegaron hasta la puerta de salida. El bibliotecario hizo una pausa. Descorrió el visor, y echó un vistazo.

—No se ve nada, no se ve nadie —murmuró.

Abrió un par de candados, luego la puerta, con cuidado. Tanto Degoth como Dina acariciaron el pomo de sus armas.

El bibliotecario dio un paso hacia afuera, inspeccionando el callejón. Se dio la vuelta y anunció:

—Todo libre.

Gruñó. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro, y se desplomó hacia el frente. Degoth lo

alcanzó antes de que se estrellara de cara en el piso.

Tenía tres flechas protuberando de la espalda.

—¡Dina! —gritó Degoth—. ¡Cierra la puer—!

Demasiado tarde. En el marco de la puerta estaban ya varios soldados, armados de pies a cabeza, quienes gritando, entraron.

16. PORTADORES

DINA DESENVAINÓ JUSTO a tiempo para evitar que le cortaran la cabeza de un tajo.

De reojo vio que Degoth tuvo que dejar caer al bibliotecario para dar un par de saltos largos hacia atrás y tener tiempo para sacar su arma y defenderse. De lo contrario habría sido emboscado por tres o cuatro.

Ornef, moribundo, musitando algo que Dina no escuchó, trató de incorporarse, poniéndose de rodillas. Un soldado se acercó y le clavó una lanza en la nuca. El bibliotecario se desplomó y dejó de moverse.

Dina gritó de impotencia. Su contrincante aprovechó su distracción para montar un salvaje ataque con espada y escudo. El soldado tenía armadura completa, incluyendo un escudo rectangular que le cubría el pecho y los muslos. Pero en lugar de yelmo traía casco para ver mejor en la penumbra. Ese era su punto débil, y lo sabía, pues cuidaba bien su rostro detrás del escudo, asomando solo los ojos.

¿Cuántos soldados eran? No sabía, pero seguían entrando por la puerta. Nueve, diez, once…, *dioses.*

Varias flechas volaron, Dina oyó dos zumbar cerca de su rostro, y detrás de ella un grito de dolor que no supo reconocer a quién le pertenecía. Alrededor de ella los bramidos de combate y los sonidos metálicos del chocar de las espadas, las chispas saltando de los aceros al encontrarse.

Su enemigo le gritó algo, pero no lo distinguió. Alguna blasfemia, alguna promesa de lo que le haría si la desarmaba.

Dina estaba más que acostumbrada a esta estúpida táctica de los hombres. Casi sin excepción, cuando estaba en algún combate, los hombres recurrían a comentarios misóginos y de intimidación sexual. Como si eso la intimidara. Como si eso no la tuviera harta hasta el cansancio. Como si no fuera un cliché burdo. Lo único que provocaba en ella, y en todas las mujeres guerreras que conocía, era un deseo todavía más fuerte de cortarle la garganta. ¿Intimidación? Por los dioses que no.

El hombre levantó la espada para hacerla descender verticalmente sobre ella. Dina se agachó y deslizó la punta de la espada por debajo del borde del escudo, acuchillándole el pie derecho. Gritando de dolor, el soldado soltó el escudo para llevarse la mano izquierda a la herida, y la ex-sargento aprovechó para rebanarle el cuello.

—¡Retirada! —gritó el alquimista.

Era lo más sensato. Retrocedieron por donde habían venido. Dina fue la penúltima en salir, con Degoth cuidando la retaguardia. Frente a la ex-sargento andaba su abuelo, con una flecha en la cadera.

—¡Abuelo! —dijo ella.

—Estoy bien —respondió, aunque cojeaba.

¿Quién más estaba herido, o muerto? Pronto lo sabría…, si salía viva, pues los soldados ya los perseguían por el túnel.

Maldito chiste desabrido, pensó corriendo de nuevo por ese túnel, ahora hacia adentro.

—¡Síganme! —gritó alguien al frente cuya voz reconoció como la de Rafel. Con el bibliotecario muerto, esperaba que el alquimista supiera alguna vía de escape, como los pasadizos secretos de los que habló Ornef. Si una persona los podía sacar de allí, era el alquimista. Ese hombre parecía saber todo de todo.

Llegaron a un salón rectangular con tres puertas, una a la izquierda, otra a la derecha, otra al frente. Tomaron la de la derecha todos (Dina pudo ver, aliviada, a su abuelo, al maestro, a Tom, la lideresa, Misrairám, y Rafel al frente), pero Dina se detuvo por un momento para auxiliar a Degoth que fue alcanzado por uno de los soldados y se defendía de las tajadas.

Antes de que la ex-sargento pudiera ayudarle, el guerrero dragón extendió hacia el frente su mano izquierda con un movimiento rápido, como si empujara algo. Hubo una explosión de aire. A Dina se le taparon los oídos.

El soldado enemigo fue expelido con fuerza hacia atrás, su coraza se aboyó rompiéndole el esternón, y se estrelló contra sus compañeros, algunos de ellos cayendo al piso.

Eso les daba un poco de tiempo. Se apresuraron detrás de sus amigos, saliendo por la puerta abierta, luego un pasillo corto que terminaba en una encrucijada en forma de «T».

—¡Por allá! —dijo Degoth apuntando a la izquierda. Se oía el eco de los pasos de sus compañeros; corrieron unos cuarenta codos.[13] Llegaron a un salón circular justo a tiempo para ver cómo su abuelo salía por un marco a la derecha.

Imitaron al herrero. El pasillo era un poco más ancho, pero les impedía avanzar una puerta doble de madera que estaba cerrada, con barrote o candado, por el otro lado.

—*Forje shelta* —dijo Tom el grande—. Estamos perdidos.

El alquimista metió la mano en el bolsón, sacó los anillos, escogió uno, se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda, y pidió un poco de espacio.

—Que los dioses me protejan —musitó el alquimista. Con eso, y con un rugido, un alarido, un grito de guerra, lanzó ambas manos hacia adelante, las palmas extendidas.

Fue una explosión de aire tan fuerte que Dina trastabilló y cayó hacia atrás. Tom se estrelló contra la pared, Joneh-duné soltó unos creativos juramentos cuando su cabeza latigó hacia atrás. Solo Ibán-ael, Misrairám y Degoth no sufrieron consecuencias, y esto por estar justo detrás de los demás.

La puerta doble, literalmente, se partió en pedazos.

—¡Por los Jinetes! —exclamó Ibán-ael—. ¡Ten misericordia, Patriarca!

Dina se puso de pie rápidamente, un poco avergonzada de haberse caído.

—¿Están todos bien? —preguntó el alquimista.

No se escuchaban los soldados cerca, quizás habían tomado una puerta equivocada. Pero el estruendo habría llamado su atención.

—Todos bien —dijo Degoth.

Atravesaron el umbral. Estaban a unos tres codos del piso, al que descendían por unas escaleras anchas de piedra blanca.

Los recibió una titánica bóveda de la biblioteca, con hileras e hileras de libreros altos. El techo se perdía en la oscuridad, y las paredes estaban repletas de libros que, de la misma manera, se perdían en la negrura arriba. Dina se preguntó cómo espíritus podía alguien llegar hasta uno de esos libros. Necesitaría una escalera tan alta que sería una encomienda de significativa peligrosidad.

Descendieron, y el alquimista se detuvo en el peldaño de arranque, que era ancho.

—No sé si habrá tiempo después, así que hagámoslo ahora.

Le dio al maestro Slepten el anillo rojo, la manipulación del fuego. A Ibán-ael el celeste, manipulación del agua. Y a Degoth el marrón, manipulación de la tierra.

Degoth, sin embargo, no tomó el suyo. Dijo:

—Dáselo a Dina.

—Sin ofender a Dina —dijo el alquimista—, pero creo que tú debes tenerlo.

Ella estaba de acuerdo con Rafel. Sin embargo, conocía el secreto del guerrero dragón, y no estaba segura si Rafel. Hasta donde ella sabía, los únicos enterados de que Degoth era un mago era ella, Slepten, el padre de Degoth, y el difunto Nimud.

—Escúchame, Rafel —dijo Degoth. De su bolsillo sacó una roca negra, del tamaño de una moneda, y la mostró en su palma—. Yo también tengo mis secretos. Dale ese anillo a Dina.

Las cejas del alquimista se arquearon:

—¿Es una reliquia? ¿Por qué no me dijiste que tenías una? ¿Desde cuándo…?

—Como dije: yo también tengo mis secretos.

Es un farol, pensó Dina. Esa piedra no era una reliquia. Probablemente no. O quizás, una de protección, pero no de manipulación de elementos. Esa piedra servía para tener una explicación plausible cuando hiciera uso de sus poderes mágicos.

No, no era esa reliquia la que imbuía al guerrero de sus poderes, sino que era un hechicero, un manipulador.

Dina recibió el anillo del alquimista, intentó ponérselo en la mano izquierda, pero tenía el dedo anular demasiado delgado, así que lo puso sobre el pulgar.

Inmediatamente sintió algo difícil de explicar en su cuerpo, una especie de escalofrío relampagueante. Podía ver con más claridad, y algo más extraño: sentía el polvo y la tierra a su alrededor. Sí, los sentía, como un hierro es atraído por un imán. Era una sensación sobrecogedora, por lo que estuvo apunto de quitarse el anillo. Como si la tierra la llamara, como si la retara a manipularla.

A su alrededor, los portadores de anillos experimentaban algo probablemente similar a lo que ella, porque todos tenían una extraña expresión en el rostro.

Ibán-ael, la palma de su mano cerca de su cara, la boca media abierta. Rafel, el ceño fruncido. Slepten, los ojos cerrados.

Cruzó miradas con Degoth.

Él asintió dos veces, diciéndole: *Estarás bien.*

—El pasadizo secreto está allá —dijo el alquimista apuntando hacia la lejana esquina del salón en donde estaban—. Está detrás de…

En ese momento, una luz brillante, seguida por una explosión.

Dina se cubrió el rostro al ver el fuego aproximándose, y salió expulsada.

17. BÓVEDA

ABRIÓ LOS OJOS.

No podía ver nada; oscuridad a su alrededor.

Olía a humo. A fuego. Parpadeó varias veces, y la vista le regresó. Escuchó gente quejándose, tosiendo. Libros en el suelo, encendidos. Astillas y pedazos de madera tirados. Los oídos le retumbaban.

—¡En guardia! —gritaba Degoth—. ¡De pie! ¡En guardia, nos atacan!

Dina se talló los ojos con la manga de su túnica.

Estamos bajo ataque, tengo que defenderme o estoy muerta.

Se puso de pie, aunque desorientada, y desenvainó. Vio la escena. Diez enemigos, envueltos en túnicas negras. Tres de ellos con espada en mano, pero el resto no. Cuando uno de ellos, de complexión delgada y con una trenza que le llegaba hasta la cintura, lanzó una esfera luminosa, entendió que se trataba de hechiceros. Lo confirmó, pues los demás también manipulaban los elementos a su alrededor.

Una tropa de hechiceros, pensó, alarmada.

La resistencia se ponía de pie y montaba un contrataque mágico. De la mano extendida de Ibán-ael salía un chorro de agua congelada. Slepten arrojaba esferas de fuego. El alquimista, con sorprendente rapidez, formaba frente a él un torbellino de tierra, libros, astillas y pedazos de madera que bailaba entre ellos y los enemigos, no permitiendo que los otros se acercaran demasiado. Degoth luchaba espada contra espada con un corpulento encapuchado, y su abuelo…, ¿dónde estaba su abuelo?

No lo veía por ningún lado, tampoco a Misrairám. Entonces allá lejos, cerca de donde combatía el guerrero dragón, vio a su abuelo tirado en el suelo, sin moverse. No podía verle el rostro, solo los pies y la barriga. Tenía las manos extendidas, y uno de los de negro, con una espada lista, se le acercaba.

Dioses, no. Por favor no, dioses.

En ese momento le habría gustado manipular el aire para saltar, impulsarse y caer del otro lado, cerca de su amado abuelo, para defenderlo y ver si estaba bien. Tenía que estar bien.

—¡Abuelo! —gritó con todas sus fuerzas, con la esperanza de que su grito llegara hasta los tímpanos del herrero y lo despertara a tiempo.

Tendría que hacerlo ella, pues Degoth seguía luchando contra su contrincante que, aparentemente, era buen espadachín.

Antes de dar un paso, de soslayo vio una daga que, controlada por un manipulador de aire, se acercaba dando vueltas. ¿Quizás la reliquia de protección, esa roca azul que pendía de su cuello, la protegería de algo así? Probablemente no. De un golpe de aire, sí. De una daga voladora, no. Además ni siquiera había activado la reliquia, por lo que no servía ni de adorno, pues la llevaba escondida bajo sus túnicas.

Movió la cara a tiempo para evitar que le pegara en el rostro, y cerrando los ojos por un

momento musitó las palabras del encantamiento: *Nored elca semet*.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ahora tenía protección. Ningún hechizo mágico la dañaría, aunque con ciertas condiciones, pues cada vez que usaba la reliquia Dina perdía energía interna.

Debí darle la reliquia a mi abuelo, se dijo, pero no tuvo el tiempo. El ataque fue repentino.

Una esfera enorme de fuego la envolvió, y la habría matado si no fuera por la protección que llevaba. Sintió el calor intenso a su alrededor por un momento, luego la llama se difuminó.

Inmediatamente se sintió cansada, tremendamente cansada. La mirada se le nubló, vio puntos luminosos y por un momento pensó que se iba desmayar.

¿Qué le sucedía? Nunca perdía tanta energía interna con una sola protección.

Es la combinación del anillo con la reliquia. Estoy usando demasiada energía interna. ¡Moriré consumida si no hago algo!

Se quitó el anillo y lo guardó, esquivando unos rayos luminosos que descendieron de una nube formada encima de ella. La reliquia la habría protegido, pero también perdería energía, y prefería guardarla todo lo posible.

Si no se concentraba, moriría. Seguro que moriría.

Se acercó corriendo al hechicero que intentaba achicharrarla con las centellas. Era, de hecho, una mujer, que lanzó un conjuro y envió un par de relámpagos desde una mano extendida. Mano que, de un tajo, Dina le cortó. La bruja gritó sorprendida, pensando que los relámpagos habrían detenido a cualquier contrincante, pero antes de que hiciera alguna otra cosa, la ex-sargento le clavó la espada en el pecho.

—¡Púdrete con los espectros! —espetó Dina cuando esta se desplomó, la mirada vaciándose.

La atacó otro de negro, blandiendo espada en la izquierda y daga en la derecha. Aparentemente no era hechicero, solo espadachín. Pero uno bueno. Arremetió contra ella con violencia y estratégicamente, trabando espadas e intentando clavarle la daga por debajo de las costillas. Dina movió la cadera y evitó el filo corto. Le propinó un rodillazo en la boca del estómago que lo hizo retroceder.

Envainó la espada y se puso el anillo. Recitó las palabras y desactivó el pendiente.

El espadero, con dientes rojos, le sonreía. No estaba ella segura si era sangre o algún tipo de tinta ritualística. Además de los dientes rojos, llevaba las mejillas tatuadas con símbolos ocultistas que reconocía pero no sabía interpretar.

—Ha llegado su hora —dijo el de negro, los ojos bien abiertos, la mirada de un lunático—. ¡Ha llegado la gran revelación! ¡Ha llegado la gran revelación, y ustedes son los testigos, los últimos testigos! ¡Anúncienlo a las puertas de los Jardines! ¡Los hechiceros han tomado Argoth para siempre!

—Anúncialo tú, maldito hijo de Shiagón, cuando llegues a las puertas de la infratierra.

En ese momento Dina fue invadida por la furia, la desesperación, las ganas de saber si su abuelo seguía con vida. Se acumuló dentro de ella toda la rabia que sentía los últimos meses.

Lanzando un grito desgarrador, levantó ambas manos hacia el techo, sintió enlazarse con las piedras arriba, muy arriba, y con todas sus fuerzas hizo descender las manos. Se escuchó un estruendo en las alturas.

Una sección grande del techo se agrietó, se resquebrajó, se partió, y se vino abajo, dejando entrar la luz del sol.

Por un momento se quedó paralizada al ver los pedazos gigantescos de piedra que descendían sobre ellos, preguntándose si verdaderamente era la autora de ello.

Huyó. Corriendo, lanzó una mirada por encima del hombro. El de los dientes rojos quedó

triturado bajo un enorme pedazo de piedra, todavía con la sonrisa maniática dibujada en el rostro. Los restos de la bóveda también alcanzaron a algunos de los otros hechiceros quienes, con un alarido, desaparecieron bajo los escombros.

Se salvó por unos dos pasos.

Un trozo grande de techo yacía frente a ella, el polvo levantado en el aire.

—¿Están todos bien? —gritó Degoth momentos después.

—Estoy bien —respondió Tom.

—Herido, pero bien. —Slepten.

Tenía la esperanza de escuchar la voz de su abuelo diciendo que él también estaba bien. Por un momento la invadió el horrible pensar de que Joneh-duné sobrevivió solo para morir bajo los escombros. Si ella lo había matado, nunca se lo perdonaría.

Caminó por encima de la demolición en dirección del último lugar donde vio a su abuelo. Se detuvo frente a un cadáver.

Una sección del techo le cayó encima, pulverizándolo del pecho hacia abajo. Tenía los ojos y la boca abierta en una horrible mueca de espanto y dolor.

Era Misrairám.

Dioses. ¡Lo he matado yo!

¿Y la lideresa? No la veía por ningún lado, y tampoco la escuchó responder que estaba bien. Probablemente también había sucumbido bajo los escombros.

Le faltaba el aire. Por poco y vomita. Por su culpa uno de los suyos estaba muerto, posiblemente dos. Y con la lideresa también se perdía el anillo de manipulación del agua, el cual era fundamental en la lucha contra los magos. ¿Cómo lo recuperarían? ¿Tendrían tiempo para para buscarlo entre el escombro?

Un movimiento a su izquierda la sacó de sus pensamientos. Un enemigo, cubierto en polvo, se aproximaba blandiendo una espada. Por inercia, como si el anillo fuera parte de ella por mucho tiempo, creó un torbellino por debajo de los pies del otro, quien dio tres vueltas en el aire y cayó de cabeza cerca de Dina, quien le insertó el acero por la espalda dos veces.

—¿Están muertos todos los hechiceros? —Era Degoth, caminando también por encima de la piedra triturada, buscando enemigos.

—¡Degoth! ¿Dónde está mi abuelo?

El guerrero dragón la miró. Sangre le bajaba por la frente.

—Dina, ¿estás bien?

—¿Dónde está Joneh-duné?

—Está…, estaba…

—*¿Dónde?*

Degoth apuntó. Un montón de rocas apiladas.

Dina se llevó a la mano al corazón.

—No…, lo he matado.

—Dina, no es tu culpa.

—¿Cómo que no? ¡Yo destruí el techo! Maté a Misrairám, a Ibán-ael, y… —Dejó caer su espada y se llevó ambas manos al rostro.

Tom el grande se acercó:

—Dina, allí no está tu abuelo. No está debajo de eso. Yo no lo vi allí cuando la bóveda se desplomó.

—¿Entonces? —preguntó Dina, extrañada.

—No lo sé, pero allí no estaba.

—¿Estás seguro?

—Casi. Todo fue tan rápido. No lo puedo asegurar por completo.

—Algo está pasando —dijo el maestro Slepten, apuntando hacia la enorme abertura en el techo. Sangre le bajaba por el brazo izquierdo, las gotas rojas pendiendo de sus dedos y regando el suelo. Parecía una herida grave.

Efectivamente, algo extraño sucedía. El cielo se oscurecía y rápidamente; unas nubes negras se apoderaban del firmamento. La temperatura cambió drásticamente, y una brisa fría descendió sobre ellos. Después, el rugir grave de un trueno, luego otro, y entonces el cielo se iluminó con ese centellar intermitente de una tormenta.

El cielo tronó tan fuerte que Dina retrocedió un par de pasos y se encogió de hombros. Iluminadas las nubes, se distinguió la silueta de un hombre que descendía, levitando, hacia ellos. Sus túnicas de color oscuro revoloteaban a su alrededor, y con las manos extendidas hacia arriba, tocó suelo a un tiro de piedra de ellos.

Era Lord Mergante.

18. MÁTALOS

RECONOCIÓ QUE ERA el hechicero, el llamado Gran Vidente, porque correspondía con la descripción. Tez negra, cabello gris y barba del mismo color que le cubría el cuello.

Sin embargo, lo que tenían en frente no era un humano, sino un gigante, un humanoide, un monstruo. Medía el doble que cualquiera de ellos, y en lugar de manos de humano, parecían de pantera. Sus pies como de oso. Su rostro era una mezcla de humano con bestia, orejas de felino, los ojos completamente amarillos, dientes afilados, y un hocico a medio formar, similar al del león. Se había transmutado a medias, blandía una enorme espada en la mano derecha y en la izquierda un cetro de plata con una piedra roja en el extremo superior.

El monstruo emitió un gruñido, gutural, amenazante.

No abrió la boca, sin embargo, Dina escuchó la voz del hechicero claramente en su cabeza.

Les daré la oportunidad de rendirse. De lo contrario, los mataré.

Ella se sobresaltó. No solamente escuchó las palabras retumbar en su cráneo, sino además invadieron su cuerpo entero, haciéndola vibrar. Era una voz clara y masculina. Hablaba con la tranquilidad de uno que conversa con algún amigo sobre el clima.

Se preguntó qué tipo de magia era esta. Con el anillo puesto, activó la reliquia. De nuevo, un mareo se apoderó de ella. Pero tenía que resistir. Este era el final. O moría peleando, o moría consumida por el poder del anillo y el pendiente.

O matamos al maldito hechicero y vivimos.

Prefería esa tercera opción.

—Tengan cuidado —dijo el maestro Slepten—. Protejan su mente. ¡Resístanse!

¿Resistirse? ¿Y cómo por todos los Jinetes de la infratierra se resistía uno a un ataque mental? Quizás los guerreros de la Orden del Dragón recibían ese tipo de entrenamiento, pero ella había sido una sargento del ejército de Argoth, y aunque desde pequeña fue entrenada por su abuelo en el arte de la espada, nunca, nadie, jamás le enseñó a resistir poderes mentales.

Si la reliquia no la protegía de ello, estaba completamente perdida.

Los he buscado por todo el reino. Y los vine a encontrar aquí. En el patio de mi casa. Me gustaría que estuvieran afuera, viendo lo que he preparado para la ciudad. En este momento, cientos de hechiceros entran a la ciudad, toman las calles y doblegan a los rebeldes. Argoth se convertirá en el primer reino del mundo en ser regido completamente por hechiceros.

Dina solo se lo podía imaginar. Estaba segura que, si lograba salir de esta, saldría para encontrar la capital en caos, con personas de todas las edades asesinadas en las calles. Esta era una demostración de fuerza con el propósito de evitar cualquier levantamiento futuro. Era una manera de decir: «Esta es la nueva realidad. Nosotros somos los dueños ahora, ustedes se someterán. Todo cuello que no se doblegue, será cortado».

Comenzó a llover. El cielo seguía tronando, los relámpagos iluminando las nubes. Libros volaban, pues el aire que descendía formaba torbellinos por todo el salón. Una tempestad a la que solo le faltaba el mar.

—Esta no es tu casa —dijo Degoth tisdita—. Es nuestra casa. Nuestro hogar. Nuestro reino. Nos pertenece. No eres mas que un usurpador.

El hechicero sonrío, enseñando los colmillos.

Va a ser divertido jugar con ustedes. Verlos morir. Ver cómo se matan los unos a los otros.

—Cuidado, cuidado, estén alertas —volvió a decir el maestro.

Degoth apuntó con la espada al engendro:

—¡Te regresaremos a donde perteneces: con tu padre Shaigón!

¿Sí? ¿Tú y tu tropa mediocre?

El hechicero rugió. Un rugido largo y feroz. Los apuntó con su cetro.

El cuerpo de la ex-sargento se puso tieso. No podía mover bien sus extremidades. Una vez, hace años, cayó en arena movediza, y estuvo apunto de parecer de no ser auxiliada por un compañero. Así se sentía en ese momento, absorbida por arena invisible que le impedía la movilidad.

Entonces oyó en su cabeza:

Eres mía. Tu cuerpo es mío. Tu mente es mía.

La voz parecía lejana. Su energía interna disminuyó, la reliquia intentando bloquear el hechizo de manipulación de mente, alma y cuerpo.

Mátalo, dijo la voz dentro de ella. *Mata al dragón.*

Habiéndose convertido en un títere, Dina se dio la vuelta y encaró a Degoth.

—Dina —dijo el guerrero dragón desesperado—, ¡resiste el hechizo!

No puedo, pensó Dina. Esperaba que su cara se lo dijera a Degoth, que sus ojos le explicaran que había perdido el control de sí misma y que actuaba por órdenes de uno más poderoso que ella.

Enmudecida, con la espada en mano, se lanzó contra su compañero. Cuando las espadas chocaron entre sí, aterrada vio que detrás de Degoth, Tom el grande enterraba su daga en la boca del estómago de Rafel. El alquimista gritó sorprendido, y cuando el tabernero sacó el filo y se lo enterró por segunda vez en las costillas, dijo Rafel:

—Tom…, *noooo…*

Pero el tabernero, al igual que ella, no tenía control sobre sus acciones. Cuando el alquimista se derrumbó en el suelo, atacó al maestro Slepten, quien con gritos intentaba disuadirlo:

—¡Tom! ¡Tom! ¡Concéntrate! ¡Lucha contra él!

Dina sabía lo difícil que sería derrotar al guerrero dragón. En estos últimos años que lo conocía, lo vio pelear múltiples veces. En su opinión, Degoth tisdita era posiblemente el mejor espadachín del reino.

El instinto de supervivencia, sin embargo, le instaba a seguir atacando; golpe vertical, ataque doble hacia el frente, finta, redoble. Degoth se defendía y, hasta ahora, se rehusaba a montar ataque. Seguía gritándole, hablándole, intentando razonar con ella, pero aunque veía sus labios moverse, no entendía ni una sola palabra. Estaba sorda a la voz de él. Pero no a la voz de Mergante:

Mátalo, Dina. Si acabas con el dragón perdonaré tu vida y la de tu abuelo.

¿Cómo sabía su nombre? ¿Cómo sabía el de su abuelo? ¿Entonces su abuelo seguía con vida?

Tenía que matarlo. A Degoth, es decir. Era la única forma de sobrevivir. Así tendría tiempo para buscar a Joneh-duné antes de que fuera tarde.

Nunca podría derrotarlo con la espada. Entonces recordó el anillo.

Con un grito demencial, extendió su mano hacia Degoth, haciendo girar los dedos

extendidos, y un torbellino de aire horizontal se materializó.

El guerrero dragón levanto las cejas sorprendido antes de que el remolino lo engullera y lo mandara hacia atrás como rehilete.

Al caer, a unos diez pasos de ella, perdió la espada.

Dina corrió con su arma en alto.

19. DAGA

LE CLAVÓ LA punta de la espada en el hombro izquierdo.

Degoth exclamó de dolor.

Le habría atravesado el corazón de no ser que logró moverse en última instancia. Antes de sacar el filo y enterrárselo de nuevo, le dio a ella una patada detrás de la oreja, que la lanzó hacia adelante, desorientada.

Al darse la vuelta, Degoth estaba ya de pie, sin la espada pero con daga lista.

—Tú puedes, Dina. Si te concentras podrás sacarlo de tu mente.

Quizás fue el golpe que la regresó a la realidad, porque por un momento recuperó el control de ella misma. Se percató, desconcertada, que ya no estaban solos. ¿Por cuánto tiempo había peleado contra Degoth? Le parecía que un minuto o dos, pero era imposible. Primero, porque el guerrero dragón sudaba extensamente y se notaba cansado. Y segundo, porque una guerra sucedía en torno a ella.

No tenía ni la menor idea de cómo o cuándo, pero allí, en la bóveda semidestruida de la biblioteca, combatían soldados de Argoth contra soldados rebeldes, hechiceros contra… ¡contra otros hechiceros (¿paladines Iluminados, quizás, o hechiceros que no se doblegaron a Mergante?)!, e incluso varios con la insignia en el cuello que los identificaba como guerreros dragón.

—¡Ataquen! —gritó Ibán-ael (¡estaba viva!), quien entraba por la izquierda con un séquito de sus tropas. Por la cabeza de Dina relampagueó el pensamiento que la lideresa habría logrado escapar posiblemente por el pasadizo secreto y reunirse con los suyos para montar la ofensiva.

Un pandemónium de truenos, rayos, torbellinos, bolas de fuego, esferas de agua, flechas, maldiciones, golpes…

Tom el grande, tumbado en el suelo, no se movía, y de su pecho brotaba sangre.

El maestro Slepten seguía vivo, repartiendo sablazos y manipulando fuego que consumía a sus adversarios. Había tomado las riendas del ejército rebelde, y además de pelear, ladraba órdenes.

Del otro lado, el hechicero Mergante cortaba las cabezas de los que se acercaban demasiado. A uno lo desarmó y le arrancó la cara de un mordisco.

Degoth buscaba su espada en el suelo, y aprovechó la distracción de la ex-sargento para ir a por ella y recuperarla. Entonces atacó a Dina con un par de espadazo fuertes, en forma de equis, que ella resistió con relativa facilidad. Se preguntaba porqué el guerrero dragón no usaba sus poderes mágicos contra ella, pero recordó que tenía activada su reliquia de protección.

De milagro seguía viva, pues sentía en su interior que la energía interna se le terminaba. Cuando eso sucediera, se desplomaría, completamente exhausta, y finalmente su corazón, exhausto también, dejaría de latir.

Hizo espacio entre ella y su contrincante y desactivó la reliquia, esperando que Degoth no se diera cuenta. Al hacerlo, fue como si un peso se le quitara de encima. Seguía cansada, pero se

sintió un poco mejor. Si se quitaba el anillo, lograría ir recuperándose. Estaba por hacerlo cuando Degoth acometió de nuevo, esta vez con una progresión del pie delantero, seguido por un deslizamiento vertical de la espada, luego una ofensiva doble horizontal. Ella hizo defensa, sintiendo en los brazos las vibraciones de las espadas cuando chocaban. Le dolía la muñeca con la que sostenía la empuñadura.

Degoth resoplaba como toro, de cansancio. A unos cinco pasos de ella, puso la punta de la espada en el suelo y se recargó sobre ella con las dos manos, como si fuera un bastón.

—Quién lo hubiera pensado, Dina. Que terminaríamos luchando el uno contra el otro.

—Rinde tu espada, Degoth.

—No sé que te haya dicho Mergante, pero es mentira. Te matará.

Dina lanzó una mirada de soslayo para ver al hechicero, que seguía deshaciéndose de los enemigos más cercanos, rugiendo, lanzando mandobles además de relámpagos que salían de su cetro.

El dominio que el hechicero tenía sobre ella era menor que al principio, mucho menor. Todavía era un títere, pero con algunas de las cuerdas cortadas. Pensaba mejor; sin embargo, aún la poseía el deseo por acabar con la vida del guerrero dragón.

—Piensa en todo lo que hemos hecho —continuó Degoth—. Los enemigos que derrotamos. Él no es más que uno más. Lo venceremos igual, si hacemos equipo. ¿Entiendes? *Si hacemos equipo.*

Ella quería decirle que sí, que estaba de acuerdo, que lo que más deseaba era matar a ese hechicero hijo de los malditos Jinetes, recuperar el reino que les pertenecía a todos ellos, y vengar la muerte de su tío, de Ornef, de Tom, de todos los ejecutados por ese maldito agorero.

En lugar de eso, un gritó salió desde lo más profundo de su pecho, un intento de recuperar su mente, un grito de angustia, de dolor.

Quizás pueda, pensó Dina. *Quizás pueda…*

Degoth atacó. Fue repentino. Un ataque mágico.

Ella no tuvo tiempo para activar la reliquia, así que el torbellino de aire la levantó alto, muy alto, tan alto que supo que moriría al caer. No llegó hasta el techo, pero le pareció que casi. El descenso no fue en vertical hacia abajo, sino en arco; el torbellino la lanzó como si fuera una piedra.

Se rompería el cuello al caer. En lugar de eso, a unos codos del suelo una explosión de aire le detuvo el impacto. De todas maneras, el golpe fue fuerte y le sacó todo el aire.

Perdió el conocimiento por un momento.

Mientras se recuperaba Dina, el maestro Slepten, seguido por varios guerreros dragón, paladines Iluminados, Iban-ael y Degoth se acercaron a Mergante y, juntos, arremetieron contra él aquellos que tenían poderes mágicos.

Una especie de burbuja protectora se materializó alrededor del hechicero, pero no con suficiente rapidez, pues algunos de los hechizos lo golpearon en el cuerpo y, por lo menos uno de ellos, en la cara. El hechicero bramó.

Dina abrió los ojos grandes cuando se cortó por completo la manipulación de su cuerpo. ¿Dónde estaba? Había caído a tan solo unos pasos de Lord Mergante. Sí, el hechicero no podía verla a sus espaldas.

En ese momento cruzó mirada con Degoth, y entendió lo que le gritaba, incluso con el ruido de la refriega:

—*¡Mátalo!*

Entendió entonces la estrategia de Degoth. Extraña, sí, pero efectiva. Ponerla justo detrás del

hechicero y darle la oportunidad de ejecutarlo.

La espada la perdió en la caída, pero llevaba en el cinto su daga, de buen tamaño. No lo pensó dos veces, desenvainó, dio tres zancadas, y le enterró la daga a Mergante en los riñones una, dos, tres veces, con rapidez, con desesperación, y luego le clavó la daga hasta la empuñadura en la espalda.

Mergante le dio un codazo duro en la quijada y se fue dando tumbos hacia atrás.

Se pegó fuerte en la nuca al caer.

Vio al maestro Slepten y a Degoth clavando sus espadas en el pecho del hechicero.

Luego un grito. Una luz brillante. Mergante regresando a su forma humana, desplomándose en el suelo. Degoth alzó su espada y la hizo descender con violencia sobre el cuello del hechicero.

Todo le daba vueltas. ¿Iba a morir? ¿A desmayarse?

Escuchó una voz. Una voz muy familiar.

—¡Dina! ¡Hija! ¿Estás bien?

—¿Abuelo? —musitó—. Pensé que habías muerto.

—Algún día moriré —le dijo Joneh-duné, arrodillado junto a ella—. Pero hoy no.

Ella sonrió.

Y se desmayó.

20. COMIENZOS

PASARON UNOS SEIS meses antes de que se restableciera la ley y el orden en la ciudad de Argoth. La razón, en parte, fue que no había corona sobre el trono. Además de eso, por un momento fugaz, el alto general primero intentó hacerse del control después de la muerte de Mergante, pero los hechiceros y los soldados no lo siguieron. Fue apresado por los guerreros de la Orden del Dragón y enviado al calabozo a esperar su juicio.

Al final, lo que calmó las aguas fue que la gobernadora de Gabá, Yualín-azemeth, no solo formalmente firmó la declaración de paz entre Argoth y Gabá, sino que reclamó su derecho al trono del reino, siendo ella de sangre real.

Dina, cuando escuchó eso, pensó que los argotitas se opondrían. Después de todo, las dos ciudades estuvieron apunto de entrar en guerra, una que seguramente se habría prolongado por meses, incluso años. Además, las dos ciudades eran muy orgullosas, siempre pensando que una era mejor que la otra.

Para sorpresa de la ex-sargento, la mayoría de la ciudad apoyó a Yualín-azemeth. Era bien sabido que la gobernadora fue pieza clave en el ascenso de la economía gabana, además de tener la fama como una mujer fuerte, firme, que no se dejaba intimidar, pero al mismo tiempo era justa.

Así que en el séptimo día del mes séptimo del año 3,521 de la nueva era, la gobernadora marchó por las calles de Argoth, recibida con vítores y gran pompa. Dos meses después (mientras se hacían los preparativos), la nueva reina fue coronada por el sacerdote supremo, en el Gran Templo de la religión elemental.

El primer acto de la nueva reina fue organizar el funeral de la difunta reina Malbeth, el cual se llevaría a cabo a finales del año. Se le daría a la reina todos los honores merecidos, y sería enterrada junto con sus padres.

Los héroes que lucharon en contra del hechicero recibieron un medallón de oro puro con la insignia de la nueva monarca, ganándose para siempre el título de *urdur,* que en la antigua lengua significa, simplemente, «valiente». El galardón máximo en el reino. Se le otorgó ese honor de manera póstuma al comandante Balzin, héroe del reino.

Se levantó una hermosa estatua de Tom el grande, no muy lejos de su taberna, en su honor. Aparecía con mano en el pomo de la espada, mirando valiente hacia el frente. La inscripción decía: «Tom el grande. Héroe».

En honor a Ornef, una placa prominente de oro puro se colocó en la entrada principal de la biblioteca. En ella se honraba la memoria del bibliotecario. También se le nombraba «el eterno protector de la biblioteca». Su cuerpo, recuperado, se enterró en el valle de los vivientes, donde reposaban los hombres y las mujeres que habían contribuido a la grandeza del reino.

Rafel pasó tres meses recuperándose de sus heridas, auxiliado por Lemet-el-edín, pues se rehúso a ser tratado por los médicos reales, diciendo que él era mejor doctor que cualquiera de ellos (y tenía razón). Además recibió fondos para reconstruir su torre. Como hombre precavido

que era, había logrado salvar algunos de los códices más preciados de perecer en las llamas. Además, con el dinero recibido por la Corona, él y Lemet-el-edín emprendieron un viaje por el reino y más allá para comprar los libros, códices y pergaminos más interesantes que pudieran encontrar. Dijo Rafel que registraría sus viajes en un manuscrito para publicarlo después. Dina le dijo que lo compraría.

La Orden del Dragón fue restablecida, pero esta vez a una posición de supremacía, como los guardianes de la paz de todo el reino, por encima incluso del ejército. El maestro Slepten fue hecho consejero de la reina. Intentó rehusar dicha posición, pero al final la aceptó después de ser convencido por varios de sus hermanos dragones, especialmente Degoth.

El Edicto de Inshetabi fue anulado, el cual en el año 2,975 había prohibido la magia en el reino. Ahora los magos, brujas y hechiceros del reino no serían perseguidos. Podrían practicar las artes mágicas con libertad, siempre y cuando las usaran para el bien.

Aquellos magos que se unieron a la rebelión bajo el estandarte de Mergante fueron enjuiciados y encarcelados algunos, otros recibieron su libertad, con condiciones.

Se desbandó la Cofradía del Resplandor. Los monasterios pasarían a ser propiedad de la Orden del Dragón. Se terminó la inquisición. Ningún iluminado fue acusado de traición, sino que regresaron a su vida ordinaria, con la opción de ingresar al ejército bajo la supervisión de los dragones.

A Degoth se le dio la tarea de reconstruir el claustro del venerable Datán, que había sido destruido por los iluminados y el ejército argotita. También se le ofreció convertirse en el venerable maestro de dicho claustro, pero vehementemente se rehusó, y no pudo ser convencido ni siquiera por el mismísimo Slepten. Dijo que al terminar la restauración del claustro regresaría a ser un guerrero dragón itinerante, recorriendo el reino para garantizar la paz.

Unos ocho meses después de la coronación, Dina hizo el largo viaje hacia la isla de Nureph, a la punta de la montaña Liamatán, para ver a su amigo Degoth.

Lo encontró en una de las torres, todavía parcialmente derrumbada, supervisando la obra.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? —le dijo Degoth con esa elusiva sonrisa que solo pocas veces dibujaba su rostro.

—Porque quería ver tu cara de sorpresa.

—Pues lo lograste.

Ella se puso las manos sobre la cintura y miró las obras en construcción. El trabajo de restauración duraría su tiempo. Pero las cosas iban bien. La muralla ya no tenía agujeros, y se terminaba de reconstruir una de las secciones más dañadas, la puerta del este.

—¿Estarás aquí por un tiempo? —comentó Dina.

—Sí. Supervisando. Me viene bien un poco de tranquilidad. Incluso medio derrumbado este es un lugar de paz. Además, debemos asegurarnos de que los claustros se reconstruyan, y que la Orden continúe.

—Sé que así será. Estoy segura.

—Escucho que las cosas en el reino están mucho mejor.

—Sí. Gracias a los dioses, la nueva reina ha resultado ser una buena monarca. Justa. Accesible. Ama a todo el reino, aunque es gabana. Dicen que los gabanos solo se aman así mismos, pero no lo percibo así con ella.

—Lo mismo se podría decir de los argotitas.

—Si mal no recuerdo, tú la llegaste a conocer.

Para sorpresa de la ex-sargento, Degoth desvió la mirada y sus mejillas se tiñeron, apenas un poco, de rojo.

—La conocí solo un poco.

Prefirió no preguntarle más, pero por allí había escuchado los rumores…, que la entonces gobernadora de Gabá tenía un amante…, un misterioso soldado, que algunos decían era un dragón…

—¿Y para ti, Dina? ¿Qué sigue?

—¿Para mí? Ahhh. La realidad es que no sé. Unirme de nuevo al ejército me da flojera. Viajar, también. Creo que probablemente regrese a la herrería de mi abuelo, o ponga yo misma algún negocio.

—Estoy seguro que cualquier cosa que hagas, tendrás éxito.

—Los dioses te escuchen.

—Otra opción es que te quedes aquí.

—¿Aquí? ¿Aquí donde?

—En el claustro.

—No, Degoth, yo no soy buena en la organización. Estorbaría más de lo que ayudo.

—No me refiero a la organización.

—¿Entonces?

—El claustro, aunque está en reparación, no ha dejado de entrenar guerreros. El nuevo venerable maestro es un gran amigo mío y un excelente maestro.

Ella se quedó perpleja:

—No entiendo. La Orden del Dragón es para hombres…, ¿no?

—Solo por tradición. Pero no hay canon alguno que prohíba guerreras. Te sorprenderá saber que han habido varias en nuestra historia. Lamento que no sea en la historia reciente, pero eso puede cambiar. Alguien como tú podría cambiar las cosas. Traer un nuevo aire a la nueva generación de guerreros y guerreras.

—Ya no estoy en edad para eso, Degoth. Los reclutas comienzan desde pequeños, como contigo.

—Pero no todos. Además, tú ya tienes entrenamiento. Quisiera poder decir que yo te he entrenado, pero en gran medida eres tú la que me entrenó a mí. Estoy seguro que te convertirías en guerrera de la Orden más rápido de lo que piensas.

Soplaba una brisa fría. Ella sintió un escalofrío, y se arropó con el manto.

—No lo sé, Degoth.

—¿Por qué no lo piensas?

—Ya lo estoy pensando.

—No necesitas responder en este momento. En este momento necesitamos hacer otra cosa.

—¿Sí? ¿Qué?

—Ir al comedor, pedir un buen pedazo de carne y una jarra de aguardiente.

Dina lanzó una carcajada. Dijo:

—Para eso tengo una respuesta inmediata: ¡sí!

Dina ek’Ordeh argotita, y Degoth ek’Degoth tisdita, de buena gana y contentos bajaron los escalones y se dirigieron al comedor.

Monterrey, México
Mayo 2024

AL LECTOR

ESTIMADO LECTOR:

Espero hayas disfrutado esta saga. Para mí fue fantástico escribir las aventuras de Degoth, Dina y sus amigos.

Si ha sido de tu agrado, será de mucha ayuda que puedas reseñarla en línea. Aunque toma unos pocos minutos hacerlo, esta acción, si bien pequeña, hará que más personas descubran el reino de Argoth.

No olvides darle un vistazo a mis otras novelas, que espero disfrutes de leer tanto como yo disfruté escribirlas.

Gracias,
J. J. Villarreal

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal

Libros de fantasía épica:

El despertar del dragón
El guerrero dragón
La reliquia del dragón
La venganza del dragón
La resurrección del dragón

Las crónicas de Casten
El amuleto
El agorero

Libros de suspenso:

Ángel guardián

El centinela

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

APÉNDICE: LA CULTURA DE ARGOTH

LA CIUDAD DE Argoth se fundó en el año 1 de la era nueva, hace 720 años, por Argothed ek'Balamak ek'Belamón. En aquel tiempo se hablaba la lengua antigua de alumín. Fue en el año 342 que oficialmente se instituyó el eurek como la lengua oficial del reino, bajo la bendición del Gran Maestre de los Iluminados y el Sacerdote Supremo de la fe elemental.

Los argotitas tienen como religión la fe elemental, adorando a los dioses de los cuatro elementos: Torvos, dios del fuego; Merne, diosa del agua; Zoroatán, dios del aire; Diarín, diosa de la tierra. Algunos pocos, incluyendo muchos en la Orden del Dragón, adoran al dios único, también llamado el Patriarca, el Todopoderoso, el Creador; pero la veneración del dios único no es parte tradicional de la religión elemental. En el 534, el gran sínodo de Argoth no se pronunció a favor o en contra de la veneración al dios único. Los eruditos siguen debatiendo la legitimidad de dicho culto. Hasta hoy día, los dioses están en continuo combate con los cuatro Jinetes de infratierra: Shaigón, el príncipe; Mutur; Egat-arba; y Orgoth-ün.

Nadie sabe el origen de los monstruos en la tierra. De acuerdo a la fe elemental, fueron creados en los siglos olvidados por Diarín, diosa de la tierra, como juicio por el pecado contra la tierra hecho por los hijos de los hombres. Aunque cientos de especies de monstruos han sido clasificadas por los eruditos, los más comunes son los gorgots, *llamados así en la lengua antigua, y comúnmente llamados monstruos, loboides o humanoides, por sus rasgos semihumanos y semilobos.*

* Los sucesos narrados en la historia del guerrero dragón Degoth suceden cerca del año 3,517 de la era nueva.

—De *Historia de los grandes reinos,* por Plerinum el Sabio.

———

El Edicto de Inshetabi, Sacerdotiza Suprema, prohibió la magia y la hechicería en todo el reino, en el año 2,975. El castigo de herejía por practicar cualquier tipo de hechicería es, hasta hoy, la hoguera. Quedó prohibida la manipulación de los elementos, la alquimia, la agorería, la telepatía y telekinesia, y cualquier otra práctica mágica. Los únicos permitidos para practicar la magia son los Iluminados, y solo bajo las estrictas reglas del Canon.

La Orden del Dragón, también llamada el Camino del Dragón Rojo, se instituyó, de acuerdo a algunos registros, en el año 1023 de la antigua era; es decir, 1023 años antes de la fundación de Argoth. Fueron una orden completamente separada del reino, de la fe, y de los Iluminados por cientos de años. En nuestra era, por orden del rey Armán en el año 3,012, la Orden del Dragón pasó a ser parte de la armada. Todos los guerreros dragón recibieron el rango de capitán, con

la posibilidad de ascender a comandante en tiempos de guerra. Sin embargo, la práctica hasta hoy es que los guerreros dragón actúan, en general, en solitario, siendo apoyados en algunos casos por la armada.

—De *El camino del ojo vigilante*, por el Maestro Rayán.

Notes

1. Distancia aproximada que se puede recorrer en una hora a pie.
2. Una legua representa la distancia aproximada que se puede caminar a pie en una hora. Aproximadamente 5 km.
3. Aproximadamente 6 metros.
4. Aprox. 3 metros.
5. 10 metros cuadrados.
6. Aproximadamente 3 metros.
7. Aprox. 15 metros.
8. Aproximadamente 50 cms.
9. Esta aventura se relata en la novela *La reliquia del dragón.*
10. Esta aventura se relata en *El guerrero dragón.*
11. Unos 30 cm.
12. Entre medianoche y las tres de la madrugada.
13. Aproximadamente 20 m.